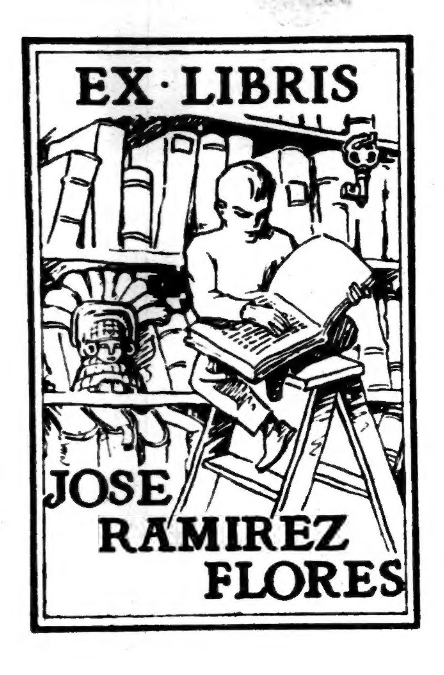
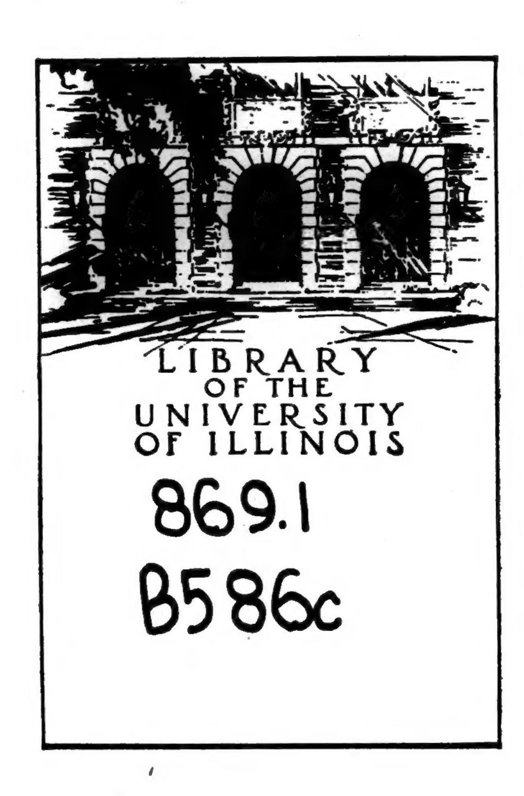

EX·LIBRIS
JOSE
RAMIREZ
FLORES


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.1
B586c

EL CAPITAN ARMANDO

(MEMORIAS DE UN SOLDADO DE LA REFORMA)

NOVELA

HISTORICO-POLITICA

—POR—

Manuel Blanco

TOMO PRIMERO

MEXICO

EL CAPITAN ARMANDO

EL

CAPITAN ARMANDO

(MEMORIAS DE UN SOLDADO DE LA REFORMA)

NOVELA

HISTORICO-POLITICA

—POR—

Manuel Blanco

MEXICO

Impreso por VALLE HERMANOS.—Calle de la Perpetua núm 10

Al denodado y valiente general

RAMON CORONA

Al eminente y sabio político

IGNACIO LUIS VALLARTA

Al modesto y fecundo literato

VICENTE RIVA PALACIO

El Autor



AL LECTOR.

EL hombre; los acontecimientos. He aquí dos cosas distintas que es necesario saber apreciar. El hombre, ese rey de la creacion, que orgulloso domina el espacio oscilando lleno de magestad en el ideal divino llamado esperanza, que olvida su pasado luctuoso, y su presente de amargura, para saludar con entusiasmo ardiente al porvenir; que sigue paso á paso las peripecias de la vida para estudiarlas; ese vigía perpetuo que aun rodeado de las sombras busca los rayos de la divina luz. ¿No creeis que merezca el honroso título de atleta del saber? Vedlo: es el genio meciéndose mas allá de aquello que puede alcanzar la inspiracion. ¿Y qué son los acontecimientos, hijos las mas veces del hombre? Estudiadlos, son los testigos que nos lo dan á conocer perfectamente llevándolo ante un gran jurado, la humanidad.

Si ellos son tristes, si encierran episodios terribles, y escenas desgarradoras, hay derecho entonces para ver en la figura mas sublime de lo creado, al verdugo de su semejante: tal ser no debiera llevar por mas tiempo el noble título de racional; cruzaria la vida sin fé, sin ilusiones, siendo para él un tósigo fatal, un brevaje horrible saboreado entre las convulsiones de un espíritu mártir, y su fin seria la desesperacion despues de haber sentídose despedazar como otro Prometeo de la fábula, por ese buitre que se llama conciencia. ¡Ay de él! que despues de atravesar el árido desierto no le seria permitido llegar á la tierra prometida. Pero si el hombre ha sentido en su cerebro, germinar constantemente la idea de practicar el bien, si escuchando la voz de la desgracia ha visto en su semejante á la emanacion de la Divinidad, su peregrinacion será gloriosa, la gratitud le pagará público tributo, la historia le consagrará sus páginas, y su premio será la inmortalidad.

El hombre y los acontecimientos van á figurar precisamente en la novela histórica que tenemos el grato placer de recomendar á los amantes de las bellas letras; más bien podemos decir que se trata de una historia, adornada con los colores de la novela: en efecto, *El Capitan Armando* comprende una série de hechos que han sido escrupulosamente narrados por su autor, conocido ya en el terreno de las armas, como en el de la literatura; esos hechos memorables que tuvieron lugar aquellos dias en que se verificaba la eleccion de los Supremos Poderes que debieran de rejir nuestros destinos; esos momentos de santo entusiasmo, en que el pueblo dejando escuchar su voz solemne, iba á cumplir con uno de sus mas sagrados deberes, han sido descritos perfectamente; delineados (si se nos permite la expresion) con una exactitud matemática. El Sr. Blanco, dejando muy atras los viles rencores de partido, propios tan solo de las inteligencias microscópicas, se lanza al terreno de la verdad, describiendo con la imparcialidad del escritor, los episodios de que ha sido testigo. La obra que mencionamos encierra el mérito de la originalidad; en ella el autor maneja con una facilidad admirable estilos diferentes, y en todos su elegante pluma da á conocer las dotes intelectuales que le adornan, así como sus vastos conocimientos: ya lo vemos dirigiendo con certeza los tiros de la sátira, otras veces describe con suma facilidad, los diálogos de los humildes hijos del pueblo: ora tambien en alas de la dulce poesía nos lleva á las regiones de la ventura cuando nos describe la belleza angelical de las hijas de Guadalajara, de ese florido vergel donde parece que se retrata la sonrisa de Dios, y ya, en fin, se reviste tambien de seriedad para entrar lleno de fé al campo del observador y del filósofo. Tal es el autor del *Capitan Armando*, obra que hemos leido concienzudamente, y que esperamos, visto el interes que encierra, sea bien recibida por el ilustrado público, justo apreciador de los hechos.

Rafael Miranda y Villela.

México, Junio 24 de 1872



LOS acontecimientos que tuvieron lugar en todos y cada uno de los Estados que forman la Confederacion de nuestra jóven República, con motivo de sus últimas elecciones populares de munícipes, gobernador, diputados al Congreso de la Union y primer magistrado de la nacion, son tan variados, tan llenos de interes, tan originales en nuestra época actual, que por sí solos ofrecen un gran campo al escritor, por poco observador que sea; bastándole únicamente ser partidario decidido de la verdadera historia de su patria y justo apreciador de los sucesos que presencie.

Como hasta los momentos en que escribimos no conocemos obra alguna especial que trate exclusivamente de narrar tan interesantes escenas, nosotros, humildes escritores, sin pretension alguna, intentamos hacerlo; pues creemos que acontecimientos de tal naturaleza no deben olvidarse; á nuestro juicio, ellos son los que educan á los pueblos, haciéndoles conocer mejor el sistema democrático y aleccionándoles para el porvenir; por esto es, que escribiremos y narraremos de buena fé, los episodios que vimos enlazarse y desenlazarse en la época á que nos referimos.

No ignoramos que para emprender semejante trabajo nos falta mucho que saber, pues carecemos de las disposiciones menos privilegiadas del publicista; mas nuestra fuerza de voluntad destruirá los escollos que se oponen á nuestro pa-

so, y evitaremos el naufragio hasta conseguir llegar al puerto deseado. Por otra parte, la confianza que tenemos en la indulgencia de nuestros compatriotas, nos da valor para emprender nuestra marcha con paso firme, y sin temblar ante los distinguidos escritores, honor y gloria de nuestra moderna literatura, que pudieran tratar de suicidarnos pues no tememos semejante proceder, tomamos la pluma sin miedo y trasladamos al papel nuestros humildes conceptos: esta es nuestra primera obra, circunstancia que al menos se deberá tener en cuenta por los rigurosos preceptistas, por los ilustrados críticos, viéndose obligados de esta manera á ser indulgentes con nosotros, puesto que únicamente al escribir esta obra nos guia el deseo de complacer las repetidas instancias de nuestros buenos y francos amigos, unir nuestro pensamiento á la idea del siglo en que vivimos y no aumentar el número de los indiferentes.

Hemos adoptado la narracion, el estilo y la forma que mas se acerca á la novela, por creer que de este modo será menos cansada su lectura, consiguiendo así mejor el objeto que nos proponemos; y no es otro que hacer públicos los hechos que nos son perfectamente conocidos; hechos ciertos que la malicia y el encono podrán negar, pero que nunca dejarán de ser confesados por los hombres de honor y recta conciencia.

Con preferencia nos ocuparemos de los acaecidos en la hermosa capital de Jalisco, pues habiendo sido espectadores de todos ellos, nuestra pluma no podria escribir una sola sílaba que no fuese la justa expresion de la verdad.

Nuestro objeto, al hacer esta narracion, no es, protestamos, herir á persona alguna; deseamos únicamente que se conozca la verdad; dejando al libre exámen la facultad de dar la razon á quien segun él la merezca.

Dicho esto, permítasenos pasar á una nueva aclaracion que juzgamos oportuna.

Naciendo en nosotros la idea de escribir lo que habia-

mos presenciado, por las consideraciones expuestas, pocos dias después de haber pasado las elecciones á que nos referimos, tratamos en el acto de realizarlo; y para el objeto tomamos los apuntes que creimos necesarios, formando en seguida la novela histórico-política que hoy tenemos la honra de presentar á la ilustrada sociedad mexicana. Atenciones que no son del caso referir, nos inpidieron esa vez publicar nuestro insignificante trabajo; hoy por fortuna nos es facil realizar esa publicacion y nos apresuramos á verificarlo, temiendo que si trascurre mas tiempo la oportunidad desaparezca y en consecuencia perdamos por esta sola causa los primeros juicios de nuestra muy pobre imaginacion, relegándoles á un eterno olvido; determinacion que no queremos adoptar; mas como deseamos que estos sean enteramente originales, no suprimiremos absolutamente nada de lo que en aquella época concienzudamente escribimos, pues tan natural produccion es propia solo de aquellos solemnes momentos de agitacion, y mas que todo, de los borrascosos dias en que el hombre insensiblemente se sumerje en profundas y sérias reflexiones.

Por las razones antes dichas, el prólogo que entonces habiamos puesto al frente de sus páginas, que aparece escrito por el doctor Biceno, nombre con el cual íbamos á publicar la actual novela, quedará existente en el lugar que le corresponde. No nos parece fuera del caso decir que si hoy nos resolvemos á publicarla con nuestro nombre propio, es por que hemos llegado á creer que el seudónimo perjudica á toda publicacion, haciendo aparecer algo mal al escritor que comienza por encubrirse: este solo llega á tener autoridad cuando, como "Fígaro" es bien conocido por "Larra;" mas para llegar á este crédito se necesita la gran suma de inteligencia que hizo inmortal el nombre del mártir de una mujer doblemente criminal.... Aun hay una razon superior: la obra que ofrecemos, algo distante de un artículo de periódi-

co, debe producir diversas impresiones en el ánimo del lector: como consiguiente á su objeto acaso será atacada por aquellos que se crean aludidos como hombres públicos, hombres que deben sufrir siempre el juicio de la prensa, por estar sujetos al análisis de la razon que quiere conocerlos y hacerles comprender la bondad ó malicia de sus actos. Por lo tanto, queremos que si tal caso se presenta, desde luego aquellos que se crean heridos sepan con quién pueden entenderse, si desean explicaciones, explicaciones que estamos dispuestos á darles caballerosa y lealmente, evitando así las injustas acusaciones que por el seudónimo se dirigiesen tal vez á extrañas entidades, que no deben ser molestadas en lo mas mínimo en la tranquila vida doméstica que se han propuesto seguir.

Si por esta obra ha de sufrir alguien, seamos nosotros que la escribimos.

He aquí la principal razon por la cual dejamos el seudónimo.

Creemos que tal determinacion no molestará á nuestro muy querido amigo el doctor Biceno y demas hermanos que le han acompañado durante diez años: al contrario, esperamos aceptará gustoso nuestra resolucion, atendiendo á las razones expuestas, y mas que todo, al conocimiento que tiene de nuestra humilde persona, puesto que siendo ella misma, tantas pruebas ha tenido del aprecio que le profesamos y de la sinceridad de nuestras palabras.

Terminando ya, y segun hemos manifestado, escuchemos el prólogo de nuestro doctor, el cual será exclusiva propiedad de la presente obra: en él daremos á conocer uno de los estilos del autor, el bosquejo de las pinturas que aparecerán en escena bajo el dominio de las extrictas reglas de la novela.

M. Blanco.

PROLOGO

NO te sorprendas, queridísimo lector, al ver un nombre extraño para tí, en letras de molde, y fijado en grandes cartelones sobre las esquinas de los edificios de la ciudad, que esta es una costumbre antigua, y yo soy uno de tantos que quiere tener la humorada de conversar contigo; esos cartelones comprenden tan solo el anuncio de la obra con que quiero obsequiar tu curiosidad; aquella, comienza aquí, esta, seguirá si tú lo quieres: ambas terminarán bien ó mal; lo demas, solo Dios y la fortuna pueden decidirlo.

No arrugues el entrecejo, crítico amable, pesadilla del que comienza á borronear papel sin misericordia, ni te revistas de seriedad al escuchar las palabras que todo un doctor Biceno quiere dirigirte; no, deja la reflexion para cuando vayas á ocuparte de algun plan que tenga por objeto, salvar á la República; ó cuando menos, algo que evite los diversos contratiempos, con que vamos rápidamente caminando á la desgracia; por otra parte, vendria muy bien tu seriedad, y acaso no, si vieras á mi cabeza ostentando el altivo pro-

montorio de botones de seda, y si observaras en mis hombros el clásico capelo, apreciable crítico, no he tenido hasta hoy la célebre ocurrencia de aumentar el número de los monopolizadores de la inteligencia, y del saber humano; mucho menos pienses que soy de aquellos que abrigan la loca pretension de creerse los *non plus ultra*, y que censuran todo porque así les place, aunque maldita la razon que para ello tengan; escúchame, no te retires creyendo que soy acaso uno de los célebres discípulos de *Sangredo*; trato de curar, no puedo negártelo; de hacer bien á los hombres, mas solo me dedico á observar las enfermedades morales, esas enfermedades que tienen paralítica á nuestra sociedad, y que deben ser combatidas por aquel que comprendiendo su mision, procura aliviar en cuanto le sea posible, los males que afligen á la humanidad; decia que trato de hacer bien á los hombres, y el único medio que me ocurre para obtener tal fin, es recordarles constantemente el proverbio atribuido por algunos al filósofo Thales, y que segun otros, se encontraba inscrito en el antiguo templo de Delfos:

Nosce te ipsum.

Pasemos á otra cuestion no menos importante: considera á tu filantrópico amigo el doctor Biceno, disponiéndose á salir de su pobre chiribitil: le da una ligera cepillada á su saco de color indefinible, y á su altísimo sombrero, se acomoda muy bien la corbata, se cala sus gafas, y ya para salir, asegura el cinto de su pistola. ¿De su pistola? sí, lector, en estos tiempos tan dudosos es preciso portar semejante arma, se comprende que para hacerse respetable, porque el doctor Biceno no

es hombre de armas, ni se precia de valiente, y aunque hasta el dia, no recuerda haber sacrificado á ninguno en aras de la conveniencia pública, es de su deber prepararse para contrariar el empuje de algun oculto adversario.

Adelante: contentísimo sale de su chirivitil, y se pasea por todas las calles en busca de observaciones.

Es dia festivo, y estos dias son muy á propósito para el estudio que se ha propuesto.

Las clases trabajadoras, esas humildes clases tan abandonadas, tan sumisas y tan sufridas, en un dia festivo están libres de sus faenas, (aunque no siempre de sus sufrimientos) y desde muy temprano, como única distraccion á sus penas, se dirigen en busca de sus amigos de huelga, y los encuentran ¡cosa extraña! al rededor de un abultado tonel lleno de *tequila*, digno rival por su abundancia y uso del famoso licor mexicano; aunque si hemos de ser francos, nos será preciso confesar que el primero es mas puro, mas activo, y por consecuencia mas narcotizador que el segundo; por eso tal vez en un tan grande tonel, se ostenta magestuosamente un letrero que dice: "El Vencedor." A decir verdad, no hay quien hasta ahora haya salido (al menos que yo sepa) triunfante de sus efectos; hace sentir tan diversas emociones, y da tan rudos ataques al cerebro, que el mas valiente se queda viendo el sol á media noche, y las estrellas en la mitad del dia; mas en cambio es tan compasivo, que él mismo cura las heridas que causa; sin duda por estas virtudes, el hombre agradecido jamas deja su compañía, despues de haberse unido á él en recíproco conocimiento.

Las clases trabajadoras y las clases ociosas se

confunden en un dia festivo; andan sin saber la causa, y hablan sin saber lo que dicen; rien ó lloran.......................................

Aun nos falta mucho para llegar á evitar la pérdida del tiempo; al hablar nos olvidamos de la discrecion; reimos cuando debiamos llorar, y lloramos cuando no hay motivo para el llanto.

Contemplando lleno de asombro estas escenas el doctor Biceno, se dijo: "¿Hasta cuándo el vencedor de las clases necesitadas, quedará rendido, para no volver á levantarse mas?" Cuando se difunda la instruccion en todas ellas, cuando se les estimule, cuando se les proporcione trabajo, y los trabajadores no sean los esclavos de ciertas clases acomodadas; de esas clases que sujetan á tarifa la obra del artesano; cuando se premie al hijo del pueblo, haciéndolo distinguir del pícaro y vagamundo, que se mezcla sin cuidado ni precaucion en los círculos que forman muy pobres ciudadanos, pero tambien muy laboriosos y buenos patriotas; entonces se moralizarán y se extinguirá para siempre la costumbre perniciosa de olvidar los pesares, envolviéndolos en la atmósfera de la vergonzosa y detestable embriaguez; entonces esa gran parte de la sociedad agradecida y conforme, será el mejor sosten de un gobierno, sacrificará gustosa su existencia, defendiendo leyes que son, no solo su felicidad, sino el halagüeño porvenir de sus hijos; terminará su indolencia, no se dejará engañar por los corrompidos políticos que ofrecen mucho para no cumplir nada, á no ser que vean estimulada su insaciable ambicion y fines perversos; entonces regenerado y educado nuestro pueblo, comenzará para él una nueva vida, se elevará la patria de Cruz-Aedo á la grandiosa altura

que merece por sus elementos y por sus genios privilegiados; entonces habrá un dique á las aspiraciones bastardas, no volverá á imperar el crímen, la ley será la vencedora, y el mundo entero saludará con respeto á la hija predilecta del cielo, que de dia en dia se presenta mas triste, mas destruida, mas quejosa de sus mismos hijos.

El doctor Biceno guardó silencio por un momento y continuó su camino; mas á poco andar encontróse con un grupo de mosalvetes, sin mas distintivo de hombres, que el sombrero y el baston; sin otras gracias, que saber acicalarse perfectamente, hablar mal de todo y por todo, y lo que es peor, lucir su habilidad y aristocráticas maneras, en la seduccion de aquellas niñas crédulas que, segun ellos, merecen tan solo *su trato elegante y distinguido.* ¿Quereis convenceros? interrogad á las personas de criterio, de recto juicio, de notoria ilustracion; ellos os señalarán centenares de esos seres que pagan constantemente tributo á la indolente diosa Pereza; amigos del vicio, y para decirlo de una vez, son la afrenta pública de la humanidad. Lo que digo no os parezca mal, recordad que hablo la verdad y la verdad no merece vituperio, pues á ella se han unido siempre la razon y el buen sentido. ¿Debo callar? ¿Así lo ordenais? callaré entonces, pues dispuesto estoy á no causar disgusto á vosotros que me dispensais el honor de escucharme, queridos lectores.

¿Me permitireis no obstante otro momento para observar mas de cerca á esa clase tan ociosa, y por consiguiente perjudicial? yo os lo suplico: de ella, me hice esta pregunta: ¿Para qué sirve? Por mas que interrogué á los cielos, y consulté los oráculos, no encontré la solucion de un enigma tan incom-

prensible: acaso un espiritista, valiéndose de su prodigiosa ciencia, podria descifrar el enigma: yo confieso que me confundo: á tales entes, podríamos definirlos la herencia de un siglo corrompido: ociosos, enemigos del trabajo y de la ilustracion, no obstante se creen tambien doctores; y así será tal vez, mas creemos con fundamento, que ellos propiamente merecen el nombre de *topiqueros;* pero en fin, como el mundo es mundo, y lo será hasta el fin de los siglos, dejemos á esos doctos *cimarrones*, que expresen y hagan su gusto; poco importa que ofendan á la sociedad con sus soeces dicterios y pésimas costumbres: ellos, siguen su tema, y...... santas pascuas; ningun caso hacen de lo que nosotros decimos; muy bien, seguirán en sus placeres, en su algazara y costumbres; su vida será la misma y...... punto concluido. Si continúo con este método, estoy perdiendo el tiempo miserablemente, me dije cuando concluí. Iré en busca de la Justicia, y al encontrarla, con la balanza de la diosa, pesaré las buenas ó malas acciones, que me sea posible conocer.

Con semejante resolucion, Biceno corrió sin descanso la mayor parte del dia; ya desesperaba de poder encontrar á la diosa, cuando ¡triste espectáculo! la vió pálida y lanzando doloridos ayes, quejándose de la ingratitud de los hombres que se resisten á invocarla, con sus vestidos desgarrados y en completo desórden.

Ante ella, los afectados de fotofobia permanecen tímidos, turbados, sin movimiento; ¡desgraciados seres que cual otros réprobos tienen que cerrar los ojos ante los rayos de la divina luz....! pobres habitantes que vejetan entre las sombras, y que jamas escucharán en su oscura mansion esa

voz divina, que al dejar oir sus armoniosos cánticos pudiera llevarlos en alas del amor y de la dulce poesía, hasta las regiones donde habita Dios. En su malestar acusan á la triste diosa que vierte doliente sus lágrimas, y ¿podrán permanecer serenos ante tan doloroso espectáculo?......... ¡Insensatos! esos seres abyectos, partidarios del rencor y de la venganza, esperan el momento mas oportuno para poder destruirla, y alimentan la esperanza de que volverá la ocasion favorable, en que de sus cónclaves nazca la triste idea de hacerse cual en otro tiempo señores del mundo. ¡Crasos errores de una imaginacion envuelta entre las sombras de la ignorancia!

Despues de esos discípulos de Arbues y Torquemada siguen los buitres, impuestos á saborear el alimento en medio de la miseria y de la desgracia: de la triste miseria, de la horrible desgracia que comienza por destruir al cuerpo, y concluye aniquilando al alma, al alma, esa emanacion de la divinidad: de la miseria y de la desgracia, acompañadas al principio de la conformidad, pero bien pronto de la desesperacion, de la miseria y desgracia, orígen del escepticismo, centro de atraccion adonde vendrá á reunirse forzosamente todo lo malo que puede poner en práctica el cerebro y el corazon.

La diosa continuó su camino. Para apartar su vista de un cuadro tan aterrador, quiso variar de perspectiva; en efecto, se dirigió á un Monte de Piedad que encontró abierto, á pesar de que era dia festivo aquel en que verificaba (como antes hemos dicho) su excursion.

Mas desgraciada Justicia, ahí tampoco encontró costumbres que alabar ni virtudes que enaltecer:

allí esperimentaba una terrible emocion al escuchar los gritos lanzados por la miseria, quien no pudiendo sufrir mas la plaga de tanto agiotista, decia en su justo enojo: ¿No teneis en cuenta el trabajo de mis hijos? no es bastante su expiacion y tremenda agonía? ¿quereis seguirles extrayendo la sangre hasta dejarlos exánimes? aun pretendeis roer su osamenta?.. Malditos seais!..

La Justicia llora y espera resignada que sus penas terminen. Cesad ya, dice entonces con aspecto humilde; mas los agiotistas le responden con una carcajada satánica, y le presentan el suplicio de Tántalo; el oro, sosten del rico y humillacion del pobre; la Justicia entonces responde llena de aflixion:—Clase maldita, vampiros de la humanidad, reid, gozaos en vuestro lucro obtenido por la infamia, y que os proporciona la desgracia; gozad: el anatema llegará algun dia para vos.. Malditos seais!....................................

La Justicia prosigue su camino: no pudiendo escuchar por mas tiempo aquellas terribles y desgarradoras palabras, sale apresuradamente de aquel que tendriamos derecho á llamar lugar de la ignominia ó *Monte impío*, y se introduce al bufete de un *tinterillo*. La Justicia dijo: "Aquí estaré mejor;" pero aquel pensamiento se desvaneció rápidamente ante la verdad desnuda; con la violencia del relámpago cruzó la ilusion, dejando en su lugar el frio desengaño; aquel bufete sin título se habia convertido en un escritorio de comercio; cada ley era un número que se prestaba al cálculo; en aquel lugar se vendia la justicia al mejor postor; por eso á ella la vemos salir desconsolada cuando considera que no ha sido apreciada en su justo valor por el extraño mercader. ¿Adónde iré? se

preguntaba despues. Quién saliendo del estrecho círculo de la ignorancia se prestará sumiso á escuchar mi voz? Se dirigió al templo del Señor. He aquí, exclamó, el santo albergue donde habita la inocencia y la paz. Sentóse despues en un confesonario; pero el *caniculario* armado de su látigo, ostentando en su pecho las llaves del apóstol que negara tres veces á Jesus, y provisto de una fuerte dósis de orgullo, se acerca á ella, y aunque no la conocia con tono imperativo le dice: *Fora hinc!* La Justicia, llena de oprobio, sale de la Iglesia, dirigiendo antes su postrer mirada al lugar de la oracion.

¿Adónde irá despues esa mártir que gime doliente en el vasto teatro de la humanidad? Cruzó calles y plazas, visitó talleres y orfanatorios, alcázares y cabañas, garitos y oficinas, y por do quier escuchaba aquella voz fatídica: *Fora hinc!* Y siguió su camino con el rostro anegado en llanto, y exclamando con acento dolorido: Infelice de mí! me desprecian, no quieren conocerme. Ay de ellos!

Rendida de cansancio, sentóse bajo la sombra de un árbol frondoso, y se entregó al silencio; cuando se encontraba mas absorta en su contemplacion he aquí que se le presenta una mujer gigante, vestida con un trage color de fuego, recamado con multitud de insectos ponzoñosos, llevando en su mano izquierda una reluciente saeta y sobre su cabeza una diadema de oro, en la que se veian siete pequeñas serpientes, cuyos ojos brilladores, y en continuo movimiento, despedian rayos que extinguian la vista de aquellos que tenian la temeridad de mirarlos. Esta mujer le dice con altivez: ¿Cómo, vil esclava, te

atreves á permanecer aquí? ¿ignoras acaso que soy la reina del mundo, la dominadora que he fijado mi residencia en este lugar!

—¡Quién sois? preguntó la tímida mártir.

—Soy la reina del vicio, la mas terrible impresion de la humanidad, el tremendo anatema del siglo, la poderosa voz que mata.

—¡Cómo os llamais?

—¿Quereis saberlo?

—Lo desearia.

—Pues de rodillas y prestad homenaje á la Calumnia.

La antes tímida diosa, al escuchar aquel insulto y al saber el nombre de aquella que con su voz imperiosa pretendia imponerle dominio, se levanta altiva y exclama:

—No os reconozco como soberana; vos sois quien debe humillar la cerviz ante mí: soy la Justicia!

Tan luego como esto observa el doctor Biceno, se vuelve pensativo á su chiribitil, se quita su sombrero, lo pone sobre la cama y apenas habia hecho esto cuando entra la Justicia y le dice: la lucha ha comenzado entre la Calumnia y yo, presenciad los acontecimientos que van á sucederse, escribid todo lo que veais y sed el fiel cronista, la narracion de los hechos es la mejor defensa de mi causa.

Y he aquí, lector amable, al doctor Biceno que se sienta en frente de su pequeña mesa, toma papel y pluma, y comienza á escribir exento de toda pasion, sin quitar ni poner nada; solo permitiéndose á veces unas breves reflexiones.

Perdona si no te agrada, mas la verdad no puede contentar á todos, dispensa si no te adula, ya ves que es muy aborrecible tan engañosa forma:

si tienes conciencia recta confesarás la verdad, si por el contrario elástica, te atreverás á negarla; solo te ruego que si te molestases no me llenes de improperios: mi intencion es buena y no trato de ofenderte.

Si mis últimas palabras te provocan hilaridad, rie, que yo tambien reiré á mi vez: comienza á leer, que una vez comenzando, comprendo que seguirás leyendo.

Mis queridos lectores, no menosprecieis los humildes escritos de vuestro mejor amigo y defensor

BICENO.

Perdonad la humorada; pero el prólogo anterior son los bosquejos ofrecidos, de ellos saldrán las exactas pinturas que vamos á hacer de los acontecimientos que tuvieron lugar con motivo de las últimas elecciones practicadas en la capital del Estado de Jalisco.

"A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos, si algunas *caricaturas* por casualidad se parecen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecérsele."

Ademas, "el atrevimiento que me tomo de dar consejo sin ser llamado, merece perdon; pues el negocio es comun; todos tenemos licencia de hablar."

Esto que decia Larra al escribir los artículos de sus obras, lo decimos á la vez á nuestros lectores.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

EFECTOS DE UNA FAROLA

¡QUÉ bella se presenta la naturaleza en un dia sereno! ¡Qué hermoso es contemplar al cielo cuando se encuentra despejado de los negros nubarrones que presagian la tempestad!

¡Cuán seductora es la verdad!

Hermoso dia, cielo puro, verdad divina, venid á despertar al corazon de su letargo, para que escuche las expresicnes nacidas del alma; venid, que la grata seduccion, la pureza y santidad con que habeis nacido tienen forzosamente que legar al hombre momentos sublimes, momentos de célica esperanza en los cuales secará el amargo llanto que destilando de sus pupilas, surcará despues sus mejillas donde se refleja el triste desengaño.

Despuntaba la aurora; el astro luminoso despedia sus rayos de oro sobre el florido suelo de Jalisco.

Hermosura del dia, belleza del cielo, perspectiva divina, yo os saludo; llegad, llegad pronto, que la calumnia, la cobardía y la infamia van á tener que presentarse en vergonzosa exhibicion y á mostrar al mundo su fealdad miserable y asquerosas formas. Habeis venido al fin para amparo de la razon humillada y proscrita, para defender al honor relegado al olvido, condenado por la tiranía á vivir en perpetua sombra.

¡Benditas seais, horas de redencion!..........

....

Era el 23 de Abril de 1871; la mansa brisa besaba cariñosa las hojas de los árboles, el cielo se mostraba limpio y puro; todo en la naturaleza convidaba la dulce calma: esa bendita calma que presta inspiracion al cerebro, y sentimiento al corazon: la dulce calma comunicándonos su influencia, hace que conozcamos el bien, por ella nuestro espíritu se remonta hasta las regiones de la idealidad.

Al contemplar la creacion en dia tan apacible, los inocentes ensueños despertaban, y el regocijo no conocia límites; ninguna reminiscencia dolorosa martirizaba nuestro ser: la felicidad nos sonreia.

El 23 de Abril de 1871 era para nosotros un dia en que aun no descubriamos nada terrible: mas ¡ay! pocas horas despues este dia memorable tendria que verse cubierto por las negras sombras

de la fatalidad; ese dia iba á ocupar un lugar privilegiado, lugar que se destina al recuerdo de las fechas que grabaran los acontecimientos con su buril de fuego en el gran libro de nuestra existencia.

Guadalajara, la hermosa capital de Jalisco, la Andalucía del suelo mexicano, la cuna de genios privilegiados, de héroes ilustres, la Señora de Occidente se mostraba como nunca graciosa, como nunca simpática: en este dia sus predilectas hijas, esos diamantes purísimos que reverberan en el horizonte de lo bello, cruzaban llenas de encanto ante una multitud ávida de curiosidad, que contemplaba sus seductoras gracias, sus mágicos hechizos: ellas se dirigian á la iglesia; iban á cumplir con los deberes que impone la religion, sagrados deberes que hacen de la mujer un ángel de piedad que demanda consuelo para el desgraciado que sufre.

Las plegarias de una madre, de una hermana, de una esposa, llenas de fé y de esperanza, no pueden ser desatendidas por el Supremo Hacedor: deben llegar á El, pues son la emanacion de la virtud; y esta Divinidad incomprensible concederá la gracia y escuchará los ruegos de la inocencia.

No creer es tributar una ofensa á la Divinidad, dudar de su bondad infinita es destruir los principios de la moral que sostiene nuestra fé elevando al espíritu caido, y haciéndole esperar otra vida

de paz y venturanza donde no se conocen la pena y el quebranto. ¡Cuán grato es creer! ¡Qué hermoso es remontarse en alas de la fantasía, hasta las regiones donde habita Dios!

Dejemos en el templo á esa cara mitad del género humano y examinemos las calles y plazas, cuyo concurso era cada vez mas numeroso.

Un acontecimiento llamaba la atencion de los transeuntes; acontecimiento bien sencillo por cierto: los espectadores dirigian su vista á una farola, suspendida por medio de un lazo cuyas extremidades habian sido fijadas en dos balcones situados en esquinas opuestas; dichos balcones correspondian al S. O. de la plaza principal.

Aquí comienza la historia que como fieles cronistas queremos narrar á nuestros lectores; historia verdadera apoyada en datos suficientes, y de la que responderán (no lo dudamos) todos los habitantes de la capital, en la cual tuvieron lugar los acontecimientos que vamos á describir.

En la farola á que nos referimos se fijaba la multitud ansiosa. ¿Y por qué? sobrada razon tenia; en ella se ostentaba un elegante letrero que decia: *Hoy* 23 *de Abril, á las diez de la mañana, el club Vallarta se instalará en el teatro Degollado.*

Todos los lectores se fijaban cada vez mas en la farola; semejante aviso producia efectos distintos, hacia sentir diversas emociones. Unos creyendo haber leido mal volvian á leer con mas cuidado,

y al confirmar que no estaban bajo el dominio de una ilusion de óptica, se ponian pálidos por la cólera y sentian erizarse sus cabellos al ver anunciado en letras bien grandes el nombre de Vallarta; otros dominados por un terror pánico experimentaban un temblor involuntario que exaltaba su nervioso sistema y hacia que sus dientes chocasen unos con otros.

La mayoría leia llena de satisfaccion aquel aviso, sus ojos brillaban con la alegría que es propia en toda persona que espera bien pronto ver al ausente dueño de sus afectos y simpatías, y en general ninguno miraba indiferente aquella farola, que en su letrero repetia: *Hoy, á las diez de la mañana, se instalará el club Vallarta en el teatro Degollado.*

Bien pronto una inmensa multitud comentaba de diversas maneras aquellas sencillas palabras.

—Oiga, comadre, decia una mujer que vendia agua fresca á otra que la acompañaba, qué observa tanto esa gente en aquel gran farolon?

—Ay, comadre, decia la interpelada, haciendo un gesto ridículo. Qué ha de ser? aseguran que Vallarta quiere apoderarse hoy del teatro Degollado.

—Va á haber funcion?

—Funcion? qué, no conoce á Vallarta?

—No.

—Pues figúrese, comadre, que era muy lindo; pero desde que mandó tirar Santo Domingo y

el Cármen, está muy horrible y se va á poner mas feo, porque quiere tirar la Catedral.

—Jesus María! con razon esa gente está tan entretenida leyendo.

Y seguian su conversacion haciendo comentarios semejantes, la vieja de la agua fresca y su comadre.

—Vamos, decia una enlutada á un jóven (con quien habia entablado conversacion) despues de haber leido el significativo letrero, ya mi hijo cesará de servir al orgulloso de D. Alvaro del Bastion, viniendo Nacho.

—¿Pues qué, no ha llegado? le preguntó el jóven.

—No, aun está en México: bastante cuidado ha tenido mi Antonio de saber en qué lugar se encuentra.

—Me habian dicho que aquí estaba.

—Invenciones: no se ha movido de México; vive en la calle de Cadena número 4.

—Decian que.............................

—Sí, dicen lo que se les ocurre.

La enlutada y el jóven continuaron su conversacion sobre el mismo asunto.

Un hombre demasiado obeso, de color pronunciadamente trigueño, nariz chata, ojos pequeños, trage vulgar y sombrero de palma adornado con una gruesa toquilla de paño azul, llevando en el hombro izquierdo varios rebozos, y un muy tosco garrote debajo del brazo derecho, recorria con

marcada inquietud y mirada escudriñadora, los diversos grupos que en la plaza principal y tambien al frente de la farola se habian reunido; ciertos signos de inteligencia atraian hácia él á varios individuos de los que allí se encontraban, y á quienes dejaba escuchar á media voz estas palabras: "D. Longinos Torrente me ha dicho avise á vdes. que no falten hoy al lugar de la reunion; habrá frasca, *tequila*, música y...... otras cosillas que veremos en la bullanga que vamos á causar.

—¿A qué hora nos hemos de reunir? preguntaron los que habian escuchado atentamente al del sombrero de palma.

—A las diez de la mañana en punto, respondió el enviado de D. Longinos.

—¡Qué tendremos que hacer?

—Llevar bien listos los *triunfos* y *asegundar* lo que yo diga.

—Bueno, bueno, el *aparcero* dirige la funcion, decia otro del corrillo saltando de contento y dirigiéndose á un individuo que llevaba un enorme *chirlo* sobre el carrillo izquierdo.

—Fiesta tenemos, exclamaron todos.

—Silencio, dijo el que iba á dirigir el motin: todavía no es tiempo de *resplandecer;* ya se acerca la hora, no hay que faltar; y diciendo esto se despidió de sus amigos perdiéndose á poco entre la multitud.

Otros agentes análogos al hombre de los rebozos, recorrian los barrios de la ciudad.

Los enemigos del órden público que no se detienen en los medios para conseguir sus perversas intenciones, jamas se han fijado en la clase de personas que eligen como instrumentos de sus fines siniestros; por eso vemos al enviado de D. Longinos, individuo de mala fama y á quien conoceremos mas á fondo en el trascurso de nuestra narracion, convidar para un motin á los incautos amigos que tiene, encargándoles expresamente que vayan armados, pues así podriamos interpretar la palabra *triunfos*, con los cuales habian de presentarse el dia de la cita.

Veamos ahora lo que pasa en otros individuos que en. su trage, revelaban pertenecer á la clase aristócrata; estos fijaban la vista en el letrero de la farola y decian llenos de orgullo: "Vaya una necedad, querer hacer popular á un hombre tan odiado, empresa de romanos, son unos pigmeos los que tal intentan;" y proseguian su camino henchidos de fatuidad, pero sin poder comprimir los latidos de su agitado corazon, que les recordaba el terrible secreto que poseia de su vergonzosa conducta el ciudadano cuyo nombre estaba escrito en uno de los frentes de aquella mágica farola.

Un viejo barbicano, mofletudo y colorado, á otro individuo descolorido y regordete, decia estas palabras:

—¿Qué nos importa el club? ¿á qué viene esta farsa? pronto ahorcaremos á estos revoltosos: al fin el triunfo es nuestro.

—Dice vd. bien; y qué pronto se han olvidado de lo que sucedió con Piélago y Monayo.

—¡Ah! exclamó D. Patricio, estos fueron mártires de nuestra santa religion, no hay que ofender su memoria.

—Y qué, triunfaremos aunque se oponga el pueblo?

—Seguramente; de no ser así, tendria que marcharme muy lejos.

—Qué razon....?

—Recuerde vd. que tengo un negocio en el tribunal, y si viene Vallarta........................

—Es cierto, se me habia olvidado que........

—Verdad? mis temores son fundados.

—No hay que acobardarse, al fin el triunfo es nuestro.

Concluido este diálogo, los dos interlocutores se dirigieron al café de la Independencia, donde les esperaban varios de sus amigos.

Entretanto otros individuos abrigando llenos de fé un entusiasmo patriótico, tenian confianza en que sus trabajos no serian estériles; el nombre de Vallarta se escapaba de sus labios, y veian en el ilustre patriota la fuerte columna contra la cual vendrian á estrellarse los tiros del rencor, de la ignominia y de la maledicencia.

Hay creencias invariables sostenidas por la conviccion que da la justicia que las ha formado; no pueden dejar de existir; la razon se opone y el fuero interno reanima constantemente la esperanza que existe en el hombre pensador: esa creencia era la que hacia esperar á los partidarios de Vallarta el triunfo mas completo.

El hombre del porvenir era aclamado por la generalidad: ante él se habian conmovido las pasiones rastreras, y las tímidas ambiciones se escondian para dar lugar al candidato de la reforma; en el período constitucional que comenzaba, esas ambiciones tendrian que ponerse frente á frente del mérito, del mérito que por ninguno se habia llegado á poner en duda.

Y como tal conviccion existia tambien á su vez en la conciencia de los enemigos de tan admitida candidatura, no desaprovechaban recurso alguno, por innoble y malvado que fuese, para contrariar la opinion pública; sus trabajos perversos demandaban el esfuerzo de hombres iguales, y convencidos de esta necesidad atraian á su partido á todos aquellos que se habian distinguido en épocas anteriores; pero no por su honradez, probidad y buena fé, sino por su pésima conducta y depravadas intenciones.

Hemos dicho que no tratamos de zaherir á nadie, únicamente hacemos comentarios que creemos demasiado justos, y tan es así que mas tarde

veremos á muchos de aquellos que al principio fueron enemigos de la candidatura Vallarta, ceder ante la voz imperiosa de la razon, pues vieron claramente cuanta era su impotencia para seguir luchando por mas tiempo en contra de la verdad y de la justicia: lo diremos de una vez, no era posible que tales seres aspirasen por mas tiempo la nauseabunda atmósfera en que vivian; la humanidad los habria maldecido, y la historia guardaria sus nombres en el catálogo de los liberticidas.

¡Loor eterno á los hombres de firmes principios, y amigos del bien público! ellos recibirán las bendiciones de la posteridad, y serán llamados los salvadores de la patria.

¿Hasta cuándo los hijos de la hermosa México llegaremos á aspirar las divinas auras de la felicidad? ¿Qué dia será aquel en que unidos y conformes coadyuvemos todos al engrandecimiento de la República? ¿Habrá muerto ya la esperanza? No: tambien en nosotros existe una creencia salvadora, confiemos en el porvenir: el momento llegará de la reflexion, y la aurora de la paz lucirá sobre nuestro hemisferio. La paz, ese bien tan inapreciable, que es el fiel precursor del bienestar y progreso de los pueblos.

....

El relox de la Catedral marcó las diez de la mañana: todos aquellos grupos que hemos visto

en la plaza principal se dirigieron al teatro Degollado: los unos reposados, los otros furiosos y coléricos.

Dentro de breves momentos comenzaremos á ver mas de cerca la conducta de ambos; conducta que dará á conocer mejor la imparcialidad de nuestras palabras, y la justicia de nuestras apreciaciones.

CAPITULO II

EL TEATRO

EN la capital del Estado de Jalisco, existia el año de 1856 una plaza llamada de San Agustin, que ofendia con su fealdad y repugnante conjunto, á la moderna ilustracion del siglo.

Pero la antorcha de la civilizacion y del progreso, alumbrando por do quiera, hizo que en el mismo año se derrumbase aquel abrigadero de los pequeños comerciantes, para ceder el campo á una obra que honrará á la hermosa capital. La ley se habia cumplido debidamente. El ilustre patricio, el inmortal D. Santos Degollado, puso la primera piedra del edificio que seria no el primero, pero sí el segundo teatro de la República.

La construccion de tan grandioso monumento fué encomendada al inteligente artista Jacobo Gálvez, el cual para poderse ayudar en los gastos, fabricó poco despues los portales que circundan

el edificio; concluidos estos, produjeron una renta pingüe, la que pasó á las areas del municipio. ¿Qué fué de ella? *La Civilizacion* contestará por nosotros.

No obstante, la obra continuó; y aunque para esto fué necesario emprender costosos sacrificios, hoy el teatro está casi concluido. Por fortuna de aquellos que emprendieron trabajo tan colosal, varios conventos (que segun las leyes de Reforma se habian mandado derribar) proporcionaron inmensas brazadas de piedra, y esto fué un grande ahorro para los capitalistas, pues la mayor parte de ese material se aprovechó en la construccion de la obra referida; podemos decir que las ruinas del oscurantismo, sirvieron para levantar un templo donde se rindiese público homenaje al divino arte de Talía.

No muy profanos en el arte arquitectónico nos permitiremos examinarlo. Desde luego admiramos su atrevido arco de boca, ó torna–voz, que sostiene la gran bóveda principal que lo cubre, el cual en su interior encierra ligeras y bien trazadas escaleras que conducen á diversas piezas, colocadas en la parte alta del foro. El teatro tiene cinco pisos sostenidos por intercolumnos del órden corintio, unidos por elegantes balaustrados de fierro primorosamente calados. Diremos para concluir (pues los estrechos límites de nuestra novela no nos permiten extendernos mas) que la hermosa bóveda es-

tá adornada con pinturas que representan á los Dioses del Olimpo, formando escenas alusivas á su gerarquía y atributos. Dichas pinturas fueron dirigidas por el ya mencionado artista Jacobo Gálvez (que tambien posee tan divino arte) y ejecutadas por el delicado pincel de los célebres Gerardo Suarez y Felipe Castro. Pero nada llamó mas nuestra atencion, como la diosa Aspasia: formas exactas y perfectas, elegante colorido, natural actitud, expresion en la mirada, gracia en el conjunto, he ahí lo que se encuentra en la célebre cortesana griega, maestra de Sócrates y esposa de Pericles. Ella nos acompañará siempre invariable y complaciente, á presenciar los actos de aquella inquieta multitud á quien hemos visto formar diversos grupos en la plaza principal. Dirijámonos al teatro.

Al entrar en el magnífico edificio que acabamos de dar á conocer ligeramente, los grupos de que hemos hablado en tan distintas ocasiones, fueron eligiendo el lugar que ellos juzgaban mas á propósito para sus fines; los revoltosos procuraron reunirse en todo el lado derecho del patio; los honrados ciudadanos que iban á cumplir con uno de sus mas sagrados deberes, ó simplemente á observar, se fueron colocando indiferentemente.

Hermoso cuadro presenta la reunion del pueblo; á su vista tiemblan los déspotas, y las bastardas ambiciones se humillan y esconden el rostro, temiendo ser descubiertas por la justicia cuyo co-

losal empuje todo lo derriba, no quedando satisfecha su poderosa fuerza, hasta el momento en que ha destruido toda resistencia contraria.

El cerebro se agita al considerar de lo que podria ser capaz conjunto tan imponente abrigando la misma intencion salvadora, y coadyuvando al mismo fin; la humanidad entonces no volveria á soportar el pesado yugo del poderoso; seria respetada, y agena de sufrimientos, llevaria sus miradas al cielo para contemplar las maravillosas creaciones de Dios; podria, en fin, interpretar debidamente cuanto le rodea, encontrando así la felicidad ambicionada. Mas ¡ay! esto es ilusorio; muchos siglos trascurrirán para que el pueblo llegue á ser el verdadero soberano, para que la humanidad no sufra y vea realizadas ideas propias tan solo de nuestra acalorada imaginacion.

Reanudemos el hilo de nuestro relato.

Los ciudadanos que no estaban en el secreto del desórden, en vano se esforzaban para poder apreciar en su justo valor algunas miradas rencorosas que sin el menor cuidado dejaban escapar hombres desconocidos, de ninguna representacion y de repugnante catadura.

No le es dado al hombre, por muchos que sean sus conocimientos en la ciencia frenológica, conocer á fondo las inclinaciones y disposiciones morales de su semejante; concedemos que su estudio tiene algo de cierto, pero no creemos que la fre-

nología llegue todavía al terreno de la perfeccion. Prosigamos.

Por algunos minutos mas continuaron llegando espectadores; á poco cesó todo ruido, un silencio profundo reinó en el local: la música del 25 de línea que se encontraba allí ejecutó admirablemente una marcha clásica; terminada esta, toda la concurrencia esperaba con ánsia el acto de la instalacion.

Un jóven de 25 años, de alta estatura, color trigueño, mirada atrevida y fuerte complexion, apareció en el escenario, y dirigiéndose á los presentes, con acento claro dijo: "Conciudadanos: ya sabeis que tratamos de instalar un club; el objeto que nos proponemos, es trabajar porque triunfe la candidatura Vallarta para gobernador del Estado."

No pudo continuar su discurso, pues apenas se escuchó el nombre de Vallarta, los del lado derecho gritaron coléricos: "¡Muera Vallarta!" A este grito descortes los que habian permanecido en silencio exclamaron con entusiasmo: "¡Viva Vallarta!" "Muera Vallarta!" volvieron á gritar los primeros, aun mas coléricos.

E inmediatamente el teatro se convirtió en un campo donde iba á disputarse palmo á palmo, no el triunfo de una candidatura, sino ¡cosa extraña! el derecho de trabajar por un candidato distinguido.

No era la sagrada razon la que allí ocuparia el lugar que cede la justicia al buen sentido; no, era la vil prostitucion del criterio, la vergonzante idea del hombre que se arrastra miserable en el cieno inmundo; era la infame conducta de un corazon perverso para quien no existen las leyes del honor, de la delicadeza y de la conciencia, era la degradacion que ofende, la ponzoña que mata; el reptil que valiéndose de su instinto traidor y maldito aprovecha la ocasion mas oportuna para clavar su venenoso diente.

—No puedo, no es posible permanecer indiferente al observar acontecimientos tan poco dignos de la ilustracion del siglo en que vivimos, decia con acento triste uno de tantos espectadores á otro que se encontraba cerca de él.

Tiene vd. razon, contestó el inmediato, pero las palabras duras que produce nuestro justo enojo no deben ser dirigidas á esa multitud que vemos frenética; culpemos únicamente á las personas que abusando de la credulidad y buena fé del pueblo, dan lugar á hechos tan vergonzosos: ellos son los criminales á quienes deben dirigirse las palabras de nuestra acusacion por enérgicas que parezcan.

—Así es en efecto, replicó el primer individuo, quien no pudo continuar hablando, pues en aquel momento se escucharon nuevamente gritos de "¡Viva Vallarta!" "¡Muera Vallarta!" vivas y mueras á

Juarez, á Porfirio Diaz y á otros individuos; pero tan agudos y continuados, que ninguna persona hubiera podido hacerse comprender en esos momentos. ¡Cuál no seria el desórden!

El grito de los antagonistas de Vallarta era colérico; el de sus defensores era reposado y algo cubierto por el sarcasmo.

Mas para poder continuar debidamente la nar racion de los sucesos que nos ocupan, y mientras que en el teatro continúa la algazara, retrocedamos un poco, pues nos es de suma importancia conocer á un nuevo personage que será el protagonista de la historia que vamos refiriendo concienzudamente: bien pronto seguiremos el órden de nuestra narracion.

De uno de los hoteles de la ciudad, llamado de la Independencia, salia poco despues de las diez de la mañana, un jóven militar pensativo y limpiando instintivamente con su pañuelo la vicera de su kepí: si hubiéramos podido ver á su cerebro, lo habríamos encontrado navegando en el mar interminable de la inteligencia; mas ya que esto no es posible, escuchemos el monólogo que tiene en su camino.

—Tengo ya un mes de estar en la hermosa capital de Jalisco, decia, y parece que solo ha trascurrido una hora.

¡Cómo pasa el tiempo! despues de la batalla de Ovejo he venido con el general Rocha á este

lugar; profundas simpatías tengo por tan hermosa ciudad: son tan amables sus habitantes, me han distinguido con tantas consideraciones, que seria un ingrato si no lo confesara. ¡Ah! se me olvidaba: estoy invitado en Zapopa á una convivialidad; mas para poder ir es necesario el consentimiento de mi general Corona. Iré á verlo: no creo que me negará su permiso: él tambien tiene que concurrir y si me concede tal honor, aun iremos juntos.

El incógnito se dirigió á la casa del jóven y valiente general, quien habia salido momentos antes: de allí se trasladó á otros lugares y entre ellos á palacio, cuyas escaleras subió y bajó precipitadamente; por último, habiendo perdido por aquel momento la esperanza de encontrarlo, encaminó su paso poco á poco hasta llegar á la esquina S. O. de la plaza principal, donde como todos los transeuntes, fijó su atencion en aquella farola que anunciaba la reunion del club Vallarta en el teatro Degollado. Deseoso de encontrar al caudillo de Occidente y pensando que estaria tal vez en aquel lugar, se dirigió al teatro; ansioso del permiso que le concederia libertad para trasladarse inmediatamente al lugar del convite, adonde probablemente se reuniria con sus principales amigos.

¡Pobre jóven, para quien aquel lugar seria mas tarde un recuerdo de maldicion!

Dejémoslo ir en busca del general Corona, y por

nuestra parte penetremos nuevamente con los lectores al interior del teatro.

Una vez allí, recordemos á un hombre obeso, de nariz chata y abultados labios, á quien hemos visto en la plaza principal recorriendo los diversos grupos, con sus rebozos en el hombro, y armado de un grueso garrote; pues bien, este enviado del incógnito D. Longinos Torrente, que segun dijimos en el capítulo anterior, recomendaba encarecidamente á sus amigos no dejasen de asistir á la reunion que tendria lugar ese mismo dia, y que para estimularlos mas en su dialecto *tapatío*, les decia:

—Tendremos *bullanga.*

Este hombre de aspecto repugnante, llamado Feliciano Barrica, fué el primero que haciendo una horrible gesticulacion, y esforzando su ronca voz, gritó:

—Muera Vallarta, *aparceros*; nosotros no podemos defender á un bandido: si por esto hay *pena*, nada me importa: *atirántenme;* al fin yo no me *canso* y sé *sacreficar* la vida por mis ideas *perfiristas.*

Tales fueron las primeras palabras que se pronunciaron en contra de la candidatura Vallarta.

¿Semejante órgano del partido contrario, seria acreedor al respeto? De ninguna manera: y no vaya á creerse que lo eligieron por falta de un orador digno, sino porque D. Longinos comprendió

perfectamente que no podria presentarse ante un concurso, que arrancándole la máscara de la hipocresía, le habria presentado tal cual era; es decir, un hombre cubierto por la infamia.

Cuando Feliciano concluyó de hablar, se dejó escuchar una estrepitosa carcajada; la voz del criterio humillaba el atrevimiento de un imbécil.

Feliciano, con sus ojos extremadamente pequeños, con su frente un poco deprimida, y sus cabellos erizados, dejando escapar á pausas su ronca voz, con sus párpados medio cerrados por el cansancio, que en el momento de hablar le producia la agitacion; con su ridícula cabeza, que parecia á primera vista un tanto terminada en punta, todo esto, formando una triste armonía con su cuerpo, que era una especie de tonel soportado por unas piernas arquedas, formaba un conjunto despreciable, que si en circunstancias normales habria causado compasion, en aquellas á que nos referimos, bien graves por cierto, provocaba la hilaridad.

Si en política hubieran tratado de suicidarse los enemigos de la candidatura Vallarta, no habrian elegido otro medio mas seguro para conseguirlo, como el que les habia proporcionado aquel pregonero de taberna.

La pobre ilusion que existia por el partido de D. Longinos, se desvaneció rápidamente, pues el pueblo, que siempre en circunstancias análogas es

partidario del buen sentido, exclamó entusiasmado cuando escuchó *al orador de nuevo cuño*:

—Viva Vallarta!

Pero el rebocero no cedia, y manteniéndose en pié sobre una silla que le servia de tribuna, continuó hablando: concedámosle el grande honor de escucharle.

—Nosotros llegamos antes, decia: y lo que es yo me muero.

En efecto, si algo hubiera conocido la vergüensa, se habria muerto al ver á su risible figura moviéndose en pleno teatro.

Varios de su bando gritaron:

—No te morirás, *aparcero;* aquí estamos nosotros por si acaso te falta la respiracion.

Aquello era una mezcla confusa de gritos destemplados y de incomprensible vocería.

El desórden estaba en todo su apogeo; aquel que elevaba mas la voz, y dirigia mayores insultos, obtenia á veces dominio sobre aquella turba frenética.

Si en aquellos momentos nos hubiéramos fijado en uno de los palcos segundos habriamos visto á dos personajes que se ocultaban detras de una de las columnas.

Quiénes eran? Fray Camándulas y el Licenciado Roleta, que llenos de regocijo contemplaban la algazara y el desórden.

Ya los conoceremos mejor: bástenos decir que

son agentes del partido lerdista, y que gozaban de altas consideraciones en el Estado de Jalisco.

El desórden continuaba, y no sabemos cuándo hubiera terminado espectáculo tan indigno de un pueblo civilizado y culto, si trascurriendo unos minutos mas no hubiera alcanzado dominio sobre aquella multitud una voz chillona que decia:

—Ay! me oprimen, me matan, me extrangulan!

—Qué le sucede á ese hombre? preguntaron todos.

Y la voz atiplada prosiguió:

—Miradles, miradles: me amenazan, me insultan con su presencia.

—Quién es? volvió á preguntar la multitud.

—Defendedme, ya se acercan...... asesinos, atras.... compasion.... hermanos.... sí, muero.... muero por él.... está conmigo.... (y sacó del seno un retrato) vedlo.... sí.... mi general Porfirio.... muerte.... muerte........!

A las voces de aquel desgraciado monomaniaco, los grupos se dirigieron al centro, creyendo encontrarse con una escena de sangre y de matanza.

El hombre que daba tan desaforados gritos, se llamaba Flavio Estopin; este individuo tenia una palidez notable, ojos de lechuza y era extremada su pobreza de masa muscular, su voz chillona heria el tímpano de una manera desagradable; su vestido humilde y desgarrado completamente se com-

ponia de una blusa de color azul, que cubria en parte unos pantalones de brin. Un hijo de Esculapio habria deducido que la demencia de aquel desgraciado ser, era el efecto de frecuentes acsesos epilépticos.

El observador imparcial veia con desagrado aquel motin que, aunque habia comenzado como una ridícula farsa, bien pudiera haber originado terribles consecuencias.

Y el escritor que tambien se encontraba allí palpando con frialdad los acontecimientos, cuál era su mision?

Si no quiere despreciar la voz de su conciencia debe tomar notas exactas, que mas tarde puedan servir de norma á su pensamiento; estas notas, tal vez muy tristes, serán la sávia que dé vida á su inteligencia, fuerza á sus concepciones y luz á sus ideas. Esa luz, divino fulgor que despierta á los pueblos de su letargo, y hace que ellos, respetándose y obedeciendo sus leyes, puedan ser los señores de sí mismos.

El escritor no debe temblar ante el peligro. Si por apreciar y difundir la verdad sufre, no le será permitido rendirse jamas; la humillacion en tales circunstancias podria considerarse como el fatídico agorero de un desgraciado fin. Sufrir es su mision. Acepte resignado el sufrimiento; que la posteridad, en cambio, escribirá su nombre en el "Album misterioso de los recuerdos."

Tal es lo que debe hacer; de lo contrario, no seria el escritor de conciencia, sino el narrador acomodaticio, hijo del temor y de la vergonzosa adulacion.

....

El desórden que tenia lugar en el teatro, y que habia sido provocado por individuos acostumbrados á la vida tumultuaria, debia llegar á su término; mas para esto era preciso que un hombre que por su posicion infundiera desde luego confianza, hablase con entereza á los desordenados, consiguiendo así dominar á la multitud.

El coronel Federico Leal, persona apreciable y respetada por el pueblo, dijo las siguientes palabras:

—Conciudadanos: Son de ningun valor los motivos que alegais; vosotros venís á este lugar por asuntos pacíficos. Si se os ha informado que existen fuera de este recinto soldados, no temais la menor violencia, es la policía del Estado que vigila por la seguridad pública; discutid en plena paz. La constitucion general de la República os garantiza este precioso derecho, derecho que sostendré con la fuerza de que dispongo, pues ya sabeis que los soldados de la 4ª Division son vuestros hermanos, y que si en estos momentos permanecen en sus cuarteles, llegada la ocasion no vacilarán un momento para defender vuestras prerogativas.

Ruidosos aplausos acogieron las palabras del coronel Leal.

Uno de los miembros del club Porfirio Diaz, dirigiéndose á él, se expresó en estos términos:

—Nosotros estamos en posesion de este local. Hemos citado, y creemos tener derecho para tratar nuestros asuntos. Suplico al ciudadano coronel haga comprender la razon de nuestra resistencia.

Todos los concurrentes contestaron:

—Por ese acto debieron haber comenzado. Accedemos gustosos. Que deliberen antes. Despues hablaremos nosotros.

El coronel Leal dió las gracias, separándose en seguida para dar lugar á la deliberacion del club Porfirio Diaz.

El coronel tenia cuerpo alto, ligeramente encorbado: su aspecto era marcial y simpático; en aquel momento llevaba el trage que nos lo caracteriza; sus hombros sostenian dos presillas bordadas de oro sobre campo azul oscuro, adornadas cada una de una luciente estrella. Por única arma traia en la mano izquierda un elegante *fouet*, su fisonomía era franca; el tostado cútis del veterano, retrataba inmediatamente las fatigas de la campaña; ojos vivos, miradas penetrantes; todo en él formaba un atrevido conjunto. Su extremada afabilidad le hacia digno de la atencion y respeto de sus amigos: digno ciudadano, era tambien el prototipo del honrado padre de familia; amaba

con predileccion á su hija Rosa, á quien llamaba el dulce ensueño de su esperanza.

....

Cuando el coronel se hubo retirado de aquella multitud, quedó definitivamente instalado el club Porfirio Diaz.

A continuacion uno de sus socios pidió la palabra y se expresó en los términos siguientes:

—Los que defienden á Juarez, dijo, son unos *vendidos*; mueran los juaristas!

Al oir este insulto, el círculo vallartista se levanta lleno de calma, y con voz clara responde:

—Viva Juarez! Viva Vallarta!

Volvió de nuevo la cuestion suscitada.

Y qué autorizaba semejante proceder? Qué razon tenian los perturbadores del órden para prodigar insultos tan miserables? Unicamente la idea dominante de impedir á todo trance la instalacion del club Vallarta, y por esto ponian en práctica cuanto podia sugerirles su perversa intencion, creyendo así al fin que lograrian exasperar la paciencia de los ciudadanos, que como ellos, tenian derecho para ocuparse de aquellas cuestiones que tanto afectaban al interes social.

Al ver esto los gefes del club Vallarta juzgaron prudente reunirse en otro local, y prévia una consulta, iban á verificarlo; pero en estos momentos los que llevaban la voz en el club contrario dijeron que no era posible la deliberacion, y creyeron

ser absolutamente necesario que cuatro ó cinco oficiales, que se encontraban en compañía del coronel Leal, abandonasen aquel lugar, pues decian:

—Esos individuos no son ciudadanos, y por consecuencia no tienen derecho para estar en ninguna reunion del pueblo.

En seguida el raquítico Flavio Estopin se levantó de su asiento, y dejando ver en su semblante la expresion de la cólera, dijo:

—Fuera, fuera de aquí: que salgan: no los queremos: son unos miserables, unos bandidos! Viva la chinaca! Muera el ejército! y accionando de una manera ridícula dirigia sus miradas llenas de odio al jóven militar á quien hemos visto salir del hotel de la Independencia en busca del general Corona.

Nuestro incógnito militar observaba silencioso las escenas de aquella turba furiosa; pero llegó un momento en que no pudiendo sufrir por mas tiempo los cobardes é injustos dicterios lanzados á sus compañeros de armas, con ademan resuelto cruzó por entre la multitud; una vez llegado al escenario, pidió que se le concediese el uso de la palabra. El presidente respondió con una señal afirmativa; en seguida el jóven militar dirigió una mirada en torno suyo: dominó por un momento al auditorio, y dejó escuchar su voz solemne.

—Hijos de Jalisco, les dice, la casualidad ha conducido mis pasos á este lugar, y el deseo de

oiros me detiene entre vosotros. Lleno de satisfaccion comprendo que vuestra reunion no tiene mas objeto que fijaros en la eleccion de aquellos que deberán regir vuestros destinos.

Os felicito á nombre de la patria, porque con este acto soberano dais una idea de vuestro ánimo político. Salud á vosotros, que comprendiendo vuestros sagrados derechos, caminais por la senda que os llevará al engrandecimiento y á la prosperidad.

Solo siento que algunos ciudadanos, con fingido entusiasmo, hayan herido nuestra dignidad y buen nombre, llamándonos miserables y bandidos.

Padeceis un error, creedme; humildes hijos de la democracia hemos contribuido con nuestro grano de arena para levantar el edificio que yacia entre las ruinas; enmedio del combate, nuestro recuerdo estaba con vosotros. Cuando nos ha sonreido la victoria, el corazon ha sentido júbilo al veros disfrutando la dulce quietud del hogar, al ver afianzadas vuestras instituciones y respetados vuestros derechos.

Por qué entonces pretendeis arrojarnos de este lugar? Nuestra presencia no debe causaros alarma; tenemos los mismos derechos que vosotros; tambien somos hijos del pueblo.

Por qué llamais miserables á los que contribuyeron para desterrar de nuestro suelo el dominio despótico de un tirano?

Bandidos nos decís, cuando sufriendo el hambre y la desnudez hemos cruzado las montañas, los pueblos, los valles, primero que rendir vergonzoso homenaje al vil traidor y al infame extranjero?

Miserables á los que vieran al sol de Mayo oscilar magestuoso sobre el horizonte divino de la esperanza!

Miserables, en fin, los que vieran á las huestes francesas huir llenas de confusion ante la bandera de los libres, sostenida por el genio inmortal de Zaragoza?

Olvidais que os pertenezco como soldado, como amigo y como compatriota?

Sed menos injustos con los que mejor aceptaron gustosos el peligro que constituirse esclavos de una faccion maldita. Tratad con mas consideracion á los que nunca consintieron que dejáseis de ser independientes.

Hijos del pueblo: en nombre del ejército os conjuro á la moralidad de vuestros actos. Conciudadanos que habeis venido aquí con el noble objeto de ejercer vuestros derechos, no permitais por mas tiempo la profanacion de este respetable recinto: recordad que su nombre trae á nuestra memoria al ilustre patricio que en aras del deber sacrificó su vida por la patria.

La figura del Capitan se habia destacado magestuosa encima de aquella multitud; sus palabras habian quedado resonando en el auditorio: ya no

era el que momentos antes pensaba en la reunion de sus amigos, en los placeres de la sociedad, ni en la vida monótona del imparcial. Acababa de morir para renacer á una nueva existencia de luchas y reflexion, de movimiento y dolores, de gloria y de angustias. Ya podemos ver en el Capitan al hombre público, al ser que se dirije con paso firme en busca del destino....

Volvamos á las escenas anteriores.

Los espectadores guardaron un silencio profundo.

Los amigos del desórden habian llegado á comprender sus extravios.

Acaso por esto, llenos de confusion y vergüenza, no se atrevian á levantar los ojos para ver al hombre que no habia temido su ira, y con el acento de la verdad les habia hecho conocer la fealdad de sus procedimientos y la injusticia de sus palabras.

La voz del Capitan llegó por fin á dominar los gritos de la multitud.

Era preciso; así debia ser, porque hay una cosa que sorprende, y es la resolucion en el sacrificio.

La oportunidad en ciertos momentos, acompañada de la verdad, de la razon y de la justicia, hacen del partidario un ser digno del respeto y consideracion.

Los ciudadanos partidarios del órden, al ver á sus enemigos confundidos, se levantan, se orde-

nañ y precedidos de la música que comenzó á ejecutar el Himno Nacional, salen de aquel lugar y se dirigen al "Liceo de Varones," donde tratan de instalarse, dejando así burladas las miras de sus enemigos.

Los amantes del motin quedaban convencidos de que los vallartistas eran hombres que en el terreno de la discusion, usaban con buen éxito las armas de la inteligencia y del buen sentido.

Quién era aquel jóven oficial que en medio de una multitud alborotada, al oir que se insulta al ejército, no se retira cobarde, sino que en pleno dia se adelanta resuelto á defender los derechos del soldado ultrajado, aceptando gustoso el sacrificio?

Jalisco lo conoce bien; y aunque despues por odios de partido haya sido tan miserablemente calumniado y herido en su honor, nosotros apelamos al buen juicio, para que públicamente manifieste si son ciertas las acusaciones que en aquellos dias le dirigiera la prensa oposicionista; apelamos tambien á la conciencia de un pueblo entero que no podrá menos de confesar lo criminal de aquellas calumnias. El tiempo, cruzando rápido, llega siempre á descubrir la verdad, y ante ella la calumnia se humilla como el crímen ante la voz de la conciencia.

Una vez descubierto el calumniador, la inocen-

cia triunfa y aparece como siempre, enviando los rayos de su divina luz.....................

Quisiéramos concienzudamente hacer la descripcion de nuestro protagonista, pero debemos respetar solemnemente su voluntad. Cuánto sentimos no poder darle en estas pobres líneas la prueba palpitante de nuestra amistad!

Pero afortunadamente tenemos á la vista las memorias del inteligente y modesto literato bachiller Noriega, honor del clero jalisciense, genio fecundo que desgraciadamente aun no ha sido comprendido por sus compatriotas.

Ilustre varon, gloria de la literatura, yo os saludo! Esperad; la envidia rodará á vuestros piés y aparecereis radiante en el capitolio de la inmortalidad; el porvenir os pertenece; adelante...!

Escuchemos lo que dice uno de los colosos de la inteligencia, del Capitan que, como hemos dicho, tanto va á figurar en el trascurso de nuestra novela.

"El Capitan es uno de aquellos tipos que conocidos, no se olvidan jamas.

"Son tantas las relaciones con que el destino liga á los hombres superiores, que tratar de expresar sus caracteres acaso sea imposible; tan variables son las faces bajo que se presentan. Seres privilegiados, inteligencias vastas, no se contentan con las verdades de una ciencia; ávidos del saber, y tendiendo á la unidad, les gusta remontar su

vuelo hasta la oscura mansion de lo ignorado; allí sorprender un nuevo misterio del arte ó de la ciencia, y descender despues á contemplar lo maravilloso de su obra, á darse cuenta de todo lo que alcanzaron á ver y admirar.

"Corazones ardientes, aman todo lo que les rodea, desde la sensacion agradable que se experimenta al aspirar el aliento de las flores, hasta la encantadora afeccion que comunican esas hadas que adormecen al hombre con una dulce mirada ó le halagan con un tierno suspiro.

"Inteligencias sublimes, que investigan desde los principios de la causa, hasta el último de sus efectos, cerebros que se pierden en un océano de divinos fulgores; almas sensibles: emanacion sublime de la infinita esencia......................

"Preguntadles qué piensan, y las palabras saliendo de sus labios, mostrarán armoniosas relaciones, que os llenarán de admiracion. Los seguireis oyendo en los espacios de la inmensidad, despues se apartarán de vosotros, los seguireis mirando; no podreis olvidarlos, porque ellos os han conducido á sendas desconocidas, que sin su ayuda nunca habríais recorrido.

"En su semblante no advertireis esos rasgos que distinguen á los seres maléficos, ni el ángulo estrecho de los buitres, ni los pómulos salientes de la zorra astuta, ni los ojos hundidos del cazador furtivo; la naturaleza les ha dado facciones

propias para infundir confianza, respeto y amor.

"Tal era el Capitan Armando; fisonomía franca y sincera, alma de atleta, ademan meditabundo en sus horas de retraimiento, leal y complaciente con los amigos, severo para los miserables que le han faltado á la buena fé, benévolo con los infelices, sufrido y reposado en la discusion, dócil hasta el extremo cuando escucha la voz de la razon. Apreciador de su nombre, será incansable para castigar de una manera noble á todos aquellos que quieran cubrirle con el ridículo. Todo lo sacrificaria por la verdad, por el bien público; hasta su propia existencia. Perseguiria de muerte á los seres perversos que traten de perjudicar á la sociedad.

"En su frente espaciosa y prominente se refleja la inteligencia, en su atrevida mirada está retratada la potencia del firme, su nariz recta y sin el menor pliegue parece dar á conocer la rectitud de sus intenciones, sus labios expresan amor y finura; pero este conjunto varia de un momento á otro si se le trata con desprecio. Entonces en lugar del aspecto pacífico del hombre que observa, vereis la digna figura del soldado. Su aspecto será el del hombre de honor pronto á las consecuencias primero que sufrir la burla.

"Escritor franco y concienzudo, filósofo por naturaleza, es de atrevidas concepciones, corazon de niño por la sencillez y suavidad de sus afectos so-

ciales, corazon intrépido y de fuertes conmociones, en los momentos que son necesarias la energía y el valor.

"En Armando se distingue inmediatamente al soldado republicano, al patriota, al ciudadano."

Tal es el retrato que hizo de él la bien cortada pluma del eminente literato que nos hemos permitido la libertad de nombrar; pero no podiamos resistir al impulso de nuestro agitado corazon. Reciba en estas líneas la manifestacion de nuestro aprecio.

CAPITULO III

EL ESCRITORIO

LOS ciudadanos que formaban el club Vallarta salieron, como hemos dicho, del teatro Degollado, precedidos de la música militar que ahí se encontraba. Una vez en el pórtico, el concurso fué numeroso.

Ordenándose de nuevo se dirigieron al Liceo de Varones, en cuyo local se convino instalar el club, entretanto se buscaba uno mas á propósito.

El capitan Armando y otras personas, que iremos conociendo, dirigian á la multitud.

Dejémosla en el magnífico colegio (que con tanto acierto dirige el Lic. Gutierrez Hermosillo) y encaminemos nuestros pasos á un lugar muy opuesto; despues volveremos á darnos cuenta de los actos del club, y estrecharemos de nuevo la relacion, que por extraños acontecimientos nos vemos obligados á suspender; esto servirá para que despues del tiempo trascurrido, podamos de-

cir con certeza á nuestros lectores el resultado general de la instalacion; habiendo así aprovechado el tiempo en conocer á nuevos é importantes personages, á quienes tendremos que dirigirnos con frecuencia.

Nos hallamos en un elegante escritorio situado en una casa magnífica de la calle de....

Al frente de un gran bufete de madera de caoba coronado con diversos libros de comercio, y con varios utensilios propios para un tenedor de libros, se ve á dos individuos en pié y ocupándose de revisar una larga factura. Demos á conocerlos.

El primero es el Sr. D. Alvaro del Bastion, rico propietario y comerciante bien conocido en toda la República. El trage negro que viste revela su buen gusto.

Tiene una estatura colosal, rostro ancho, color rosado, en sus ojos hundidos existe un color indescriptible, su barba Christi está un tanto salpicada de canas, los labios son algo abultados y renegridos, la nariz es aguileña y la frente despejada; sus maneras son distinguidas, aunque se nota en ellas la fatuidad y el escesivo amor propio.

El segundo personage, viste tambien trage negro, tiene aspecto decente, y su conjunto inspira respeto y cariño; se llama Cárlos Guzman y es tenedor de libros de D. Alvaro.

El Sr. del Bastion, despues de leer y sumar es-

crupulosamente la factura, dice al tenedor en tono agrio y algo molesto:

—Ha terminado vd. la balanza del mes?

—Sí, señor, contestó Guzman humildemente.

—Muy bien, así sabré el resultado de la operacion practicada.

—Hoy concluiré la liquidacion; sin esto el cálculo no seria seguro, dijo el honrado y tímido empleado.

—Cuando menos seria dudoso.

—Tal vez, respondió secamente Guzman.

—Soy de la misma opinion, dijo con voz mas amable D. Alvaro.

—Si vd. gusta continuaremos la revision, así es fácil saber el resultado.

—Dice vd. bien. Continuemos.

Y sentándose ambas personas y comenzando á registrar los diferentes libros que se veian en el bufete, tomaron notas de cantidades parciales que ambos conocian perfectamente.

Despues de algunos minutos el Sr. Guzman dijo á su principal:

—La cuenta de Munich produce en nuestra contra un saldo de noventa mil pesos. Las particulares sumadas, nos dan un *haber* superior al *debe.*

—Y la liquidacion general del año? preguntó el negociante.

—Aquí la tiene vd., contestó D. Cárlos, presentándole un libro mediano.

El Sr. del Bastion tomó el libro y despues de haber examinado varias sumas, dijo con el tono propio de la conviccion.

—Mal, muy mal.

—No hay por qué temer, señor, respondió el afligido tenedor, la liquidacion está bien hecha.

—Lo comprendo así.

—Sobre todo, sabe vd. bien que la partida doble no admite dudas.

—Estoy convencido de la exactitud del sistema.

—Son incalculables sus ventajas, señor, respondió el inteligente D. Cárlos, y añadió: seguimos haciendo la revision? Así descubriremos si existe el error.

—Bien, continuemos.

Y principal y dependiente se pusieron á hojear los libros de la negociacion, asentando algunas cantidades sobre un papel que tenian en la mesa. Momentos despues el tenedor de libros, mostraba á D. Alvaro varias sumas escritas, diciéndole:

—Aquí tiene vd. el movimiento de la caja. Las letras á cobrar son estas.

—Y sus valores?

—Están indicados en esta columna.

—Muy bien, contestó el principal, tomando el papel que le presentaba D. Cárlos. Hermoso juego de números!

—Suficiente cantidad para cubrir los pagos, y atender á los cambios que se presenten.

—Es verdad, debemos emplearla con prudencia.

—Ya lo creo, señor.

D. Alvaro, un tanto repuesto de la sorpresa que le habia causado ver que sus negocios no le proporcionaban ventaja, al considerarse aun dueño de algunos billetes que comprendian sumas muy respetables, se tranquiliza, y con tono habitual dice á su predilecto empleado:

—Una reunion de valores perjudica: es inútil.

—Todos los economistas asientan reglas y principios para demostrar sus teoremas, respondió Guzman.

—Sí, cuando quieren ponerlos en práctica.

Habian sido pronunciadas estas últimas palabras, cuando los dos interlocutores fueron inter rumpidos por la llegada de un nuevo personage, el que despues de haber saludado cortesmente, dijo á D. Alvaro:

—Señor, estoy á las órdenes de vd.

—Gracias, Callejas; vamos en el acto á tratar del asunto.

—Cuando vd. lo disponga.

—Tiene lugar la reunion esta noche?

—Así lo espero; las tarjetas están ya repartidas.

D. Alvaro y Callejas salieron del escritorio, dirigiendo el primero una mirada de inteligencia á Guzman.

Entretanto que vuelve á su despacho el señor del

Bastion, y D. Cárlos asienta las partidas de aquel dia, volvamos al Liceo de Varones, pues ya es tiempo de saber lo que allí habia tenido lugar.

En el salon principal del mencionado colegio se habia instalado el club Vallarta, despues de que el Capitan Armando en el patio del mismo edificio, habia dirigido nuevamente la palabra al pueblo.

En el acto se procedió á nombrar la mesa, saliendo electos por unanimidad: presidente C. Cortes, primer secretario el C. Fajardo y segundo el C. Alfredo.

Con tan eminentes patriotas no podia esperarse otra cosa que la conveniente marcha del club.

Eran tres inteligencias, tres voluntades unidas por el mismo pensamiento, por la propia idea.

A continuacion se nombró una comision para redactar un periódico que, segun lo dispuesto por la ley, seria órgano del club.

Se le puso por título la *Idea Democrática.* Despues de una breve discusion se nombraron redactores de él al Capitan Armando, al C. Fajardo, al bachiller Fernandez y al prosecretario Alfredo.

Aun late nuestro corazon de regocijo al recordar aquellos momentos de patriótico entusiasmo. Lealtad y franqueza, union y esperanza, era lo único que dominaba en aquel respetable círculo

de inteligencia y honradez, de republicanismo y progreso.

A su vista se reanimaban nuestras ilusiones, y volvia á reaparecer mas hermoso que nunca "El Angel del Porvenir."

Una sonrisa de satisfaccion se notaba en todos los miembros de aquella asamblea popular.

El primer paso estaba ya dado, y destruidas en su base las esperanzas de los enemigos del órden.

Detengámonos un momento y escuchemos al bachiller Fernandez.

—Conciudadanos, les dice, para mengua del retroceso y gloria de la civilizacion acaba de instalarse nuestro club. El pueblo de Jalisco es libre, puede elegir á sus gobernantes. La libre eleccion es propia de los gobiernos populares. El sistema democrático á ningun ciudadano excluye de su voto; verdad es esta que ningun hombre puede poner en duda: verdad que se confirma por la práctica. Qué se sigue de aquí? Que el pueblo, solo por experimentar la grata satisfaccion de probar al mundo entero que sabe apreciar sus derechos, trate de colocar en los puestos públicos á hombres que carezcan de las dotes indispensables para regir los destinos de un país? No, compatriotas, es cierto que el pueblo es libre. Mas la libertad supone el conocimiento, el prévio exámen de sus actos.

La libre eleccion es un acto popular, que está sujeto si se quiere á la gran ley que rige las acciones humanas.

Estas acciones, no obstante, pueden ser imperfectas; por lo mismo necesitan meditarse bien porque ellas deciden de la fèlicidad ó desgracia de los pueblos.

Qué hombre debe elegirse para gobernar un Estado?

Acaso será el aventurero, el mal patriota?

El hombre sobre quien recaiga el voto del pueblo, tiene que ser inteligente, instruido, honrado: debe amar al bien y ser un modelo de dignidad y patriotismo.

A la luz de estas verdades, creeis que el C. Ignacio Luis Vallarta es digno del cargo que se le quiere confiar?

La concurrencia respondió inmediatamente:

—Sí, Vallarta merece ser gobernador de Jalisco. Viva Vallarta!

En un arranque de aquellos que le eran muy peculiares, el Capitan Armando exclamó lleno de gozo:

—Jaliscienses: vuestra suprema voluntad está cumplida; los miserables esfuerzos de un partido raquítico quedan vencidos.

Conciudadanos: no desmayeis; seguid el camino emprendido. Mueran los tiranos! Viva Vallarta!

—Viva, repitió la multitud entusiasmada.

Cuando hubo terminado su discurso el C. Fernandez, una salva no interrumpida de aplausos y bravos resonó en las bóvedas de aquel salon, mudo testigo de los triunfos literarios que mil veces habian obtenido allí los hijos de Jalisco.

En este momento un individuo, despues de muchos esfuerzos, consiguió colocarse junto á la primera fila de los espectadores. Es un hombre como de 80 años; su trage es humilde, su barba enteramente cana infunde profundo respeto, ese respeto debido á la ancianidad, y que tributa todo aquel que no ha olvidado los preceptos de Dios.

Una vez en el lugar á que deseaba llegar dirigió por todas partes su mirada investigadora. A quién buscaba? pronto lo sabremos.

El anciano, despues de haber examinado rápidamente á la multitud, trató de salir de aquel lugar; pero como los espectadores interrumpian su paso, no podia verificarlo con la prontitud que hubiera deseado; por fin, cuando se encontró fuera del salon, exclamó con voz temblorosa:

—No está. . . . no está.

En seguida y apoyándose en su bordon se encaminó con la violencia que le permitian sus débiles piernas hácia el rumbo N. de la ciudad. Iba á dar vuelta para el convento de Santa Mónica cuando distinguió á corta distancia de la calle opuesta que se habia propuesto seguir, á un elegante caballero; entonces detiene su marcha en espera de

aquel individuo; momentos despues se oyó una voz suplicante que decia:

—Una limosna pór amor de Dios!

El transeunte ni siquiera volvió la cara para verle.

—Gracias, Dios mio! exclamó el anciano; gracias: al fin sé dónde está; no lo perderé de vista. Y siguió su camino con direccion á la calle que antes hemos indicado.

Media hora despues de esta escena conmovedora D. Alvaro entraba á su escritorio.

A él era á quien habia dicho el mendigo: "¡Una limosna por amor de Dios!"

Volvamos á ocuparnos del club.

Despues de citar el presidente á sesion para la noche próxima, se disolvió la reunion.

Los hijos de Jalisco acababan de dar una nueva prueba de su patriotismo.

En el Liceo de Varones no se oyeron los insultantes gritos de un monomaniaco, ni las palabras soeces, ni las insolencias del ébrio. No; allí el reposo y la discusion establecieron su dominio, y obtuvieron triunfo la razon y la justicia. Tarde ó temprano vencen los principios omnipotentes. Tarde ó temprano el pueblo deja escuchar su voz solemne.

El Capitan Armando, acompañado de algunos ciudadanos que ya podia contar en el número de sus amigos, se dirigió tranquilo al lugar de su domi-

cilio; soñaba con la esperanza, su ilusion era el porvenir.

El destino le habia conducido á participar del movimiento popular, de la accion mas respetable, que hace del humilde ciudadano un coloso en los paises democráticos.

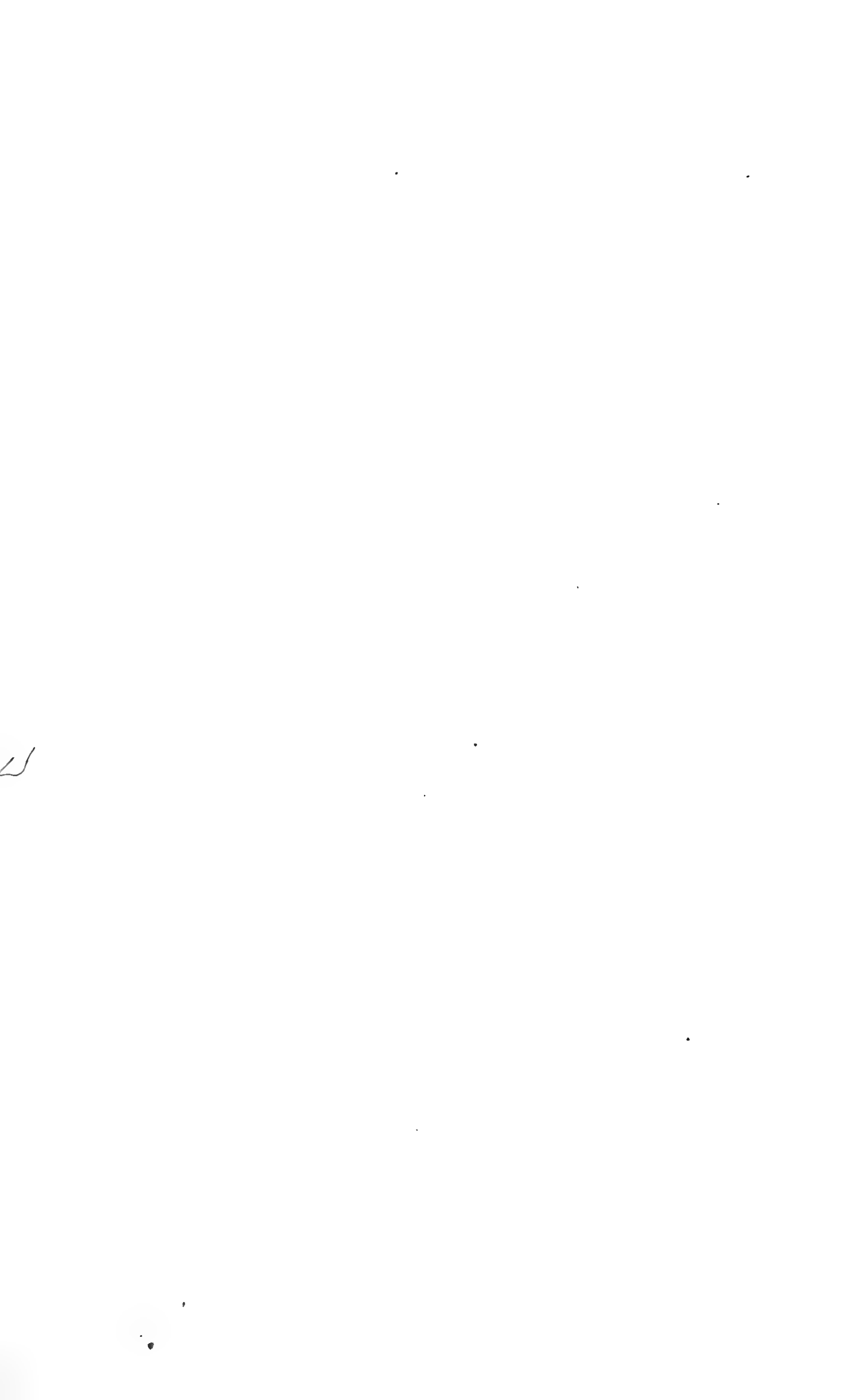
Retrocederia ante aquella multitud imponente?

Tímido y cobarde volveria á su alojamiento para sumirse en el indiferentismo?

No: su razon se sublevaba con semejante pensamiento; su carácter, educado en las penalidades de la campaña y en los insomnios del soldado, le alentaban á seguir en la lucha emprendida.

Confiaba en el destino, esperaba en que la justicia de su noble resolucion le libertaria de toda asechanza y le salvaria del peligro.

Infeliz! ignoraba que desde aquel momento no volveria á disfrutar la paz!



CAPITULO IV

LA TERTULIA

LAS cinco de la tarde de aquel dia de gran movimiento, al que hemos asistido en diversas horas y lugares, sonaban en el reloj de la Catedral.

De oro parecian los picos de las montañas alumbradas por los últimos rayos de un sol moribundo.

La naturaleza silenciosa se encontraba en aquellos momentos solemnes en que parece entonar un himno á su Creador.

Estamos en una casa de aspecto humilde.

A primera vista puede apreciarse la cultura de sus moradores, si atendemos al esmerado aseo que en ella reina.

Una señora, como de treinta y cinco años, vestida de luto y con un libro en la mano, está sentada en un pequeño sillon que se encuentra cerca de una mesa, colocada en el centro de la pieza.

Oigamos la lectura de esta virtuosa mujer:

"Dadme, Señor, decia en fervorosa súplica, palabras para poder alabaros y bendeciros.

"Escuchadla, madres de famila. No se trata de aquellos estudios cuyo único objeto es cautivar á la memoria para despues fijar en ella ideas quiméricas; recordad que sois los guardianes del hogar, y que teneis que dar cuenta en el dia tremendo de los cargos. Se trata no solo de vosotras, sino de vuestros hijos, "carne de vuestra carne, hueso de vuestros huesos." Pobres criaturas que habeis arrojado al mundo con las pasiones, el dolor y la muerte. Tristes presentes si no les dais tambien la vida del alma, es decir, armas para combatir y una luz que les sirva de faro en el camino de la vida."

La señora interrumpió su lectura.

Una niña habia salido de las piezas interiores.

Era blanca como la azucena, esbelta como la palma del desierto, cándida como el ángel de los amores que miramos en nuestros ensueños de ventura. Sus negros y rasgados ojos velados por dos arcos de sedosas pestañas, no pueden verse sin sentirse gratas emociones, el acento de su voz es divino como el dulce trinar de las aves.

Aun no cumplia quince abriles, edad que ya puede servirnos de fatal presagio, edad en que se contempla al mal y al bien en lucha terrible, en que ya se comienza á vislumbrar la dicha ó la desventura. Pobre edad que el placer convida para

verter despues gota á gota su ponzoña en el alma; edad de los desengaños cruentos, de las terribles decepciones.

Pasad, pasad rápidas; dejadnos descorrer la negra cortina que cubre al porvenir.

—Mamá, dijo la niña, lees aún?

—Sí, hija mia.

—Segun recuerdo, me has dicho que la lectura de los buenos libros es útil, pues nos da la paz del corazon, el contento del espíritu y los goces de una conciencia pura.

—Así lo dice este libro, hija mia; pero aun hay mas: la buena lectura, al paso que deleita, instruye, purifica nuestro pensamiento, dirige nuestros pasos, norma nuestras acciones y nos presta resignacion para sufrir los males de la vida: mas ay! algunas veces son muy tristes los resultados de nuestra conformidad.

—Qué tienes? preguntó la hermosa niña al ver retratarse instantáneamente en el semblante de su querida madre la tristeza. Las últimas palabras que has pronunciado, parece que han producido en tí una profunda impresion.

—Sí, Matilde: recuerdas la fecha de hoy?

—Todo el dia la he tenido presente. 23 de Abril: dia memorable.

—Y qué acontecimiento funesto nos recuerda esta fecha?

—No quiero afligirte; para qué es recordar cosas tristes?

—Esposo mio, esposo mio, dijo la desconsolada madre, cayendo de rodillas y derramando copioso llanto.

—No te aflijas, mamá; por qué lloras? no estás con tu Matilde que te ama tanto?

—Sí, hija mia; pero si tu padre viviera, no gemiriamos en la desgracia.

—Madre mia, respetemos los designios ocultos de la Providencia, y humillémonos ante sus inmensos tesoros.

—El amor que te profeso, querida hija, es lo que me detiene en la vida. Fuera de esto, qué puedo ambicionar? Qué es la vida acompañada del sufrimiento?

—Madre mia, cuánto recuerdo las virtudes de mi padre! yo tambien quisiera morir para unirme con él allá en el cielo!

—Aleja de tí esas ideas: quieres morir antes que yo? Deseas abandonarme? tú, el único ser que mitiga mis pesares? Qué seria de mí si el destino me condenase tambien á llorar tu pérdida? No, no quiero ni pensarlo.

Matilde por toda respuesta abrazó á su querida madre y la cubrió de besos la frente.

Escena divina, llena de ternura, que la pluma no alcanza á describir. Sea el silencio quien nos interprete.

El amor de una madre, la ternura de una hija, hé ahí un cuadro digno de contemplarse; cuadro que comprende lo mas sublime á que la imaginacion puede llegar.

Tan puro así lo creemos, tan inmenso.

....

Salgamos de la mansion de estos abatidos seres, para ocuparnos de otros personages.

Frente á la casa que hemos visitado se encontraban dos individuos demasiado preocupados en su conversacion.

Uno de ellos era fray Camándulas, á quien vimos en el teatro Degollado el dia de la instalacion del club, ocultándose en los palcos segundos detrás de una columna.

Al segundo le llama Camándulas, Roque. Así le llamaremos tambien nosotros.

No intentamos hacer la descripcion de estos individuos, nuestra pluma se resiste á ello. Bástenos decir que ciertos redactores de un periodiquin llamado *Juan Panadero*, aceptaron á estos bichos como seudónimos.

Escuchemos su conversacion.

Camándulas dijo:

—Gracias á Dios que llegamos con oportunidad.

—Aunque con algun trabajo, pater, pues nos fué algo difícil salir del *mariache.*

—Y estás seguro que debe llegar aquí? Y al de-

cir esto señalaba la casa de la hermosa Matilde, el repugnante fray Camándulas.

—No me cabe duda; se lo he oido decir en el momento que se despidió de sus amigos.

—Bien, entonces aprovechemos el golpe.

—Tomaré mis precauciones, dijo Roque.

—Bien hecho; mi círculo ha puesto en tí su confianza, y así esperamos que lo mas pronto despaches á ese capitancillo, que maldita la hora en que vino á Guadalajara.

—Ya sabe mi prelado que conmigo se cuenta, soy discreto, y sobre todo, tratándose de un demagogo no me paro en precio.

—Dios recibirá en descuento de mis muchos crímenes el castigo que mi mano da á los enemigos de nuestra santa religion, exclamó santiguándose el fraile. Y dirigiéndose á Roque, Dios te perdonará, le dijo, porque es misericordioso.

—Amen, respondió Roque inclinándose.

Acto continuo, el fraile sacó de su gran capoton una bolsa y se la entregó á Roque diciéndole:

—Al llevar la noticia de su muerte, se te entregará doble cantidad.

—Pierda cuidado su señoría, dijo Roque guardándose el dinero.

—Pues listo, que el momento llega.

—Mi *triunfo* jamas se rinde: deme vd. su bendicion.

El fraile tendió su mano y dió la bendicion á Roque, el que respondió:

—Dios guarde á su paternidad.

Fray Camándulas se dirigió al Sagrario, y Roque permaneció en observacion.

Habian trascurrido dos horas cuando el Capitan Armando, (que no era otro el individuo á quien se esperaba), se dirigia al cuartel general mas pensativo que nunca.

Antes de seguir adelante, traslademonos á otra calle, donde nos esperan nuevos acontecimientos.

Son las nueve de la noche del dia en que han tenido lugar los sucesos que hemos referido.

Es necesario recordar que el señor D. Alvaro del Bastion preguntó á Callejas, cuando este se presentó en el escritorio, si el negocio estaba arreglado; á cuya pregunta contestó Callejas que las tarjetas habian sido ya repartidas. Ahora sepamos de qué se trata.

D. Alvaro del Bastion, comerciante audaz, queria tener una tertulia.

Para el efecto, habia enviado elegantes esquelas á algunos de sus amigos, esperando que estos honrasen la soirée que ofrecia en su magnífica habitacion.

No acostumbraba el adusto D. Alvaro malgastar el dinero, y por eso las esquelas daban lugar á que los convidados formasen diversos comentarios. Todos se preguntaban ¿qué intentará nues-

tro amigo D. Alvaro? Pero no era el momento de despejar la incógnita.

La hora sonó.

La casa de D. Alvaro está situada en una de las principales calles de la ciudad.

La fachada elegante del edificio indica que fué ejecutada bajo la direccion de un hábil arquitecto.

Dos grandes puertas, describiendo en su parte superior un semicírculo, revelan un esquisito gusto por el arte. A los lados de ellas se destacan primorosamente seis ventanas voladas, de estilo gótico, y con rejas caprichosamente construidas. Las ventanas tienen sus respectivas vidrieras, cubiertas cada una en su interior de un elegante trasparente adornado con flores de diversos matices.

La parte superior de la fachada, siguiendo el mismo órden, ostenta seis balcones que tienen balaustradas de fierro primorosamente caladas, y con adornos de metal bruñido. Los marcos de las vidrieras respectivas están pintados al óleo, y sus filetes dorados forman un primoroso conjunto.

Los vidrios de los balcones reflejaban el torrente de luz que despedia una magnífica lámpara, suspendida del centro de un elegante cielo raso.

Todo estaba preparado para recibir á la selecta concurrencia.

Los humildes hijos de Jalisco, que han hecho de ese lugar uno de los primeros Estados de la

Confederacion, esa clase que juzga con imparcialidad todo acontecimiento, al levantar la vista hácia los balcones, decia:

—Cuánto tesoro acumulado por medio de nuestro sudor y trabajo!

Y en efecto era así; el monopolio, ese comercio entre el avaro y el pobre, era la fuente de aquel inmenso capital.

Ay! cuantos de aquellos infelices habian contribuido á la fortuna de D. Alvaro! Pero en cambio, tenian la esperanza de que al dia siguiente se les recompensase su obra perfectamente acabada, con lana ó hilaza. Bien por la filantropía!

—Cómo lucra este patron con nuestro trabajo! decia uno de aquellos espectadores á sus demas amigos.

—Paciencia, contestó otro individuo de cuerpo alto y de rostro demasiado simpático. Si no fuera por él, no trabajariamos; nuestras obras no nos producen nada, mientras que D. Alvaro nos da lana é hilaza por nuestro trabajo........

—Es mejor no trabajar: el trabajo nos sirve únicamente para que estos patrones hagan su agosto.

—No hay que levantar la voz, replicó otro de la reunion.

—Es mejor guardar silencio, dijeron algunos. Al fin Jalisco nunca pierde, y si pierde............

Un individuo que tenia el aspecto de mendigo, se acercó á un rebocero que habia en la reunion,

y despues de haber hablado ambos algunas palabras en voz baja, emprendieron su camino juntos.

—Oiga, D. Canuto, decia una mujer que vendia dulces en la esquina del edificio de que hablamos, tenemos gorja; el amo está de festin.

—Sí, señora Dª Caralampia; pero siempre no quisiera encontrarme en lugar del patron. Yo lo he visto muy triste: creo que está mal en sus negocios, si no es que su casa está convertida en un infierno.

—Infierno?

—Y por qué no? estos ricos quieren abarcar tanto, que al fin se quedan á la cuarta pregunta. No todo lo que relumbra es oro, tia Caralampia, yo he visto á muchos que habian tenido fiesta, quedarse sin blanca.

—No sea tonto, D. Canuto; el lindo cobradorcito me ha dicho que el amo iba á ser gobernador.

—No me lo cuente.

Caralampia y Canuto celebraron con estrepitosas carcajadas la ocurrencia.

El mendigo, despues de dejar la compañía del rebocero, volvió al lugar adonde se habia encontrado con él; es decir, al frente de la casa de D. Alvaro. Allí el mendigo emprendió este monólogo:

—Qué bien raciocina mi amigo el rebocero: he quedado satisfecho de sus argumentos, pero lo que mas me causa admiracion es su conformidad.

"A los pobres no nos queda otro recurso que trabajar," me decia.

Sí, pueblo de Jalisco; eres pobre, pero no te humilles; la nobleza de tus pensamientos es grande. Dia llegará en que se te comprenda; entonces, apreciando tus virtudes, heroismo y abnegacion, serás respetado, y temblarán ante tí los tiranos. Confianza, ciega confianza; el mal tiene su término, solo el bien puede reinar eternamente.

Nuestro mendigo permanecia enfrente del edificio continuando sus apreciaciones sobre el rebocero, y observando á los que entraban continuamente á la casa de D. Alvaro.

Penetremos nosotros tambien y examinemos el salon. Este se encuentra lujosamente amueblado, con cuatro sofaes y treinta y seis sillas, cuya vestidura, así como la de los sofaes es de terciopelo carmesí; dos espejos de cuerpo entero colocados uno enfrente de otro, reflejaban la luz que despedian velas de esperma puestas sobre cuatro candelabros de plata, primorosamente cincelados; estos á su vez descansaban en columnas de mármol, que ocupaban cada una el ángulo correspondiente. La magnífica alfombra cubria el piso de aquel espacioso salon. Seis cuadros, que representaban escenas interesantes, estaban colocados simétricamente en la pared, tapizada con papel-terciopelo. Todo esto formaba sorprendente conjunto con un piano de cola de grandes dimensiones. El cielo

raso, pintado á la moderna, sostenia en su centro, por medio de un elegante cordon de seda roja, una lámpara, maravilla del arte.

Ocupémonos ahora de algunos personages que allí se encuentran.

—Hola, queridos, ya esperábamos impacientes, dijo un comerciante llamado Robin que hacia los honores de la casa. Temiamos mucho que vuestras numerosas atenciones no os hubieran tal vez permitido venir.

—Ya nos teneis aquí, respondió un jóven alto, pálido, de cabellera rubia y barba poblada, llamado Choquezuela; dispensad si os hemos hecho esperar.

—*Sans façon, sans façon*, replicó el fátuo comerciante.

—El Sr. D. Alvaro? preguntó Choquezuela: desearia protestarle mi adhesion y respeto.

—Hace un momento estaba con nosotros; mas si quereis verle, se encuentra en estos momentos en su gabinete hablando con la Sra. Dª Rufina.

—Dª Rufina? replicó Choquezuela.

—Sí, señor, Dª Rufina que viene acompañada de su hija Glafira como ella la llama. No hay que dudarlo; la niña lucirá esta noche sus talentos artísticos.

—Dª Rufina conversando á solas con D. Alvaro? Bien, bien, el negocio se comprende.

—Qué negocio puede haber? repuso Robin: D.

Alvaro tiene diversion, Dª Rufina asiste al convite: su hija Glafira la acompaña; ¿qué otra cosa? yo no comprendo mas.

Tenia razon Choquezuela para pensar algo de Dª Rufina y de D. Alvaro.

Dª Rufina era una vieja solterona que no pudiendo encontrarse algun incauto mancebo, se habia dedicado en cuerpo y alma al servicio de Dios. Asistia frecuentemente á la iglesia y tenia director espiritual. Dª Rufina era el prototipo del fanatismo; sabia de memoria varias novenas, los salmos de David y el símbolo de San Atanasio. Era socia de la vela perpetua. Consultaba el almanaque para saber en qué iglesia estaba el jubileo y qué dia era mas á propósito para ganar indulgencias. Lo diremos de una vez: en su ardor fanático no hubiera retrocedido un solo paso por tener el gusto de ver quemar á todos los polares (así llamaba á los reformistas, en su devoto lenguaje).

Dª Rufina en casa de D. Alvaro y conversando á solas con él, no podia tratar sino un negocio de alta consideracion.

Y así era en efecto. Pasemos al gabinete de D. Alvaro, y escuchemos la conversacion que tiene con Dª Rufina.

—Sabe vd., señor, decia esta, que los enemigos de la Iglesia no contentos con haberla despojado de sus bienes, exclaustrado á las monjas, y esta-

blecido su mancebía, ó lo que es lo mismo, el registro civil, van á seguir con su obra de destruccion?

—Nada sé, contestó D. Alvaro.

—Cómo! replicó Dª Rufina, ignora vd. que esta mañana se han reunido los hereges é intentan elegir gobernador á Vallarta, al enemigo de los señores sacerdotes, al impío, al incrédulo? Qué va á ser de nosotros si sube este hombre al poder! manda cerrar las iglesias, ahorcar á los católicos y desterrar á las monjas. Dios nos ampare, Jesus nos tenga de su santa mano!

—Presunciones, respondió friamente D. Alvaro. Vallarta hará algunos males, no lo dudo; pero esto no quiere decir que sean de trascendencia.

—Ese hombre es capaz de todo, señor. Mi hermano el canónigo me ha dicho que Vallarta se condena sin remedio; que no puede alcanzar absolucion, que ya llegó á la inpenitencia final, que............

—Del dicho al hecho...... y sobre todo, qué hemos de hacer contra la voluntad del pueblo?

—Cómo qué? y lo pregunta vd? qué hizo Judit con Holofernes?

—Ya, ya comprendo.

—Pues entonces?

—Es imposible.

—Imposible?

—No hay dinero, no hay inteligencias; faltan

hombres intrépidos que secunden un movimiento.

—Dinero? habrá; inteligencias? hombres intrépidos? Todo saldrá á pedir de boca.

—El clero tomará parte?

—Estoy segura que ayudará con la remision de los pecados.

—Cómo! la remision de los pecados?......

—Sí, señor, recuerde vd. que nuestro primer arzobispo así llamaba á los bienes del clero.

—Ah! bien.

—Negocio hecho?

—Sí; pero se me ha de dar el dinero que necesito, y si esto no es posible, que se me elija gobernador.

—Admitido. Y puesto que el asunto está terminado, vamos á ver á mi Glafira.

D. Alvaro y Dª Rufina se dirigieron al salon, ambos contentos. El primero, porque ya no tendria lugar su quiebra, y la segunda, porque con la derrota de Vallarta, alcanzaria un triunfo tan expléndido que el papa, cuando menos, expediria una bula en que se publicase que Rufina habia llegado á la categoría de beata.

Esta escena que acabamos de presenciar tenia lugar en diversas familias, pues nunca faltaba una hipócrita Dª Rufina, ni un D. Alvaro que especulase con la credulidad de los ignorantes.

Y esto pasaba en Jalisco, en un pueblo demócrata por excelencia, en la cuna de ilustres ciuda-

danos, en el lugar donde han visto la luz aquellos mártires que en aras del deber, han ofrecido gustosos el sacrificio de su vida por ver fructificar el árbol de la libertad.

Paz á vosotros, apóstoles de vuestras conciencias, que habeis derribado á la diosa del retroceso, la ignorancia. Recibid mi canto; yo os saludo.

Y vosotros, hijos de las tinieblas, seguid, seguid en el tortuoso camino, que nunca lograreis otra cosa que sepultaros mas y mas entre las sombras; teneis que serviros del misterio, del crímen tenebroso para conseguir fines siniestros. Vuestras armas cobardes serán la difamacion y la hipocresía; pero en cambio, recordadlo, nunca tendreis la tranquilidad por amiga; siempre vivireis sobresaltados, siempre malditos!

Ay de vosotros si llegais á agotar la paciencia del pueblo!

Ya os conoce y no os pierde de vista, temblad: estais provocando su indignacion: recordad que el puñal del tirano siempre ha hecho girones su propia vestidura; si aun teneis tiempo, satisfaced nuevas venganzas; pero alerta.... la hora puede sonar, y entonces la ley tendrá que cumplirse.

Hijos de Jalisco, obreros del porvenir, no os dejeis humillar por mas tiempo. Habeis nacido libres; sacudid el yugo de la tiranía, de la aristocracia que os explota; recordadlo, teneis que legar á vuestra pregénie la herencia que vosotros tambien

habeis recibido: la santa libertad que os conducirá á la prosperidad y al engrandecimiento.

Pasemos al salon. En él se veian como veinte jóvenes, tipos perfectos de hermosura, que conversaban llenas de animacion y dejando retratar en su semblante la angelical sonrisa.

Cuán hermosas son las jaliscienses! Ellas nos recuerdan horas de alegría: mil veces hemos admirado sus gracias, mil veces á su lado nuestra vida se ha deslizado rápida; aun somos felices al recordar historias de otros dias de ventura....

La tertulia estaba en uno de aquellos momentos en que ha concluido una magnífica partitura, momentos propios para elevar ó destruir la reputacion de un artista, momentos, en fin, en que para emitir un juicio se necesita (como para todo) tener una dósis sobrada de inteligencia y ser partidario de la sublime expresion del sentimiento.

Entretanto que las niñas hablan con sus íntimas amigas de lo bien ejecutado de la pieza ó de sus novios, mientras que Dª Rufina hace señas de inteligencia á D. Alvaro, y le anima á conquistar honores y dignidades, oigamos una cuestion acalorada que tiene lugar entre varios jóvenes, reputados como oráculos de la época.

—Al pueblo se le llama libre y apesar de esto, vive en la opresion mas absoluta.

—Por qué dice vd. esto, señor Roldan? preguntó Choquezuela con una sonrisa irónica.

—Ha olvidado vd. que hoy es un dia que debe figurar en nuestros fastos?

—Tal vez vd. quiere hablar de..............

—La farola y su ridículo letrero. Parecia que se trataba de anunciar una funcion de títeres.

—Quién habla por ahí de títeres? interpeló limpiando sus espejuelos un jóven medio jorobado: de títeres solo yo tengo privilegio.

Pues

Soy el gran titireté–
Del célebre D. Antó,–
El gobernador famó–
Que desconoció al congré–....

—Oh! en efecto, vd. merece el privilegio de invencion, contestó Roldan. Pita vd. con tanta sal, que seria difícil á un general contrarestar esa potencia de primer órden. Vd. es el único que ha hecho esconder en sus madrigueras á los famosos bandidos de Rio Verde. Decia, señor inventor, continuó Roldan, que parece muy mal que hoy todo se anuncie con cartelones.

—Tiene vd. razon, contestó el de los espejuelos, esto es faltar á los deberes de urbanidad; pero tal cosa se debe á esos gefes políticos que nos arrojan en un precipicio por su falta de imparcialidad, y que cobardes se doblegan á la exigencia de los partidos.

—Hum! murmuró Choquezuela, quién hace caso deformas?

—Pues bien, dijo D. Jacinto, ojalá y mi pronóstico no se cumpla; pero los comerciantes jamas han corrido peligro semejante.

—Esplicaos, contestaron todos.

—Oidme. El comercio es hoy lo que el clero en sus felices dias; quiere decir, dueño del numerario.

—Convenido.

—Los dueños de grandes capitales pueden amortizar á los pequeños.

—Ciertamente.

—Unamos la cosa pública al comercio, y la cuestion estará resuelta.

—Cómo?

—Creando una aristocracia, que se llame de la fortuna.

—Eso no puede ser, repuso el de los espejuelos: únase á esa aristocracia, la del talento.

—No es suficiente! exclamó con imperiosa voz un individuo largo y enjuto, que tenia unos labios demasiado gruesos y cubiertos de grietas asquerosas; el talento y la riqueza nada valen sin la influencia moral: yo la ofrezco.

—Talento! riqueza! influencia! bien, bien, prorumpieron algunos.

—Y el pueblo? dijo Choquezuela.

—Oh! el pueblo, contestó Roldan, está en las arcas del tesoro, el pueblo es de quien lo sustenta y le proporciona trabajo. Quién se fia de él?

—Señores, sufrís una equivocacion, replicó Choquezuela. Moveos de comun acuerdo con los intereses del pueblo, ó de lo contrario, sucumbireis ante su fuerza poderosa.

—Y cómo, preguntó Roldan, se pudiera obteter esa comunicacion?

—Estableciendo un club.

—Nunca, agregó el de los espejuelos. Cómo se quiere que la nobleza descienda hasta rozarse con los pordioseros? Olvidaremos nuestra dignidad y tenderemos la mano á esos miserables, cuyo aliento impregnado de vino, no puede soportarse? De ninguna manera.

—Teneis apariencia de razon. Pero si nuestro pueblo no avanza, á quién se le debe? Multitud de veces he reflexionado sobre esto; causa tristeza decirlo, despues de sesenta años de vida independiente, las masas se encuentran sumergidas en la inaccion y en el marasmo mas absoluto. Aun están hundidas en el abismo de la ignorancia, aun se les ultraja y humilla. Pobre pueblo aquel á quien no le será permitido elevar la voz para humillar al tirano. Podriamos decirle con cierta heroina: "¡Qué pueblo tan triste para formar una República!"

—Blasfemias, contestó Roldan.

—Equivocaciones, dijo el de los espejuelos.

—Que se retracte, gritó el mozalvete de los labios gruesos, llamado Dionisio Facistelo.

—No lo haré, repuso Choquezuela: he dicho que la riqueza, el talento y la influencia religiosa no triunfarán jamas de la firmeza y buen sentido de un pueblo á quien se provoca con insultos.

—Permitid que tome parte en la discusion, dijo D. Alvaro: segun parece concluiremos por entendernos. Se dice que el pueblo es un elemento, no puede negarse, pero no es un elemento inteligente; por lo mismo, no puede tomar parte en la discusion.

—El pueblo desea instruirse, replicó indignado Choquezuela, y esta instruccion se imparte en los clubs.

—En los clubs? murmuraron todos.

—Sí, prosiguió con mas energía Choquezuela; los clubs, escuelas políticas del pueblo, donde el artesano aprende que es ciudadano, que tiene garantías, que goza de derechos, que en la vida social se adquieren franquicias, y esto no por la fortuna ni por los dones del cielo, sino en virtud de la constitucion de un país libre.

Los clubs, centro en el cual las doctrinas sublimes de la democracia ejercen su poderosa influencia sobre todo ciudadano, haciendo comprensible la ley, alentando al buen patriota y despertando al indiferente; allí, por medio de la discusion, el hombre se instruye y llega á comprenderse, allí se quita el antifaz á los falsos promulgadores del

derecho, y la verdad reaparece, para dar un grandioso triunfo á la humanidad.

Los clubs son las populares asambleas, en las cuales el hombre distingue de una manera conveniente aquello que juzga ser del dominio de la ley, y lo que tiene su orígen en la arbitrariedad; ellos deben ser sostenidos por el buen juicio, para destruir los peligrosos avances de la ambicion.

—Orden! gritaron todos; y la cuestion habria tenido un desenlace bastante triste, si la simpática Glafira no llamara la atencion, ejecutando en el piano un *nocturno* del inteligente maestro Meneses. Los contendientes dejaron el campo, y escucharon atentamente; menos D. Alvaro, que tomando del brazo al jóven de los espejuelos, llamado Richs, le preguntaba con ansiedad.

—Qué hay de nuevo?

—Todo está arreglado segun nuestro deseo; vd. será gobernador y yo insaculado.

—Qué tenemos que hacer?

—Dejadme el asunto, haré ceder á unos, y los que se opongan caerán heridos por los dardos de mi inteligencia.

—Y despues?

—Confianza, señor D. Alvaro, confianza y di nero.

—Bien, bien, confio en vd.

Richs, sin despedirse de la concurrencia, y rebosando de alegria, bajó saltando las escaleras.

D. Alvaro, creyéndose ya gobernador, volvió al salon en los momentos en que Glafira arrancaba nutridos aplausos.

La tertulia continuó muy animada, las jóvenes seguian ostentando sus mágicos encantos; los elegantes caballeros daban á conocer su finura y exquisita educacion. D. Alvaro soñaba en evitar su quiebra; y Dª Rufina estaba contentísima porque creia en su estúpido fanatismo que Dios se habia valido de su humilde sierva para destruir de un solo golpe á los filisteos.

CAPITULO V

CONFIDENCIAS

AQUELLA viuda desolada de que nos hemos ocupado anteriormente, vivia en la calle de la Maestranza. Entregada exclusivamente á las faenas domésticas, y ayudándose por medio de un honroso trabajo, podia subvenir á las necesidades mas precisas sin que para esto le fuera necesario demandar favor en las puertas del usurero. Era por decirlo así, una mujer tipo: habia logrado inspirar confianza á algunas familias, á quienes ella merecia altas consideraciones.

Los que tenian la dicha de tratarla, traslucian inmediatamente su esmerada educacion y sólida virtud.

La respetable matrona pertenecia á esa noble clase media que sostiene el equilibrio de la ínfima y de la aristócrata; que vive en perpetua compañía con el honor; pero tambien con el llanto: clase

que sufre en silencio los horrores de la desgracia; que apela al trabajo primero que imitar la holganza ó practicar el vicio.

Clase media, tu distintivo son los nobles sentimientos, las bellas acciones: no cambies jamas por el ridículo blason la dignidad que has heredado. Adelante, adelante: el porvenir te espera.

Pasemos á ocuparnos de tres personas que se honran con la amistad de la señora viuda y de su buena hija Matilde.

A uno conocemos ya: es el Capitan Armando.

El segundo es un jóven artista de excelente corazon, finos modales y elegante presencia, partidario decidido de los principios democráticos y amigo de las glorias de su patria. Se llama Luis.

El tercero tiene tambien elegante presencia; pero se hace insoportable desde el momento en que se entabla con él aunque sea una ligera conversacion, pues en ella se advierte al hombre fátuo y pretencioso. Su nombre es Enrique del Bastion; jóven de corazon perverso, y orgulloso como su padre D. Alvaro, es tambien enemigo del progreso y de la civilizacion; habla con placer de la época del imperio, llamándola: "Los momentos de bienestar."

Ya que conocemos á nuevos personages, sepamos el objeto que se proponen al visitar la casa situada en la calle que hemos mencionado.

Los dos últimos jóvenes con el trato continuo

habian llegado á impresionarse de la virtuosa Matilde; Luis sentia latir su corazon con mas violencia que nunca; pero habia recurrido al silencio, pues creia que su pasion nunca seria correspondida; Luis era el hombre del sentimentalismo, amaba; y aunque su amor era la expresion franca y sincera de su pensamiento, temia: no se consideraba con valor para decir á Matilde que era el objeto de su ternura.

Enrique amaba tambien á Matilde. Pero qué diferencia entre el amor–idea y la caprichosa pasion, que tiene su orígen en el orgullo ó en la refinada voluptuosidad?

Hay seres incapaces de amar; son aquellos que como Enrique, deslumbrados por el brillo de la opulencia, creen que son dignos de que se les tributen esas consideraciones que no tienen por qué merecerlas; á esos hijos del vicio que en plena bacanal, brindan por la deshonra de aquella que abrió desgraciadamente los oidos á sus halagadoras y falsas lisonjas; que sin Dios ni ley vagan errantes en busca de nuevas impresiones, que nada es bastante para contenerlos en su camino de infamia y maldicion; debia condenárseles á vivir en el aislamiento; agenos de la moral, hacen pública ostentacion de sus depravadas costumbres, hablan de conquistas, y comprenden en el precio de una apuesta, la correspondencia de una mujer de quien penetrando en

el santuario de su alma, no temen perturbar el reposo de que disfrutaba momentos antes; entregada á las caricias de una madre tierna y á la benéfica influencia de la virtud bendita; esos seres aspiran generalmente no al celibato que comprende la idea de la continencia perfecta, sino á lo que ellos llaman vida libre, y que pudiera mejor definirse con el nombre de libertinaje y prostitucion escandalosa.

Hemos preguntado en nuestro prólogo ¿para qué sirven estos? Respondan por nosotros los padres de familia que han visto desaparecer repentinamente del hogar á la hija predilecta, que antes escuchara sumisa los consejos de la experiencia. Preguntadlo á esas jóvenes que lamentan llorosas la perfidia y el engaño de aquel que les habia jurado eterna fé. Y entonces se nos llamará sinceros, y se comprenderá que á nuestra pluma guia únicamente el deseo de señalar algunos males que siempre serán trascendentales, ó lo que es lo mismo, de fatales consecuencias para la sociedad.

Tal era Enrique, quien hacia tiempo habia declarado su amor á Matilde.

Esta, no pudiendo resistir á las dulces palabras del amante, ni á las promesas del caballero, ¿qué haria, jóven y llena de pureza, sino confesar que le amaba tambien? Por su parte Enrique, conociendo perfectamente que podia sacar par-

tido de la inocencia de Matilde, le hablaba constantemente de un bello porvenir, de felicidad, etc., logrando así cautivar el corazon de aquella vírgen. Podemos decir que Matilde era ya víctima de sus sentimientos, una pasion calcinaba su cerebro, y le habia hecho perder la tranquilidad.

Armando hacia poco tiempo que visitaba la casa de Matilde.

En los momentos en que comenzamos á descorrer el misterioso velo de la vida doméstica, madre é hija se ocupaban, la primera de concluir un hermoso canastillo de raso azul, adornado con finísimo hilo de oro, y la segunda bordaba en un blanco lienzo.

Hemos dicho que les era preciso trabajar.

El trabajo: siempre el trabajo; ese castigo inherente á la humanidad; castigo impuesto desde los primeros dias de la creacion, cuando el primer hombre escuchó las terribles palabras de Jehová: "Con grandes fatigas sacarás el alimento en todo el discurso de tu vida."

Prosigamos.

Matilde con la vista fija en el bastidor, pensaba en Enrique. Y en el mismo tiempo la señora Laura continuando el quehacer, distraia su imaginacion algunos momentos para recordar á su hija y á Luis; seres que ella deseaba ver unidos mas tarde y gozando la dulce paz del hogar.

—Estoy resuelta, decia para sí la virtuosa jó-

ven, se lo diré á mi querida madre; cometo una falta con ocultárselo; lo amo, lo amo: no puedo olvidarlo. Ay de mí! continuaba Matilde, no sé qué emociones experimento al acordarme de........

La palabra se ahogó en la garganta de aquel ángel de inocencia, su sangre circulaba violentamente y todo su ser se agitaba bajo el dominio de una fuerte impresion.

La buena madre á su vez reflexionaba y comprendia perfectamente que Enrique y su hija se amaban, pues varias veces les habia sorprendido miradas propias tan solo de aquellos que se han prometido constancia y jurado eterna fé. Pero estando descontenta del afecto de Enrique, deseaba que Luis venciendo su natural timidez, le pidiese la mano de Matilde, á cuya peticion la señora Laura habria accedido gustosa.

Por largo tiempo madre é hija estuvieron sumergidas en profundas reflexiones; pero el pensamiento de ambas era muy distinto: una queria á Luis para esposo de su hija; pero Matilde, debemos confesarlo, amaba mucho á Enrique.

Al fin la jóven resolviéndose, dijo á la señora Laura:

—Mamá, tengo que comunicarte un secreto.

—Secretos tú?

—Hace tiempo queria decirte.... pero temiendo disgustarte........

—Disgustarme? nunca, hija mia. Es algo que se

oponga al honor ó á la virtud? no: es verdad? pues entonces ¿por qué ocultarme lo que ya he comprendido? Tú amas, sí, no era posible que estuvieses exceptuada de esa ley á la que todo mortal vive sujeto: no sabes que en tu alma como en la de todos los seres existe una necesidad imperiosa? No comprendes cuál sea? El amor, hija mia; sí, el amor; sublime emanacion de la Divinidad. Por qué entonces crees que me cause disgusto saber que amas? Es tan natural el amar!

Dirige tu vista á la inmensidad de los mares, en su profundidad encontrarás al pez humilde; qué lo mantiene allí? el amor.

Las aves que van surcando los aires, qué publican en sus trinos? el amor.

La cándida paloma en su tristísimo gemido, qué nos dice? amor.

El inmundo reptil, el leopardo feroz que ruge en la montaña, el diminuto insecto, el cervatillo ligero, por qué viven? por el amor.

Y tú, hija mia, serás la única que esté excluida de esa ley? De ninguna manera; tambien eres susceptible de amar. Por qué temes confesarlo? tú, cuya alma se encuentra tan pura como la de los ángeles? Aun ignoras, querida Matilde, que una madre adivina los deseos de sus hijos? que gozamos si gozais, que sufrimos con vosotros, que nuestro ser se rejuvenece, cuando leemos en vuestra sonrisa la quietud y la paz del alma? Sé bien

lo que intentas decirme: comprendo que estás poseida de un sentimiento que hasta ahora no habias experimentado, y que ha llegado por fin á dominarte: tú amas á Enrique.

—Es cierto, respondió turbada Matilde, pero..

—Le amas, no es así?

—No puedo negártelo.

—Y sabes si él te ama? vamos; sé franca.

—Dice que me adora y........

—Que eres su ángel, que tu hermosura le cautivó, que eres la única que puede hacer la felicidad de su vida, que........

—Eso es, así me ha dicho muchas veces, respondió con acento trémulo Matilde.

—Escucha, hija mia; el amor, grata y hermosa idea que Dios infundió en el alma de todas sus criaturas, puede ser la felicidad ó la desgracia, la vida ó la muerte. Es la felicidad, si le inspira un sentimiento puro; la desgracia, si está constituido por el torpe deseo ó la voluptuosidad, enemigos del pudor y de la virtud. No puedo decirte mas Matilde, reflexiona que mis consejos son hijos del amor que te profeso.

—Te molestas mamá? preguntó llorando Matilde.

—No, estoy contenta de tí porque nada me ocultas, contestó la buena madre enjugando el llanto de su hija. Pero por qué te he de engañar? creo que Enrique no te ama.

—No me ama? repuso afligida Matilde.

—Así lo comprendo; si te dirige palabras amorosas, es porque abusando de tu inocencia y buena fé, trata de inclinarte en su favor. Enrique no te ama, lo repito; únicamente sigue la depravada costumbre de los jóvenes de su clase, que apenas comienzan á vivir y ya procuran introducir el luto y la desesperacion en el alma de una vírgen que poco antes vivia tranquila en el hogar paterno y entregada á los dulces goces de la virtud.

—Enrique ha jurado amarme siempre.

—No debes hacer aprecio de tales juramentos, Matilde; si Enrique te amara, me lo habria puesto en conocimiento; si piensa unir su destino al tuyo, por qué no recuerda los deberes del caballero? No sabe que te amo? que eres el ser de mi predileccion? pues entonces por qué ocultarme sus intenciones?

—Es tan tímido, replicó la buena hija.

—No, no llames timidez á la refinada hipocresía; creeme, su silencio oculta la mala fé, la ponzoñosa maldad, que despedazando la honra, hace perder la tranquilidad; te lo repito, no hagas caso de sus juramentos, desprecia sus ridículas galanterías y muéstrate como hasta aquí, siempre digna de mi ternura y prediliccion.

Matilde, viendo que su revelacion habia sido causa de un prudente extrañamiento, le dice á su querida madre con esa expresion propia de una alma virtuosa:

—Mamá; ya sabes que tengo gusto en obedecerte, y que mi mayor placer consiste en verte dichosa.

—Haces bien, mi querida hija: veo que no has olvidado el cuarto precepto del decálogo. "Honra á tu padre, nos dice Dios, y no desprecies los gemidos de tu madre."

—Cuán buena eres! exclamó enternecida Matilde.

—Escúchame, continuó la directora de aquel ángel de virtud, quiero hablarte mas extensamente del amor; yo lo despojaré de esas gasas de exquisitos colores que le cubren y hermosean; haré que aparezca á tus ojos sin atavíos; sin flores ni aromas, sin su brillo fascinador, sin su dulce atractivo; te lo pintaré con el bello colorido de la verdad, tal cual es.

La llegada de un jóven elegantemente vestido que apareció de improviso en el dintel de la puerta, vino á interrumpir tan íntima confidencia.

—Se puede entrar? preguntó con afectada urbanidad.

—Adelante, respondió la señora Laura, y añadió en voz baja á Matilde: despues continuaremos.

—Feliz el momento que me proporciona la dicha de ver á ustedes; cuánta honra me resulta al estar en tan deliciosa compañía, dijo Enrique, á quien ya conoce el lector.

Matilde al verlo y oirlo dejó retratar en su semblante la alegría.

La señora Laura, en la que se verificaba el efecto contrario, respondió á Enrique cortesmente:

—Gracias por las expresiones vertidas y por su visita; sírvase vd. sentarse.

El dandy, muy satisfecho, y moviendo rápidamente su baston, tomó una silla y fué á sentarse cerca de Matilde.

Esta le preguntó:

—Nos permite vd. que sigamos nuestras labores?

—Obrar de otra manera, contestó el jóven imberbe, seria despedirme políticamente, pues comprenderia que mi presencia era importuna. Continúen ustedes, yo no soy obstáculo.

—He dirigido á vd. esta pregunta, agregó violentamente Matilde, porque la urbanidad lo exige.

—Dígnense vds. tratarme con confianza: se los suplico.

—Bien, Enrique, está vd. en su casa.

—Gracias, señora, gracias; no debe haber etiqueta entre nosotros, ¿es verdad?

—Ciertamente, respondió Matilde.

—Mientras que ustedes continuan su trabajo, les pondré al corriente de la crónica del dia.

—Ya escuchamos, Enrique, contestó la señora Laura.

—Y continuaremos leyendo la Educacion de las

Madres de Familia? preguntó la tímida Matilde.

—Con mucho gusto; aunque diré que á la verdad me disgusta el capítulo IV en que vamos, y que trata de los estudios morales del Evangelio.

—Y por qué? preguntó sorprendida la madre de Matilde; yo lo encuentro muy agradable.

—Y yo tambien, añadió Matilde.

—El buen corazon que tienen ustedes les hace ver las cosas al través de un prisma encantador.

—Me parece que el autor desarrolla muy bien sus soliloquios, y que va unida su moral á la distraccion que produce, respondió un tanto molesta la instruida señora.

—No trato de contrariar á ustedes, contestó el del Bastion; pero ya conocen mis ideas y doctrinas; ellas son contrarias á la moraleja democrática que hoy, por desgracia del buen gusto, quieren infundir en nuestros cerebros los escritorzuelos.

—Creo que esa moraleja, como vd. la llama, es bien sentida, bien dicha, bien admitida por las personas sensatas y de buen criterio.

—Sensatos..! de buen criterio! no, señora, respondió Enrique, parándose de su asiento y accionando exageradamente; uf..! he ahí el error, la gente sensata y de talento se rie, se mofa de los principios falsos que predican esos explotadores de la ignorancia y del fanatismo patriótico.

—La inteligencia siempre debe ser respetada

señor del Bastion, observó la entendida señora.

—En escritores como L'Aimé Martin, Víctor Hugo, Castelar y otros, no hay inteligencia; lo que hay es pedantería, fatuidad y un cúmulo de frases que halagan su orgullo y la vanidad de los ignorantes; y yo no soy el único de esta opinion, así piensa el erudito Facistelo, el chispeante Richs, el instruido Roldan, el valiente D. Longinos y otros mil de la clase ilustrada de mi patria.

La tolerante señora tenia trabajo para contenerse y no decir á tan pretencioso jóven algunas verdades que le podrian haber impuesto silencio y solo se conformó con decir para sí:

—Qué necio es!

—Sí señora, continuó el galan, esta es la verdad.

—Y los escritos de Balmes qué le parecen á vd? preguntó Matilde, que notaba el disgusto de su madre, y la discusion caprichosa que sostenia Enrique.

—Oh! respondió con mas énfasis el moderno *Caton*: Balmes es otra cosa, ahí se ve desde luego la verdad, la buena lógica, el mérito del escritor, el recto juicio.

—Creo que nuestros escritores no merecen ser tratados de una manera tan dura, señor del Bastion. Qué, no les concede vd. sobrada ilustracion y buen criterio, como lo hace vd. respecto del doctor Balmes? preguntó con moderacion la señora Laura.

—Nunca, contestó en tono despreciativo el hijo de D. Alvaro.

—Por qué tanto encono con los hijos de nuestra misma patria, señor?

—Porque no puedo transigir con los demagogos, ya se llamen espadachines, literatos ó leguleyos, que es lo mismo.

—Parece que se exalta vd., dijo Matilde, notando el disgusto que ocasionaba su fastidiosa é impertinente conversacion.

—Yo lo veo frenético, añadió la señora Laura.

—Digan ustedes, repuso Enrique, que soy constante en mis principios, y no veleta como.... varios que conozco. Nunca faltaré á mis doctrinas, ni me apartaré de la causa que con tanto empeño defiende mi padre.

—Hablemos de otra cosa, señor del Bastion; díganos vd. algo acerca de las elecciones.

—De eso hay mucho que hablar, señora; si ustedes hubiesen presenciado los escándalos que tuvieron lugar en el teatro Degollado, las escenas habidas en la tertulia con que mi padre obsequió á sus numerosos amigos? Oh! aquello era divino; allí estuvieron nuestros partidarios, como siempre, triunfantes. Cuánto humillaron á los escritorcillos! ya se vé, el talento siempre ha sido respetado.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un estilo tan enfático, que seguramente Enrique se creyó en esos momentos un hombre de genio

superior, y de vastos y profundos conocimientos.

La razon se pierde en un mar de conjeturas cuando se considera que aun existen jóvenes partidarios del oscurantismo. Y esto á qué se debe? Unicamente á las necias preocupaciones que no será posible desterrar de esos cerebros ignorantes, partidarios del lujo, momias ridículas con la vestidura de señores, ven deslizar las horas en el abandono de una vida sedentaria y triste; seres abyectos que armados de la supersticion nunca olvidarán sus añejas teorías, llegando su cinismo hasta querer que se les llame infalibles! Pobres seres!

Sujetos siempre á la direccion espiritual de aquellos que todo lo intentan absorver, la fortuna y la ciencia, el poder y la ley, la razon y el mundo, han crecido escuchando máximas engañosas que se oponen abiertamente al desarrollo de la inteligencia.

"Lo que sabes te basta. No quieras investigar lo misterioso, gritan los directores, so pena de perderte en un abismo de corrupcion ó en un océano de impiedad."

Y ellos, pobres de espíritu y agenos de criterio, se dejan conducir, no al santuario de Dios, sino á la cloaca de los monopolizadores de la inteligencia, cubierta por el negro velo de la ignorancia.

Entretanto continúan su conversacion Enrique, la señora Laura y Matilde, recordemos á fray Ca-

mándulas y á Roque, individuos que segun hemos visto siguen muy de cerca los pasos del Capitan Armando.

Este se encaminaba á la casa del general Corona, pensativo y triste; ya cerca del asesino, fija en él instintivamente la vista, Roque tiembla y no tiene valor para asegurar el golpe fatal.

He ahí la mano de la Providencia salvando nuevamente al hijo del combate, á un defensor de las libertades patrias.

En los momentos en que Armando se dirigia á la casa del general Corona, el asesino Roque se encontraba en atalaya. Escuchemos su monólogo:

—Soy un cobarde, decia, difícilmente se me proporcionará ocasion tan favorable como la de ayer para realizar el proyecto; pero hoy no se me escapará. Silencio: ya se acerca.

Armando encontró á Luis en su camino.

—Maldita suerte! exclamó el asesino, no viene solo; pero no hay cuidado, seguiré sus pasos; pronto le abandonará su compañero y caerá en mis manos.

Los dos amigos pasaban junto á Roque en los momentos que este acariciaba su puñal, para hundirlo en el pecho del capitan.

Ya vimos al agente de fray Camándulas temblar lleno de miedo, y por lo mismo no poder dar cuenta de su víctima.........

El mendigo, á quien hemos conocido en el Li-

ceo de Varones, á la vez que esto pasaba, leia recargado en una de las puertas de la imprenta de Banda y hermanos una carta que con su nombre habia encontrado en la lista del correo y que el honrado señor Montenegro le entregó luego que fué pedida.

Termina su lectura y con voz débil dice:

—Gracias, Dios mio! no ha muerto: ya podré manifestarle mi gratitud al hombre que me salvó de una sentencia injusta y por la que creia verme perdido para siempre un miserable calumniado r. Bendito seas, Señor! tu justicia no se hace esperar largo tiempo, ella llega para consuelo del desgraciado y confundir al delincuente.

Guarda la carta en una de las bolsas de su pobre chaqueta y se dirige hácia el Sur de la plaza; pasa por el portal Quemado, da vuelta á la izquierda y penetra á la casa de D. Alvaro del Bastion.

CAPITULO VI

LA ASOCIACION

UN cuarto de hora despues de que se iba á consumar tan horrendo crímen, Luis dejaba á su amigo en la casa del modesto general Corona.

Una vez allí, y despues de haber conferenciado con el general, Armando se despidió cortesmente.

Acompañémoslo á una nueva habitacion.

Era esta uno de aquellos humildes albergues donde habita la clase media.

Clase en la cual está personificada como hemos dicho, la honradez y el sufrimiento, amiga del trabajo y enemiga del vicio.

Yo te consagro la expresion mas sincera de mi afecto, clase bendita; á tí pertenezco, en tu seno he aprendido á conocer los principios salvadores de la democracia y saboreado la dulce quietud.

Tú sabes ser humilde, pero no degradada; tu fuerza de voluntad es suprema; yo te admiro, már-

tir resignada, defensora de la inocencia, anatema de la infamia.

Tú, como ninguna, tienes derecho á conservar tu dignidad. El distinguido literato, el hábil financiero, el campeon del progreso, el sabio político, el soldado de la libertad, todos son tus hijos; clase bendecida por Dios, cuna de la ciencia, heroina de la virtud, salud!........

En un pequeño gabinete donde no se veian muebles exquisitos ni ricos tapices, se encontraba un hombre como de treinta años; tenia cuerpo regular, ojos negros en los que se sorprendian miradas atrevidas y penetrantes; su frente era espaciosa: en los momentos en que lo describimos su músculo frontal estaba fuertemente contraido, en aquel sentido en que segun los autores expresa las pasiones tristes. Este personage es el Lic. Alfredo, quien como lo tenia de costumbre acariciaba su negro y poblado bigote.

Enfrente de él se encontraba medio recostado en un sofá un eclesiástico (sin el trage especial) su edad es madura, en sus miradas se lee la desconfianza y su rostro revela una sonrisa al parecer sacástica. Es el bachiller Fernandez.

Sentado en un sillon, y junto á una mesa redonda, se ve al Capitan Armando que hacia algunos minutos se encontraba allí.

—Licenciado, dijo Fernandez enderezándose un

poco, la lucha ha comenzado, y pienso que será á muerte.

—Qué dice vd? preguntó dejando un momento en paz su bigote el pensativo abogado.

El padre Fernandez continuó:

—Los partidarios hacen grandes preparativos: el resultado decidirá una cuestion de grandes trascendencias en los negocios públicos.

—Se preocupa vd. mucho, amigo, contestó Alfredo, qué nos importa esa lucha que se prepara? yo veo esa cuestion con tanta indiferencia......

—No diga vd. eso, licenciado, exclamó el Capitan Armando.

—Y por qué no? la lucha de hoy no puede ser sino la lucha de ayer, la lucha de siempre, es verdad? por consiguiente habrá la misma agitacion, la misma farsa, y todo ¿para qué? para que un hombre nuevo entre á gobernar. Nuevo, porque será desconocido, y viejo, muy viejo, porque hará lo que han hecho sus antecesores. Y por este motivo hemos de perder el reposo, y nos expondremos al odio público? Todo es farsa, amigos mios, farsa, dejemos á los políticos que nos diviertan, no seamos de los farsantes.

El clérigo volvió á sonreirse, y el Capitan Armando apenas podia contenerse al oir aquellas expresiones.

—Alfredo, dijo el clérigo, todas las cosas tienen sus momentos oportunos, todos los acontecimien-

tos son materia de aprendizage. Habeis visto la cuestion de un modo, y hasta cierto punto teneis razon, mas permitidme que no sea de vuestro parecer; repito que la cuestion de hoy no es vulgar, ella decidirá del porvenir del país.

—Esplicaos, contestó Alfredo.

—Ninguno como yo podria burlarse con mas razon de nuestra política rastrera; ya sabeis que mi modo de vivir me pone al abrigo de interpretaciones ambiciosas; he llegado á conocer que el hombre vive con poco y esto lo proporciona la Providencia á todos los mortales.

El lujo del rico es igual á la miseria del pobre, pues este último con su sufrimiento, recibido con calma, iguala á la comodidad del rico.

Los dos hemos sido educados en la misma escuela, nuestras ideas casi se confunden, nuestra sensibilidad se conmueve con los mismos objetos; nos basta un momento de explicacion para comprendernos.

No es el mundo el que ha de variar; seguirá el mismo y los hombres serán egoistas unos, interesados otros, infieles la mayor parte: no son los hombres los que nos engañan; somos nosotros los que, no pudiendo conocerlos, queremos el imposible. Deseamos igualar á nuestras teorías los resultados, y estos nunca corresponden á nuestras esperanzas. Esto es bueno para los hombres que en su gabinete forman reglamentos morales; mas

es una senda errada para el filósofo, que quiere ayudar á la humanidad en su progreso.

Confesemos, amigo mio, que nos hemos equivocado: recibamos á los hombres tal cual ellos son y llegaremos á comprender á esa gran masa que aunque con fuerzas contrarias, concurre al fin que el Autor de las sociedades se ha propuesto: la civilizacion.

El Capitan Armando, oyendo con agrado lo que el clérigo decia, se levanta de su asiento y abrazando al sacerdote que tanto honra por su capacidad al clero jalisciense, le dice conmovido:

—Padre, amigo, hermano mio, si todos los ministros del altar fueran como vd., é hicieran uso de su inteligencia en positivo bien de la humanidad y muy particularmente de sus compatriotas, cuántas desgracias se hubieran evitado!

Si todos los clérigos de Jalisco y de la República entera pusieran en juego su poder, su influencia moral, y trataran de llevar por el buen camino á los enemigos del progreso, del órden y del bien comun, ¡ah! qué dignos serian de su ministerio y de estrechar la mano del honrado ciudadano!

Si todos tratasen de ayudar al bien de su patria, México no tardaria mucho tiempo en ser un coloso indestructible.

El clérigo no contestó, solo una sonrisa se dibujó en sus labios, y es que comprendia muy bien que aquello era un sueño; una idea halagadora,

sublime de la imaginacion ardiente de Armando.

Alfredo por el contrario, despues que hubo terminado de hablar el Capitan, contestó:

—Es positivo, nosotros hemos caminado hasta hoy por las sendas de las teorías; pero estamos conformes con ellas? Pues qué razon hay entonces para sacrificar nuestro reposo y dejarnos arrastrar por las olas impetuosas de la política, cuando podemos verlas pasar permaneciendo en el retraimiento?

Armando, al oir estos razonamientos de Alfredo, dijo:

—La voz del deber es lo que nos obliga á abandonar el reposo del egoista y la calma del indiferente.

Todos los hombres nos debemos á la humanidad; todos debemos concurrir al progreso; el sentimiento nacional es el que nos obliga á sacrificarnos en aras de nuestras creencias.

El soldado pierde la vida en los campos de batalla, el labrador riega la tierra con el sudor de su rostro, el padre de familia vela por la educacion de sus hijos. ¿Y solo el hombre instruido, el hombre dedicado al estudio, debe encerrarse en su gabinete sin acordarse que á sus puertas el pueblo protesta contra esa indolencia?

No, señor Alfredo, precisamente los hombres inteligentes son los que deben moverse en beneficio público, utilizar sus conocimientos, hacer co-

nocer la verdad y unir á los hombres por medio de la razon. Ellos, apóstoles de la humanidad, deben crear prosélitos á la idea regeneradora, ser directores de las masas y defensores de las ideas sublimes; su mision no es el indiferentismo, es la ingerencia en los negocios públicos, para proclamar y hacer á la justicia vencedora. Cuándo se ha creido que la ignorancia predomine sobre la inteligencia? Nunca! Si alguna vez aquella aparece triunfante, es porque esta última no se ha mezclado, por indiferentismo ó por egoismo.

—Sí, exclamó Fernandez, dice muy bien el Capitan, el deber impulsa á los hombres á concurrir al progreso de la humanidad. Los deberes del hombre varian segun el lugar que ocupa en la sociedad: mas los deberes del hombre aislado no bastan, es necesario llenar los deberes sociales, y ni aun estos son suficientes, es preciso cumplir con los deberes del ciudadano.

—No soy absolutamente de vuestra opinion, contestó el abogado. Si el resultado es nulo, ¿qué puede alcanzar un hombre de buenas intenciones entre una multitud de malvados? Perder la calma y volver desprestigiado al seno de su familia.

—Mientras mas violento sea el empuje de la inteligencia, mas pronto concluirán los malvados, dijo Armando en el tono de una conviccion profunda.

—Por otra parte, contestó el clérigo, ¿qué im-

portan los resultados? estos se obtendrán ó no; pero el hombre honrado, el buen ciudadano, el leal patriota, habrá cumplido con su deber y esto le basta.

—Muy bien, contestaron á la vez Alfredo y Armando.

La mirada de aquellos tres individuos se animó. Se habian comprendido y acababan de tomar una resolucion.

Entonces Armando, contento y mas feliz que nunca, por la nueva adquisicion que con ayuda del padre Fernandez acababa de hacer, hizo la siguiente observacion:

—Convencidos como estamos, de que es preciso que los buenos ciudadanos cumplan con sus deberes, debeis comprender que fuerzas aisladas no alcanzan grandes resultados: estos solo se obtienen por medio de la asociacion. Unámonos y seremos fuertes, obremos de acuerdo en todos nuestros actos, y nos haremos respetar.

—Valen mas tres que uno, dijo el clérigo.

—La union da la fuerza, agregó el abogado.

Y los tres amigos se estrecharon la mano en señal de alianza.

Desde aquel momento su suerte estaba unida. No tenian sino una idea; sus corazones gozaban de un sentimiento inesplicable: el sentimiento de la fraternidad.

El clérigo fué el primero que, dominando sus afectos, volvió á tomar la palabra y dijo:

—Hemos hecho un pacto, que de hoy en adelante unirá nuestros esfuerzos para trabajar por el bien de la sociedad; en consecuencia, no tendremos voluntad propia y nuestras ideas serán objeto de discusion.

—Muy bien, contestaron Armando y Alfredo.

—Vuelvo á la idea que vertí al principio, continuó diciendo el padre Fernandez; preveo que la cuestion del dia es de muy graves trascendencias.

—Convengo en ello, contestó Armando; pero ella comprende dos; la general de la nacion y la particular del Estado.

—Por lo pronto, dijo Alfredo, lo importante es la cuestion del Estado.

—Es la mas próxima, contestó Armando; pero creo no es la mas interesante.

—Soy de opinion que resuelta la del Estado, queda resuelta la general.

—Puede ser, contestó Armando.

—Son recíprocas, dijo el clérigo, y debemos ponernos de acuerdo respecto de las personas por quienes hemos de trabajar.

—De acuerdo estamos, contestó con viveza Armando. Juarez debe ser reelecto, y Vallarta gobernador.

—No seria fuera del caso sugetarlo á discusion.

—Es inútil la discusion, expuso el padre Fer-

nandez. Vallarta no tiene competidor y Juarez..

—Tampoco lo tiene, concluyó Armando.

—Pues bien, trabajemos por Juarez y Vallarta.

—Y la victoria será nuestra, yo os lo predigo, exclamó Armando con entusiasmo.

Los tres amigos trataron aún mas del asunto, hicieron su combinacion, prepararon los medios y se volvieron á estrechar nuevamente la mano.

Desde aquellos momentos debian hacer la guerra á los círculos contrarios; pero no con infamia, difamacion, embustes y calumnias; no, sus armas serian las que proporciona la inteligencia, las que dicta la razon y sostiene la justicia.

Y así fué en efecto, no nos cansaremos de decirlo, desafiamos á sus detractores, principalmente á los del Capitan Armando, á que prueben sus acusaciones; los desafiamos en el terreno racional á que demuestren con hechos su miserable proceder. No lo harán, pues se encuentran impotentes para verificarlo. Y qué se sigue de aquí? Que su nombre se ha unido al catálogo de los difamadores de oficio, que no teniendo armas nobles con que batirlo, se han valido de medios indecorosos para manchar su reputacion, y aun en este acto se ve la conducta del cobarde, pues sus calumnias las han cubierto siempre con el ridículo seudónimo. Tienen justicia? Sí? Pues entonces á qué ocultar su nombre, por qué no firman sus escritos? Por qué? Porque saben bien que ante

los tribunales no probarian nada y serian condenados.................................

Volvamos á nuestros personages.

No extrañen nuestros lectores que un eclesiástico tome parte activa en los negocios públicos: se nos dirá que la oracion y el estudio deben constituir su sola ocupacion; pero esto, no acontece así. Algunos como fray Camándulas viven retraidos en apariencia, y sin embargo, son los principales perturbadores del órden público; ellos se valen del púlpito, no para difundir la luz de la verdad, sino para introducir un cisma en la conciencia de los creyentes, consiguiendo así apartarlos de aquellas ideas de sana moral y de sólida virtud: creen que todo debe quedar sujeto á la jurisdiccion de la iglesia, y entregados á esta fatal creencia, no se detienen en los medios que deban conducirlos á la consecucion de un fin; poco importa que este sea de trascendencias; ellos no por esto se confesarán culpables; al contrario, querrán que se les admire como á verdaderos directores de la humanidad.

Hablamos en tésis general; no podremos negar que hay ministros que desempeñan su mision sublime con un celo verdaderamente evangélico; pero en cambio, cuántos vemos siendo el escándalo ambulante de las corporaciones á que pertenecen? No comprendemos cómo estos tienen valor para desempeñar el sacerdocio, estado que requiere las

poderosas armas de la virtud y de la inteligencia. Se cree que para ser sacerdote, basta medio saber el latin, estudiar algo de moral, y tener ligeros rudimentos de filosofía ó teología. Por eso vemos que muy pocos eclesiásticos comprenden su mision, y por eso tambien han florecido en todo tiempo seres execrables que estableciendo sus tribunales odiosos, han conseguido que el fanatismo tuviera en absoluta restriccion á la libertad. Ejemplo de ello es la Inquisicion, cuya historia es conocida de todos; esa caverna inmunda establecida por los vicios de los reyes y sostenida por una turba tumultuaria y maldita. Regístrese la historia; ella siempre nos señalará á la clerecía queriendo ser la dominadora y la universal. Nada ha perdonado en su celo fanático; nada tampoco ha logrado la razon para convencer á los partidarios del retroceso: ellos no se han detenido ante las súplicas de las víctimas de su rencor, ellos han escuchado con una serenidad imperturbable el último ¡ay! del moribundo sometido al potro y al tormento. Sus manos se han teñido con la sangre del inocente, y su alma pervertida ha sentido un excesivo regocijo cuando el llanto ha escaldado las mejillas del que sufria tormentos indecibles, al sentir su cuerpo devorado por la hoguera.

Por fortuna de la humanidad, en nuestros dias se han logrado destruir esas ideas de barbárie; pero aun no podemos cantar completa victoria; to-

davía el clero toma parte activa en los acontecimientos.

Sin embargo, se ha conseguido que si no reconocen, por lo menos sí obedezcan la ley, que no estableciendo ridículas distinciones ni respetando supremacía ó carácter gerárquico, juzga á todos los hombres de la misma manera.

Causa tristeza que los partidarios del retroceso vivan tan expontáneamente rodeados por la atmósfera de la duda. "Todo es permitido, exclaman, con tal que el oscurantismo, nos sirva de precursor; que los hijos de la libertad se nos oculten, mientras pasa nuestro furor; ellos vendrán á nosotros mas tarde, y entonces les concederemos nuestro perdon." Imbéciles! cuánto se engañan! Jamas los hijos del progreso doblarán la cerviz; á ellos no les arredra el peligro.

Terminaremos esta cuestion diciendo: No es permitido á los clérigos tomar parte en la obra grandiosa de la civilizacion, sino cuando sus ideas no contrarian al desarrollo del espíritu humano. De otra manera, sus teorías no son admisibles, pues ellas no tienen otro objeto que procurar la ruina total de la inteligencia, y detener los avances del progreso.

Hemos dicho que no todos los eclesiásticos deben ser juzgados de la misma manera; en efecto, es necesario establecer muy honrosas distinciones para aquellos que abrigan la conviccion de que

no es un crímen escuchar la voz de la conciencia.

Salud á vosotros, apóstoles del deber! vuestro nombre será respetado y bendecido de la humanidad.

En el número de estos obreros del porvenir se encontraba el digno y virtuoso sacerdote Fernandez. Convencido de que las ideas progresistas no eran aquellas que seguian sus compañeros de ministerio, se resolvió, abandonándolos, á poner en práctica, á desempeñar la mision que se habia impuesto. Cuál era esta? defender la verdad á todo trance, y procurar que el error no estendiese su funesto influjo en aquellos seres en quienes tambien vivia el móvil divino del pensamiento: pero ellos, no queriendo convencerse, pusieron en juego los medios mas reprobados para denigrar la conducta de su compañero; la calumnia, esa arma emponzoñada, y los dictados de impío é inmoral, fueron la única recompensa otorgada al bachiller Fernandez, por aquellos que con orgullo se nombran "Colosos de la inteligencia."

Fernandez deplora en silencio la tenacidad de los que en otro tiempo le llamaran hermano, pero no puede seguirlos en sus ideas retrógradas: primero permanece en completa inaccion, mas despues, juzgando que su quietismo podria considerarse como el efecto de la triste impotencia, se lanza atrevido al campo donde le espera la calumnia. Para combatirla frente á frente, se apodera

del gran elemento social de la reforma, y dice á los que le ultrajan: "La riqueza en vuestras manos es el combustible que activa la llama destructora; vosotros iniciais principios que detesto, me abominais, lo sé; en nada tengo vuestras amenazas; he querido que participeis de mis ideas, y por ello me calumniáis: defensor de mis derechos, acepto mi aislamiento antes que seguir vuestra ruta; recordadlo, la religion nos enseña el amor, vosotros no amais á vuestros hermanos, puesto que intentais la destruccion y la ruina; yo, al contrario, procuro coadyuvar al sostenimiento de las creencias que contribuirán á nuestro engrandecimiento. Mi recuerdo pertenece á la patria."

Tal era el bachiller Fernandez, hombre inflexible en sus ideas y convicciones; recto en sus principios. Ya no estrañarán nuestros lectores verlo tomar parte activa en los acontecimientos; él no habia podido convertirse en frio espectador y ser partidario de la inaccion. Hijo de Jalisco, se habia presentado expontáneamente á participar del peligro, pues así se lo sugerian la razon y la conciencia.

El bachiller Fernandez era un verdadero hijo de la democracia.

Ya que hemos conocido íntimamente á Fernandez, digamos algo de Alfredo que al principio vacilante, secunda despues gustoso el movimiento iniciado por los hijos del progreso.

Alfredo era un instruido abogado, buen amigo y excelente demócrata; siempre en busca de los principios salvadores de la humanidad, no escucha el grito del tirano ni teme la maledicencia del ignorante; su fin es cooperar al bien comun, al engrandecimiento de su patria.

Perteneciendo á una familia acomodada en otro tiempo, á quien los manejos criminales de jueces malévolos habian arruinado, inteligencia vasta, habia concluido por desconfiar de la maldad de unos, menospreciando el necio orgullo de otros; aspirando á conservar siempre su dignidad, defendia únicamente aquellos negocios que en nada podian menoscabar su merecida reputacion.

De aquí procedia el retraimiento en que le hemos encontrado, causa muy justa que le hacia ver con indiferencia las cuestiones públicas.

Llevaba algun tiempo de ver unida su suerte á la de Amelia; jóven virtuosa y de notable capacidad; era muy dichoso á su lado, y gozaba con la sonrisa de dos hermosos niños, fruto de su amor y objeto de su adoracion.

Alfredo, Armando y Fernandez estudiaban la situacion y recursos de sus adversarios. Preocupados estaban en una discusion cuando se presentó una criada de la casa en la puerta del gabinete, con un papel en la mano.

—Un señor anciano, decente, de barba blanca,

me ha entregado este papel, diciéndome que se lo diera al señor Capitan, dijo la criada.

—Por qué no le hiciste pasar? preguntó Alfredo.

—Me respondió que estaba violento y se ha ido inmediatamente.

—Bien, déjanos solos.

La criada salió.

Era una tarjeta en cuyo reverso estaba escrito: "Si no es molesto al Capitan Armando, varios amigos le esperan en la casa número.... de la calle de la Compañía; para tratar negocios de interes.—*Longinos Torrente.*"

Armando luego que leyó la tarjeta, se levantó diciendo:

—Me retiro, no es bueno hacerse esperar.

—Os vais? dijo Alfredo; qué contiene esa tarjeta maldita? por qué nos privais de vuestra compañía?

—Poca cosa, contestó Armando; Longinos Torrente me espera.

—Le conoceis? preguntó el padre Fernandez.

—No, contestó Armando.

—Tomad precauciones, quien os llama no es muy caballero; agregó Alfredo.

—No hay por qué temer, repuso con fé Armando. El incidente de ayer no puede ser motivo para un asunto desagradable. Hasta la vista.

Armando salió de aquella habitacion, donde

reinaba la felicidad, con el corazon tranquilo y lleno de esperanza.

A poco tiempo, el instruido y virtuoso padre Fernandez, se despidió tambien, y Alfredo, ese prototipo de la caballerosidad volvió á tomar su aire meditabundo; mas no era ya la mirada del indiferente la que dejaban escapar sus negros y brillantes ojos, sino la del entusiasta que goza con la ilusion de una idea. Leia en el porvenir, su alma se remontaba á las bellas creaciones de la inteligencia que tanto nos arroban y seducen, haciéndonos esperar dias de gloria y momentos sublimes de benditos recuerdos.

Habria permanecido en tal estado por largo tiempo, si no se hubiera presentado poco despues la señorita Amelia.

—Qué tienes, Alfredo? le dice, te veo pensativo, tu semblante revela que algo pasa en tí de extraordinario.

—Amelia, contestó Alfredo, ya sabes que nada te oculto; es cierto, una idea me preocupa. Voy á salir de este retraimiento en que hasta hoy he vivido, y á tomar parte en la lucha electoral; no trabajaré solo, las personas que has visto salir hace un momento son mis amigos íntimos, y ellos unirán sus esfuerzos á los mios.

—Piensas abandonarme?

—No, Amelia.

—Entonces no comprendo tu inquietud.

—Siéntate y escúchame.

La jóven esposa obedeció á la indicacion de Alfredo. Este prosiguió.

—La política es una senda escabrosa y llena por lo mismo de dificultades; en la época presente los hombres que la atraviesan no comprenden en su mayor parte los deberes que se han impuesto. La política es para ellos una diversion, los compromisos con que se ligan por la mañana los olvidan en la tarde.

—Pero tú no serás de esos, ¿verdad?

—Ya lo creo; y por esto abrigo tanta desconfianza. Mis amigos y yo vamos á entrar en negocios bastante desagradables, y tenemos en nuestra contra todas las malas pasiones de los políticos de oficio.

—En dónde no hay oposicion?

—En todo, Amelia; pero en política los peligros son mas graves.

—Pues por qué no continúas retraido?

—Imposible.

—Imposible dices?

—Sí, me he comprometido á trabajar por el bienestar de mi patria.

—Pues entonces da cumplimiento á tu palabra; mi mayor gozo será verte en el lugar que debes ocupar entre los hombres entusiastas que con fé y honradez se ocupan de los intereses sociales.

—No esperaba otras palabras de tí; mi temor

era hacerte partícipe de esos disgustos que trae consigo la vida agitada, mas ya que como siempre, secundas mi parecer, doy gracias á la Providencia que me ha unido á una esposa fiel y digna.

Los dos esposos continuaron su conversacion; confidencia íntima en que nunca se miente y en la que se habla con el corazon.

La presencia de un hermoso niño, vino á interrumpir la confidencia de aquellos felices esposos.

—Acércate, hijo mio, dijo Amelia, dale un abrazo á tu papá.

El niño estendió sus tiernos bracitos y estrechó el cuello de nuestro buen amigo.

El apreciable Alfredo poseia aquello que verdaderamente constituye la felicidad del hogar; es verdad que en su habitacion no se ostentaban ricos tapices ni elegantes columnas; tambien se extrañaban las estatuas de las diosas disolutas de la mitología; allí no se veian grandes espejos, aromáticos pebeteros, costosas lámparas, ni lujosas alfombras, no; pero en cambio, vivia tranquilo y gozaba con la dulce sonrisa, con el amor puro de una esposa inteligente y virtuosa.

Esta es la verdadera dicha á que debe aspirar el hombre; no al lujo que lo enorgullese y que convirtiéndolo en un ridículo ser, hace que aparezca despreciable ante los ojos de la multitud juiciosa.

El lujo contribuye á la comodidad, es cierto,

mas no proporciona una dicha completa; ese bienestar exagerado, y que arruina las mas veces á las familias, es el resultado de la necia vanidad del hombre; falso atavío con que pretende hacerse superior, y establecer un dominio sobre su semejante.

No se juzgue jamas por los actos exteriores de la paz del alma; la tranquilidad es el resultado de las buenas acciones.

Una esposa fiel, instruida, simpática y en cuya alma se reflejaba la pureza.

Tal era la jóven Amelia con la que nuestro amigo Alfredo, se llamaba, y era verdaderamente feliz.

Cuán distinto es el matrimonio de esas uniones fantásticas con que se alimentan los poetas y se embriagan los amantes. El destino del hombre no es vivir solo; el celibato no comprende la idea de la continencia perfecta; esta, como aseguran los moralistas, es un don singular de Dios, y por lo mismo no es otorgable á todos.

La imaginacion se nos ha dado no solo para inventar afectos, sino para contemplar tambien los perfectos y hermosos cuadros de la naturaleza.

Concepcion ruin seria la del matrimonio si en él solo alcanzácemos á percibir el frágil lazo de la materia, sin llegar á comprender la union íntima de las almas, entre las que se comunican las ideas mas puras y los mas delicados sentimientos.

No es en un condenable ascetismo donde debe estudiarse á la hermosa mitad del género humano, no es entre los célibes donde ha de buscarse la pureza de las afecciones; allí las mas veces se encontrará la pesada crápula, la vergonzosa prostitucion. Allí se tropezará á cada paso con seres endebles jugando á vivientes; allí las enfermedades vergonzosas serán el triste cortejo de esos esqueletos ambulantes que arrastran una existencia maldecida; y de allí por último, es de donde resultará esa progenie, en la que el vicio escrofuloso y el raquitismo se encuentran tan desarrollados. Seres miserables, que viven constantemente con la angustia y que en su tremenda agonía maldicen á aquellos que les dieron el ser.

En el matrimonio es donde Dios ha querido que el hombre goce de los inmensos tesoros de amor que ha guardado en su corazon.

Un padre, una madre contemplando á sus hijos, gozando con sus caricias y divirtiéndose con sus gracias.

Este cuadro encantador de la familia es el que nos hace levantar los ojos al Creador, prorumpiendo en un acto fervoroso de accion de gracias.

Esta era la felicidad de Alfredo; por eso al arrojarse en el mar proceloso de la política, temia, y con razon, privarse de aquellos goces que hasta allí le habian colmado de felicidad.

Mas no solo le bastaba ser el honrado padre de

familia, tambien debia concurrir al bien general como ciudadano.

La voz del deber le llamaba; su conciencia le exigia que aceptase el llamamiento.

Hay naturalezas como la de Alfredo, que vacilan mucho antes de acometer una empresa; pero una vez decididos, su paso es firme, su constancia no se doblega, y su impulso es irresistible.

CAPITULO VII

MISTERIOS MERCANTILES

NOS encontramos otra vez en el escritorio de D. Alvaro, despues del 23 de Abril, dia en que tuvo su verificativo aquella famosa tertulia donde el lector ha podido apreciar varias escenas de importancia. Entretanto que volvemos á ocuparnos de Armando, Fernandez y Alfredo, de cuyo triunvirato hemos presenciado un pacto solemne, observemos lo que pasa entre D. Alvaro y D. Cárlos Guzman, su tenedor de libros.

En pié, y colocados uno enfrente de otro, hablan de negocios mercantiles.

El que viese á D. Alvaro en ese momento creeria que era un honrado comerciante ageno á las tramas de la política; pero nosotros que ya lo conocemos por sus animados diálogos con Dª Rufina, y por sus confidencias con el hombre de los espejuelos llamado Richs, no participamos de la misma idea, y por lo mismo pretendemos estu-

diarlo mas para despues hacerlo conocer mejor.

Guzman hablaba á D. Alvaro en los términos siguientes:

—Si le parece á vd., volvamos á tratar del asunto principal.

—Bien, dijo D. Alvaro un tanto turbado.

Guzman continuó:

—La cuenta del folio 21 está en el mismo estado que hace siete años; es una partida de cuarenta mil pesos, cantidad depositada segun lo indica el asiento del diario, y cuyo crédito está á favor de un Sr. Duran.

—Es verdad, contestó aun mas turbado D. Alvaro, ya recuerdo que........ existe.... ese asiento.

—Pues bien, señor, como tengo la honra de merecer la confianza de vd., es de mi deber advertirle que no creo esté bien una cuenta sin cerrarse ó sin seguir el curso de su historia.

—Creia, señor Guzman, que ya estaba saldada; Gómez, mi anterior tenedor de libros, era muy escrupuloso, y yo extraño mucho que..........

—No esté arreglada, señor?

—Ciertamente; Gómez jamas dió lugar á la mas ligera reconvencion.

—Pues ya vd. ve, siento haber registrado la memoria de mi antecesor; pero ha sido involuntariamente, yo no sabia..................

—Ya, ya esplicaré á vd. cómo tuvo lugar ese negocio.

—Lo agradeceré, señor; deme vd. instruccion para poder cerrar la cuenta ó seguirla llevando en corriente.

—Así lo haré: por ahora me basta decir á vd. que esa cuenta es un error que tiene su orígen desde aquella época, dijo D. Alvaro, poniéndose extraordinariamente pálido.

—Así lo he comprendido, contestó aparentando verdad Guzman, quien hacia quince dias notaba algun misterio en la referida cuenta y que por mas que raciocinaba no podia descubrir.

—Con una contra-partida, dijo despues de algunos instantes de silencio D. Alvaro, se subsanará el olvido, olvido bien imperdonable por cierto.

—Dice vd. bien, señor, con una contra-partida todo queda arreglado.

—Lo haremos al terminar la liquidacion, respondió D. Alvaro.

—Cuando vd. lo disponga, contestó D. Cárlos.

Y ambos se dirigieron á opuestos bufetes, abrieron diversos libros y comenzaron á escribir en ellos; su pluma corria instintivamente, y si nos hubiéramos acercado á observarlos habriamos visto que trazaban rasgos y números sin órden ni objeto en una hoja de papel colocada sobre el libro.

—No sé por qué abrigo tanta malicia al leer la cuenta de Duran asentada en el libro, decia para sí D. Cárlos.

—Cómo haré desaparecer esta partida? se preguntaba D. Alvaro.

—Cómo sabré el resultado? se repetia Guzman. En la aclaracion que intenté hacer no se me contestó satisfactoriamente.

—Estoy resuelto, me conviene ocultar el orígen de la cuenta, no diré nada á Guzman, este capital es mi áncora de salvacion. Seis años acreditan que Duran murió en Mazatlan, segun informe de mi corresponsal. Y debe ser así, pues ha pasado ya bastante tiempo sin que yo reciba una carta que me indique lo contrario. En negocios de tal naturaleza nunca son prudentes los acreedores. Esto me hace creer que merced al crédito de que disfruto, soy dueño del capital que se confió á mi honradez.

D. Alvaro continuó preocupado en un asunto que tanto le convenia; pero que tambien podia serle de fatales eonsecuencias.

—Qué habrá en este negocio? volvia á pensar Guzman. Hay mil circunstancias que me hacen prever el manejo indigno de un comerciante de tanta fama y honradez.

D. Alvaro, con una agitacion febril y manifestando un excesivo placer en sus inquietas miradas, decia:

—Oh! habiendo capital, se especulará mejor al necesitado, no tendremos que temer ni del hombre ni de la ley. Toda la sociedad se rinde ante tí, poderoso elemento. ¡Oro, oro mio, tú eres el dominador del mundo, no dejes de ser mi compañero inseparable, no abandones al que nunca ha perdonado medio alguno para obtenerte! Bendito seas, mutuo-usurario! Y si una ley viniera á reglamentarte? No, semejante temor no se realizará.

El legislador no tiene tiempo: la oposicion ó el gobierno le preocupan: y por esto abandona el bien público y olvida tambien las necesidades del pueblo; es decir, de aquel que lo alimenta y sostiene. Loor eterno á los promulgadores del motin! ellos son los que nos proporcionan una fortuna inmensa; mientras que sigan así los que se llaman patriotas, no hay que temer. Sueldos, pension de la triste viuda, asignacion miserable del inválido, dietas del diputado, prest del soldado, todo, todo nos pertenece; ¡gloria al tanto por ciento!

Mientras no veamos que el gobierno tiene miembros útiles que sirvan á la industria y protejan el trabajo, no hay temor de una bancarota.

El sudor del artesano nos pertenece. Adelante, siga la lucha fratricida, que nuestros negocios llegarán á su apogeo.

Somos los favorecedores de la fortuna; la gene-

ralidad nos respeta, causamos envidia al escrupuloso que se detiene ante un número y tiembla por un contrato que puede hacer su fortuna en un solo cambio. Bendicion eterna á los defensores del libre usurario! ellos son los verdaderos hijos de la democracia.

Al rico se le admite con satisfaccion en las mas selectas reuniones, es el orgullo de la sociedad; el dominador y la esperanza del plebeyo....

Por un momento D. Alvaro suspendió los ensueños de su ambicion y permaneció pensativo. Qué pasaba en él? Siempre hay una voz interna que habla al hombre mas corrompido; tal vez pensaba que podia realizarse su quiebra y entonces volveria á su orígen. Mas se animaba de nuevo, le habia sido por tanto tiempo propicia la fortuna, que no dudaba de su buena estrella; y si por desgracia esto no aconteciese así, no tenia preparado ya su paracaidas con Richs que le habia prometido hacerlo gobernador? No Dª Rufina le proporcionaba el auxilio del clero? Qué temia entonces? Sus proyectos se realizarian y su quiebra no tendria verificativo.

—Vamos, no hay que temer, dijo D. Alvaro en un acceso de entusiasmo; pronto seré gobernador y entonces haré buenos negocios; se comprende aquellos que tengan relacion con la Hacienda pública: son los mas seguros; sí, sí, tendré cantidades fabulosas y seré excesivamente rico.

Cierto es que algunos me llamarán agiotista y........ Qué me importa? Los aprovechados comerciantes despreciamos esas sandeces de gente vulgar, frasecillas de los partidarios del fuero interno: ¡ea! despreocupacion, despreocupacion; que ciertamente no hay mejor negocio, que comprar una escritura, una quincena, descontar libranzas en la tercera parte de su valor, etc. Y sin embargo, con esto hacemos un bien á los que están aflijidos, pues sin nuestro auxilio y buena disposicion se moririan de hambre!

Patria mia! cuánto sacrifican á tus hijos estos vampiros de la humanidad, estas sanguijuelas sociales; los que os atrevais á dudarlo, venid conmigo; yo os enseñaré á muchos que pululan en las calles, en las oficinas, en los talleres; que tienen sus despachos en una alacena, ó en el banquillo de un lugar público; venid, miradles en los corredores del palacio, en las pagadurías de los cuerpos, ó en la rejilla de las tesorerías; dadles la mano, ellos os conducirán mejor que yo á presenciar sus contratos. Aun lo dudais? habladles entonces de algun negocio, y ya vereis con qué aplomo, si solicitais de ellos un préstamo que os urge porque vuestra madre perece ó vuestro crédito está comprometido, os dicen: "Con mucho gusto proporcionaré esa cantidad; pero ya sabe vd., el rédito es 12½ por ciento en quincena, y esto por hacerle á vd. un distinguido favor, pues tengo cantidades colocadas

que me producen el 25." Si estais necesitado, qué hareis? darles no el 12 ni el 25, sino aun el 50, pues primero es la vida de aquella á quien debeis el ser ó el honor de vuestro nombre, que todo el oro del mundo.

Preguntamos á qué clase de comercio pertenecen estos hombres? Cuál es su título? Dónde está su almacen? Cuál es su razon social? Qué timbre usan? Seres son que especulan miserablemente con la necesidad; su patente es el abuso, su almacen el mundo; su razon social la estafa y la hipocresía; su timbre el robo.

A todo comerciante se le imponen contribuciones por sus giros; tienen impuestos fijos, y á estos que comercian con la necesidad y el llanto, con la delicadeza y la honra, por qué no se les impone tambien una contribucion adecuada al capital que mueven? Siendo tan míseros, tal vez el impuesto seria una causa para detenerlos en su maldita avaricia.

Se nos dirá: La usura es libre; bien, respetemos el principio; pero reglamentémoslo; esto no es contrario á la libertad del comercio ni se opone al contrato; pero así se evitará el abuso y la infamia que no se detienen ante la idea de lo que ellos hipócritamente llaman lucro permitido en conciencia.

Los profesores, los artesanos dueños de taller, los comerciantes establecidos, los industriales, to-

dos los giros, en fin, pagan sus respectivos impuestos, y el especulador de los artesanos, del comerciante, del militar, del empleado civil, de todo hombre honrado que necesita con algun tiempo anticipado el fruto de su trabajo que le cuesta mil sacrificios obtener, por qué está excento de todo impuesto? por qué?.... La pluma se resiste á decirlo, los labios enmudecen; se siente latir el corazon con mas violencia........ Silencio!

Un registro para esta clase de hombres! un reglamento á la ley de mutuo-usurario! Por qué no ha de pagar contribucion el agiotista? Por qué se exceptúa á estos seres perjudiciales que ven rodar con una calma estóica las lágrimas de sus semejantes?

Reglamentemos esta ley, sí, reglamentémosla, y los que no tengan la respectiva patente que acredite su profesion y la cual manifestará su capital, que servirá para regularizar el impuesto, no sean admitidos en juicio........

Legisladores, mirad al pueblo, á la clase media, al que vive de su trabajo, elevar sus ruegos á vosotros pidiéndoos piedad!

Volvamos á D. Alvaro, quien de nuevo tenia preocupada la imaginacion con cálculos y variadas combinaciones, y de paso escuchemos tambien á Guzman.

—Que habrá en este negocio? se decia reflexionando y leyendo de nuevo el asiento del diario

relativo á la cantidad depositada por Duran. Ciertamente no comprendo la razon que haya tenido mi antecesor para dejar abandonada una cuenta de tanta importancia.

Su imaginacion se perdia en conjeturas, y el problema, sin embargo, no podia resolverse.

Hay acontecimientos en la vida del hombre cubiertos por la espesa niebla del misterio, que permanecerian para siempre ignorados, si el acaso no llegara alguna vez á descubrirlos.

—Creo que mi principal ha experimentado turbacion cuando le hablé del asunto, decia D. Cárlos Guzman; sí, no hay duda; pero esperemos: el tiempo nos aclarará los hechos y entonces descubriremos quién es el verdadero culpable, si Gomez, ó D. Alvaro: por ahora usemos de prudencia.

—Vamos, prorumpió D. Alvaro poniéndose en pié. Está visto que los negocios positivos son aquellos en que tiene lugar el lucro exagerado; sí, ellos nos encaminan á la prosperidad y á la riqueza que nos hacen señores del mundo: bien por la usura! Por su influjo dominamos á las clases menesterosas; es cierto, repito, que se nos llama agiotistas, ladrones y qué se yo cuántas cosas; pero á pesar de esto nosotros sacamos utilidad. Y qué utilidad? Oh! siempre magnífica; ya se ve, hemos nacido negociantes! Qué hacer entonces? aceptar negocios, utilidades y.... todo aquello que pueda aumentar nuestra fortuna.

Raciocinando de tal manera, D. Alvaro dirigió la palabra á Guzman:

—El negocio de los pagarés en qué estado se encuentra? le preguntó.

—Bastante bien, respondió el tenedor de libros; hago lo posible porque se salde la cuenta.

—Nos interesa mucho concluirlo, amigo, pues preveo un cambio político, y quiero que antes se hagan efectivos los billetes; pues como son el resultado de una combinacion mercantil que está en relacion con las leyes actuales, si no realizamos hoy sus valores, indudablemente perderemos la cantidad empleada en el negocio.

—Descuide vd., señor, respondió el tenedor; Jorge es demasiado activo y no retardará el cobro.

—Es cierto, tenemos un excelente cobrador.

—Sí, señor, es el tipo de la honradez y eficacia; por lo mismo aprovecho esta oportunidad para recomendarlo á la bondad de vd.

—Abrigo buenas intenciones para con ese jóven. Pienso asignarle sueldo el año próximo.

—Me parece justo.

—No lo hago inmediatamente porque....

—Ya comprendo, señor, los negocios....

—Están malísimos, Guzman, malísimos.

Y principal y dependiente continuaron hablando de los cambios mercantiles de que se ocupaban en esos momentos algunos capitales de la República. La conversacion volvió á recaer sobre el

cobrador, á quien ya conocemos con el nombre de Jorge.

D. Cárlos, que tenia por aquel jóven una simpatía profunda y recordando su situacion, dijo con voz entrecortada, pues temia un desaire de su principal:

—Recibió vd. una carta de Jorge hace dos dias?

—Sí, la he recibido.

—Me dijo que escribia á vd. sobre cierto asunto.

—Ya recuerdo, me hace un pedido de cincuenta pesos.

—Se los negará vd., señor?

—Cincuenta pesos bien empleados en negocios de actualidad, pueden volverse mil, y aun mas si se tiene en cuenta el rédito.

—Yo ruego á vd. que se los facilite, expuso Guzman en tono suplicante y compasivo.

—Pero si vd. ve que....

—Cincuenta pesos es una friolera, señor.

—Veremos, respondió D. Alvaro hipócritamente y recordando que tenia necesidad de caminar de acuerdo y complacer á su tenedor. Ya estudiaremos la manera de hacer á Jorge el anticipo que solicita.

—Es tan corta la gratificacion que tiene, se resolvió á decir D. Cárlos, que es preciso acceder á lo que solicita.

—Sin embargo, en los tiempos porque atrave-

samos no me parece despreciable la cantidad de que disfruta.

—Señor: un sueldo de mil quinientos pesos anuales para Jorge no seria una cantidad exagerada.

—Mil quinientos pesos! exclamó D. Alvaro fijando sus miradas en la caja de hierro que allí se encontraba: es mucho, Guzman.

—Creo haber hablado en justicia, señor, pero si no es así....

D. Alvaro, componiéndose la corbata y con tono sentencioso, dijo:

—Amigo D. Cárlos, el dinero está muy escaso; la oferta es poca y la demanda mucha; mi quiebra seria inevitable si no estuviesen arreglados mis gastos.

—Pero cincuenta pesos no hacen á vd. falta, señor.

—No olvide vd., repuso D. Alvaro, que el desnivel en las operaciones proporciona la quiebra, y que la riqueza se forma mas bien con la economía que con el trabajo.

—Yo decia que Jorge pudiera muy bien....

Queriendo D. Alvaro evitar que se prolongase una conversacion tan desagrable para él, interrumpió á Guzman diciéndole:

—Me esperan mi abogado Choquezuela y Richs. Hablaremos despues.

—Muy bien, contestó un tanto molesto el tenedor de libros.

—Volveré pronto.

—Cuando vd. regrese habré terminado el cálculo de los intereses del capital en cuestion.

—Me parece; mucha discresion, amigo Guzman.

—Es inútil el encargo.

—Hasta luego.

—Adios, señor.

D. Alvaro tomó su sombrero y salió violentamente del escritorio; pero su marcha fué interrumpida pocos momentos despues por un individuo que llevaba un papel en la mano.

—Vd. es el Sr. del Bastion? le preguntó el desconocido.

—Sí, contestó despóticamente D. Alvaro.

—Esta carta es para vd?

—Es para mí.

El portador desapareció inmediatamente. D. Alvaro abrió la carta, prosiguió su camino y comenzó á leerla.

—Será cierto? exclamó suspendiendo su marcha y fijando la vista en la firma; será cierto? repetia: mi vista me engaña: no: esto no puede ser. Duran ha muerto hace seis años. Cómo explicarme entonces lo que veo?

Concluyó por fin la lectura de la carta, y reponiéndose de su sorpresa dijo:

—No hay cuidado: si viene á Guadalajara qué

documentos atestiguarán que me ha entregado tal depósito? Como ellos no existen, el dinero siempre será mio. Beato el que posee.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de una sonrisa maligna: era la sonrisa del réprobo satisfecho de su obra.

D. Alvaro, al parecer tranquilo, se encaminó de nuevo á la casa de Choquezuela.

A poco andar, aquel mendigo á quien hemos visto en el Liceo de Varones, le decia con voz conmovedora:

—Una limosna por amor de Dios!

CAPITULO VIII

DON LONGINOS TORRENTE

UN cuarto de hora despues, D. Alvaro del Bastion entraba á la casa del licenciado Choquezuela, en la cual, como le hemos oido decir, encontraria á su predilecto amigo Richs, agente principal de sus miras políticas.

Dejemos á estos personages, entretanto nos dirigimos á la plaza principal, donde á la sombra de un frondoso naranjo, hablan dos individuos con demasiada intimidad.

Uno de ellos es Luis, á quien hemos ya mencionado al tratar de las personas que frecuentaban la casa de la señora Laura, madre de aquella jóven encantadora llamada Matilde.

El otro es un individuo de talle elevado y simpático rostro; viste chaqueta oscura y pantalon claro. Se apellida Sandoval, y es oficial del taller de pintura, que con tanto acierto dirige el maestro Luis; artista como hemos dicho de buen nom-

bre, disfruta una merecida fama y abriga nobles y elevados pensamientos.

—Sandoval, decia el director del taller, ya sabes que me es preciso partir hoy á la madrugada: procura que todo esté listo.

—Todo estará dispuesto.

—Que mis modelos, paletas, pinceles y demas cosas queden bien asegurados; ellos son los compañeros de mi juventud, los intérpretes de mis pensamientos, los hermanos de la sublime idea que vive siempre en el alma de un artista: á ellos debo ver realizadas mis aspiraciones; por ellos he gozado horas de bendita felicidad, momentos divinos en que el alma se estasía admirando las obras de la creacion.

—Descuidad, se obedecerán vuestras órdenes, contestó el oficial algo enternecido.

—Gracias, querido, dijo el artista, y tendiendo la mano á su discípulo continuó:

- Abandono mi paleta; pero es porque un deber imperioso así lo exige; la voz de la patria me llama: la conciencia me aconseja responder á ese llamamiento sagrado. Sí: visitaré los campos de nuestro Sur, lugar privilegiado, lugar bendito, fecundado con la sangre de los libres; debo ir: he ofrecido mi palabra al gobernador Camarena; se me ha elegido para desempeñar una comision especial. Podré ó deberé rehusarme? De ninguna manera.

—Ya me habeis dicho cuál es la comision.

—Sí, Sandoval, procuraré corresponder dignamente á esa prueba de confianza con que se me ha honrado; tengo honor: soy partidario de la justicia, y amo mucho á la tierra en que por primera vez ví la luz.

—Bien por vos, maestro.

—Dame un abrazo: adios: cuida mi casa, y no faltes á la amistad que me has jurado.

—Siempre el discípulo será acreedor á vuestras consideraciones.

—Así lo creo, mi buen amigo.

—Y la señorita Matilde no....

—Ah! ella sabrá hoy mi partida; en mi ausencia sé el guardian de su honra y el defensor de su debilidad.

—No olvidaré vuestros encargos; partid tranquilo; cuidaré del hogar, y Matilde vivirá bajo mi salvaguardia. Id con Dios.

Luis no pudo contener por mas tiempo la expresion de su gratitud; las lágrimas surcaban sus mejillas, y Sandoval lloraba tambien.

—Hermoso cuadro! exclamó Armando que en esos momentos pasaba cerca de aquellos artistas con direccion á la casa de Torrente;—pues el lector recordará que el Capitan habia recibido una tarjeta en que se le decia que le esperaba D. Longinos.—He ahí á dos hijos del pueblo que personifican la honradez: trabajadores infatigables, par-

tidarios del sentimiento y de las afecciones íntimas. Salud, hermanos: que la paz y la prosperidad sean el fruto de vuestras tareas!

El Capitan Armando continuó su camino.

—Si alguna desgracia me acontece, procura entregar á Matilde lo que ya sabes, dijo Luis.

—Lo haré así, señor.

—Horribles presentimientos me rodean, Sandoval. Qué será de mí?

—Confianza, maestro: Dios os protegerá.

—Siempre esperé en la Providencia. Sandoval, no te olvides de mí: adios.

Maestro y discípulo se despidieron definitivamente.

Sandoval se dirigió al taller lleno de profunda tristeza al recordar las últimas palabras del artista.

Luis se encaminó á la casa de Matilde; en su semblante se revelaba la duda, su corazon experimentaba angustia, y en su pensamiento vivia el recuerdo de aquella vírgen á quien amaba en silencio; vision divina con la que habia soñado en sus horas de ventura.

Noble varon: obrero infatigable: yo te respeto y admiro: respeto la grandeza de tu alma y admiro tus sentimientos. Tu recuerdo vive en mí: yo he sido el amigo de tus confidencias y he gozado á tu lado la dulce calma. Tú, como todos los hijos del trabajo, escucharás el Hosanna de la inte-

ligencia, y recibirás el premio de tu constante afan!

Luis llegó á la habitacion de aquella que hiciera latir su corazon.

—La veré tal vez por último, decia. Me resolveré á declararle mi amor: mucho tiempo he permanecido en silencio; no puedo sufrir mas. La diré que en ella, solo en ella pienso, que no puedo partir sin que me conceda aunque sea una ligera esperanza. Seré tan desgraciado que no comprenda mis afectos? No, ella es buena, y me amará dejándose llevar de su natural bondad y sensible corazon.

Sandoval, el discípulo de Luis, no habiendo querido abandonarlo sino hasta el momento en que saliera de la capital, marchó en su seguimiento, pues temia las tramas cobardes de los partidos y la alevosía de algunos de sus compatriotas. Por esto lo vemos cerrar el taller y no perder de vista á su maestro.

Mientras Luis se encuentra visitando á la señora Laura y á Matilde, y en tanto que Sandoval permanece en observacion, sigamos tambien nosotros los pasos del Capitan Armando.

Con las escenas que vamos refiriendo habia llegado la tarde. Esta era apacible, serena, y convidaba á la distraccion: el ambiente perfumado mitigaba el calor sofocante que se hace sentir desde

el mes de Abril hasta el de Julio en la hermosa capital de Jalisco.

Armando con paso lento y ademan meditabundo caminaba por la plaza principal, sin fijarse en los angelicales semblantes de las jóvenes que paseaban formando graciosos grupos y ostentando su hermosura. Séquito de hadas, mujeres divinas de mirada expresiva, de boca breve y labios de rosa; su talle es esbelto, gracioso su donaire, su cabellera es una cascada de azabache, su estilo inimitable, su conjunto es fascinador, y sus gracias seductoras. He ahí el retrato fiel de las hijas de Jalisco, que en esa tarde que describimos aspiraban el grato aroma de las flores, ya reposando al pié de los copudos naranjos, ya deslizándose por aquel lugar en compañía de sus amigas que agenas del tormento, se entregaban á la dulce satisfaccion, á los goces de la bendita calma....

Armando permanecia extraño ante aquella divina perspectiva; marchaba instintivamente y su pensamiento estaba distante de aquel delicioso sitio.

Al llegar á la plaza de la Universidad, apresuró el paso, siguió por la calle de la Compañía y llamó á la puerta de una casa.

En aquel momento, salia de allí un hombre de barba blanca, estatura regular, complexion delicada y ojos hundidos; tenia un color indefinible, llevaba un sombrero de anchas alas, chaqueta de

lienzo y pantalonera de paño claro, adornada con botones de hueso.

Al verlo, el Capitan le preguntó tocándose el kepí:

—El Sr. D. Longinos Torrente?

El de la pantalonera respondió:

—Servidor de vd.

—Vd. es el Sr. Torrente? preguntó de nuevo el oficial.

—Y vd. el Capitan Armando?

—A la órden de vd.

—Pues yo no soy D. Longinos, contestó el de la barba; pero tengo encargo de llevar á vd. adonde él se encuentra.

El Capitan extrañó la singularidad de aquella cita que no estaba prescrita por las reglas de buena educacion; pero reprimiendo su disgusto, dijo á su interlocutor:

—Vamos, seguiré á vd.

Aquel hombre se dirigió con Armando á la calle de San Francisco, se detuvo frente á una tienda, abrió una puerta y asomándose al interior, dijo:

—Aquí estamos.

—Ya esperábamos, contestaron los de adentro.

El Capitan penetró con su conductor á una pieza en que se encontraba una gran mesa cuadrada, encima de la cual se veia un tintero y varios papeles.

D. Longinos Torrente, hombrecillo de cuatro piés de altura, se encontraba allí en compañía de varios individuos. Su frente era pequeña, tenia cara ancha, nariz chata y labios abultados: vestia levita negra demasiado corta; chaleco de color amarillo; usaba un corbatin exagerado; su sombrero negro, demasiado alto, descansaba en la mesa.

A la derecha de D. Longinos, se veia el honrado D. Teódulo Jamones: hombre muy gordo, y honorable presidente del "Club Porfirista." Gruesas gotas de sudor cubrian su rostro, las cuales limpiaba con la manga de su grasiento saco.

A la izquierda de D. Longinos estaba un jovencito flaco y descolorido; tenia cara de andaluz y se creia mas poeta que Aurelio Gallardo. A cada momento el adolescente llevaba sus miradas á las vigas del cuarto, probablemente para llamar á la inspiracion.

En los demas individuos que allí se encontraban, nada se notaba digno de mencionarse; eran seres que movian á la compasion ó al desprecio.

Bien: y que objeto tenia aquella reunion?

Era una junta porfirista.

—Aquí está nuestro Capitan, gritó Torrente cuando vió á Armando.

—Nos alegramos de verlo entre nosotros, exclamaron algunos.

Armando hizo un saludo afectuoso y aceptó un asiento que le ofreció Jamones.

—Capitan, dijo Torrente retorciéndose el bigote. Vemos que tomais parte en una causa que no tiene ningun apoyo moral, y lo sentimos sobre manera. No es verdad, compañeros?

Todos aquellos levantándose, respondieron afirmativamente.

—Seais *Vallartista ó Juarero*, Capitan, prosiguió D. Longinos, es lo mismo para nosotros; una ú otra cosa quiere decir *vendidos.*

El Capitan respondió con el mayor comedimiento:

—Ningun derecho teneis para interrogarme sobre mis opiniones, tampoco solicito vuestros consejos; me habeis enviado una tarjeta; en ella me citábais á vuestra casa. No me esperásteis y queriendo daros una prueba de caballerosidad, he venido á este lugar. Despues de esto ¿tendreis la osadía de injuriarme? Lo diré de una vez: soy poco sufrido y no acostumbro tolerar insultos.

Los concurrentes se miraron, y D. Longinos habló de nuevo:

—No se trata de insultos. Dios me libre! al majadero que tal intentase, le romperia este tintero en la cabeza. Tenemos una junta, ya lo veis: si pensais como nosotros, vuestro auxilio nos servirá de mucho; pero si no es así, teneis puerta franca, y punto concluido.

—Dice bien Torrente, agregó Jamones, aquí no hay insultos.

—Es que.... replicó el Capitan; pero no pudo concluir, pues el hombre gordo elevando mas la voz, dijo:

—Escuchadme: anoche tuve una revelacion de los espíritus, y ¡qué revelacion! ellos me mandaron que conquistase al vuestro, para que fuera propicio á nuestra causa, y por eso aconsejé á Longinos que prestara obediencia á esos seres superiores.

Al terminar su perorata aquel ridículo, puso la mano sobre su frente y guardó silencio, como para probar que el espíritu acudia al llamamiento de un predestinado.

La escena parecia divertida al Capitan. Aquellos individuos querian convertirlo en partidario de sus creencias.

Armando dejó escuchar su voz, y propuso que comenzase la discusion, suplicando al mismo tiempo que se tuviese prudencia para evitar de este modo disgustos y cuestiones desagradables.

—Convenido, respondieron todos.

—Pues bien, dijo Jamones. Creeis en los espíritus, Capitan?

—No he de creer? respondió Armando sonriéndose.

—Bien hecho: recordad lo que nos dice uno: "Maldito el pueblo que quiere ser gobernado por reyes." Ahora, como Juarez trata de ser reelecto, ya podremos llamarle rey.

Lerdo no nos conviene porque.... no nos con-

viene; en consecuencia, Porfirio es aquel en quien debemos fijar la atencion: nosotros no podemos resistir á una voluntad superior; ella nos dice que elijamos á Porfirio y que vos patrocineis nuestra causa.

Admirando tan extraña lógica, Armando preguntó:

—Qué otra razon teneis que exponer?

D. Longinos tomó la palabra:

—El gran código constitucional dice: "Cuatro años durará un presidente." Juarez lleva catorce, luego debe estar cansado.

—Otra vez la lógica, dijo para sí Armando, y en voz alta añadió:

—Esa razon no me convence.

—Quiero hablar, dijo el jóven de barba andaluza, llamado Perico.

—Que hable, respondieron sus amigos.

—Juarez nada ha hecho, dijo lleno de satisfaccion Periquito. Y si Porfirio cuando llegue á ser presidente nada hace tampoco, será porque nosotros, siendo enemigos de la reeleccion, no lo dejaremos durar mucho tiempo.

Verdad, lectores, que Perico tenia un magnífico discurso?

—No me convenzo, repitió Armando, pero sin tomar interés en la discusion, pues comprendia que aquella turba no podria sostenerla dignamente.

—Capitan, sois hombre de esperanzas, rep uso

D. Longinos; no os vendria mal un grado de coronel Nosotros hemos de triunfar: al frente de un batallon se conquista fácilmente la banda. Yo voy á ser ministro; el C. Teódulo, presidente de nuestro club, será gobernador del Estado; en cuanto á Perico, queda nombrado desde hoy mi secretario; y vos podeis tambien ser inspector de la guardia nacional; el Sr. Bastillas os cederá su puesto: ya lo veis, estamos frente á frente del poder.

Armando, queriendo divertirse aun mas, respondió:

—Concededme tiempo y acaso me resuelva.

—Tiempo! y para qué? replicó violentamente D. Longinos; resolveos desde este momento; estos individuos son otros tantos jefes futuros. No comprendeis su resolucion? Solo por guardaros consideraciones, no han aniquilado el domingo á esa turba de malvados, que en mala hora proclamaron á Vallarta.

—Suplico que se me permita retirarme, dijo Armando.

—No, respondió Torrente, de ninguna manera. Ya comprendemos vuestros escrúpulos; sois hombre de honor; servís al gobierno, y creeis que sufre vuestra delicadeza si os decidís á trabajar contra el tirano; haced lo que yo, conspirar en contra de él. Es cierto que le gano el dinero; pero al fin la hacienda es de la nacion; y ademas, la guerra ha de fomentarse con los recursos del enemigo.

Capitan, si os resolveis, á mi voz se levantarán cien mil combatientes capaces de humillar, qué digo á un puñado de revoltosos, al mundo entero.

—Pensaré, repitió Armando; aun no es tiempo.

—Tiene miedo, expuso Bastillas jugando con los botones de su pantalonera.

—Señor Bastillas, contestó Armando lleno de indignacion. Si he escuchado con calma vuestras sandeces, fué porque creí que estábais locos, y que por lo mismo érais dignos de consideracion: pero veo que abusais de mi paciencia. Miedo no tengo: si esto no fuera cierto, habria desertado de mis banderas vergonzosamente, como algun miserable lo hizo el año de 34, cuando las fuerzas del general Cortazar se acercaron al puente de Tololotlan.

Bastillas se mordió los labios, y respondió con fingida calma:

—Si los que os escuchan no estuvieran al tanto de mis proezas y servicios prestados á la causa de la libertad, no dejaria pasar desapercibida la indirecta que acabais de dirigirme; pero creo inútil hacer aclaraciones.

Todos se sonrieron de la calma que aparentaba el valeroso Bastillas.

—Si algun dia vuestra sangre os recuerda que sois hombre, dijo Armando, no en vano ocurrireis á mí. Por lo que respecta á vosotros, señores, siento haberos conocido.

En seguida, y sin aguardar respuesta, el Capi-

tan salió de aquella pieza, considerando lo mucho que perjudicaban á toda causa por justa que sea, hombres que como aquellos no tienen sentido comun, y que por la torpeza de sus acciones, en vez de defenderla, la desprestigian totalmente.

Miserables ambiciosos, políticos estúpidos, héroes improvisados, ¿en qué pensais? Recordad que es un crímen imperdonable especular con la sangre de vuestros hermanos. Si la patria gime, nunca sereis vosotros sus libertadores: ella no os llama hijos: sois mas bien su afrenta, vergonzantes públicos, turba tumultuaria, dejad á la madre patria: no necesita de vuestros auxilios. Despertad del idiotismo en que vivís: no querais combatir por mas tiempo con vuestra impotencia.

No sabeis que la paciencia se agota, que puede llegar un dia en que el pueblo, cansado de sufrir, se levante para juzgaros, para poner en relieve vuestra ambicion y ningun patriotismo, y por último, para presentaros como el Ecce-Homo ridículo de la humanidad?

Temblad: tal vez no esté lejano el dia en que habreis de escuchar el terrible anatema.

El cuadrante del tiempo marcará la hora, y entonces comenzareis á ser los extraños en vuestro propio suelo.

Alerta! detened el impulso de aquellos caprichos que hoy os hacen despreciar la voz de la razon. Consultad á vuestra conciencia; ella os respon-

derá como juez: respetad su fallo solemne. El va á decidir de vuestra suerte futura.

Ese porvenir que ambicionais no debe buscarse entre la ruina y la desgracia. Aun no se orea la sangre de vuestros hermanos: ella clama venganza.

El dedo de Dios ha escrito en el libro de su eternal recompensa los nombres de aquellos seres benditos; vivid en perpetua vigilia; cuidad que no se os llegue á preguntar como al Cain de los antiguos tiempos: Adónde está tu hermano?....

Armando, molesto por un acontecimiento tan inesperado, al verse en la calle, respira lleno de satisfaccion: da gracias al cielo por haberle libertado de aquel contratiempo, y se dirige á recibir órdenes al cuartel general.

La hora crepuscular comenzaba á dibujarse; las familias que poco antes paseaban en la plaza, se encaminaban al hogar.

Aquellas jóvenes encantadoras, tipo perfecto de hermosura, recordaban al amante y soñaban con un eden divino.

Las respetables matronas, por su parte, traian á la memoria la historia de otros tiempos: reminiscencias dolorosas, pensamientos tristes que, como dice un célebre escritor, "pasan por el alma y la desecan;" pero no queriendo por mas tiempo presenciar la negra realidad, ahogaban sus recuerdos y se conformaban con darse la explicacion de

ciertas palabras, que algunos amantes pronunciaban al pasar cerca del objeto de su ternura.

—Hola, mi querido Armando, dijo el magistrado Cortés, ¿vos por aquí? adónde vais tan pensativo, tan meditabundo?

—Me dirijo á la mayoría general, señor magistrado.

—Nos acompañaremos; yo tambien tengo un asunto con el general Corona.

—Pues vamos á verlo.

Los dos amigos, entablando conversacion, se encaminaron á la mayoría, situada en la misma casa del general.

Con encuentro tan favorable, Armando habia olvidado la desagrable escena de la tarde.

El magistrado Cortés, con su buen humor, procuró distraerlo y consiguió por fin desvanecerle el fastidio que le causaran momentos antes los que se atrevian á llamarse partidarios del general Diaz; bizarro jóven, que al principio cubierto de gloria, le veriamos despues ridiculizado por sus proclamadores; ellos han manchado su nombre y herido de muerte su reputacion conquistada con inmensos sacrificios.

Nuestra pluma pondrá de manifiesto las verdaderas causas de su suicidio político, y como lo hemos ofrecido, arrancaremos la careta á los ambiciosos y á los malos ciudadanos, pues la utilidad pública así lo exige; solo sentimos no poderlo ha-

cer inmediatamente, pero lo procuraremos en nuestra segunda obra, que será la continuacion de la presente, y que comprende el período trascurrido entre la eleccion de gobernador y de primer magistrado de la República.

Escenas diversas é interesantes trazaremos en esas nuevas pájinas, donde tendrán que figurar individuos de mas alto rango y de toda la República.

El momento llegará de presentar á los "Polichinelas" de la época.

Conozcamos al nuevo amigo del Capitan Armando.

Es uno de aquellos hombres que tienen por norma la virtud y el honor. Su tipo revela inmediatamente al hombre de genio; abogado instruido, ha recorrido la escala judicial; partidario integérrimo de la ley, le ha rendido siempre homenaje y procurado que se le tribute respeto y consideracion; es atento y caballeroso, buen amigo é intachable republicano.

Hijo de la democracia, ve flamear con orgullo el pabellon de los libres.

Su actividad es digna de elogio, así como su acendrado patriotismo.

No transige jamas: se dejaria sacrificar en defensa de sus principios.

Es un constante atalaya cuando comprende que las instituciones peligran.

"No defiendo personas, dice con su natural franqueza; soy amigo de la idea regeneradora, aquella que puesta en práctica, nos conducirá al engrandecimiento y labrará la felicidad de nuestra cara patria."

Por estas cualidades tan conocidas en él, fué nombrado presidente del club Vallarta, y á tan honrosa distincion debe el Capitan Armando la amistad que profesa al inteligente abogado.

Dejemos á los dos amigos en la casa del general Corona, penetremos nuevamente al lugar donde se encuentra D. Longinos y presenciemos otras escenas que nos darán á conocer mejor el carácter de este héroe de asonadas.

El cuadro ha cambiado completamente: los individuos que momentos antes se encontraban allí, habian desaparecido, excepto D. Longinos que parecia sumergido en profundas reflexiones, y que por intervalos irregulares, pronunciaba el nombre del invicto general Diaz, y la palabra "Suprema Corte."

—Porfirio no es admitido por la nacion, decia; pero esto no importa, salga ó no elegido, yo cumplo trabajando por él.

Lo que soy lo debo á la revolucion; sin ella ¿qué habria sido de mí? tal vez viviendo infeliz en algun pueblo del Estado, seria yo visto por todos como objeto de compasion. Pero no por esto dejo de ser infortunado; hace cuatro años que cami-

no por un terreno lleno de tropiezos: todos saben que influí de una manera activa en el movimiento de García de la Cadena, y se me hace responsable de la sangre derramada en.... lo de Ovejo. Sangre! lágrimas! los huérfanos y las viudas me maldicen, los hombres de honor me señalan como cobarde; es preciso rehabilitarme, sí: jugaré el todo por el todo.

Comunicaré la esperanza de que carezco á mis partidarios; les haré creer que aun gozo de representacion; si mi causa triunfa, logro satisfacer mis deseos; si no es así, sigue la revolucion; entonces no habrá quien de mí se acuerde, y mi nombre vivirá confundido entre los de la multitud.

Torrente habria seguido desarrollando su trama tenebrosa, si no hubieran llegado á interrumpirlo dos individuos á quienes ya conocemos, pues los hemos visto en el teatro Degollado el domingo anterior; uno es el hombre de los rebozos, y otro el monomaniaco Flavio Estopin.

Estos llegaron en su misma facha; pero ya no altaneros y gritones: empujaron la puerta-vidriera del cuarto en que se encontraba D. Longinos, y con aspecto humilde y voz balbuciente hablaron así:

—Señor, dijo el de abultado vientre, conforme á nuestros intereses *veninos* á dar cuenta de nuestras *ambulancias*.

—Qué hubo? preguntó D. Longinos.

—Mi compadre Nervios, como *sabijondo* que es y maestro de escuela, le relatará las cosas; porque yo soy rudo y me cuesta mucho pensar: ademas que eso es de *catrines.*

—Bueno, pues que hable tu compadre, respondió Torrente.

—*Pos señor,* dijo Estopin, á quien por sus accesos epilépticos le habian bautizado con el apodo expresado; ya nos acercamos á nuestros *aparceros* y han jurado que *relucirán* siempre que se les pague.

—Se les pagará.

—Dicen tambien que antes de que los *atiranten* quisieran conocer á D. *Perfirio.*

—Imbéciles! exclamó indignado el futuro ministro: prosigue.

—Que el cura del Sagrario, D. Bastion, D. Roldan, D. Richs y el *redaitor* de un periódico grandote, les aconsejan que no hagan caso á su *mercé,* porque se ha vuelto loco.

—Miserable! silencio.

—*Pos* señor, eso *asiguran,* contestó el rebocero Feliciano.

—Adelante, gritó colérico Torrente.

—Señor, repuso Estopin temblando, *crioque* su *mercé* se molesta.

—Vamos, tendré paciencia.

—*Pa* que de una vez se haga cargo de cómo

anda el mundo, le diré lo que *asiguran* nuestros *aparceros*.

—Termina, termina pronto.

—*Asiguran* que su *mercé* es muy cobarde, que hace tiempo que no *versa* con ellos, como antes que *íbanos* y *venianos* juntos al paseo. Yo les dije que era porque su mercé estaba todo el dia distraido con la *leitura*.

—Bien, bien.

—*Vociferan* que para todo hay tiempo, y que su mercé se ha vuelto *mocho* y orgulloso.

—Malvado, voy á romperte la cabeza, y tomó el tintero para arrojarlo sobre aquel desgraciado.

Estopin, encogiéndose de hombros, respondió lleno de miedo:

—Señor, *pos*....

—No sigas hablando, gritó furioso Torrente.

—No se acalore su *mercé*, tambien dicen....

—Qué cosa? preguntó D. Longinos, movido por la curiosidad.

—Que como valientes servirán á quien los ocupe, y que no se *cansan*.

—Ah! eso si está bueno, dijo D. Longinos aparentando calma; pues anda y diles que á la noche nos veremos en el teatro principal, en cuyo lugar tomaremos copas á la salud de Porfirio.

—No lo dije yo? exclamó lleno de júbilo Estopin; si no se dedicase tanto á la *leitura*, fuera de los nuestros.

—Estúpidos, yo ser de vosotros?

—Perdone su *mercé* el *defeito*, dijo bajando los ojos Feliciano.

—Bien, id y avisad á vuestros compañeros que de un dia á otro tendremos frasca; que ellos son los que han de dar la ley, que triunfando los tendré presentes, y que sus servicios serán recompensados; no tengo mas que deciros: marchaos.

—Viva *Perfirio!* gritaron aquellos pobres hombres ébrios de gozo.

En seguida se despidieron de Torrente, y salieron de aquel lugar en busca de sus compañeros de algazara.

Despues de los hechos referidos que no podrán negar los partidarios del denodado general Diaz, permítasenos pasar al terreno del justo apreciador. Con satisfaccion estampa nuestra pluma una palabra mas de respeto y admiracion hácia el héroe de la Carbonera, de Puebla y de México.

Justo homenage, público tributo debido al guerrero que tuvo desgraciadamente la debilidad de escuchar la voz de aquellos que se llamaban sus amigos, y que al fin consiguieron envolverlo en la ruina y en la desgracia. El general Diaz, publicando su "Plan de la Noria," ha tenido que verse abandonado de sus admiradores. Nosotros, que lo conocemos perfectamente, sabemos que son muy agenas de él las miras ambiciosas. Si ha buscado

siempre la gloria, es porque como dice un escritor: "Solo la gloria podia llenar el inmenso vacío de su alma."

Silencio! respetemos los designios ocultos y consagremos una lágrima al infortunio.

El lector imparcial conocerá perfectamente que una causa por justa que parezca, no tiene valimiento alguno cuando es proclamada y defendida por la ignorancia y la innoble ambicion.

Prescindiendo de las altas consideraciones que han tenido presentes los defensores del C. Benito Juarez, es fácil comprender que no habria grandes inconvenientes decidiéndose á trabajar por la candidatura del general Porfirio Diaz; pero ¿qué hombre de sentido comun, qué patriota esclarecido, qué demócrata de conciencia podria abrazar una causa que cuenta entre sus caudillos á hombres como D. Longinos? Quién querrá obrar de comun acuerdo con un individuo cuyos pésimos antecedentes son conocidos en Jalisco, así como su ambicion, manejos indecorosos y fines perversos?

Hombre vil! las ruinas de esa catástrofe que has contribuido á provocar, caerán sobre tus hombros; y tu excecrable nombre será objeto de oprobio y de maldicion para los hijos de la hermosa Jalisco!

Prosigamos.

Qué partidario de noble pensamiento y de be-

llos sentimientos desearia unirse á esos miserables agentes de D. Longinos, que en una cuestion tan grave y de tantas trascendencias, no alcanzan á comprender otra cosa, sino que habrá frasca y *bullanga*, como ellos dicen?

Por mas que examinemos á los partidarios del porfirismo (salvo muy honrosas y grandes excepciones) no encontramos (á lo menos en Jalisco) defensores dignos, y sí vemos á seres que en la acepcion de la palabra, merecen el nombre de revolucionarios. Gefes y soldados á quienes por su perversidad se les ha despedido del ejército; empleados que han sido expulsados de las oficinas por su ineptitud ó mala fé. Bandidos que no ha mucho aun se encontraban en sus madrigueras, de donde no salian sino para derramar la sangre del viajero, ó para despojarle de aquello que habia adquirido por medio de costosos sacrificios. No es así? Pues entonces, decidnos, ¿cuáles son los honrosos antecedentes de Labastida padre, que por saciar su ambicion envuelve en su trama infernal á su hijo Luis, que sin aspiraciones bastardas vivia en el seno de su familia, de donde lo arrebata para precipitarlo en un abismo insondable?

Luis tenia que seguir la suerte de su padre, que defenderlo; nosotros lo absolvemos; en su lugar, habriamos hecho otro tanto: reciba el saludo de nuestra conciencia.

Calumniamos?

Respóndasenos: De qué cárcel salió Lomelin, y por qué se hallaba condenado? No lo sabeis? Preguntadlo á Tecolotlan. Mentimos? ¿qué se busque la historia de Félix Velez (á) Jícama. Si faltan datos, podrá proporcianarlos San Martin de la Cal.

Acaso se nos querrá desmentir, cuando se conocen las proezas de Pintado, la conducta de Sedano, la hazaña de los Aceves, que creyeron ser un acto de valor asesinar á un munícipe porfirista, solo porque no quiso seguirlos en su carrera de devastacion y de pillaje. No hay barbárie en sus actos? Entonces quiénes fueron los que en Ameca cortaron las orejas á un infeliz ciudadano? De ello podria dar cuenta la poblacion entera, y el doctor Gutierrez que curó á este desgraciado á su vez suministraria datos suficientes que vendrian apoyando nuestra verdad.

Hablamos por espíritu de partido? entonces se nos puede confundir narrándonos la biografía de los Morelos y de otros campeones de la revolucion en Jalisco, en los tiempos que concienzudamente estudiamos.

Los porfiristas en Jalisco son una mancha vergonzosa para nuestra historia contemporánea: sus acciones ofenden al buen sentido y su ninguna razon es condenada por el buen criterio.

Y pretendiendo vindicarse para el porvenir, á última hora intentaron volver sobre sus pasos; parodiaron al honrado partidario y quisieron hacer

creer á los generales Diaz y Galvan que sus fuerzas eran moralizadas y que contaban con inmensos elementos.

Mas el entendido gefe rebelde, comprendiendo la realidad de los hechos, despreció por honor propio, las ofertas de sus indignos defensores, dejando como esperanza de una nueva organizacion, al general Galvan.

Los amigos del motin han sido juzgados.

Nuestras apreciaciones están probadas.

La pluma que manejamos no se mancha.

El buen juicio nos hará justicia.

Ah! cómo sentimos, por los límites de nuestro escrito no poder extender mas nuestro pensamiento y dar vuelo á la imaginacion: pero con lo que hemos dicho llenamos el objeto que nos proponiamos; cuando nombramos á ciertas personas, no lo dudamos, el lector nos comprende y juzga con imparcialidad nuestros asertos y apreciaciones.

Si se quiere que la constitucion sea respetada, que se desarrollen los principios de la democracia, que los individuos tengan garantías, no se puede creer que los malvados sean aquellos que ayuden á obtener tan preciosas conquistas.

Mentira: el general Diaz no puede patrocinar á esa escoria de la sociedad. Si alguna vez llegase á ser dueño del poder, careceria de medios para satisfacer la voracidad de unos partidarios que se-

rian al principio el principal obstáculo de su administracion, y despues sus mas encarnizados enemigos....

Tenemos fé en el buen juicio del campeon de la reforma y del progreso.

Solo sentimos que su mucha confianza y caballerosidad le haya precipitado á un abismo; dió crédito á las expresiones de algunos, que creyó le hablaban con lealtad, y el desengaño mas triste le ha venido á manifestar lo contrario.

El general Diaz necesita rehabilitarse á los ojos de la nacion, del mundo entero. De qué manera? comenzando por hacer pública manifestacion de las últimas páginas de su historia, mas para que esta surta sus buenos efectos debe encerrar la franqueza y sencillez que caracterizan á los héroes; arranque la careta á aquellos de sus partidarios que por su mal tacto político le han desprestigiado. Lánceles el anatema á que son acreedores por sus vergonzosas miras, y entonces el sol de su esplendente gloria volverá á reaparecer tan puro como en los primeros dias de su aurora.

CAPITULO IX

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

ERA de noche: la argentada luna bañaba con sus tibios rayos la hermosa capital de Jalisco.

El apacible céfiro vagaba entre las flores; todo convidaba al silencio y á la contemplacion.

Luis, el jóven simpático, el honrado artista, penetraba lleno de tristeza á la casa de Matilde.

Presentia que la desgracia seria su compañera en el viaje que iba á verificar. Sufria demasiado, considerando que le era preciso abandonar por algunos dias aquella mansion donde habitaba el ideal de su amor.

—Cómo sufro, Dios mio! exclamaba con acento dolorido; la duda me mata, la intranquilidad me consume, mi fé desfallece: ¿me amará? soy tan desgraciado.... será indiferente á mi pasion? no, un ángel de misericordia no puede complacerse en el

martirio de aquel que le rinde constante adoracion.

Enrique, el hijo de D. Alvaro, que se encontraba en casa de la señora Laura en aquellos momentos, tenia con ella y con Matilde una conversacion acalorada.

—Estoy seguro, decia; indudablemente triunfaremos en la lucha electoral que se prepara: sí, señora. Nuestros valientes políticos son demasiado decididos; el peligro no les arredra; triunfarán, y con ese triunfo quedará asegurada la causa de la Iglesia.

—No hay que fiar mucho, puede suceder lo contrario, respondió la señora Laura.

Entretanto, Luis habia llegado á la puerta que comunicaba con las piezas interiores. Cada instante que trascurria era para él un nuevo martirio. Qué hacer? Se resolveria á pedir la mano de Matilde? Le confesaria su amor?

Fluctuando en esa duda, se habia decidido por fin á romper el silencio que por tanto tiempo guardara; pero ya en el momento de introducirse para saludar á los personages á quienes conocemos, pudo sorprender en boca de Luis las palabras: "triunfo, lucha electoral," etc. Y por eso aunque comprende su indiscrecion, se detiene y escucha atentamente.

—Como habreis visto, continuaba Enrique, por la carta que os he leido, papá cuenta con el apo-

yo de todos los comerciantes del Estado. La victoria será segura.

—Para triunfar en la liza electoral, se necesita de la mayoría; y esta no la forman los comerciantes, señor del Bastion.

—Ademas, la mayor parte de los ciudadanos son pacíficos y liberales, agregó Matilde.

—Ya comprendo, amigos del pillaje.

—Diga vd. mejor, Enrique, que lo son del adelanto y del progreso, y no de la infamia y del monopolio.

—No podeis negar que vuestra escuela es la misma que la de ese pintorcillo que os visita, y que tiene gloria en llamarse demócrata, siendo así que cuando mas será demagogo.

—Luis nunca nos habla de política.

—Y aunque así fuese, respondió Eurique; las teorías republicanas se destruyen fácilmente. Tiempo llegará en que tanto ustedes como Luis sean partidarios decididos de mis ideas civilizadoras, y entonces defenderán como ahora yo lo hago los ultrajados derechos de nuestro venerable clero.

Luis, que se habia sentido humillado por las palabras de Enrique y sin poder contenerse por mas tiempo, salió del lugar en que se encontraba oculto, penetró en la pieza, saludó cortesmente, y dirigiéndose al hijo de D. Alvaro, le dijo:

—"Es de cobardes acusar á quien no puede res-

ponder;" he oido vuestros insultos: nunca, ¿lo ois? nunca perteneceré al hipócrita partido, cuyos tristes hechos le han valido en el mundo civilizado la calificacion de retrógrado y de traidor.

No espero ser tan miserable que desconociendo mis deberes, llegue á formar alianza con los que por el vil interes, cooperaron para que nuestro suelo fuese profanado por la inmunda planta del invasor.

Jamas prodigaré alabanzas á los hijos de las sombras: no me creais capaz de pasar por el crímen: soy hijo de la democracia, nací en una época de luz, amo á la verdad y no quiero vivir entre tinieblas: desprecio el misterio, detesto á los hipócritas, y me causan risa los necios é ignorantes.

Enrique, lívido y sin movimiento, no sabia qué responder.

—Perdonad, continuó el artista, dirigiéndose á Matilde y á la señora Laura; pero soy enemigo de ofensas.

—No se moleste vd., Luis, repuso llena de mortificacion la enamorada Matilde: Enrique tal vez por broma....

—Fué un juego de palabras, agregó la señora Laura, como procurando defender á Enrique.

Este continuaba avergonzado ante Luis, quien ya otra vez habia impuesto silencio á su fatuidad y pedantería, en una reunion tenida en la casa de Choquezuela.

—Caballero, dijo Enrique resolviéndose por último á no dejar triunfante á su contrario: esas palabras que habeis pronunciado....

—Son justas y ciertas, señor: justas, porque son el anatema de la maledicencia, ciertas, porque ante ellas desaparecen vuestras imposturas.

La discusion comenzada habria tenido un resultado desagradable, si al decir Luis las últimas palabras, una voz dulcísima no pronunciara el nombre de Matilde.

Quien llamaba á Matilde, era una hermosa jóven.

—Mamá, dijo Matilde. Vamos á ver á Magdalena, con permiso de los señores?

—Vamos, hija mia.

Y madre é hija salieron de la modesta pieza, abandonando por un momento á Luis y á Enrique.

Cuando estos se encontraron solos, Luis que estaba un tanto arrepentido de las palabras vertidas en un momento de cólera, dirigió á Enrique la siguiente pregunta:

—Aceptais una partida de ajedrez? vedlo; desde aquella mesa nos invita: quereis recibir una leccion?

Enrique, creyendo que encontraba una manera para poner en ridículo á su adversario, respondió:

—Nos batiremos, Luis.

—Espero que no me guardareis rencor.

—Lo pasado pasado: á jugar se ha dicho.

Ambos se dirigieron á la mesa donde se encontraba el tablero, tomaron sus respectivos asientos, colocaron sus piezas y comenzaron á probar cuál de los dos era mas diestro.

—Cuidaos mucho, Enrique, pienso daros jaque mate á las primeras jugadas.

—No lo conseguireis, Luis.

—Me alegraré por vos.

El juego comenzó á presentar interes.

Mientras los jugadores se dan á conocer mutuamente su habilidad, dirijamos la vista al asesino Roque, agente de fray Camándulas, que, como en otras noches, se encuentra frente á la casa de Matilde. Qué lo detiene allí? ya lo sabremos. Se le ha remunerado suficientemente, y por eso vigila los pasos á una víctima del rencor y de la venganza. Quién era ella? El Capitan Armando.

—Ahora sí, decia Roque, no se me escapará: lo he visto entrar; me estaré aquí toda la noche; ya me impacienta la tardanza, no tengo dinero, y mi puñal se desespera.

En efecto, el Capitan habia entrado á la casa de Matilde; pero recordando que tenia una cita importante, salió inmediatamente, sin que hubiese sido advertido por el asesino.

Si un acaso providencial no hubiera salvado en esa noche al Capitan, el bandido Roque habria

consumado un crímen en aras de la ambicion maldita.

Haciendo reflexiones, Sandoval el discípulo de Luis, permanecia en observacion.

—A qué hora saldrá mi querido maestro, decia; ya es tarde; no sé que temores me sobresaltan.

Dejemos al honrado artista y al asesino, cada uno en su puesto y experimentando diversas emociones; el ángel del mal y el del bien se encontraban en lucha terrible. Quién llegaria á ser el vencedor? Lo sabremos bien pronto.

Veamos ahora lo que pasa entre Enrique y Luis.

La partida continuaba, los jugadores daban á conocer su destreza y habilidad.

Luis, observando que su contrario alternaba el órden de las piezas, le preguntó:

—Os enrocais? Enrique.

—Segun las reglas, estoy en mi derecho.

—Decid que tratais de evitar mi jaque.

—Es que yo le digo á la reina.

—Y yo á la vuestra, respondió Luis, cubriéndose con el alfil.

—Cambio reina.

—Como gusteis.

Los dos jóvenes cambiaron su primera pieza, y prosiguieron; á pocos momentos cuando menos lo esperaba Enrique, escuchaba á Luis que con la mayor calma decia:

—Jaque mate.

—No puede ser.

—Si podeis, evitadlo.

Enrique observa, gesticula, medita, y convencido de la verdad,

—Está bien, responde.

—Habeis aprendido, Enrique?

—Qué he de aprender? jaques falsos, ataques fingidos y ardides de mal jugador?

—Confesad que os he matado bien y lealmente.

—Vuestra lealtad de siempre, Luis.

Y sin poder contener su cólera, al verse derrotado por aquel á quien creia humillar, hace rodar las piezas, abandona su asiento, y se pasea por la estancia desesperado y frenético.

—Qué indica esto? preguntó Luis: ¿hasta cuándo entrareis en juicio?

—No os interesa, respondió Enurique con altanería, mi modo de pensar.

—Decís bien; pero creí que la amistad me permitia....

- Vuestra amistad me deshonra.

—Qué encontrais en mí digno de reproche?

—Mucho: lo digo de corazon, y no me hableis mas, porque quiero cortar con vos toda polémica; las explicaciones me repugnan.

—Es que exijo una satisfaccion cumplida.

—No tengo de qué dárosla, respondió Enrique en tono despreciativo.

El noble y generoso Luis, recordando que á la mañana siguiente tenia que salir de la capital, y queriendo evitar hasta donde le fuese posible un serio disgusto, lleno de calma y con voz afable, le dice á Enrique:

—Amigo mio, exponedme qué motivo teneis para creer que mi amistad ós deshonra?

—Ya dije que no quiero hablar.

—Asegurais que mis acciones revelan algo indigno? si es así, concluiremos de una vez.

Enrique respondió:

—Sois contrario á mis ideas políticas, y aunque esto es de poco interes tratándose de mí, no lo es si nos referimos á Matilde, incauta jóven á quien habeis infundido vuestras ideas comunistas.

—Jamas he tratado de asuntos políticos, cuando Matilde y su respetable madre, me han dispensado el honor de escucharme.

—Lo negais?

—No acostumbro mentir, Enrique.

—Solo de vos podian haber aprendido ese modo de raciocinar tan impío: ¡cuánto me arrepiento de amarla!

—Que la amais?

—Sí, pero ya no será digna de mi ternura: mujeres como Matilde, no merecen el afecto de un hombre decente; ya se ve, tales padres....

La mordedura de una víbora hubiera hecho me-

nos impresion en el ánimo del jóven artista, quien lívido y con el corazon desgarrado, preguntaba ansioso:

—Enrique, decidme, y ella corresponde á vuestro amor?

—Sí, pero valiera mas que me odiara.

—Luis se quedó sumergido en profundas reflexiones; es mi rival, decia aquel mártir de un amor oculto; ¿cómo, cómo es posible? no: la declararé mi amor; pediré su mano, y mis deseos se verán cumplidos.

—En qué pensais? preguntó Enrique, notando el aspecto reflexivo de Luis.

Este, procurando reponerse violentamente, respondió haciendo un esfuerzo supremo y aparentando tranquilidad:

—En nada, amigo mio, y vos?

—Deploraba en silencio que Laura y Matilde, tengan un cerebro tan estúpido, pues solo así puedo explicarme cómo abrigan ideas tan absurdas.

—Esplicaos.

—Ellas niegan, como algunos ignorantes, que la gran mision del partido aristócrata es noble leal y caballerosa: por su parte, los plebeyos quieren ser los dominadores: acaso habrán olvidado nuestra influencia, y los inmensos tesoros de que aun disponemos? imbéciles! creen que van á vencer en la lucha electoral, ¡cómo se engañan! nues

tro candidato es un sabio; está apoyado por el clero y los hombres eminentes lo veneran.

Sí: el corresponsal de mi padre D. Alvaro, el amigo íntimo de Su Ilustrísima, no será vencido, ni perderá la confianza del jesuitismo: él nos dará medios para aniquilar á los impíos: triunfaremos, y entonces volverá aquella época en que la clerecía era el *Factotum* de los negocios públicos.

Luis, no queriendo por mas tiempo oir disparatar al retrógrado Enrique, le dice:

—Sois necio en grado superlativo; vuestros razonamientos son dignos del desprecio.

—Ya esperaba que así respondiéseis á mis argumentos; pero os lo repito, nuestro candidato vencerá; él es noble, inteligente y su mision es santa.

—No sabia que era noble conducta faltar á un juramento, replicó Luis: mucha inteligencia revela el que pone obstáculos al progreso; santa mision es provocar la lucha fratricida.

—El mundo aprobará nuestro triunfo.

—El mundo sensato desprecia á los hipócritas.

—Hablais sin conciencia, Luis: no es lo mismo manejar la paleta y el pincel que entablar discusiones con los que nos hemos dedicado al estudio.

—En vos no admiro á un coloso de la inteligencia, y aun cuando así fuera estoy convencido que hay cuestiones tan sencillas que se resuelven fácilmente, sin que para esto sea necesario ser un

prodigio viviente: la razon natural nos dicta las reglas que han de regir á nuestras acciones.

—No piensan de la misma manera nuestros partidarios Richs y Facistelo.

—Pero es porque como vos, están dedicados al estudio; y no es lo mismo esto, que manejar la paleta y el pincel.

—Estais fuerte, dijo irónicamente el hijo de D. Alvaro.

—Menos que vos indudablemente; un hombre de estudio....

—Lo haceis bien, Luis; pero apesar de vuestros argumentos, triunfaremos en las futuras elecciones.

—Puede ser, pero no olvideis que el pueblo, ese pueblo á quien tanto humillais, cuando ve burladas sus instituciones, se levanta como un solo hombre para destruir á los tiranos.

—No hay cuidado; triunfando, las bayonetas serán nuestras, y el pueblo quedará vencido.

—Ademas de que vuestra esperanza encierra un insulto para el actual ejército, os diré: que la fuerza bruta se estrella ante la divina luz de la inteligencia; no tengais tanta confianza: ¿pensais que triunfarán los hijos del oscurantismo? habeis olvidado la historia de otros tiempos? negareis la majestad de los pueblos? Sabedlo, sea quien fuese el candidato que triunfe, si olvida la sublimidad de una doctrina, si no respeta la ley, y si se da á conocer como enemigo del progreso, caerá inevita-

blemente y escuchará el anatema lanzado por esa multitud á quien él tanto desprecia y oprime. No hay principio salvador donde falta la libertad; desconocer el sagrado derecho de los pueblos, es constituirse partidario gratuito de la tiranía.

El diálogo fué interrumpido: la señora Laura y Matilde volvian acompañadas de una jóven esbelta, de ojos azules y miradas provocativas: era Magdalena.

Luis y Enrique guardaron un profundo silencio.

Permítasenos decir algo acerca de esta amiga de Matilde, que viene á comunicarle tanto á ella como á la señora Laura su situacion angustiosa.

Casada hace siete meses con un jóven recomendable, vió muy pronto terminar sus gratos ensueños de ventura.

Llora, se desespera y maldice.

La hora de la fatalidad ha sonado para aquella desventurada jóven; por eso viene á la casa de Matilde á solicitar los consejos de la amistad y de la experiencia.

Necesita consuelo en su aflixion; ¿será escuchada la voz de la desgracia?

La hermosa Magdalena ha abierto sus oidos á las lisonjas de un seductor, y olvidándose de sus deberes, cubre de infamia su nombre y acibara para siempre los dias de aquel esposo á quien antes habia jurado eterna felicidad.

La quietud del hogar está perdida; el esposo

reclama su derecho ultrajado: los celos le atormentan; la idea de venganza comienza á germinar en su cerebro; ella entonces comprende la enormidad de su falta; teme el justo castigo, y huye tal vez para jamas volver.

Magdalena, sola y abandonada, se presenta entonces en casa de la señora Laura: le forja una historia y pinta con los mas negros colores la conducta de su esposo.

La señora Laura y Matilde, qué hacen entonces? cómo negar hospitalidad á un desgraciado ser?

El ángel del mal profanaba por primera vez aquella mansion de virtud.....................

Y Roque? y Sandoval? nos preguntará el lector.

Seguian esperando con impaciencia, uno al Capitan, y otro al artista Luis.

Traslademonos á otro lugar donde nos espera una escena halagadora: allí encontraremos al Capitan Armando.

En estos momentos un individuo de alta talla, barba blanca y vestido lleno de polvo se apeaba de un magnífico caballo en la pintoresca villa de San Pedro, distante una legua mas ó menos de la capital.

Se acerca á la puerta que tiene á su frente y tomando el aldabon, toca en ella con temblorosa mano.

Minutos despues esta se abrió y un mozo introduce al incógnito á las piezas interiores.

La casa estaba desierta, se habria escuchado el aleteo de una mosca.

—Bendito seas, señor! exclamó el venerable anciano.

Al fin he llegado: ya podré abrazar á mi adorada esposa y besar la frente de Jorge: debe estar hecho un hombre.

Y como dominado por un pensamiento extraño cae rendido en un *equipal* que se encontró á su paso.

Un nuevo ruido le despierta de su meditacion: acababan de llamar á la puerta de la calle.

No tardaremos en saber quién era.

CAPITULO X

ESPERANZA

LA señora doña Mariana Suarez de Mendoza habitaba en la calle de.... una elegante casa.

En el fondo de ella, y cultivado cuidadosamente, habia un pequeño jardin donde se ostentaban multitud de exquisitas y variadas flores que perfumaban el ambiente con su grato aroma.

Las ocho de la noche sonaban en un reloj cercano.

La luna, esa misteriosa noctámbula, caminaba silenciosa.

La avecilla enamorada dejaba escuchar su triste gemido.

La naturaleza se encontraba en uno de sus momentos solemnes.

En el delicioso lugar que describimos, y bajo la sombra de una enramada de campánulas, se veian en un rústico asiento, formado por varas de junco

primorosamente entretegidas, dos personas á las cuales (gozando de nuestras prerogativas de escritores) vamos á sorprender en su amorosa confidencia.

A una de ellas la conocemos perfectamente.

La otra, es una jóven de mediana estatura; su negra y abundante cabellera forma graciosísimo conjunto con un rostro ovalado y perfecto; los ojos de aquella angelical vision dejan escapar dulces y expresivas miradas: su pequeña boca ha robado á los pétalos de la fragante rosa el color y el perfume, en su frente despejada se refleja la luz de la inteligencia; en fin, á la jóven Esperanza podriamos llamarla un tipo perfecto de hermosura.

Escuchemos á nuestros misteriosos personages.

—Bien mio, por qué te veo tan triste? tu silencio me mata; dime: qué tienes?

—Armando, respondió Esperanza: la angustia me oprime; sufro mucho: pienso que ya no me amas.

—Qué no te amo? dudas de mí? y por qué? no eres la fé de mi ilusion? el porvenir de mi existencia?

—Antes te veia contento á mi lado, Armando; pero hoy tus miradas me revelan el sufrimiento: algo te preocupa, verdad? y sin embargo, me lo ocultas.

—Es cierto, amada mia: la pena me devora; pero por qué has de ser compañera de mi horrible

padecer? no; una voz oculta me dice que naciste para ser feliz: quiera el cielo que la aurora de ventura refleje siempre en tu divina frente.

—Podria ser feliz cuando tú no lo eres? no sabes cuánto te amo?

—Dices que me amas? replicó Armando.

—Y te amaré siempre.

—Escúchame: antes de conocerte, vivia gozando con los benditos recuerdos de mi infancia, esa edad de los sueños de oro en que tenemos por confidente á la dicha á quien nos es dado saborear sin conocerla.

Por qué no detiene allí su curso rápido ese período divino de la existencia?

Feliz edad en la que las pasiones aun con toda su influencia no han podido apoderarse del corazon.

Epoca bendita en que sentimos á nuestro cerebro navegar en un océano de ilusiones.

Página misteriosa del ser. Triste preludio de un futuro desgraciado ó precursor feliz de la venturanza sin límites que acompañará al hombre en su peregrinacion sobre la tierra....

Armando, dime por qué ya no experimento la dulce paz? vivo en continuo desasosiego: la calma huyó de mí cuando oí tu voz y como si hubiese sido tocada por un resorte magnético, tu mirada fascinadora me ha despertado del profundo letargo, mi alma se conmueve, mi corazon palpita.

No sé qué pasa en mí: por donde quiera me

sigue tu imágen; en el reposo, ya entregada á la contemplacion, en el silencio de la noche ó al despuntar la aurora, siempre te miro, siempre te llamo.

¡Cuántas veces quiero encontrar alivio en la lectura! pero imposible, allí te veo tambien.

Esta mañana, por ejemplo, abrí las páginas de un libro.

—Qué leias, Esperanza?

—El Espía del Gran Mundo: recuerdas cómo el conde de Monteleone, en su humilde y solitaria casa, deplora la ingratitud de los hombres, y clama al cielo contra sus crímenes y perfidia? que despreciado por una sociedad injusta y fanática solo ambiciona morir?

—Sí, recuerdo tan tristísimo episodio.

—Pues bien, aquella lectura me impresionó vivamente, y al contemplar tu retrato, parecia que tu fisonomía expresaba el mismo abatimiento del conde y un odio profundo á la vida. No será una triste coincidencia, Armando?

—Tranquilízate, la Providencia velará por mí: no desconfies de su bondad.

—Armando, una voz fatídica me dice que....

—Tus temores son infundados.

—Si no conociera la nobleza y lealtad de tus acciones, nada temeria.

—Descuida: siempre caminaré con precaucion, y sin desviarme de los deberes que me imponen

el honor y la conciencia. Tus ruegos y los de mi amorosa madre me salvarán.

Sí, madre mia, continuó el Capitan; cuando mi alma estuvo sumergida en la tribulacion, siempre escuché tu bendita voz. Devorado por la tristeza, oprimido por la angustia y el tormento, te invoqué y fuiste mi único consuelo. ¡Cuántas veces mi suspiro tiernísimo, elocuente expresion de la ternura que te consagro, salvando la distancia que nos separa, habrá llegado á tí!

—Armando, dijo enternecida Esperanza, la bendicion de Dios caiga sobre tu cabeza; quiera el cielo poner un hasta aquí á los males que te afligen; en cuanto á mí, lo repito, te amaré siempre: ya seas feliz ó desgraciado.

....

Volvió el cuadrante á señalar la hora.

—Las nueve, dijo Armando: es preciso partir.

En seguida imprimió sobre la frente de aquel ángel de inocencia un tierno beso, y se perdió entre las calles del jardin....

Los ecos repitieron un adios último.

Esperanza se dirigió violentamente á su habitacion.

Reinaba un silencio sepulcral.

El astro de la noche, que habia sido testigo de aquella escena misteriosa, ocultó su faz entre las nubes.

La tempestad rugia en lontananza.

Minutos despues el cielo desató sus negras cataratas.

Ahora digamos á nuestros lectores algo sobre el orígen de este amor.

El Capitan Armando, despues del triunfo de "Lo de Ovejo," llegó con el general Rocha á la hermosa capital de Jalisco.

En el boliche de Cesar fué invitado el general por los empleados del gobierno, así como por algunos particulares, á un expléndido banquete.

Esta vez fué la primera que Armando en nombre del ejército saludó á Jalisco. No está por demas decir que la hermosa composicion de Pepe Monroy, y en la cual se enaltecian los hechos del héroe de la Bufa y de Tampico, fué contestada por el Capitan con una improvisacion. La franqueza y sinceridad de sus expresiones, le valieron el aprecio de un gran número de personas distinguidas.

Pocos dias despues el general Rocha y su valiente oficialidad, fueron obsequiados con un elegante baile, que tuvo lugar en el Instituto de Ciencias.

En los corredores del piso bajo se habia dispuesto una magnífica cena, los brindis se iniciaron bien pronto, y Armando á nombre de la patria, del ejército y de la libertad, respondia á los discursos y poesías que pronunciaban algunas notables inteligencias.

Ya en aquella memorable noche el capitan contaba con numerosos amigos.

El á su vez abrigaba profundas simpatías por los hijos de aquel hermoso Estado, del cual fué siempre panegirista y celoso defensor.

Armando era conocido y tratado por un gran número de familias, con las que conservó una grata correspondencia cuando le fué preciso volver á la capital de la República.

La fortuna le era propicia.

Despues de permanecer algunos meses en el ministerio de la guerra, fué enviado á prestar sus servicios como ingeniero á la cuarta Division.

El cuartel general se encontraba establecido en Guadalajara.

El Capitan se trasladó á ese lugar.

Habian trascurrido pocas horas despues de su llegada, cuando ya Armando era invitado por sus numerosos amigos.

Uno de tantos dias recibió una esquela de la señora doña Mariana Suarez de Mendoza.

Armando agradeció el honor que se le dispensaba, y concurrió á la cita.

Era la señora doña Mariana una excelente matrona.

Sus antecedentes honrosos, así como su fino trato y benevolencia le habian grangeado la estimacion de toda la sociedad.

Viuda desde muy jóven, no habia querido contraer segundas nupcias.

Poseedora de una regular fortuna, vivia tranquila.

Su hija Esperanza, tierna y encantadora niña, formaba su única dicha.

Gozaba con el amor de ese ángel de ventura.

No ambicionaba mas.

Aquel dia en que Armando recibió la esquela, habia en casa de la señora Suarez un espléndido festin.

Ella cortejaba á los convidados con su amabilidad acostumbrada.

La diversion estaba magnífic-

Llegó la hora del baile.

La música dejó oir sus acordes.

Armando no bailaba.

Observándolo detenidamente, se le habria visto triste y melancólico.

Su pensamiento vagaba por regiones diversas.

En que pensaba?

No lo sabemos.

A las dos de la mañana terminó la fiesta.

Armando se despidió dando expresivas gracias á la señora doña Mariana, por aquella honrosa invitacion.

Desde aquel dia el Capitan impelido por una fuerza irresistible visitaba con frecuencia la casa de la señora Suarez.

Una nueva impresion vivia en el alma del Capitan.

Gozaba con un grato recuerdo.

La impresion que sentia no puede explicarse.

Su recuerdo era Esperanza.

Armando visitaba despues todos los dias la casa de la señora de Mendoza.

Era recibido con agrado, y aun Esperanza le decia:

—Hoy ha venido vd. despues de la hora.

Esto lo hacia delante de su respetable madre, con la inocencia y el candor propios de una niña.

La señora doña Mariana favorecia al Capitan con sus íntimas confidencias.

Una tarde Armando llegó á su visita.

Esperanza lo introdujo á la sala.

La señora Suarez habia tenido necesidad de salir á desempeñar un asunto de importancia.

No se encontraba en casa.

Armando, cortés y respetuoso, tendió su mano á la preciosa niña; esta oprimió la del Capitan débilmente.

Esperanza sintió un temblor involuntario, bajó los ojos y permaneció en silencio.

Armando comprendió lo que pasaba.

La palabra no habria podido expresar tan inocentes emociones.

Trascurrieron algunos momentos.

La mirada de Armando fué correspondida con una sonrisa de Esperanza.

Armando en su mirada le decia: "yo te amo."

Y en la sonrisa de Esperanza se leia: "seré tuya."

Desde entonces sus almas se comprendieron.

Las misteriosas citas protegian á los dos amantes.

Llegada la noche, Armando esperaba á su amada en el jardin donde tenian lugar confidencias análogas á las que hemos escuchado....

Esperanza! Armando! he ahí á dos seres felices cubiertos con el crespon de las blancas ilusiones.

Retrocedamos un paso.

El lector recordará á doña Rufina, vieja devota, á quien hemos visto una noche en la tertulia de D. Alvaro.

Desde entonces y con excesivo entusiasmo, doña Rufina no ha omitido medio alguno para seguir trabajando por la santa causa y "reconquistar corazones." (Era su expresion.) .

Como si fuese loca, recorria con precipitacion las calles de la ciudad; tan pronto se la encontraba en la casa del pobre como en la del potentado: visitaba al artista, al abogado, al artesano, al comerciante; movimiento continuo, iba de aquí para allí; subia, bajaba, regañaba, reia de gozo cuando se la aplaudia, lloraba al verse desatendida y mofada, pues no faltaba quien la llamara beata camandulera ó vieja necia: mas ella firme en su idea, proseguia constante en su empresa; estaba persuadida (pues se lo habia dicho su hermano el

canónigo) que su mision era *agradable á los ojos de Dios.*

Desde por la mañana, doña Rufina hacia hipócritamente la señal de la cruz, y emprendia su camino dizque para predicar la fé.

En aquella noche en que hemos sorprendido á Esperanza y al Capitan en amorosa confidencia, habia tocado su turno á la señora Suarez.

No obstante lo molesto que era á dicha señora conversar con este anacronismo viviente, la recibió con mucho comedimiento, la ofreció asiento, y esperó que la hermana del canónigo le dirigiera la palabra.

Doña Rufina vestia esa noche un trage negro de alpaca; de su ancha cintura pendia una tira de cuero negro, á la que llamaba cinto de *nuestro padre San Agustin*; de él estaban suspendidos multitud de rosarios, y en su cuello llevaba escapularios de varias órdenes extinguidas.

Un lienzo negro cubria aquella cabeza donde habia hecho la alopecia terribles estragos.

Su frente estaba surcada por mil arrugas.

Tenia los ojos encendidos.

Cuando se reia dejaba ver dos largos dientes; únicos restos de la mandíbula superior.

La barba puntiaguda que con su nariz formaba una especie de tenaza, hacia sombra á su largo cuello surcado por una especie de cuerdas que se atirantaban al menor esfuerzo.

—Ya habrás sabido, hija mia, dijo doña Rufina á la señora de Mendoza, limpiándose con un blanco pañuelo el sudor que corria por su cara patibularia, que están para cumplirse las profecías de la madre Matiana. "Sonará una hora en el reloj de la eternidad, decia aquella insigne profetisa, se rasgará el velo del templo, chocarán las piedras, y con el incendio terminará tan horrible espectáculo."

—Nada sé, dijo friamente la señora Mendoza.

—Pues así está escrito, continuó la ridícula vieja: los dias están contados: mi padre espiritual me ha dicho: "Id y predicad, que se acercan los tiempos: despues de ellos se acabará la misericordia, y solo tendrá lugar la justicia del Señor."

—Ahora entiendo menos: hable vd. con claridad.

—Pues bien: ¿ya sabes que se nos quiere poner de gobernador á un demonio? Porque cómo no hemos de creer que un ser tan odioso como Vallarta, no sea un diablo del infierno, cuando arrojó á las monjitas de sus conventos, expulsó á los religiosos, é hizo cañones con las campanas? Jesus! añadió santiguándose la vieja, y pensar que este herege nos ha de gobernar? si tal llega á suceder, pediré de veras al Señor que se acuerde de su sierva.

—Yo no tengo las mismas convicciones que vd., doña Rufina; conozco bien al Sr. Vallarta, y no

creo que haya dado motivo para que se pregonen vulgaridades.

—Ay, hijita de mi alma! si tú tambien estarás condenada. ¡Conque ese impío no ha dado motivo para que se le tenga desconfianza? pues qué bien podremos esperar los católicos si ese hombre que (segun dice mi hermano el canónigo) es impenitente, llegase á gobernarnos?

Señor, aplaca tu ira, tu justicia y tu rigor.

Santa Magdalena, ruega por nosotros.

San Roque, ampáranos.

Señor San Miguel, atraviesa con tu espada al dragon cetáceo.

San Lúcas, que tu furibundo toro los aniquile.

Santa Catarina, degüéllalos con tu cortante machete.

—Cálmese vd., doña Rufina, no es para tanto el asunto.

—Y despues de esto, replicó la vieja, sufrir el horrible desengaño de que aun las personas que uno cree buenas estén poseidas del espíritu maligno? Señor, añadió doña Rufina levantando los ojos, perdona á los impíos.

La misionera habria seguido profiriendo (como dice un amigo nuestro) blasfemias preciosas, si la señora Suarez, no le preguntara:

—Y bien, doña Rufina, qué quiere vd. de mí?

—Ah! hijita, respondió esta; parece que el Señor te ha tocado. Qué he de querer? los católicos

que por ningun motivo permitiremos que un herege nos gobierne, nos hemos apuntado en la cofradía del Santo Niño Cautivo, para que con nuestro dinero y oraciones consigamos nuestro sagrado objeto.

—Y bien: yo qué tengo que hacer en este asunto?

—Cómo qué? las gentes piadosas teniendo en cuenta tu mucho amor por los intereses de nuestra madre iglesia, te han cuotizado tambien.

—Cuánto debo dar? dijo la señora de Mendoza, que deseaba únicamente que aquella vieja se marchase.

—Poca cosa, hijita: veinte pesos: con este donativo conseguirás la salvacion.

—Pues mañana se los mandaré á vd., doña Rufina.

—Ya sabes, por cada peso se ganan ochenta dias de indulgencia.

—Está bien: ya dije á vd. que mañana los mandaré.

La vieja se despidió contoneándose de una manera ridícula.

La señora de Mendoza, bastante molesta por aquel fanatismo tan repugnante, respiró tranquila al verse libre de doña Rufina.

Esperanza entraba poco despues alegre y risueña.

Al mismo tiempo, Armando, en una calle cercana, conversaba con su amigo Alfredo, y lleno de

entusiasmo le describia la cita que habia tenido en el jardin.

Entretanto el pensamiento del asesino se habia fijado definitivamente en la idea de realizar el crímen.

Seres cobardes, recordad que la vida que quereis arrebatar perjudicará á otras víctimas inocentes; sed menos miserables y si quereis sangre, lanzaos á la espesura de los montes, allí encontrareis fieras en quienes saciar vuestro encono, no continueis en esa senda maldita: recordad que el castigo es terrible para los fratricidas: rcconcentraos en vuestras conciencias: de otra manera nunca tendreis un solo momento de paz y vuestra vida será el perpetuo martirio.

CAPITULO XI

ESCENAS SOCIALES

UN cuarto de hora despues de los últimos acontecimientos que han tenido lugar en casa de Matilde, Magdalena se paseaba triste en su aposento.

Lloraba.

Eran las lágrimas del arrepentimiento desprendidas del alma: la confesion mas absoluta; la expiacion mas terrible.

Aquella infeliz se veia atormentada por el remordimiento.

Cómo lavar esa mancha que arroja sobre la mujer adúltera el estigma de la reprobacion?

Cómo olvidar que se ha escupido la frente de aquel hombre por quien latiera el corazon en otros dias de ventura?

Padres de familia: vivid en perpetua vigilia. Alerta, mujeres!

La sociedad arroja de su seno á la vil adúltera: cerrad los oidos á las seducciones del maldito; re-

cordad que el destino os ha ligado á un ser de quien teneis que formar la eterna felicidad; no emponzoñeis su existencia: procurad que vuestra conducta sea el espejo donde se reflejen las bellas acciones; sed siempre las reinas del hogar, el orgullo de vuestro esposo, la honra de vuestros hijos, de esos seres inocentes que el cielo confió á vuestro cuidado; que la moral sea vuestra norma, que nunca el varon os encuentre envilecida y degradada por el crímen: que vuestra hermosura no os sirva para provocar el desenfreno del libertino: pensad que si una vez caeis, vuestra falta imperdonable hará que la sociedad os juzgue con una severidad sin ejemplo, que os deteste y maldiga. Vuestro destino está escrito en el hogar; allí encontrareis el goce y la ilusion; haceos dignas de llevar el nombre de mujer; que nunca se os llame la perturbadora de la paz; que no seais una plaga en vuestra propia casa: recordad que la divina institucion del matrimonio fué creada para aquellas, que comprendiendo su mision, serán siempre modelo de virtud y prototipo del amor conyugal: prestad sumision á los buenos consejos; escuchad la sublime voz de la religion, y así conseguireis ser siempre dignas del noble título de madres de familia.

Y vosotras tambien, jóvenes inocentes que apenas comenzais á cruzar por el sendero de la vida; despreciad á esos seres excecrables que os pintan

á su antojo felicidad y gratas ilusiones; maldecidlos, abominadlos: que siempre seais el caro objeto del amor paternal; no degenereis de vuestros sentimientos; tal vez muy pronto os espera tambien el dictado de esposa. Pensad lo que mas convenga á vuestra sensibilidad y ternura, á vuestro pensamiento y educacion, á vuestra creencia é ideas: despreciad la conveniencia social, y elegid siempre entre los hombres honrados y virtuosos: y cuando llegue el momento solemne en que despidiéndoos del hogar paterno habreis de compartir vuestra suerte con otro ser, y cuando Himeneo os ciña la corona de mirtos, jurad á Dios que ofreceis á vuestro esposo, no solamente la mano sino tambien el corazon; si tal haceis, bien pronto os sonreirá la felicidad y vuestra vida será un paraiso de eternal venturanza.

Pero ¡ay de vosotras si sois perjuras! tal vez entonces, pronto, muy pronto, tratareis de romper ese círculo de hierro, en cuyo centro vivirá constantemente la desesperacion....

Volvamos á ocuparnos de Enrique y de Luis, quienes permanecen aún en la casa de la señora Laura.

El primero, no pudiendo olvidar aquellos razonamientos de Luis, que hemos escuchado y que le habian causado profundo disgusto, se expresa en estos términos:

—Señor artista, me admira veros defender con

tanto empeño las leyes dictadas no por el patriotismo y la honradez, sino por la conveniencia y la ambicion: vaya que estais lucido!

—Amigo Enrique, no participo de vuestra opinion. Esas leyes de que hablais con una ligereza tan reprensible, son admitidas por el pueblo, que cansado de sufrir, suspira por el progreso; única panacea de sus males.

Matilde, procurando evitar una nueva discusion, dice en tono afectuoso á Enrique:

—Qué, hoy no nos hareis favor de leernos algunas páginas de la sublime obra que conoceis?

—Será otra vez, respondió, porque dentro de algunos momentos tengo una cita en el "café del Globo."

Y en seguida añadió en voz baja:

—No volveré á vuestra casa.

Al oir aquellas palabras la hermosa jóven, dirige á Enrique una mirada significativa y guarda silencio.

Luis, deseando una entrevista en la que pudiera descubrir perfectamente las intenciones que abrigaba el hijo de D. Alvaro, pues habia oido sus últimas palabras y notado la turbacion de Matilde, le pregunta:

—Hablábais de una cita en el café del Globo, verdad? aceptais mi compañía? tal vez nuestro camino sea el mismo.

—Nos abandonais tan pronto? preguntó la señora Laura.

—Lo siento mucho; pero tengo que partir mañana para Sayula y me es preciso antes arreglar negocios de importancia.

—Podremos saber el objeto de vuestro viaje?

—Os lo diré; no tengo secretos para vosotras.

—Gracias por esa confianza que nos dispensais.

—Creeis que es una obligacion forzosa acudir al llamamiento de la patria? repuso el artista.

—Indudablemente.

—Pues bien, ha llegado para mí el momento solemne en que tengo que cumplir con ese deber imprescindible.

—Debeis partir entonces, dijo Matilde: mientras tanto, nosotras pediremos al cielo que os proteja.

—Cuán buenas sois! replicó Luis, estrechando la mano de Matilde y de su buena madre.

Llegó su turno á Enrique.

—A vos tambien os amo, continuó diciendo enternecido el artista; recibid mi despedida; quiera Dios que siempre seais feliz!

—Agradezco el deseo, respondió con marcado desden el hijo de D. Alvaro.

—Enrique, parece que me despreciais? preguntó Luis.

—No tengo motivo para ello.

—Sois mi amigo?

Sin responder á esa pregunta Enrique interrogó á su vez:

—Decís que la patria os llama y que debeis respetar llamamiento tan solemne?

—Ciertamente.

—Creo que ella no se ocupa de vos.

—Os equivocais, Enrique, respondedme: habeis experimentado alguna vez esa dulcísima sensacion que graba en nuestra alma el bendito recuerdo de la patria?

—Ya comenzais con las bachillerías de costumbre?

—Y vos seguís con vuestra misma ignorancia? respondió indignado el artista: ya se vé, siendo partidario del egoismo y de la maldad; no extraño que seais tan indiferente al grito de la madre patria.

—Por qué me despreciais, continuó Luis, cuando os dejo escuchar la voz de la conciencia? Pretendeis que el odio político germine constantemente? que las palabras *paz* y *prosperidad* sean una vana fórmula?

Hasta cuándo vuestros partidarios pospondrán la razon á las pasiones? "Hasta cuándo se apreciará mejor al hombre que enseña, que al hombre que mata." ¿Qué, la infamia y la intriga han de ser siempre vuestra única herencia? no os dominará el raciocinio? seguireis sacrificando al pueblo y teniéndolo como á vil esclavo?

—Nosotros, respondió entonces el jóven retrógrado, personificamos la idea salvadora, y creemos firmemente que nunca seremos felices sin el poderoso auxilio de un monarca. Es necesario convencerse de esta gran verdad: que México no ha nacido para gobernarse, sino para ser gobernado.

La señora Laura y Matilde se dirigieron una mirada; en ella pudiera haberse traducido esta expresion. Es muy estúpido!

Enrique, aunque habia observado aquella señal de inteligencia, continuó:

—Imperio! período feliz! yo te recuerdo lleno de entusiasmo; en la época en que floreciste siempre los plebeyos te rindieron culto y se humillaron ante la nobleza.

Ideal hermoso! cuándo volverás para nosotros? venid! venid! horas de venturanza sin límites!

—Enrique, habeis perdido el juicio? preguntó el artista. Por qué llamais período feliz á ciertos dias de consternacion y de luto? no es bastante la sangre derramada? todavía quereis continuar llevando por do quiera la tea de la discordia? no esa época que proclamais ha sido una constante amenaza para los hijos de la libertad?

En qué otro tiempo habeis presenciado escenas mas terribles, campos talados, poblaciones incendiadas, huérfanos infelices, viudas desoladas? He ahí el cuadro tristísimo y aterrador que nos han

presentado aquellas horas de venturanza como os atreveis á llamarlas.

Recordad que nuestros hermanos han sido víctimas de su patriotismo y sentimientos, y que al caer bajo el golpe fatal del fratricida, su último suspiro ha sido para la patria.

Seguid su noble ejemplo, y abandonando el error, jurad sobre las cenizas de nuestros mártires, que siempre defendereis los sagrados derechos de ese pueblo que tanto ultrajais.

Enrique, deseo vivamente que mis palabras os hagan olvidar vuestras antiguas creencias; salid de la ignorancia en que vivís y entonces la aurora de la dicha lucirá en vuestra frente; trasladaos al campo de la gloria, no invoqueis por mas tiempo la barbárie de otros dias; avergonzaos solo al pensar en las ideas de retroceso y de oscurantismo.

Me habeis comprendido? seré tan feliz que consiga veros sumiso ante los consejos de quien se llama vuestro amigo?

—Siempre escuché los consejos de la amistad, respondió este, cuando no provinieron del partidario vil; pero al considerar que únicamente quereis abusar de mi buena fé, para de este modo obligarme á que abandone mis antiguas creencias, ¿deberé hacer caso de vuestras razones? no, amigo mio: estais perdiendo el tiempo: si podeis, conven-

ced á otros con vuestra palabrería, porque de mí nada es posible conseguir.

—Pues bien, Enrique, ya os he hablado como amigo, y lamento el ningun aprecio que haceis de mis consejos: en cuanto á la injuria que me prodigais llamándome vil partidario, me conformaré con recordaros las expresiones de cierto hombre notable: "Vuestras ofensas, decia, no están á la altura de mi desden."

—Se conoce que habeis pasado vuestra vida entregado á los libros; me admira vuestra instruccion, Luis.

—Sin haber estudiado tanto como suponeis, no me avergüenza deciros que he procurado en todo tiempo evitar la ignorancia; y sin embargo, pertenezco á esa clase media que tanto desprecia é insulta vuestra aristocracia–arlequin.

—Os veo muy audaz; ¿adónde habeis aprendido tanto?

—Nada me enseñó la escuela del retroceso; pues allí solo se encuentran el vicio, la maldad y la ignorancia.

—Sois demagogo?

—Poco debe importaros mi parecer y opinion; á nadie tengo que dar cuenta de mis acciones, yo aprecio únicamente el talento y la virtud, y me rio de calificativos cobardes: ¿me entendeis ahora?

Enrique guardaba silencio.

Luis continuó:

—Retrógrados, que no teneis mas ley que la ambicion maldita, la hora sonará de vuestra expiacion, las ideas del demócrata no mueren; si hoy gime la patria, pronto estará colocada en el apogeo de su gloria: y ¡ay! de vosotros entonces, fanáticos pertinaces; la vergüenza y el desprecio, uniéndose á vuestra miseria y vicios consiguientes, harán que se huya de vosotros como de una plaga terrible: la virtud y la inteligencia vendrán á confundiros; la union destruirá vuestras perversas maquinaciones, escuchareis el anatema de la razon, y se os pregonará como perturbadores de oficio: seguid parapetados tras de vuestros folletos incendiarios: tal vez no esté lejos el dia de los cargos.

Indiferentes, despertad! turba tumultuaria, huid avergonzada y esconded el rostro!

Enrique experimentaba una emocion terrible.

—Sed buen ciudadano, le dijo con voz suplicante Matilde, cuando hubo acabado de hablar Luis.

—Oid y aprovechad esa leccion, añadió la señora Laura.

—Jamas cambiaré de ideas, gritó colérico el hijo de D. Alvaro; si es necesario, marchemos al abismo con la patria; que perezca, nada importa; y al decir esto lanzó una carcajada burlesca.

Al oir tal blasfemia Matilde, exclamó involuntariamente:

—Perdónalos, señor, porque....

Enrique dejó escapar una mirada rencorosa.

El rubor asomó en las mejillas de Matilde.

Despues una palidez notable cubria su rostro.

—Se desmaya, dijeron al mismo tiempo Enrique y el artista.

—Agua, pronto, gritó la señora Laura.

Magdalena apareció trayendo un vaso lleno de aquel líquido.

Habrian pasado algunos minutos cuando Matilde volvió en sí.

La señora Laura acariciaba á su querida hija.

Magdalena lloraba.

Luis y Enrique le dirigian sus tiernas miradas.



Un cuarto de hora despues de este acontecimiento, el artista rompió el silencio.

—Os sentís mejor? preguntó dirigiéndose á Matilde.

—Sí, fué un vértigo ligero, respondió esta; podeis continuar vuestra conversacion.

—Perdonad, dijo Luis, si he sido causa de vuestro mal; pero mi alma siempre se ha conmovido ante la perspectiva divina del porvenir que espera á nuestra patria.

—Nuestros partidarios tambien confian y esperan.

—Aun insistís en vuestras ideas, señor del Bastion?

—Sí, porque mi nombre no puede unirse á los de aquellos que han sabido grangearse el título de impíos y de bandidos.

—Vuestras palabras son una miserable calumnia; los bandidos no tienen otra mira que la del crímen.

—Y para los criminales hay leyes, respondió temblorosa Matilde, á quien ya era molesta la presencia de aquel fanático.

—Decís bien, repuso Luis: para ellos hay leyes; pero igualar á todos, llamar bandidos á los defensores de la libertad y del derecho? á los que sacrificándose expontáneamente, con un generoso valor, procuran poner límite al abuso del tirano? á los qué sin descanso trabajan por sacar de su vergonzosa esclavitud al pensamiento? No: no merecen semejante título los amigos de la ley y de la justicia.

Enrique, llamais criminales á los que destruyen maquinaciones hipócritas? á los que dan el *pase* al voto del pueblo?

No debeis oponeros por mas tiempo á esa ley sublime que arrastra consigo al linage humano, para colocarlo despues en el capitolio del progreso.

La libertad es inherente al hombre; nace con él y es la compañera de su vida, ¿por qué entonces quereis arrebatársela? Ya lo hemos dicho: "Los actos necesarios no existen; ó lo que es lo mismo, la restriccion de la libertad humana."

—Jamas la razon pudo estar condenada á perpetuo olvido; los déspotas nunca se llamaron eternos vencedores; sus esfuerzos, al fin han sido estériles, y cuando sus cabezas rodaron en el cadalso, no por esto fueron menos maldecidos y odiados de la humanidad.

—Maquinaciones hipócritas: voto del pueblo: siempre lo mismo, dijo Enrique; mas á pesar de vuestra fraseología, nunca conseguireis vuestros deseos, ni que mi nombre se inscriba en el catálogo de los demagogos. Sabeis, Luis, continuó el hijo de D. Alvaro, que seria un bien para mí que no volviéseis á saludarme.

Luis, acordándose de su dignidad tantas veces ultrajada, respondió:

—Secundaré vuestros deseos: mas nunca olvideis que el partido de los libres cumplió con su deber y os brindó con la paz y la fraternidad.

El diálogo quedó interrumpido.

El ánimo de nuestros personages en escena, se encontraba extraordinariamente conmovido.

La señora Laura, tratando de distraer á Matilde, le dirigia la palabra cariñosamente.

Su hermosa hija, sentada en un sofá y repuesta

ya de su accidente, bordaba en un magnífico lienzo.

Luis se acerca á la señora Laura, y hace lo mismo Enrique respecto de Matilde.

Magdalena habia salido de la estancia.

Oigamos á nuestros cuatro personages.

—Os ha molestado Enrique? preguntó á Luis la señora Laura.

—Un poco: mas lo perdono: es un pobre jóven digno de compasion, por su excesiva fatuidad é ignorancia.

—Teneis buen corazon.

La señora Laura, inquieta por el porvenir de su hija, única luz que alumbraba la noche de su triste vida, creyó que seria oportuno comunicar en aquel momento al caballeroso y leal artista el secreto que Matilde le habia confiado en cierta mañana deliciosa.

Entretanto Enrique inclinándose hácia Matilde, le dice:

—Cuánto os amo!

—Mamá observa, respondió la tímida jóven, guardad silencio.

—Qué decís? preguntó á su vez con marcada inquietud el artista al comenzar á escuchar la revelacion que la señora Laura le hace del amor que Enrique ha logrado inspirar á su bella hija.

—Lo que es cierto desgraciadamente: escuchadme, os lo diré todo, puesto que me inspirais tanta confianza.

—Gracias, señora; gracias.

—No puedo permanecer indiferente á tu lado, proseguia Enrique, dirigiéndose á Matilde.

—Y ella le ama, señora? preguntaba Luis lleno de ansiedad.

—Me parece que sí, respondió con tristeza la excelente matrona.

—Por qué callas, Matilde? ya no me amas?

—Enrique, no me hagais sufrir.

—Pues bien, dice Luis que ha oido la relacion de la señora Laura: ya que me habeis favorecido con vuestro secreto, permitid que yo tambien os revele un asunto de grande importancia: no puedo por mas tiempo permanecer en silencio: vais á fallar sobre mi futura suerte: á darme gratas esperanzas, pues de lo contrario, me condenareis á vivir en perpetuo martirio.

—Sed franco, como leal y digno habeis sido siempre.

Llegó el momento.

El jóven artista declara por fin el amor que profesa á Matilde, y la esperanza que abriga de ser alguna vez correspondido.

—Si me amaras, accederias á mi ruego, no te complacerias en verme sufrir, continuaba Enrique.

—Expresaos de una manera mas política.

—Quiero gozar de tu amor, embriagarme con él; morir á tus piés, llamarte mia.

—Caballero, ese dialecto....

—Tú me lo inspiras.

La señora Laura ha prometido al artista que Matilde será su esposa. Tened confianza, no desespereis, le decia; ella escuchará mis consejos.

—Matilde, accede á mi ruego: en cambio te llenaré de riquezas, de felicidad, de goces; brillarás en los salones, y serás la envidia de las de tu sexo.

—Nunca espereis que falte á los deberes que me impone el honor.

—Pues bien, lo quieres así? serás mi esposa.

La jóven siente latir su corazon con mas violencia que nunca.

Enrique acerca á sus labios la mano alabastrina de aquel ser de pureza: atrevido imprime sobre ella un apasionado beso, y exclama:

—Cuánto te adoro, bien mio!

Luis, habiendo logrado el objeto que se proponia, pide permiso para retirarse.

El hijo de D. Alvaro hace lo mismo.

—Adios, señorita Matilde, dijo el artista tendiéndole la mano: habeis desgarrado mi corazon.

—Yo? preguntó sorprendida la jóven, creyendo que Luis le dirigia aquellas palabras por la conversacion que acababa de tener con Enrique.

—Sí, alimentaba la esperanza de que me amaríais alguna vez.

—No os comprendo.

Escuchadme:

—El respeto que siempre me inspiraron vuestra inocencia y virtudes, hacia que sufriese en silencio; pero hoy mi próxima partida me decidió á declarar á vuestra cariñosa madre que no me es posible olvidaros; ella entonces me ha referido cuánto amais á Enrique.

—Y él corresponde á mis tiernos afectos?

—Sí, con engañaros.

—Me engaña, decís?

—Lo aseguro por mi honor.

—En tal caso, qué deberé hacer, Luis?

—Ya se os dirá, Matilde: ahora, en tanto que la ausencia me separa de vosotras, no me olvideis.

—Siempre habeis determinado partir?

—Es preciso.

Luis se despide y sale de aquella casa en la que dejaba sus benditos recuerdos....

Desde aquel momento algo extraordinario pasaba en Matilde.....

El lector no habrá olvidado al asesino Roque y al discípulo de Luis. El primero, en espera de Armando, se paseaba impaciente enfrente de la casa.

—Estoy seguro, decia: no ha salido: el momento no puede ser mas oportuno.

Sandoval, apostado en su lugar, esperaba á su maestro.

Roque, tratando de asegurar el golpe, y oculto

en el umbral de la puerta inmediata, espera con la mano puesta sobre el puñal, el momento de consumar su crímen.

Gruesos nubarrones cubrian la faz de la tierra.

Un ruido ligero anunció que alguien venia.

La puerta cercana giró sobre sus goznes.

El artista apareció instantes despues.

Un ¡ay! tristísimo resonó en el espacio.

Lo habia lanzado Luis al caer bajo el golpe fatal de un miserable.

El asesino huyó rápidamente.

Sandoval se acerca al lugar de la catástrofe y reconoce á su maestro.

—Está muerto! gritó desesperado....

Al dia siguiente los periódicos anunciaban que el maestro Luis habia sido herido gravemente, y que se le estaba asistiendo en casa de unas señoritas.

Así era; Matilde y su buena madre prodigaban afectuosamente sus cuidados al desventurado Luis.

***

Sandoval lo habia conducido allí.

Fray Camándulas, viendo á otro dia al Capitan, maldice la torpeza de Roque.

En cuanto á Enrique, á quien por último no hemos visto salir de la casa de Matilde, ya nos volveremos á ocupar de él.

El noble Luis, el artista predilecto de Jalisco, sufre los mas agudos dolores; sin embargo, ni una

sola expresion de encono dirige al miserable asesino que tan alevosamente le ha querido privar de la existencia.

Los corazones privilegiados en sus momentos de dolor, es cuando mas se remontan á la sublimidad del pensamiento, y la tranquilidad inalterable de su alma los eleva insensiblemente á la mansion bendita de los divinos recuerdos.

Ahí, en presencia del que les dió vida y los separó del idiotismo, miran el consuelo de sus desgracias.

La triste aflixion de su espíritu termina con el sagrado ideal de una dicha eterna, y sin recuerdos tristes, veneran al Increado y vislumbran un *mas allá* de ventura infinita....

Bálsamo consolador del que sufre, son las divinas doctrinas del Evangelio.

Luis, ageno de la venganza, implora misericordia para su extraño enemigo, esperando con una fé ciega el término de sus dolores.

Terminarian? Sí, el médico asegura que su herida no es mortal, y que bien pronto se verá libre del sufrimiento.

Con opinion tan consoladora, su mirada se anima, las pulsaciones se regularizan y su noble y patriótico corazon vuelve á latir enseñoreado con la idea de la mas bendita esperanza.

CAPITULO XII

INES Y JORGE

AL dia siguiente de las escenas que hemos referido, nos encontramos en el escritorio de D. Alvaro del Bastion.

Allí estaba únicamente Guzman: su tenedor de libros.

Meditabundo, triste y preocupado, se expresa de esta manera:

—Mi resolucion es irrevocable: aclaro la duda y entrego los libros que se me han confiado: no puedo servir á un individuo tan egoista: seis meses hace que le indico lo justo que es asignar sueldo al cobrador, y nada puedo conseguir: trabajar sin retribucion es inícuo.

Con su palabra favorita "lo pensaré," va pasando el tiempo, y mientras, yo hago suplementos á Jorge, pues no puedo ver con indiferencia sus escaseces que de dia en dia aumentan considerablemente.

Al concluir este monólogo, se presentó en el escritorio un jóven simpático.

Es alto, bien formado, de rostro pálido y mirada triste, lleva sobre el brazo izquierdo un saco con algun dinero.

—Buenos dias y mejores negocios, dijo el recien llegado.

—Salud, Jorge, que tal os ha ido?

—Bien.

—Me alegro, respondió Guzman tendiendo la mano al cobrador.

—Ya estoy aquí con el cobro, señor.

—Fué regular?

—Mejor que el del mes pasado; sobre todo, he tenido menos dificultades para hacer efectivo el pago.

—Cuánto se ha cobrado?

—Dos mil pesos; la mayor cantidad en oro.

—Lo habeis hecho bien.

—No como yo hubiera deseado.

D. Cárlos toma el dinero y lo guarda dentro de una caja.

—Aquí tiene vd., continuó el cobrador, pormenores de lo relativo al pago; en este papel se encuentran los nombres de las personas á quienes he cobrado.

—Muy bien.

—Al márgen, se expresan los dias en que pagarán el resto.

—Y esta cruz? preguntó Guzman.

—Es una señal que me sirve para recordar los nombres de los que han de pagar hoy, así como esta raya (y mostró una que habia en otros lugares al lado de nombres diversos), me indica que algunos han abonado en cuenta de mayor cantidad.

—Perfectamente.

Jorge se dirige á su mesa, toma un libro y se pregunta:

—Cuándo terminará este cobro? es su procedencia tan....

—Habeis contado los pagarés que faltan? dijo D. Cárlos.

—Sí, señor, repuso Jorge, son ochenta y cuatro, los mas fuertes, y cobrables á personas poco formales.

—Esperemos que llegue el dia; mientras, conformémonos: no es bueno ser demasiado exigente.

—Es vd. un buen acreedor, señor Guzman.

—Parece justo tener consideraciones al que debe.

—Sin embargo, para mí no las hay, pues mi casero me persigue sin misericordia.

—Pronto pagareis vuestras deudas.

—Dios lo quiera!

El diálogo cesa, y ambos continúan escribiendo.

Un cuarto de hora despues, el tenedor, poniéndose en pié, cierra el libro, ve su reloj, y dice:

—Las diez, D. Alvaro ha de estar impaciente: me espera en casa del Sr. Palombar.

—Va vd. á salir?

—Sí; de paso cobraré alguna cuenta.

Guzman queria hacer trabajar menos al cobrador.

—Señor, dijo este humildemente, comprendo que es de mi obligacion....

—Descuidad, le interrumpió D. Cárlos en tono festivo: es una humorada: dadme vuestra cartera de cobros.

—Aquí la tiene vd.

—En tanto que vuelvo, pasad los asientos diarios al libro mayor, evitando subrayar los títulos con tinta carmin, hasta que no hagamos la revision y la balanza del mes.

—Cumpliré con la órden.

—Pues hasta luego.

—Adios, señor.

D. Cárlos salió del escritorio, diciendo para sí:

—Pobre Jorge! no merece ser desatendido por D. Alvaro.

El cobrador á su vez exclamaba lleno de gratitud:

—Solo este buen hombre podrá hacer que mi situacion cambie: qué diferencia entre él y D. Alvaro! en uno talento y atencion, en otro ignorancia y orgullo. Mas qué digo! Guzman me considera; pero D. Alvaro puede salvar á mi madre.

Sí: la salvará: tengo fé en la Providencia; le hará comprender mi necesidad, y compadecido de mi situacion, me prestará los cincuenta pesos, y así podré atender á su curacion.

Antes de pasar adelante, es preciso dar á conocer á nuestros lectores algunos pequeños detalles del lugar en que nos encontramos, así como ciertas circunstancias, que nos deberán conducir mejor al conocimiento de las personas que vamos mencionando.

Guzman tenia su habitacion en el mismo escritorio: ocupaba unas piezas interiores que comunicaban con él, y tenia por única compañera á su hija Inés, quien formaba todo el encanto de su existencia.

Esta, por uno de aquellos sentimientos inexplicables en el corazon humano, amaba con delirio á Jorge.

Pero este amor era secreto: solo ella lo sabia.

Su alma acariciaba recuerdo tan halagador.

Jorge participaba del mismo sentimiento; pero como Inés, ocultaba su amor, y se complacia tan solo en soñar con aquel ideal de su vida.

A esos dos seres les habia bastado para sentir en su pecho arder un fuego activo, hablarse una sola vez.

Sus almas se comprendieron.

Inés procuraba siempre ver á Jorge.

Este, por su parte hacia lo mismo.

En los momentos en que Jorge se encontraba mas meditabundo y reflexivo, Inés, alzando la cortina de la puerta-vidriera que separa el escritorio de las piezas interiores, decia:

—Ya estaba inquieta por su tardanza.

Jorge, sin notar que era observado, exclamó:

—Dios mio! libra á mi madre de sus padecimientos! que no vea yo unida á la miseria mi desesperacion. Y recordando el encargo de Guzman se dirige al bufete donde están los libros: al llegar á él se sorprende: qué ha visto? una tarjeta con el retrato de Inés; ante esa imájen que adora, olvida cuanto le entristece y besándola respetuosamente, dice enternecido:

—Cuánto te amo, Inés! tú engrandeces mis ideas y las llevas hasta al cielo, tú eres la poesía de mi alma; la vida de mi vida.

—Será un crímen amar? se preguntaba Inés.

—Alma mia, continuó Jorge, el genio del artista te copió bella: la luz te reprodujo; pero solo Dios pudo dar á tu rostro angelical esa mirada que fascina, que enloquece: eres mas pura que el rocío; mas bella que la gloria.

Inés continuaba en observacion, y exclamaba:

—No puede ser criminal sentimiento tan divino.

—Déjame contemplarte, murmuraba el apasionado amante: por tí disfruto instantes de paz: olvido mi presente triste y se reanima mi esperanza; y besando nuevamente el retrato, prosiguió:

—Madre mia! madre mia! guia por la senda del honor la primera impresion de mi alma; pero ¡ah! cuán necio soy: pobre, desventurado, no debo pensar en otra cosa mas que en el trabajo.

Al decir esto, toma un libro y lee lo siguiente:

"1862.—Enero 28.—Caja á diversos.—Cantidades recibidas por Francisco Duran."

—No puedo continuar: así se llama mi padre, prorumpió llorando. Habrá muerto? hace cuatro años que no sabemos de él.

La tristeza volvió á embargar su pensamiento: apenas habia comenzado á pasar los asientos en el libro mayor, cuando el portero se presentó en la puerta del escritorio, con un papel en la mano.

—Aquí está una carta para vd., señor.

—Quién la trajo?

—Una anciana.

—Ya se fué?

—Sí.

—Está bien.

Jorge abre la carta y lee en voz alta:

"Hijo mio, ven, que tu madre se muere."

Al mismo tiempo Inés sale del lugar donde se encontraba observando, y se dirige hácia Jorge.

Con lectura tan inesperada, las facciones de este se contrarian, su cuerpo tiembla, la mirada es inquieta y el corazon late con violencia.

—Qué tiene vd., Jorge? le preguntó Inés que

notó bien la gran turbacion que habia experimentado al leer aquel misterioso papel.

—Nada, señorita, tendria vd. la bondad de entregar esta carta al Sr. Guzman?

—Con mucho gusto.

Jorge se despide respetuosamente de Inés, y sale del escritorio.

Inés queda sola, y dando libertad á su pensamiento, habla de esta manera:

—Por qué te amo tanto, objeto querido de mi alma? por qué las leyes del pudor me obligan á sufrir y á llorar en silencio? por qué se ha de corresponder con indiferencia el excesivo cariño? Amar en secreto equivale á reprimir la sensibilidad, y esto es imposible. Habrá ser mas desgraciado que la débil mujer? Los hombres nos juzgan de una manera terrible: quieren que en nuestra frente refleje constantemente el sol de la pureza; y por lo mismo nos condenan á vivir en perpetuo misterio: olvidar las impresiones de nuestra alma, constituye para nosotras una necesidad forzosa: nuestra conducta debe ser irreprensible para que así podamos llegar á ser dignas del amor de un hombre. Triste destino!

Un individuo aparece en el pasillo que conduce á la puerta exterior del escritorio; era el mendigo á quien ya conocemos.

Inés continuaba:

—Por qué si nos brindan con una creencia san-

ta, verdadera, inspirada por la voluntad divina, hemos de ser indiferentes á ella?

Por qué muchas veces al amor que no llena nuestros deseos le llamamos malvado, atrevido, y aunque sea la emanacion de un corazon sensible, y de un cerebro ardiente, nuestra correspondencia es una sonrisa desdeñosa, acompañada de una mirada despreciativa? Nécias de nosotras, que obramos entonces de esta manera, porque aun no está satisfecha nuestra vanidad ridícula.

—Clemente no me engaña, dijo el mendigo: D. Alvaro ha salido.

Mas tarde nos ocuparemos de Clemente; por ahora fijemos nuestra atencion en la hermosa Inés, que proseguia en aquellas reflexiones, propias de su fecunda inteligencia.

—Si al contrario, nos fingen amor, admitimos con gusto y sonreimos de placer. Ah! cuántas veces hacemos uso de la seduccion y de la gracia para llegar á un fin; para manifestar que somos débiles pero astutas, y que si es pequeña nuestra inteligencia, es grande nuestra malicia.

Las lágrimas asomaron á los ojos de Inés.

—La pérdida del honor es el resultado del capricho, continuó diciendo la hija de Guzman: he ahí el principio de la prostitucion; querer gozar de un amor infame, al fin del cual se encontrará el cruel desengaño y el triste remordimiento! Amad, mujeres; pero sed sinceras al confe-

sar vuestra ternura: no engañeis jamas: recordad que en algunos seres es mas exagerada la sensibilidad: ¿Sabeis en tal caso las fatales consecuencias de vuestra falsía? Sabeis si todos tendrán la misma fuerza de voluntad para limitarse á despreciaros únicamente? ¡Cuántas venganzas no habrán sido satisfechas por vuestra ligereza, y por ese proceder que nunca podrá daros buen resultado! Cuántas familias deplorarán su ruina por vosotras! Cuántos jóvenes, adoptando la carrera del vicio, habrán tenido un fin trágico!

Si obrais de otra manera, os espara la expiacion: el sufrimiento, sí, que será el único medio de purificaros: la desgracia, siguiéndoos, se interpondrá como vínculo á la satisfaccion de la deuda.

Podeis amar: y por qué no? es acaso un delito? sereis culpables al cumplir con la voluntad del Hacedor Supremo? "Amaos unos á otros," nos dice: por qué no respetar tan sublime mandato; no las doctrinas puras del Evangelio, en su divino y persuasivo lenguaje, nos aseguran que donde no hay amor se encuentra la oscuridad? No el amor es la luz? No le debemos el ser, y por él llegamos á la divinidad?

"El amor es una ley de union y de progreso que ligándose á la creacion entera, la lleva hácia el centro comun que está en el cielo; ley de vida, pues el que no ama está en la muerte." Amad, sois

dueñas de vuestro corazon; pero amad, comprendeis? no prostituyais tan divina palabra.

El mendigo salió del escritorio.

—No se podrá librar de mí D. Alvaro, dijo, y se dirigió á la calle donde lo esperaba Clemente.

El regreso de Jorge hizo que Inés suspendiera sus juiciosas reflexiones.

—Señorita, exclamó este afectuosamente al verla.

—Tan pronto habeis vuelto?

—Sí, mi madre se ha salvado: el médico me asegura que bien pronto se aliviará completamente.

—Mucho me alegro, respondió Inés, participando del gozo de Jorge; y decia para sí: ¿Se notará mi turbacion?

Jorge, no pudiendo contener los sentimientos que le dominan y temiendo hacer una declaracion imprudente, procura distraer á su imaginacion.

—Aun no ha vuelto el Sr. Guzman? preguntó.

—Creo que tardará mucho.

—Os veo algo preocupada, señorita.

En efecto, pensaba en los pesares que afligen á vuestra alma.

—Cuánto agradezco esos bellos sentimientos.

—Por qué no vais nuevamente á vuestra casa? al fin papá aun no llega, y ademas, como os distingue en su afecto, podrá excusaros con el Sr. del

Bastion: mañana se podrá desempeñar el quehacer de hoy, y como se trata de un caso excepcional, no veo en esto una libertad reprensible.

—Esos consejos dan á conocer la nobleza de vuestra alma; pero mi obligacion es permanecer en el escritorio hasta que el trabajo concluya, y no quiero faltar á mis deberes; tanto mas, cuanto que mi madre está fuera de peligro y Clemente aun no ha venido.

Despues de un momento de silencio dijo el enamorado jóven:

—Sabeis, señorita Inés, que soy demasiado feliz al contemplaros?

La jóven guardó silencio.

Aquellos seres no podian por mas tiempo dejar de confesarse su cariño: por eso en sus palabras sorprendemos tanta animacion y rasgos tan sublimes de ternura.

Jorge, sintiéndose animado, y conociendo que habia llegado el momento tan ansiado por él, continuaba expresándose así:

—Mi ventura no conoce límites: mi alma poseida de una grata ilusion, se eleva al goce ideal de la felicidad que tanto ambiciona.

Inés seguia turbada, y sin poder articular una sola palabra.

—Si vos, continuaba con acento apasionado Jorge, sintiérais la agitacion que hace gozar, que deleita, que destruye los sentimientos tristes; si

vos, ser de pureza y de bondad, con la sencillez de vuestra alma experimentárais el placer que causa la presencia de un divinal objeto, de un ser íntimamente unido á las afecciones del alma, me amaríais?

La cándida jóven no osaba responder; prueba inequívoca de que no le habia sido indiferente escuchar tan hermosas palabras.

Ya Jorge ha declarado su amor.

Inés no se habria resuelto á separarse de aquel lugar, si no llegara á sus oidos un ruido extraño.

—Alguien viene, dijo, y abriendo una puerta se despidió violentamente.

Momentos despues, D. Alvaro y Guzman entraban al escritorio.

El cobrador guardó algo en el bolsillo de su saco.

Era una flor que Inés habia desprendido de sus cabellos. Misteriosa prenda que simbolizaba el amor puro de dos almas sensibles.

La palidez del rostro de Jorge, habia desaparecido.

La sangre coloreaba sus mejillas.

Los latidos de su corazon eran exagerados.

En aquellos momentos podriamos llamarle verdaderamente feliz. Oigamos á D. Alvaro.

—Es preciso encontrar el error, dijo á Guzman.

—Hoy arreglaré las cuentas del mes, respondió el tenedor y formaré la balanza correspondiente.

—Noventa y tres pagarés al 15 por ciento; tres libranzas descontadas á López, perfectamente, exclamó el usurero del Bastion revisando los papeles de su cartera: no es mala utilidad.

—Dónde está Clemente? preguntó Guzman á Jorge.

—Aun no ha venido, tal vez siga enfermo.

—Puede ser muy bien, repuso el tenedor; y en seguida advirtiendo una señal de inteligencia, se acercó á D. Alvaro.

—Creeis, preguntó este, realizable el cobro de los pagarés, Sr. Guzman?

—No encuentro dificultad, aunque la ley es terminante.

—Pero la ley nada vale: es cierto que á los jueces toca hacerla respetar; pero muchos de ellos se venden fácilmente; el hambre es insoportable.

—Pero qué, la necesidad, no podrá remediarse de otra manera, sino es ocurriendo á medios indecorosos?

—Remediarse, y cómo? cesará mientras no desaparezcan las causas? la insurreccion nos devora: ademas, no hay proteccion á la industria, ni estímulo de ningun género para el trabajo; el patíbulo se mira do quiera; esto constituye el remedio?

Extraño parecerá que D. Alvaro, se expresase en semejantes términos; pero esto no admirará á nuestros lectores, cuando sepan que era uno de tantos medios de que se valia para que se le lla-

mase hombre de recta conciencia y de buena moral; mas en el fondo ya conocemos á ese hipócrita, cuya biografía política es tan triste como ridícula.

Entretanto, Jorge escuchaba con atencion.

—La esperanza está perdida, continuó D. Alvaro, la prostitucion ha establecido su dominio en esa juventud que se jacta de ser mucho y que pretende á toda hora oir pregonar su nombre: ¡pobres necios!

Las últimas palabras fueron acompañadas de una carcajada irónica.

Si D. Alvaro se hubiera acordado en esos momentos del mozalvete Enrique, su hijo, no habria proferido tales palabras.

—Señor, repuso Guzman, asentais reglas muy generales.

—Ah! con que vos sois partidario del desórden? amigo, añadió en tono de broma el usurero, dejemos al mundo rodar, que mientras, nosotros los negociantes, continuaremos viviendo de nuestro *honroso trabajo*, y así podremos con calma presenciar acontecimientos y reir á nuestro gusto.

La conversacion tomó un giro diferente.

Poco despues, D. Alvaro despidiéndose de Guzman y de Jorge, salió del escritorio.

Sigamos sus pasos.

CAPITULO XIII

EL CLUB JALISCIENSE

EL señor del Bastion, saliendo del escritorio, va en busca de varios individuos que le han prometido secundar sus miras políticas; veamos cuáles eran estas.

Nos encontramos en un elegante gabinete, donde desempeña sus negocios mercantiles el digno y honrado Sr. Palombar.

Si nuestra pluma hasta aquí ha presentado únicamente al tipo del mercader perjudicial, que no se detiene ante la idea de ver satisfecha su ambicion, hoy á su vez, con la misma imparcialidad, hará la apología de varios comerciantes recomendables que existen en la plaza de Jalisco.

Cuando consideramos la impresion que en el ánimo de nuestros lectores producirá el presente capítulo, quisiéramos de buena voluntad no vernos obligados á tratar cuestiones desagradables, ni mucho menos describir episodios y escenas re-

pugnantes; pero consecuentes con la mision que nos hemos impuesto, no podemos evitarlo, pues nos parece justo hacer apreciaciones que indudablemente servirán á otros de leccion y ejemplo.

¡Salud á vosotros, hombres honrados! donde quiera que os encontremos, recibireis nuestro humilde tributo de admiracion y respeto.

En nuestra cartera existen vuestros nombres con letras bien inteligibles, y así como arrancaremos la careta al malvado especulador, tambien sabremos publicar las cualidades y nobles acciones que os adornan, para que la sociedad encomie, como nosotros lo hacemos, vuestra conducta, y recuerde que sois dignos de alabanza.

Recibid, hijos del trabajo, el sincero saludo del novel escritor, que sin advertirlo vosotros, hizo un detenido estudio de vuestros actos, y fué testigo de la irreprensible conducta que siempre obserVásteis.

Vosotros libertais del anatema á esa escoria de la sociedad que especula con el trabajo del infeliz.

A vosotros deben tan miserables seres no verse confundidos por el grito de la multitud juiciosa.

Sí, por no herir en lo mas mínimo vuestro nombre, la pluma procura detenerse; y particularizando, ni por un momento se ocupa de poner en duda vuestra notoria honradez.

Oigamos al Sr. Palombar, quien con su genial

franqueza, hablaba de negocios con otro comerciante llamado Martinez.

—Mi buen amigo, le decia: por mas que trato de averiguar, no sé qué fatalidad ha venido á mezclar al comercio en las cuestiones políticas: mientras nos hemos ocupado exclusivamente de nuestros negocios, no diré que habremos progresado; pero puedo asegurar que no habia motivo para que dudásemos del porvenir: mas hoy sérios temores me preocupan.

—Son muy fundados, respondió Martinez: por mi parte tambien preveo terribles acontecimientos: recuerde vd. que en la época de Gómez Cuervo, cuando fuí consultado por varios compañeros que se mezclaron imprudentemente en la cuestion electoral, hice observaciones que nunca fueron atendidas: apesar mio se instaló el "Club Jalisciense:" despues tomó parte activa en las elecciones, y alcanzó desgraciadamente el primer triunfo: esto ha prestado animacion al comercio para seguir mezclándose en asuntos extraños á su profesion, lo que á no dudarlo traerá fatales consecuencias.

—Seria muy oportuno, replicó Palombar, disuadir á los comerciantes que tal conducta siguen, para que no continuasen caminando por senda tan peligrosa.

—No es posible: si se tratara solamente de prestar un servicio á la patria, no seria difícil

conseguirlo; pero cuando existen ambiciones personales, comprenderá vd. que nuestro deseo es irrealizable; mucho mas si atendemos á sus combinaciones y contratos, al interes que tienen por ocultar sus capitales, y porque estos les proporcionen nuevos medios para realizar sus operaciones de agio y de contrabando: vd. mismo, Sr. Palombar, acaba de ser informado por sus dignos corresponsales, de lo que pasa en Mazatlan, Tampico y otros puntos donde se efectúa la introduccion de fuertes contrabandos, en que deben tener parte los principales comerciantes de aquel lugar: ahora los señores que á vd. escriben, saben que esto es de tal importancia para el desarrollo de sus negocios, que no vacilarán un momento hasta llegar á conseguir la realizacion de su objeto, aunque para ello sea preciso acudir á las armas: por lo mismo, no es difícil que muy pronto y con un pretexto político, estalle un nuevo pronunciamiento, que vendrá á ser el último recurso de los grandes contrabandistas.

—Es verdad lo que vd. dice, contestó Palombar: segun eso, qué conviene hacer?

—Permanecer neutrales; y para salvar nuestra responsabilidad, auxiliemos al gobierno si fuere necesario, pues de él únicamente podremos tener seguridad y garantías.

Acababan los interlocutores de resolver en el sentido que juzgaban mas conveniente, cuando se

les presentó D. Alvaro, acompañado de dos individuos muy conocidos en el comercio; uno era Robin, y el otro Urbino.

Despues de saludar respetuosamente, tomaron asiento; y el Sr. del Bastion, haciendo una ridícula reverencia, habló de esta manera:

—Sr. Palombar, Sr. Martinez: mi humilde persona y los señores, venimos representando al "Club Jalisciense," quien por nuestro conducto tiene la *honra* de preguntaros por vuestros *honrosos* trabajos: pues siendo de tanta valía la influencia que ejerceis en todo el Estado, y viéndoos retraidos de algun tiempo á esta parte, lamenta la ausencia de tan nobles colaboradores: por lo mismo, queremos saber vuestra opinion para que inmediatamente demos parte al *honrado* Club de vuestra *honradez* y patriotismo.

D. Alvaro, queriendo dar á conocer su elocuencia, habia usado mucho de la palabra *honra.*

—No sabemos, contestó Palombar, qué clase de trabajos habrá emprendido el "Club Jalisciense;" mal podriamos entonces dar nuestro parecer; pero constándonos que las personas que componen dicho Club, son de recto juicio, suponemos que no hay razon para temer medidas perjudiciales en contra de las clases á que tenemos la satisfaccion de pertenecer.

Al oir aquellas palabras, los comisionados dieron las gracias.

—Digo lo mismo que el Sr. Palombar, repuso Martinez, y tambien comprendo que el comercio nada tendrá que ver en estos asuntos.

—El "Club Jalisciense" se ocupa de.... algo interesante; ya comprendereis: la lucha electoral, replicó D. Alvaro.

Urbino, que hasta entonces habia permanecido en silencio, dijo en tono sentencioso:

—Cuestion grave por cierto: y á decir verdad, afecta mucho al comercio: sí, ella va á decidir de nuestra suerte: el menor descuido podria ocasionarnos pérdidas irreparables.

—Por qué? preguntó Martinez.

Urbino, continuó:

—El comercio es la vida, la potencia creadora, el engrandecimiento de las naciones: no está la riqueza de un comerciante en el oro, sino en el crédito y buena fé que ha sabido conquistar. Esto, señores, constituye un axioma: no podemos negar que cuanto mas se extienda el crédito y la buena fé, mas aumentarán los elementos de riqueza: el crédito y la buena fé son efecto de la honradez.

—Ciertamente, respondieron todos.

—Estas verdades se harán prácticas cuando los comerciantes puedan ejercer libremente su accion. Pero en un país en que el gobierno desconfia de su seguridad y de la de sus conciudadanos, donde se ejerce el robo, el plagio y el asesinato, el co-

merciante vive oprimido; ahora, los préstamos forzosos y las contribuciones aumentando, son tambien causa suficiente para que los capitales se amorticen.

No es verdad que el personal de un gobierno debe infundir confianza?

Robin y D. Alvaro respondieron afirmativamente.

—Prosiguid, dijeron los señores Palombar y Martinez.

—Por las razones expuestas, el "Club Jalisciense," que vela por los intereses del comercio, no admite la candidatura Vallarta.

Palombar y Martinez se sonrieron.

—Vallarta, prosiguió Urbino, es un hombre ante quien tiembla el Estado de Jalisco; sus antecedentes son fatales.

El que así hablaba era uno de aquellos que dias despues, y en union de otros ambiciosos, se distinguió mas en el baile con que el comercio de Jalisco obsequió á Vallarta al tomar posesion del gobierno del Estado; aun recordamos sus apuestas figuras, y resuenan en nuestros oidos los entusiastas brindis de aquella turba que entonces con satisfaccion se decia vallartista; y que á voz en cuello proclamaba á Vallarta "salvador de la democracia jalisciense." Oh! efectos de una política rastrera!

—Lo que decís del Sr. Vallarta, es de todo punto falso, repuso Palombar; pero suponiendo que

fuese así, ¿podreis decirnos en quién se fija entonces el "Club Jalisciense" para que sea gobernador del Estado?

—El Club deposita su confianza en un hombre apreciado de sus conciudadanos.

—Quién es? preguntó Martinez.

D. Alvaro, aparentando modestia, se apresuró á decir:

—Es cierto que mi insuficiencia es mucha; pero el empeño que tengo por la prosperidad de mi patria es mayor: el club, al nombrarme, puede asegurar que obsequiaré fielmente sus deseos.

Palombar y Martinez que sabian perfectamente los innobles fines que se proponia D. Alvaro, dijeron sin embargo:

—Felicitamos al Sr. del Bastion por el grande honor que se le ha dispensado.

—Gracias, contestó D. Alvaro.

—Habeis concluido ya? preguntó Palombar á Urbino.

—Nada tengo que añadir, respondió este.

—Pues por lo que respecta á vuestra comision, replicó el amigo de Martinez, tenemos el sentimiento de manifestaros que no pensamos de la misma manera que vuestro club, respecto á la cuestion electoral: dedicados como estamos al comercio, hacemos votos porque este prospere: por lo mismo, nos dispensareis que no podamos coadyuvar á vuestras intenciones.

Aquellos dignos hijos de Jalisco no habian admitido ridículas propuestas.

Urbino habria querido seguir luciendo su *brillante ingenio*; pero la respetabilidad de los señores Palombar y Martinez, le impidió continuar por mas tiempo en el uso de la palabra.

Los comisionados, despidiéndose, se retiraron llenos de confusion.



Ahora veamos lo que pasa en otro lugar, y acompañemos á D. Alvaro, á Urbino y á Robin.

El "Club del Comercio," reunido en la Lonja, se habia declarado en sesion permanente, hasta que volviesen los ilustres enviados á quienes ya conocemos.

Muchos de aquellos que llenos de pretensiones se creian dignos de ocupar un lugar en la sociedad jalisciense, estaban allí; no escaseando los *pollos*, así como los buitres y afectados de *fotofóbia* de que hemos hablado en nuestro prólogo.

Desde luego se descubria entre la multitud á D. Fructuoso: este hijo de Mercurio comenzó su profesion vendiendo paños encarnados y otras baratijas en la plaza de San Agustin: despues ocupó un lugar distinguido entre los baratilleros, y gracias á sus ahorros fabulosos, llegó á tener celebridad. Hoy D. Fructuoso usa levita, lente, baston y guantes; en una palabra, es un *señor decente*

y posee una magnífica tienda en uno de los portales.

No muy lejos de él se encontraba D. Renato: este vendia fierro viejo en el puente de San Joaquin, y calculando despues que era preciso emprender otra clase de negocios, comenzó á prestar con dos reales en el peso á varios miserables fruteros.

Tambien se veia á D. Segismundo, hombre muy pacífico, muy humilde y sándio, que jamas habia abierto la boca ni aun para decir ¡Jesus! Vivia en compañía de una mujer hermosa; perla del barrio, y como era natural, formaba la delicia de la casa, mandaba, regañaba, etc., etc.; y, en una palabra, su voluntad era una ley suprema. El bueno de D. Segismundo recibió al fin el premio de su mansedumbre, y de la noche á la mañana se encontró con una brillante fortuna, formada de cierto tesoro que un muerto habia enseñado á su consorte.

No faltaba en la reunion D. Perillan, hombre que comenzó con un tendejon en San Juan de Dios, y despues de algunos meses de ausencia, durante los cuales anduvo comerciando por varios cantones del Estado, volvió rico: se le imputaban mil fechorías y *juegos de camino real;* pero al fin fué declarado *inocente*, y para probar su *acrisolada honradez*, estableció un *empeño*, solo por hacer bien al prójimo.

D. Pancracio, el mayordomo, tambien estaba entre sus amigos armando algazara: este hacia viajes á Mazatlan, Tepic y otros puntos: el dia menos pensado introdujo un cargamento de gran valor, y abrió una magnífica tienda de ropa, dando mas barato que los demas, y ocasionando así la ruina de muchos pequeños comerciantes. Ademas, habia en la reunion multitud de individuos que con un constante trabajo habian logrado despues de largos años adquirir una regular fortuna: estos no tenian otro defecto que ser la mayor parte muy poco instruidos y extremadamente anti-sociales.

Estaba allí tambien el jóven de los espejuelos, llamado Richs, el de los labios gruesos, conocido por Dionisio Facistelo, Robin, Roldan y otros personages que asistieron á la brillante tertulia que dió á sus amigos el usurero D. Alvaro.

Entre toda aquella reunion, con tendencias aristocráticas, aparecia la figura ridícula de un licenciado sietemesino, quien á decir verdad era lo mejor de los que allí estaban presentes.

Completaba el cuadro del susodicho club, una multitud de curiosos, entre los que se veian á los amigos de doña Rufina y de su hermano el canónigo.

Todos admiraban la singularidad de la discusion, y esperaban el resultado que habian tenido los enviados por el club.

Por fin la comision regresó.

En el acto, el presidente llamó al órden por medio de la campanilla.

Todos guardaron silencio.

Urbino pidió la palabra.

—El comercio, señores, dijo, es el termómetro que sirve para medir la prosperidad ó decadencia de una nacion culta; gran comercio el de Inglaterra y el de los Estados-Unidos: he ahí dos soberbias metrópolis, y á su vez Lóndres y Washington asombrando al mundo.

Desde el polo ártico al antártico, las naves surcan los mares.

Si Lóndres y Washington ejercen un grande influjo en todos los lugares del viejo y del nuevo mundo, esto lo deben solamente á su gran movimiento mercantil.

Comerciantes de Jalisco! bien por vosotros, que habeis comprendido perfectamente vuestra situacion! ya era tiempo de que tomáseis participio en las cuestiones públicas; á vuestros nobles esfuerzos deberá el Estado su salvacion; sí, no lo dudeis; pronto, muy pronto lucirá la nueva aurora, y el comercio se verá libre de los impuestos.

Al llegar á las playas de la regeneracion, las olas que chocan en tierra firme, producen corrientes impetuosas que hacen zozobrar á las naves: los viajeros se acobardan y temen por su vida é intereses: el capitan del navío anima á los tímidos que quisieran volver atras. Por último, despues

de angustias indecibles la tripulacion llega contenta al puerto, y sin acordarse del peligro que la amenazaba.

He aquí lo que ha sucedido á la comision al pié de la letra: los prudentes Palombar y Martinez temen por sus intereses; pero aquí estamos nosotros que los salvaremos; y cuando libres de las olas lleguemos á tierra firme, les servirá de confusion el temor que hoy experimentan. He dicho.

Una série de aplausos acompañó al orador hasta su asiento.

En seguida Richs, calándose las gafas y moviendo sus muy abultados hombros, pidió la palabra, y concedida que le fué, subió á la tribuna y habló de esta manera:

—Mi buen nombre, tan conocido y tan popular, me pone al abrigo de maliciosas interpretaciones, que contra mí pudiera encontrar la envidia y la maledicencia.

Unido desde mi orígen á las clases populares, he debido mi elevacion á la honradez y al cuidado que siempre tuve por conservar mi buen nombre.

Soy autor celebérrimo de la mejor obra filosófica que en derecho se conoce: he ocupado los puestos mas distinguidos en el foro y en la administración gubernativa.

Mi esclarecido talento siempre confundió á las

medianías que pretendieron disputarme el triunfo en el cuerpo legislativo: mi energía proverbial detuvo los impulsos de los facciosos que hace menos de dos años pusieran en grave conflicto á la sociedad.

Conciudadanos: mi genio privilegiado y mi brazo potente, están á las órdenes del "Club Jalisciense," si este confia en mí, el éxito es seguro.

Este discurso hizo temblar á los cobardes, y causó impresion en los que temian perder algo.

El pueblo dejó escuchar un ¡hurra! prolongado: no sabemos si con él pretendió cubrir de ridículo *al autor celebérrimo*.

A continuacion pidió la palabra Facistelo, el de los gruesos labios, ojos saltones, cuerpo enjuto y voz atiplada.

—Católicos, dijo: con pomposas frases no se salvan las naciones; la influencia moral es aquella que las eleva á su grandeza: de esto tenemos un ejemplo en la Edad Media.

Gregorio I, Inocencio III. Qué Pontífices tan admirables! estos sucesores comprendieron perfectamente para lo que servian esas llaves que el mismo Jesucristo puso en manos de su apóstol.

Santo Tomás escribe su grandiosa "Summa," y marca con su pluma las columnas del saber de los siglos: desde entonces los hombres han girado alrededor de aquel sabroso panal que se encuentra colocado en la boca del Santo Varon.

Señores, no os formeis ilusiones: la sociedad no adelanta: hasta el siglo décimo no se habia dejado sentir la hermosa ley del progreso: este llegó á su apogeo en el siglo trece: desde esa feliz época comenzó á retrogradar y seguirá de la misma manera hasta el fin de los siglos.

Qué esperamos? Nuestros antepasados sabian mas que nosotros: nuestro progreso es una ilusion.

Por lo mismo, debemos procurar contener al mundo en su decadencia: abracémonos del pasado, sí: evoquemos sus benditos recuerdos.

Aquel estúpido bajó de la tribuna.

Silencio en algunos: risas estrepitosas en los demas.

Llegó su turno al presidente.

—Señores, dijo: nos hemos fijado en el C. Alvaro del Bastion, para que sea gobernador en el próximo período. Está á discusion.

La algarabía comenzó: aquella proposicion ridícula era despreciada.

El presidente, por mas campanillazos, no hubiera conseguido restablecer el órden, si no apareciera un nuevo grupo dirigido por cierto licenciado que en esta vez se llamaba Villaveleta (pues tenia la costumbre de variarse el nombre cuando lo creia conveniente): su rostro demacrado revela inmediatamente al hombre que vive en la orgía escandalosa; muy endeble, le cuesta sumo trabajo tenerse en pié, pues los dolores del reumatismo

que padece lo atormentan constantemente: detras de él se encontraba un hombre de facciones toscas y repugnantes: su cuerpo despide un olor nauseabundo: tiene color negro, cabello crespo y las manos siempre teñidas con tinta de imprenta: se le conoce con el nombre de Santos Cachetes á causa de su ninguna dignidad y manejos indecorosos.

Villaveleta pidió la palabra, y con voz débil se expresó de la manera siguiente:

—Ojalá me fuera comunicada la inspiracion sublime por las musas del Parnaso, y que Apolo me prestase las notas de su armoniosa lira para poder manifestar debidamente los sentimientos que me animan en estos momentos.

Amigos del gobierno caido, por qué desconoceis la obra de sus manos y aun pensais en las ventajas que puedan proporcionaros ciertos bienes repartibles?

Querido Alfonso, hijo predilecto de la casta Diana, por muy sensible que me sea tu ausencia, descanso en estos momentos cuando veo que tus amigos te relegan al olvido.

Los hombres que acompañaban á Villaveleta, preparados de antemano, y teniendo de gefe á Santos Cachetes, gritaron: ¡Viva Alfonso! No admitimos otro gobernador.

Volvió el desórden: nadie se entendia entre tan estrepitosos gritos: aumentando mas y mas llegó

á talgr ado, que el presidente dió por terminada la esion.

Los principales agentes de D. Alvaro abandonaron sus asientos, lanzando maldiciones sobre aquellos partidarios imprudentes que sin ningun miramiento se habian presentado á impedir los trabajos.

—Señores, gritó Facistelo, nada se aventaja con el desórden: sabed que estoy de acuerdo con vosotros en cuanto á la eleccion de Alfonso; pero recordad que está fuera de la ley.

—Viva Alfonso! volvieron á gritar sus partidarios; somos soberanos, y por eso lo elegimos.

Richs, viendo que nada podia hacer en favor de D. Alvaro, protesta del acto, y sale de allí con Facistelo entre la rechifla general.

Villaveleta y sus compañeros quedaron dueños del campo.

—A quién quereis de gobernador? les preguntó.

—A nuestro querido Alfonso! gritaron ellos.

—Pues bien, dijo Villaveleta, Alfonso queda elegido gobernador de Jalisco por mayoría de votos: así lo decreta el pueblo: pasa el acuerdo á la acta correspondiente.

En la Lonja no quedaban otros que los electores de Alfonso.

La escena habia concluido: el "Club Jalisciense" quedaba cubierto de ridículo.

Volverá á reunirse alguna vez? No es fácil que

sus miembros puedan desistir de tal empresa: aunque para ello les sea preciso exhibirse llenos de ignominia.

Ojalá y no llegue á ser así: seremos entonces los primeros en tributar la alabanza: los primeros que experimentando mayor goce, tendremos el honor de llamarnos como ahora fieles cronistas al hacer la descripcion de hechos sublimes.

Ya el lector se habrá formado una idea de los elementos con que contaba el "Club Jalisciense." En las pasadas elecciones habia triunfado gracias á los elementos oficiales; no sucedió lo mismo en esta vez: entregado á su propia suerte, se creyó un coloso para combatir por sí solo contra la generalidad.

Bajo el pretexto de la cuestion electoral, el comercio de Jalisco, haciendo algunas excepciones, intentaba una revolucion en contra de los Supremos Poderes ya respetados y establecidos: La negra traicion pretendia levantarse con su pasado tenebroso y con su audacia é imbecilidad sin ejemplo, para dizque pisotear aquellas instituciones que aseguraban los sagrados derechos del pueblo.

Desde aquel dia pudiera haberse resuelto la cuestion en un sentido nada favorable á los intereses de los ambiciosos. Tal era el desórden que reinaba en ese "Club Jalisciense," el cual, habiendo tenido un fatal resultado, no podia por mas

tiempo influir en la marcha de los acontecimientos.

Por una vez mas el nombre de Jalisco era profanado; partidarios desconceptuados por sus vicios políticos, y despreciables por su pasado de traicion y de vergüenza, no habian tenido embarazo en llamar "Club Jalisciense," á su reunion bastarda y escandalosa, por cuyo medio esperaban ver realizadas sus miras de especulacion unos y de fanatismo otros.

No, maldecidos seres, vuestro club en la época á que nos referimos, no debia llamarse jalisciense, llamadle mejor, "Club de la Ambicion," "Club Empleo-manía," y entonces sí sereis sus dignos representantes y no nos atreveremos á eclipsar vuestra gloria.

Mientras no lo hagais así, empuñaremos con conciencia la pluma para haceros conocer del mundo y vindicar debidamente al poderoso Estado que ofendeis con vuestra conducta renegada, con vuestros vergonzantes libelos, con la sátira cobarde y ponzoñosa con que estais envenenando vuestra atmósfera y poniendo en ridículo vuestro propio ser.

¡Maldicion sobre los malos hijos de Jalisco, que por conseguir un miserable empleo le desconceptúan, y hacen que los escritores le presenten como un tipo de desórden eterno!

CAPITULO XIV

MISERIA

MIENTRAS que en la Lonja ocurrian los acontecimientos que hemos narrado, y que el llamado "Club Jalisciense" elegia su candidato para gobernador del Estado, escenas conmovedoras tenian lugar en una humilde casa situada en la calle de Santa Mónica.

Esta habitacion era la de Jorge, lugar de sus afecciones íntimas, asilo tambien de su amorosa madre, á quien consagraba los mas tiernos afectos.

Sitio del dolor, donde el infortunio habia establecido su funesto dominio.

Una señora de semblante apacible, pero en el que se veian marcadas las huellas del hondo sufrimiento, estaba recostada en un triste lecho, y con voz balbuciente y dirigiendo al cielo sus tiernas miradas, decia:

—Dios mio! ¿hasta cuándo nos abandonará tan horrible situacion y la desgracia se cansará de

perseguirnos? Ah! estos ataques me llevarán muy pronto al sepulcro; y vivir en el aislamiento, sin escuchar una voz amiga....Cuán amarga es nuestra situacion! todos nos han abandonado, todos huyen de esta mansion donde reina el penar continuo. Los parientes olvidan que gimo en la mas espantosa miseria; egoistas! ¿dónde podrian encontrar mejor eco mis quejas lastimosas? pero no; ellos gozan y rien, mientras yo vivo condenada á perpetuo olvido: mi presencia les causa fastidio, mis harapos los humillan, los avergüenzan. Dios mio! Dios mio! no me abandones.

El llanto completó tan tristísimo monólogo.

Momentos despues, el cuerpo de aquel desgraciado ser, obedeciendo las leyes de la organizacion, quedaba rendido.

El sueño, dulce lenitivo del que padece, vino á cerrar los párpados de la madre mártir.

—Jorge! pronunció entre dientes, y un prolongado suspiro se escapó de su pecho.

Al mismo tiempo una mujer anciana, procurando no ser vista, apareció en el umbral de una puerta que seguia al pequeño corredor de la casa, y á poco se encontraba en la misma pieza en que hemos visto á la enferma.

—Duerme, dijo: pobre señorita! qué aniquilada está! Quién al verla creeria que es la esposa del Sr. D. Francisco, la misma á quien yo conocí tan elegante y tan hermosa? Su estado es lamen-

table: duerme; repitió aquella mujer; tal vez el sueño calmará un tanto su aflixion: cuando despierte volveré, sí; entonces tendré el gusto de saludarla.

Quien así hablaba, era Nicolasa, antigua criada de Duran, y la que por gratitud acompañaba en su enfermedad y trabajos á la buena madre de Jorge.

Apenas habia salido de la estancia Nicolasa, la señora de Duran despertaba.

—Amigos de mi casa, dónde estais? exclamó. Por qué nos habeis abandonado cuando concluyó la felicidad? Qué, los bienes de fortuna eran los que os obligaban á colmarnos de atenciones y miramientos?

Cuántas veces sentados á mi mesa alabásteis el exquisito gusto de mis manjares y cuántos anhelábais nuestra compañía: yo sacié vuestra hambre, vuestra sed; cubrí vuestra desnudez y participé de la negra aflixion en que estuvísteis sumergidos; pero en cambio hoy el frio me consume, nadie me consuela: el hambre me atormenta, la enfermedad me aniquila: mi pobre hijo nada puede hacer tampoco; desventurado! sufre tanto como yo.

La señora Adelaida—pues tal era su nombre,—intenta levantarse; pero no puede hacerlo: la debilidad la agobia.

—Dios mio! Dios mio! dijo llena de angustia: es

mejor morir que continuar en esta vida tan atroz: y mi hijo? añadió en seguida, bajaria yo tranquila al sepulcro sabiendo que quedaba entregado á la orfandad y á su triste suerte? qué seria de él entonces, puesto que la fortuna no le es propicia? Hace dos años que sirve al Sr. D. Alvaro y aun no ha obtenido sino una muy pequeña gratificacion.

Por falta de recursos se ha visto en la precision de suspender la carrera que habia emprendido. Desgraciado! la necesidad lo ha elegido para el sufrimiento....

El pobre nace para ser mártir perpetuo de la humanidad; no debe extrañarse entonces que sea delincuente, si el instinto de conservacion tal vez lo impele á ello.

Comprendeis el imperioso deber de cuidar la vida? Sí? Entonces juzgad con menos rigor lo que llamais ligeramente torpes hechos: no olvideis que la necesidad, siempre exigente, no puede poner límite á las acciones, y que en semejantes circunstancias, es casi imposible salvar el honor.

Recordadlo, avaros malditos, no digais por mas tiempo al infeliz que llega á vuestras puertas: "Si no quieres morir de hambre, humíllate, recoje las migajas de mi opípara mesa."

Ricos egoistas, indiferentes, ébrios de ambicion, hipócritas que por medio del oro corrompeis el inocente corazon de la púdica vírgen y os burlais de los mas gratos sentimientos, nada poseeis sin la

virtud de las virtudes, sin la bendita caridad; nada sois ni podreis ser jamas si no os dejais llevar en alas de la conmiseracion para socorrer al desvalido; temblad, sí, al recordar que tal vez el último dia no está muy lejano, y ¡ay! de vosotros entonces los que no tengais accion para pedir que se os retribuya ciento por uno!

Nicolasa, despues de ir nuevamente al lugar en el que la hemos sorprendido observando, penetra en la pieza de la señora Adelaida, pues que esta, como ya dijimos, se encontraba despierta.

—Muy bien, señorita, dijo llena de gozo la fiel criada, el color indica mejoría.

—Estabas ahí, Nicolasa? siempre cuidándome, cuán buena eres!

—Es mi obligacion; cómo habia de ser tan ingrata que olvidara los beneficios que he recibido en esta casa? No; jamas abandonaré á vd. Y en seguida comenzó á sacudir dos sillas pintadas de color verde y una pequeña mesita de cedro, que era todo lo que se notaba en aquella morada donde reinaba el llanto y la desesperacion.

—Madre de Dios! exclamó la señora Adelaida llorando, alivia mis males ó concluiré mis dias en un hospital.

—En un hospital? repuso afligida Nicolasa.

—Qué otra cosa podré esperar? contestó enjugando su llanto la madre de Jorge. Ay de mí! nada, nada me supondria esa humillacion si á mi

dolor no se uniera el injusto juicio de una sociedad ridícula y exigente, que al verme morir en el asilo de la caridad, despreciaria á mi hijo! Sí, Nicolasa, continuó la buena madre, la sociedad juzga de las exterioridades sin investigar los justos motivos de ciertas determinaciones que nos es preciso muchas veces aceptar.

—Crímen atroz, exclamó Nicolasa.

—Hace aun mas, replicó la señora Adelaida; nos ultraja cuando estamos en la desgracia, nos condena sin piedad, se burla de las lágrimas del pobre; pero no sucede lo mismo con el rico; ese es recibido en todas partes, adulado y temido. Por qué? por el oro; sí, por el oro que cubre la infamia y que se prodiga las mas veces como recompensa del crímen.

—No desconfieis, señorita. La Providencia vela por sus hijos, tened fé; vuestros males terminarán; tal vez bien pronto la sociedad que hoy os olvida, tributará un justo homenaje á vuestras virtudes.

—La sociedad, dices? no, Nicolasa; ella solo respeta la posicion del individuo; pero sin investigar cómo ó por qué medios la adquirió; ella condena si no alabamos sus vicios, y ensalza si defendemos sus depravadas costumbres.

Sociedad, amiga de la apariencia, continuó diciendo la madre de Jorge, yo te detesto, yo te maldigo. Tú sabes, Nicolasa, qué nombre tiene el

pobre entre aquellos que blasonan de señores? no? pues óyeme. En esas reuniones donde el humano sér arroja la máscara para engañarse á sabiendas, en esas orgías báquicas donde por elegancia y para disimular el desórden, se les bautiza con el pomposo nombre de banquetes, allí donde entre palabras voluptuosas y aromas, entre el lujo deslumbrador y la ostentacion ruinosa, hay promesas y juramentos no cumplidos, palabras vanas, desafíos ridículos, amores escandalosos, ósculos lascivos, política y maneras improvisadas, conversaciones libres, allí al pobre se le llama.... degradado sér; esclavo, afrenta de la sociedad.... en fin.... pueblo vil.... canalla.

—Tanto se le desprecia? repuso indignada Nicolasa.

—Aun falta que decirte: el crímen mayor de esas reuniones donde la libertad llevada hasta el exceso bien merece el nombre de libertinage reprensible, es burlarse del llanto dolorido, de la triste queja de los desgraciados seres destinados á sufrir los horrores de la miseria.

El pobre tiene diversos dictados: vicioso, incivil, criminal; y por qué? solo porque los bienes de fortuna no fueron creados para él? ¡Cuántos ricos deberán su bienestar á la infamia! cuántos disfrutando de las riquezas, habrán escuchado en sus horas de silencio la maldicion del huérfano y de la viuda infeliz, que viven entregados á la des-

esperacion por causa de seres tan execrables! De los ricos, raro es aquel que respetando la voz de Dios remedia la necesidad de su hermano, que no arroje de sus puertas al desvalido, que enjugue el llanto de aquel que combate noche y dia contra las penalidades de una vida aciaga: ricos, no habeis comprendido vuestra mision: sois los depositarios del pobre: debeis por lo mismo tenderles la mano, aliviarles su situacion angustiosa, y consolarlos en las negras horas de su mayor aflixion: sois la poderosa palanca que puede, si quereis, sacar de la abyeccion á *ese pueblo* como le llamais. ¿Por qué no instruirlo? Por qué no acercarlo á la cumbre del saber? No seais indolentes: emplead un algo de vuestros tesoros en difundir la ciencia: haced que el arte despierte del funesto letargo en que yace sumergido: plantead asilos para el desvalido, talleres para el artista, liceos para el científico: salid de esa vida monótona en que estais al parecer tranquilos; pero que en realidad debe exasperaros: trabajad por el porvenir de vuestro semejante, para que cuando desaparezcais de la tierra, vuestra tumba sea regada con el llanto de la gratitud; pero si así no lo haceis, os seguirá la maldicion por todas partes, y vuestra vida siempre será triste; porque no creais que disfruta de paz aquel que sumergido en la detestable ambicion, está orgulloso porque la suerte, la intriga, el robo, la calumnia ó la infamia lo

hayan hecho poseedor de una fortuna colosal, ó de un título respetable: no, la tranquilidad es hija de las buenas acciones: si careceis de ellas, cómo podreis vivir tranquilos?

Aristocracia improvisada, ya ves que te conozco; no puedes ocultarte.........

La señora Adelaida, repentinamente guardó silencio; un temblor horrible se apoderó de todo su cuerpo, la palidez mortal cubrió su semblante y los sacudimientos se hicieron cada vez mas violentos.

—Se muere! gritó Nicolasa, y saliendo precipitadamente de la pieza fué en busca de un médico.

Cinco minutos despues, la madre de Jorge se veia libre de aquel acceso peligroso, y decia con voz entrecortada:

—La debilidad me mata: la sed me devora tambien ¿adónde estará Jorge para decirle que..... Pero no, no, repuso violentamente aquella mártir sublime, nunca sabrá mi hijo la verdadera causa de mi enfermedad.... al fin pronto moriré de.... hambre.... sí.... tengo hambre.

Nunca lo sabrá, repetia la amante madre, no sea que nuestra situacion y el grande amor que me profesa lo obliguen á.... y como horrorizada de lo que iba á decir, Dios mio, exclamó, guia á mi hijo por la senda de la virtud y del honor.

De qué sirven las riquezas, continuó la señora Adelaida, si se han adquirido por medio del abuso,

si son el producto de la traicion ó el galardon de la infamia?

Mil veces antes que los remordimientos, la necesidad; primero la muerte, que la desgradacion.

Dominada por sus impresiones dolorosas aquel tipo de santa resignacion, volvió á guardar silencio.

El sueño vino despues á sorprenderla.

Jorge en ese momento salia de la casa de D. Alvaro.

—Me prestarán los cincuenta pesos? se preguntaba; así mi madre no sufrirá tanto; y si me dicen que no es posible acceder á mi peticion, dejaré morir de hambre á la que me dió el ser? veré con serenidad que la muerte la sorprenda entre esas convulsiones que tanto la martirizan? jamas! jamas!

Haciendo estas reflexiones, habia llegado á su casa.

—Miguel, gritó al entrar en ella; y añadió en seguida; me olvidaba de nuestra desgracia: Miguel se ha separado: tuvo razon: criado fiel que tanto amó á mi padre; pero la miseria en que vivimos lo desterró de nuestro lado, tenia tambien madre á quien auxiliar: le era preciso buscar el sustento.

Hoy solo nos acompaña Nicolasa: tal vez no tardará en abandonarnos: tendrá mucha razon, no hay salario para ella, sus vigilias son muy continuadas; su trabajo merece justa retribucion: ella sufre con nosotros, pobre compañera! y no tener nada con qué no auxiliarla! Oh! si no nos hubieran

embargado por la fianza que firmó mi padre, nuestras penas serian menos terribles.

Qué haré, Dios mio? de un momento á otro el casero nos arrojará sin piedad: siete mensualidades y una quincena mas; cómo podré pagar?

Jorge sufria mucho.

Su alma inquieta y desesperada, comenzó á ser presa de la tentacion.

—Seré tan ingrato, se preguntaba, que vea yo morir á mi madre enmedio del tormento? Me convertiré en frio espectador de su amargura? Soy un criminal. Madre mia! madre mia! dijo enternecido, aun vive tu hijo: todo lo dará por conservar tu existencia, todo, hasta su honor.

Qué idea! qué idea! siguió diciendo; el oro, sí, el oro todo lo salva; veamos lo que sucede; no esperemos mas.

Sintiendo una agitacion febril, y concibiendo esperanzas, se dirige á una casa de juego.

No bien habia dado los primeros pasos, cuando estremeciéndose de miedo, prorumpia:

—Miserable de mí! cómo olvido tan fácilmente los sentimientos de honor que la solicitud paternal grabara en mi corazon en otros dias de ventura; el hombre nada vale, débil caña que quiebra en un momento el terrible huracan de las pasiones, sér pensador que muchas veces aun con la poderosísima arma de la filosofía no puede combatir á la mas mínima de las impresiones; de qué

le sirve el pensamiento, si al fin se verá arrastrado por la fatalidad: hombre débil, nada puedes por tí, procura elevar con fé tu espíritu, porque de lo contrario te verás sumergido en un abismo insondable de donde no saldrás jamas.....

Cuán necio soy, continuaba, quiero que mi nombre aumente el número de los hombres ingratos, de los perjuros, de los criminales?

Jorge.... se decia.... despierta de tu letargo.... infeliz! con que tú eres de los hombres despreocupados, sin dignidad ni delicadeza, que debiendo vivir lejos de la sociedad avergonzados de su conducta, se exhiben descaradamente ante un público que los odia y maldice?

Quieres deshonrar tu nombre? cubrir de baldon los aciagos dias de tu anciana madre?

Eres de aquellos que viven en la opulencia y reniegan de los remordimientos?

Jorge, obedeciendo una inspiracion divina ha podido resistir á la tentacion.

Feliz aquel que siga ese ejemplo, digno de imitarse!....

La madre de Jorge habia despertado ya.

Este, en los momentos en que la señora Adelaida invocaba al Padre de las misericordias, entra á saludarla, coloca en la mesita cercana, un poco de oro que llevaba; despues se arrodilla junto al lecho, y tomando entre sus manos las frias y des-

carnadas de la enferma, la dice con una voz dulcísima:

—Madre mia, te sientes mejor?

—Algo, hijo, has concluido de tu trabajo?

—No, salí á cobrar y pasé á verte; estoy tan inquieto por tu salud que quisiera siempre encontrarme á tu lado.

—Dios te bendiga y premie tus deseos.

—Tu semblante está mas triste que otras veces; parece que has llorado; dime qué tienes? repuso suplicante Jorge.

La buena madre haciendo un esfuerzo supremo, y tratando de consolar á su hijo, le responde:

—Te aseguro, hijo mio, que mis males van disminuyendo. Acerca tu mano á mi corazon; verdad qué sus latidos no están exagerados?

—Efectivamente; pero tu semblante se demuda cada vez mas, y esto me alarma.

—Escúchame, dijo aquella virtuosa mujer, y no te preocupe mi estado.

Recibe los consejos que me propongo darte; ellos son hijos del amor sublime que te consagra esta madre que enmedio de su angustia, encontró siempre en tí el bálsamo consolador de sus dolores.

Procura resignarte con la voluntad del Altísimo.

Que siempre te conmueva el llanto del que sufre: ama al desgraciado.

Honra el nombre de aquellos que te dieron el ser.

Respeta á la sociedad, para que así te hagas acreedor á sus consideraciones.

Recuerda que es una bella cualidad el silencio; por lo mismo habla poco.

Evita el escándalo.

Procura siempre que la prudencia sea tu norma.

Respeta al anciano, ayuda al débil, y defiende al inocente.

Pospon al orgullo de otro, tu dignidad propia.

No engañes jamas; procura en medio de la desgracia elevar tu frente.

Que tus amigos te respeten, que siempre seas digno de la confianza pública.

El tesoro ageno sea para tí sagrado, guárdalo cuidadosamente.

Jorge, al escuchar las últimas palabras, sufria de una manera terrible.

Recordaba que habia estado próximo á degradar su nombre.

—Pronto moriré, continuó la señora Adelaida; por eso he creido de mi deber recordarte las obligaciones que tienes contraidas para con Dios, para con la sociedad y para contigo mismo.

Aprovéchate de mis ultimos consejos, grábalos en tu corazon y nunca los olvides,

Sé buen ciudadano, buen patriota, buen amigo; que nadie te maldiga.

Que tu nombre jamás ocupe las pájinas del crímen.

Hijo mio, á mi muerte no recibirás ningun patrimonio, pero en cambio, mi bendicion te seguirá á todas partes.........

La extrema debilidad de aquella virtuosa mujer no le permitia seguir exhortando á su hijo.

—Dobla la rodilla, mi querido Jorge.

Este obedeció, y la señora Adelaida dió su bendicion al único amparo de su existencia.

He aquí una escena triste, página que el misterio se ha encargado de escribir en él como en el libro de los recuerdos........

El ataque se presentó nuevamente.

—No sé que pasa en mí, dijo la madre de Jorge, tiemblo.... me muero.... Dios mio!

Jorge se levanta entonces precipitadamente, toma el dinero que se encuentra encima de la mesa, y sale gritando:

—Primero mi madre que cuanto existe en el mundo; honor, porvenir, quietud, todo, todo por su salvacion; he resistido á la miseria; pero morir en la desgracia aquella que es mi vida? nunca; tengo oro, soy rico: mi madre sucumbirá cuando no exista su hijo. Al juego, sí, él me dará recursos.

Jorge se dirige en busca de la fortuna.

Pobre de él! sér infortunado, hijo de la fatalidad.

Al pensar que su madre muere, no puede resistir por mas tiempo á la voz imperiosa del deber, con quien ha luchado por largo tiempo.

Su alma se agita con el recuerdo de una separacion eterna, y se resuelve por último á sacrificarlo todo en aras del amor bendito que profesa á quien le dió la vida.



Tenia razon, ¿cómo podemos ser indiferentes ante el sufrimiento de un ser que adoramos, que es nuestra mas íntima creencia, que forma en nuestro corazon los principios sagrados de una religion que nos consuela y nos hace esperar un porvenir de eterna paz y de infinita ventura?

No, los sentimientos mas sublimes del hombre son creacion de la madre que le acaricia y le forma con sus consejos siempre buenos, jamas infames.

A ella, y solo á ella debemos no solo la existencia, sino tambien todo lo bueno que podamos pensar y hacer; muy justo es entonces que un hijo amante, por salvar de los dolores y de la miseria al ángel tutelar de su vida, se resuelva hasta el sacrificio.

Jorge, cumplia con la ley, no le condenemos; al contrario, su accion debe ser comprendida co-

mo un arranque natural, justo; valerle el respeto, la admiracion de las almas sensibles que comprenden su situacion y han sido tambien dignos hijos.

Sí, las afecciones mas tiernas, la divina expresion del amor filial, se deja oir en defensa de la noble resolucion de aquel hijo, que no retrocede ante el sacrificio que le impone una situacion triste, desgarradora.

?Jorge, inmolará su nombre en cumplimiento de deber tan sagrado, como es la salvacion del ser mas querido de su existencia!

No lo sabemos.

Pero sí conservamos una creencia suprema, y es que siempre triunfarán los divinos sentimientos de la virtud.

CAPITULO XV

EMPLEOMANIA

OLVIDEMOS por un momento la desagradable impresion que pueda habernos causado el capítulo anterior.

Retrocedamos algunos pasos para poder ser testigos de otras escenas, y estudiar en el mismo tiempo diversos tipos que aun nos son desconocidos.

Sí, observémoslos mas de cerca: así podremos llegar—aunque con paso lento—al fin que nos hemos propuesto.

Suplicamos á nuestros lectores se dignen continuar escuchándonos.

Ya Jorge se encuentra halagado por una idea: el juego: piensa que allí encontrará la manera de salvar de la miseria á su respetable madre.

Dejémoslo abrigando esa buena intencion, ¡quiera la fortuna serle propicia!........

Traslademónos á la plaza de armas.

En uno de sus asientos se encontraban cuatro individuos, de los cuales vamos á escuchar su animada conversacion.

Uno de ellos llevaba levita de paño, abrochada hasta el cuello, pantalon oscuro y sombrero negro de anchas alas: su mano izquierda movia continuamente un baston de goma.

Llamábase tan simpático caballero, D. Celedonio Esperanza.

En efecto, no podia tener nombre mas adecuado al carácter y género de vida que observaba; habia sido Caballero Gran Cruz de la Orden de Guadalupe, y desempeñado cargos interesantes *in illo tempore*, es decir, mientras tuvo lugar el dominio de S. A. S. el general D. Antonio López de Santa-Anna.

Diez y seis años habian trascurrido desde aquella época de estupidez fanática, y sin embargo, D. Celedonio creia firmemente que volverian para él aquellos tiempos de militarismo: todas las noches soñaba que su Benemérito volvia de Turbaco, y que con energía y audacia, segun su costumbre, se apoderaba del gobierno, dictaba leyes, etc.

A estos seres que aun pretenden gozar con el triunfo de sus rancias teorías, podriamos decirles con el Dante:

"*Lasciate ogni speranza*"....

A otro de nuestros individuos se le conocia por

D. Próspero Sin-fortuna; era un hombre escuálido; su color notablemente amarillento manifestaba el síntoma de una afeccion crónica que padecia.

El tercero tenia cuidadosamente abotonada su chaqueta azul de grueso paño; era de pequeña estatura, y se le conocia con el sobrenombre de *Podenco.*

El último era un antiguo capitan que habia figurado mucho en los motines revolucionarios: se llamaba Juan Banderas, pues eran muchas las que —segun contaba—habia defendido.

Estos *patrioteros* deplorando su situacion y haciendo reminiscencias y comparaciones, se entregaban diariamente á sus sabrosas pláticas.

Oigamos á Celedonio Esperanza, quien así hablaba á su amigo Sin-fortuna:

—Oiga vd., D. Próspero, qué tiempos tan inciviles, tan impíos y tan ingratos hemos alcanzado! ¡Cuánta fatalidad! Habia vd. visto alguna vez que hombres sin antecedentes ocupasen puestos distinguidos? qué época tan terrible!

No sucedia lo mismo en tiempo de nuestro general Santa-Anna; aquello era muy distinto, verdad? Entonces solo el verdadero mérito era atendido. Su Alteza sabia remunerar á sus servidores.

Nunca olvidaré aquel dia en que los hombres honrados nos ceñimos el espadin de Caballeros en el Santuario de Guadalupe: con cuánto orgullo

colocamos en nuestros nobles pechos la venerable insignia!

D. Próspero, no me explico por qué seamos tratados con el mayor desden y aun con cierta insolencia aquellos que hemos prestado tan buenos servicios á la patria; pero en fin, no hay que desesperar, pues el desórden pronto terminará, y entonces nosotros seremos los elegidos.

—El desórden, contestó Sin-fortuna, se destruye fácilmente; un gobierno que tiene por norma la negra ingratitud, jamas podrá establecerse.

Ya ve vd.; ninguno acusaba á Gómez Cuervo, y sin embargo, fué destituido de su empleo. A qué no se nos señala el mal que segun dicen causó? Al contrario: si este honrado ciudadano no hizo todo el bien posible, fué porque estaba ligado á consideraciones de órden superior: mas no obstante, solo los malvados podrán quejarse de su buena administracion.

—Cuando recuerdo, repuso D. Celedonio, aquellos felices momentos en que me encontraba al lado de Su Alteza, ¡oh! el corazon me salta de contento. ¡Cuánto amé á ese hombre! D. Próspero, pero ya se ve, tenia tanta confianza en mí, que yo era el único que arreglaba sus papeles, y aun en cierta ocasion me dispensó el grande honor de que aseara su calzado.

D. Celedonio dejó escapar un profundo suspiro.

—Consuélese vd:, le dijo su amigo, nuestro

general triunfará: y entonces, cuando ocupe nuevamente la silla presidencial, seremos acreedores á una pension honorífica. Sí, volverá el gran diplomático, el financiero, el hábil político, y todos le tributarán respeto y admiracion.

—Así sea, respondió D. Celedonio; pero mientras llega este momento feliz, hagamos cuantos esfuerzos nos sean posibles para que así logremos ver realizadas nuestras benditas aspiraciones.

—Muy bien, muy bien, exclamó Podenco, que hasta entonces habia guardado silencio: yo por mi parte ayudaré dando una vuelta todos los dias por los cuarteles, pues que con esto nada pierdo; así no olvidaré mi antigua carrera.

Ademas, iré á los figones, á los cafés, visitaré los clubs, las casas de juego, y de este modo estaré bien informado de lo que pasa.

Sin embargo, continuó Podenco, que tengo una profunda conviccion.

—Cuál es? preguntaron sus compañeros.

—Que nuestro triunfo no está muy lejano: D. Longinos cuenta con todos los valientes: el pueblo le ha ofrecido su proteccion.

—Y cómo se explica esto? preguntó D. Próspero.

—Muy fácilmente: puesto que Torrente les ha hecho creer que trabaja por el general Diaz: ahora, respecto de los vallartistas, es muy fácil prever el resultado, puesto que ellos no cuentan con el

auxilio del clero, ni con los supremos esfuerzos de los conservadores: es cierto que el gobierno y Corona les ofrecen proteccion; pero yo creo que el gobierno puede muy fácilmente engañar á todos y á Corona tambien.

Ademas, si triunfan queda un gran recurso: la revolucion.

—Bien dicho, gritó Banderas: esas últimas palabras valen un tesoro: entonces tendré tiempo para vengarme del desprecio con que me han tratado. Oh! si hubieran aprovechado mis vastos conocimientos, ya se habrian organizado cuerpos enteros; esos sí que serian verdaderos soldados; y no que hoy tenemos únicamente cobardes que al primer empuje del enemigo huyen despavoridos; ya parece que me veo mandando; que la victoria nos corona con sus laureles, que en un momento llego á general y........Ya vereis, amigos: esperad, que vosotros sereis los distinguidos.

—Gracias, dijo D. Celedonio; la cosa marcha bien; no hay que desmayar, el general Santa-Anna vendrá aunque mal les pese á los miserables que han esparcido la noticia de que Su Excelencia ha muerto.

—No es cierto, replicó violentamente D. Celedonio, voy á enseñaros la última carta que me escribe.

—Nos basta vuestra palabra, repuso Banderas:

sí; no hay duda que la envidia ha de procurar que noticias funestas nos llenen de consternacion.

—Ea: no hagamos caso de chismes, gritó Esperanza: y á trabajar por un benemérito de la patria.

—Es que habiamos quedado en hacerlo por Lerdo, añadió D. Próspero.

—Bien pensado: y para gobernador, ¿á quién elegimos?

—Ya veremos quien es el mas á propósito: por ahora sigamos observando, y esperemos.

Banderas, Sin-fortuna y Podenco se despidieron de D. Celedonio, quien permaneció en su mismo asiento entregado á profundas reflexiones; habria seguido por mucho tiempo en tal estado, si no pasase por allí D. Alvaro del Bastion.

—Vos por aquí, amigo? le preguntó D. Alvaro.

—Salud, señor, respondió humildemente el desgraciado hijo de Marte: estoy á su disposicion.

- Bien, amigo: las relaciones de vd. mucho deben valernos, pues que todos los hombres del antiguo régimen son conocidos especialmente por el clero y el pueblo; así es que no seria malo que tomase vd. parte en la cuestion que tanto preocupa á los hijos del órden y del adelanto.

—Cuál es mi obligacion, señor?

—Cuál? invitar muy formalmente á los nobles políticos. Ignorais que estoy elegido para gobernador?

—Oh! qué bueno! vd., el padre de los pobres,

el amigo de nuestro infortunado Maximiliano, el confidente de D. Leonardo Márquez, el considerado de Miramon y Zuloaga: felicito á vd. mil veces; hoy sí creo que ha llegado el momento de nuestra redencion. Mande vd. lo que guste: en qué puedo ser util?

—En qué? comience, mi amigo, proclamándome por todas partes el único salvador del Estado: póngase de acuerdo con los valientes como él; en seguida visite á los conónigos, á las monjas, á todo el mundo é indíqueme su opinion y la de los demas.

—Descuidad, se hará como mandais.

—En cambio, continuó el usurero, cuando yo sea gobernador, todos los antiguos empleados tendrán oro, porque les concederé pensiones. y cuanto quieran. Ahora tratándose de vd., Sr. Esperanza, desde este momento le ofrezco mi secretaría particular.

Dicho esto se despidió D. Alvaro.

—Hombre esclarecido! dijo Esperanza cuando hubo quedado solo: ¿qué casualidad me hizo conocerte? qué prosopopeya la tuya! no hay duda eres todo un caballero! cuánta facilidad! qué fraseología! qué cálculo! Oh! con razon dicen que la experiencia es madre de la ciencia.

Entretanto que se tributan alabanzas al Sr. del Bastion, oigamos á Podenco que se encuentra en la casa de Bastillas, partidario del porfirismo.

—Comandante, decia el recien llegado: cuánta satisfaccion experimento al verlo ocupando el lugar que tan dignamente le corresponde entre los valientes, y siento al mismo tiempo que hayan quitado á vd. su empleo; pues de otra manera ya esa cintura ceñiria la banda de general.

—Es verdad, contestó Bastillas; dejé pasar los buenos tiempos; y ademas, los que hemos pertenecido al ejército permanente nunca consentiremos que se nos confunda con esos mandrias que no saben ni cuál es su derecha: pero como son tan ignorantes, en pleno dia insultan á un capitan, comandante y caballero armado.

—Pues qué, replicó Podenco, algun atrevido....

—Sí, añadió Bastillas: hace dos dias que un capitancillo de esos que no han conocido al enemigo y que se creen instruidos porque han hojeado las obras de táctica en algun colegio militar, se atrevió á retarme: si es cierto que no acepté, fué porque.... la política, es la política: y ademas porque mis amigos me dijeron: ¿Qué se diria de todo un señor Bastilla? No: ni pensarlo, no hay que admitir desafios ni farsas.

—Y quién fué ese bribon? preguntó Podenco.

—El Capitan Armando: lo habeis oido mentar?

—Sí, todos hablan de él, unos bien y otros mal.

—Los últimos tienen razon: ese miserable fué policía en tiempo del imperio: despues de esa época se nombró ingeniero y ha venido á trabajar

por la reeleccion de Juarez: carece de talento, de valor y de instruccion.

—Pues entonces por qué ha llamado la atencion? En el "Club Vallarta" se le considera como potencia de primer órden: el pueblo le llama su gefe: le rodean los hombres de caletre, y por último, está nulificando á tanto *planchado* como tenemos.

—Fortuna y nada mas, respondió Bastillas en tono despreciativo; es uno de tantos improvisados que ignoran aun los deberes de cabo de escuadra.

—Bien, bien, mi comandante. Ahora vamos á hablar de otra cosa: mis amigos desean saber qué candidato ha elegido el "Club Porfirista" para Gobernador del Estado.

—Aun no se fija, y en verdad que hace bien; por hoy lo que le importa es la cuestion general.

—Señor, continuó Podenco, si nos interesamos tanto, es porque vd. comprenderá que en la tardanza está el peligro, pues á última hora no es tan fácil nombrar un candidato.

—Perded cuidado; ese juego de elecciones ya es viejo para mí; lo único nuevo es que un mozalvete me haya faltado al respeto, pero ya le pesará á ese Capitan Armando........

Podenco, sin conseguir nada, salió de la casa de Bastillas.

Al dia siguiente, Armando era llamado policía del imperio.

Los hombres cobardes que como Bastillas se

dejan escupir públicamente el rostro, no comprenden lo que vale el honor; al recibir una ofensa tan grande, el miedo los obliga á guardar silencio; pero deseando vengarse, se valen despues de medios reprobados y especialmente de la calumnia, única arma que pueden esgrimir con facilidad.

Tal era Bastillas; recuerde ese degradado que el año de 34 se vendió al partido conservador; que á la cabeza de su compañía ha huido de una manera vergonzosa. ¿Por qué al llegar á la Venta de Pegueros, y despues de una jornada penosísima, no permitió que sus soldados descansasen un momento? Valiente podrá llamarse á un hombre que en Lagos se une á fuerzas muy superiores para poder de este modo presentar combate á Guzman y á Montenegro, dignos hijos de la libertad? Ya se olvidó de Cortazar? Por qué las tropas de este, aun no vuelven de la frontera de Nuevo-México?

Ya no parecerá extraño que Bastillas careciese del valor necesario para reclamar una ofensa: por eso lo vemos dirigiendo insultos cobardes, y conquistando á los periódicos oposicionistas para que sigan su ejemplo pernicioso.

Armando esperaba resignado: aun no habia llegado el momento de vindicarse.

Los periodiquillos comenzaron bien pronto á dirigir sus tiros malignos contra el Capitan.

Oigamos al *Titiritero*: "El Capitan Armando, decia, es prófugo de presidio; sus antecedentes

son los de un bandido; la sociedad de Jalisco debe despreciarlo."

Y esa sociedad responde con una carcajada despreciativa á las expresiones indecentes de aquella turba maldita que se engalana con la infamia.

Aun no han comprendido esos escritores de taberna la mision del periodismo.

Pero la hora sonará........................

Ellos quedarán arrepentidos.

Nosotros satisfechos.

La calumnia hiere de una manera terrible: no todos tendrán el suficiente criterio para dilucidar los hechos: los mas, dejándose llevar de su ignorancia y adhiriéndose á la multitud, lanzarán el anatema, y denigrarán tal vez la conducta de aquellos á quienes no conocen.

Bastillas, cínico y malvado por demas, habia gritado: "Armando es traidor!"

¡Cosa extraña! ¿donde están los documentos que atestiguan esos díceres de la maledicencia?

¿Dónde se encuentra el digno acusador?

Por qué no aparece?

Quiénes son los inmaculados?

Por qué temen presentarse ante la faz pública....?

Armando cuenta treinta y dos años de edad; concluyó sus estudios á los veintiuno, y salió á prestar sus servicios al ejército republicano, en calidad de ingeniero; sirvió todo el tiempo de la invasion, fué

condecorado el Cinco de Mayo, y terminado el llamado Imperio en 1867, entró triunfante á México donde recibió la honrosa insignia de patriotismo, valor y constancia. Generales distinguidos le han profesado una amistad sincera, y confiádole especialmente algunas comisiones de importancia. Armando ofrece su hoja de servicios para que sea registrada con atencion: en ella no se encontrará nada que lo haga inepto é indigno de pertenecer al ejército; esto no lo llena de necio orgullo, sí es una poderosa defensa contra aquellos miserables que tratan de arrojar una mancha sobre el buen nombre que ha sabido dignamente conservar.

Armando combatió contra los tiranos. Ah! y así se le llama traidor? Baldon y oprobio para aquellos de sus enemigos que, como Bastillas, Richs, Santos Cachetes, Perico, Enrique, Facistelo, Longinos Torrente, D. Alvaro, Dª Rufina, fray Camándulas y Roque, admitieron en su compañía á los soldados de Napoleon III.

Y á pesar de esta triste biografía, la calumnia recorre las calles y plazas de la ciudad, los enemigos la propagan, los indiferentes la comentan, los amigos desconfian, y aun alguna vez en lugar de dar "un mentís" se contentan con decir friamente: ¡Quién sabe!

¿Qué recurso le queda al calumniado, si sus contrarios se dejan insultar por él?

Los llamará al terreno del órden, usando del

derecho que la ley le concede? Asistirán al llamamiento?

Como calmar esta agitacion del alma herida, del honor ultrajado?

Esperemos: el tiempo, descorriendo el denso velo, presentará al verdadero culpable: documentos auténticos, confundirán á los difamadores que nunca podrán ser partidarios caballerosos.

Esperemos: la voz solemne de la inteligencia dejará escucharse, y dará la justicia á quien le merezca.

La aurora de la verdad aparecerá una vez mas, y ante sus rayos purísimos, la calumnia se refugiará entre las sombras.

Esperemos........

***

Entonces ¡ay! sin ese malestar perpetuo que la vil palabra de una conciencia prostituida ha querido legarnos, satisfecha la susceptibilidad de nuestra alma, tranquilo nuestro espíritu y sin llorar el recuerdo de tristes y amargos desengaños, nuestra imaginacion se remontará á las regiones de lo bello, para contemplar desde allí cuanto existe de hermoso y elocuente en Jalisco, y para poder tributarle tan solo cánticos de alabanza.

Pero mientras nuestro nombre no tenga una cumplida y caballerosa satisfaccion, mientras no se pronuncie el *mea culpa*, seguiremos sin descan-

so manifestando las verdaderas causas porque se agitan los miserables y pervertidos seres que desean el triunfo mas espléndido de los principios disolventes.

Continuaremos, sí, defendiendo nuestros actos, ya no tanto por lo que á nosotros toque, sino porque á la vez que nuestros escritos son una defensa de la razon ultrajada y de la justicia escarnecida, van directamente á incrustarse en la conciencia de los pueblos libres, que siempre han sufrido el azote de los enemigos perpetuos de la humanidad; de esos seres sin ley que todo lo quieren sujetar á la vil idea de su pernicioso capricho....

Y como el mártir que muere risueño al rendir un nuevo testimonio de fé ante los ojos del populacho ignorante que se divierte en presencia de un auto terrible, caminaremos tambien al calvario, donde el juicio crítico ejercerá la mas sublime mision de la inteligencia humana.

Su fallo entonces será respetado.

Esperemos.

CAPITULO XVI

RESIGNACION

EL hijo del sufrimiento, el mártir de un destino de llanto y de miseria, el aflijido Jorge sale precipitadamente como hemos dicho de su humilde casa, en la cual deja á su bendita madre entregada al mas acerbo dolor.

No puede resolverse á verla morir en la desgracia: piensa en la manera de salvarla, aunque para ello le sea necesario sacrificar su honor, su tranquilidad, su vida.

Con el corazon desgarrado y alimentando una idea maldita, un pensamiento infame, una combinacion de deshonra, se dirige al lugar donde el juego tiene establecido su funesto dominio; una vez allí, cree que la fortuna le será menos adversa, y que interesando parte de la cantidad que lleva consigo, ganará una suma, con la cual pueda realizar su noble objeto; no era otro, lo repetimos,

que ver exenta de un perpetuo martirio á la que le diera el ser.

—Sí, á jugar, se decia en el camino; ganaré, no hay duda; mi madre se salvará, y entonces yo estaré tranquilo. A jugar!

Con tal resolucion, se iba aproximando cada vez mas al lugar en que esperaba encontrar la felicidad, cuando fué detenido en su marcha por un individuo, empleado tambien en la casa de D. Alvaro.

Clemente, que así se llama, es un jóven perdido; pocas veces asiste al escritorio: su vida es de crápula: siempre se le encuentra en las orgías: su conducta es por demas inmoral; desordenado hasta el extremo, no se detiene en los medios que puedan proporcionarle placeres y emociones.

Esta vez, teniendo un compromiso terrible, se dirige en busca de Jorge, para obligarlo á que le haga un préstamo.

—Pondré en juego mis ardides, decia Clemente; me es preciso el dinero.

Su imaginacion acariciaba semejante pensamiento, cuando la fortuna—generalmente amiga de los pícaros—le presentó á Jorge.

—Adónde tan aprisa? dijo á este.

Jorge le respondió únicamente:

—Déjame, mi madre se muere.

—Un momento, un momento nada mas, replicó el mal amigo.

—No me es posible. Adios, adios.

—Qué diablos tienes, querido? Qué te pasa?

—Nada; nada. No abandones á mi madre, anda y cuídala, mientras que vuelvo á verte.

—Una palabra, una palabra solamente.

—Imposible!

—Voto al diablo, exclamó indignado el dependiente de D. Alvaro: escúchame.

—Déjame ir, gritó colérico el desventurado Jorge al ver tanta necedad: tengo que hacer, no puedo detenerme.

—Clemente entonces recurre al insulto y con ademan resuelto dice:

—Quieres zambra, Jorge? La tendremos; ya sabes que me gusta salirme con mis caprichos, no recuerdas los deberes de política? no recuerdas quién soy?

Tal vez habria tenido lugar un lance serio si una nueva impresion no distrajese la atencion de Jorge.

La Providencia tiene sus designios.

Aquello que se cree desfavorable, en ciertos casos es obstáculo poderoso para impedir un abuso, para evitar fatales consecuencias.

La impresion era originada por la presencia de dos reos conducidos por algunos gendarmes.

A la vista de aquel cuadro tristísimo, el cobrador tiembla involuntariamente: se contraria; palidece: por su imaginacion ha cruzado una idea hor-

rible; se cree en el lugar de aquellos infelices; se considera infamado; el temor del castigo le amedrenta: el recuerdo de la accion que pensaba cometer le avergüenza; por esto varia de parecer y se resuelve al sacrificio antes que á la infamia.

La dignidad ha triunfado.

Cuán cierto es que la imperiosa voz de la conciencia es la única directora de nuestros mas sublimes actos.

No es posible que olvidemos absolutamente la moralidad; siempre hay algo que nos guie, que nos detenga en el mal camino.

Inclinemos la frente ante la diosa del deber que nos aconseja.

Las pasiones todas desaparecen ante ella.

En esa lucha perpetua del bien y del mal, este último se ve humillado.

El triunfo mas espléndido corona la frente del mártir que supo combatir.....

Prosigamos.

Ambos amigos guardaban silencio.

Diversas ideas los tenian preocupados.

Despues de algunos momentos dijo Clemente:

—Por fin en qué piensas? estoy á tus órdenes.

—Dispénsame, buen amigo, respondió Jorge; no me hagas caso: sufro tanto' perdóname!

—Ah! eso es otra cosa; no mepodrás enseñar á generoso: dame un abrazo.

Los dos amigos se estrecharon afectuosamente.

La oportunidad volvió á presentarse.

Clemente no perderia la ocasion.

El hijo de la señora Adelaida, aun impresionado, exclamó:

—Debe ser muy vergonzoso encontrarse en el lugar de los desgraciados que hemos visto, verdad? quiénes serán ellos? no sabes?

—Tanto te interesas por su suerte?

—Ah! mucho: me siento conmovido.

—Ten alma grande: no te ocupes de asuntos agenos.

—Amigo, repuso el triste jóven, no sé qué fatalidad me persigue.

—Es acaso, añadió Clemente, la primera vez que unos hombres son conducidos á la cárcel?

—No, pero este espectáculo me ha preocupado demasiado.

—Vaya una rareza! no hablemos de cosas tan vulgares.

– Escúchame, prosiguió Jorge dominado siempre por un recuerdo, por qué habrá seres que abusan tanto de su libertad?

—No comprendo lo que quieres decir, contestó el mal amigo.

· Eres de opinion, continuó Jorge, qué el crímen debe de castigarse severamente.

—No hablemas mas de este asunto, te lo suplico.

—Sea en hora buena, si así lo quieres.

Resuelto á no arrojar una mancha sobre su nombre, el hijo de la señora Adelaida toma la mano de su amigo y le dice:

—Hermano mio, evítame la degradacion y la infamia; lleva este dinero al Sr. Guzman. Quién mejor que tu podrá hacerlo? No tardes; es necesario entregarlo cuanto antes; sálvame.

La mirada de Clemente se turba; los latidos de su corazon eran exajerados, su cuerpo temblaba involuntariamente.

—Cumpliré lo que de mí exiges; comprendo tu idea; voy en el acto á obedecerte, respondió aquel, y despidiéndose en seguida, se alejó violentamente.

Ya un malvado encamina sus pasos á la senda del mal. ¡Miserable! trata de perder al honrado jóven y de inscribir su nombre en las páginas del crímen!

El juego, esa pasion maldita que sumerge á las familias en la mas espantosa miseria y concluye con todo sentimiento noble, dominaba en el corazon de aquel ser para quien los deberes de amistad eran una vana fórmula.

—No hay duda, se decia; soy dichoso: qué me importa lo demas? El triste estado de Jorge no me preocupa; tenga yo oro y esto me basta. Entregarlo á Guzman? qué disparate! y reflexionando de esta manera, acariciaba el dinero que se habia confiado á su lealtad y honradez.

La suerte me comienza á proteger, continuó diciendo despues: buen dia: ahora sí me repondré de la pérdida que he tenido; tres albures seguidos y me salgo, aunque el banquero se quede renegando: eso es otra cosa: mi intencion es buena; si gano, pago á Jorge ó á Guzman, y tengo varios dias de descanso. Honor? qué me importa ese espantajo? ea! no hay que volverse atras.

Jorge, triste y meditabundo, se habia dirigido á su habitacion.

***

Veamos ahora lo que pasa entre la señora Adelaida y su hijo.

Al verlo entrar, la virtuosa madre no puede contener su alegría; le ama tanto!

—Hijo mio, le dice con el exceso de ternura que solo es dado á una madre, bendito seas!

Jorge, aproximándose á ella, le pregunta:

—Estás bien mala, verdad?

—No quisiera afligirte; pero ya que lo conoces es inútil ocultártelo: qué hemos de hacer? resignémonos con la voluntad de Dios: El no nos abandonará: pon en El tu confianza.

—Cuánto sufrimos, querida madre! quién no diria que la Providencia....

—Silencio! no blasfemes.

—Perdonadme, añadió Jorge doblando la rodilla.

La excelente madre toma entre susmanos la cabeza de su hijo, imprime sobre su frente un tierno beso, y desprendiéndose del cuello un modesto relicario lo da á Jorge, diciéndole:

—He aquí tu herencia; sé dignó siempre de conservarla; encierra un misterio que tu padre no concluyó de revelarme.

—Lo guardaré cuidadosamente.

—¿Recuerdas aquel funesto dia en que los enemigos políticos separaron de nuestro lado á un ser querido? Te acuerdas de aquellos momentos? Qué diferente hasta entonces se nos habia presentado el porvenir!

—Sí, es verdad: mi padre dijo al partir: En ese relicario está la esperanza de Jorge: pero por qué no olvidar lo que tanto nos entristece....?

Aquel desventurado no pudo contener el llanto.

Las lágrimas, fieles intrépretes de la pena y del martirio que sufre el alma, inundaron su rostro.

La señora Adelaida no lloraba: su dolor era mas intenso; pero manifestaba una santa resignacion, la resignacion del justo que espera en la recompensa.

Despues de algunos momentos la virtuosa madre exclamó:

—Cuánto nos aflige la miseria! solo la muerte....

—Morir decís?

—Y por qué no? es acaso imposible?

—Quiera el cielo, respondió Jorge, que la fatalidad no me persiga hasta ese grado: qué seria de mí entonces? Triste, solo, desamparado.

—Dios tendrá piedad de tí; es tan infinita su misericordia! no hay que desesperar: ánimo, ánimo, querido Jorge.

—Pero no comprendeis que sin vos mi vida seria mas triste de lo que hoy es?

La señora Adelaida no respondió mas.

Los síntomas del acceso comenzaron á presentarse.

—Agua, Jorge, agua; gritó la pobre enferma.

Jorge sale con violencia y vuelve con el líquido apetecido.

—Dios oyó mi plegaria, dice humildemente la infeliz madre.

—Pasó el acceso? preguntó Jorge.

—Sí, me siento mejor.

—Qué feliz soy al escuchar esas palabras, madre mia! y al decir esto llevó sus labios sobre las manos de aquel ser de virtud.

La señora Adelaida y Jorge continuaron en su triste confidencia....

No escuchemos por mas tiempo esas expresiones que conmueven tanto á las almas verdaderamente sensibles.

CAPITULO XVII

FANATISMO

MIENTRAS llega el momento de recordar aquellos episodios que hemos dejado pendientes, hagamos conocimiento de otros personajes.

El sistema clerical llegó á dominar por todas partes; esta es una verdad que nadie podrá negar.

Disponiendo el clero de poderosos medios y de completa independencia en su accion—gracias á la reforma—causa extrañeza que á cada paso se repitan esos choques violentos que agitan los ánimos y asustan las conciencias.

La salvacion de las sociedades, debida á la Iglesia en la Edad Media y durante la caida del imperio romano; la civilizacion que sigue su curso bajo el influjo del cristianismo, originó esa confusion que á los ojos del observador causa lástima cuando ve olvidados los principios mas evidentes del derecho público, cuya conquista en los tiempos

modernos no se ha conseguido, sino merced á los sacrificios de los hombres de corazon.

Con la voz del "derecho divino" el sacerdote se olvida de su mision, y desatendiéndose de su principal objeto, que es la salvacion de las almas, se ha metido á civilizador: dista tanto este último del verdadero defensor de la ley divina, que de ningun modo podria establecerse un término de comparacion.

El primero es objeto de sátira, mientras que el segundo es respetado como el único que puede servir de consuelo en la desgracia....

A la sacristía de un antiguo convento de religiosos vamos á conducir á nuestros amables lectores.

¿Quién no ha entrado alguna vez á uno de esos lugares?

¿Quién no ha visitado estos espaciosos locutorios?

Estantes gigantescos levantan hasta los techos sus frentes triangulares: cada movimiento les hace vomitar el polvo de los siglos.

Una enorme pila está en el centro del locutorio, y un ángel en actitud de volar sostiene en sus manos un letrero ininteligible por encontrarse casi borrado.

En aquella sala espaciosa hay muchas sillas de ancho asiento, las cuales ostentan en su respaldo

una mitra ó una tiara: estas sillas por su grandeza, parecen mas bien confesonarios.

Alfombras raidas hechas rollos se ven sobre anchas y pequeñas mesas.

Otra mas grande que las anteriores, es la que se alquila para tender los cadáveres: sobre ella reposa un paño negro, en el que se ven dibujadas con hilo blanco algunas calaveras.

En las sucias paredes están clavados albortantes, de los que se miran suspendidas suavísimas telarañas.

El pasado se presenta allí con todo su atavío luctuoso.

Lo despreciable y lo viejo de la iglesia se encuentra en el lugar que describimos.

La luz apenas se atreve á penetrar en ese recinto de la antigüedad.

Todo infunde pavor....

Un clérigo estaba sentado en uno de los sillones.

Su mirada es algo atrevida, tiene la cara abotargada y un abdómen magno.

Junto al clérigo se encontraba un fraile que parecia un San Luis Gonzaga: no levantaba los ojos: estaba sumergido en profundas reflexiones.

—Muy reverendo padre, dijo el primero apellidado Zhu: segun están succediéndose los acontecimientos, pronto volveremos á visitar los Santos Lugares de Jerusalen ó el puerto de San Francisco.

—De Nuestro Padre, contestó fray Cástulo.

—No confunda Su Paternidad; hablo del puerto de San Francisco, el que me gustaria mas si no fuera tan apostólico.

—No blasfemeis: el puerto á que Nuestro Santo Padre llegó, es la gloria.

—Yo blasfemar, hermano? ni por pienso: qué no sabe vd. la geografía?

—No conozco otra que la de mi convento. Ay! pobre convento mio, qué lástima me da ver sus ruinas! Estaba tan bonito! Servia tan bien á nuestra regla! Malditos puros! podian mejor haber demolido sus casas y no la Casa del Señor, que está con nosotros!

—No lee vd. periódicos, padre Cástulo?

—No: apenas tengo lugar de rezar el oficio divino.

—Luego ignora vd. que la impiedad va aumentando dia por dia, y que la corrupcion se va extendiendo.

—Nada sé ¿qué nos importan los negocios temporales?

—No cree vd. que el clero es civilizador?

—El clérigo tal vez; pero el religioso, no, porque está muerto para el mundo, y su mision es purificarse con el retiro y la penitencia.

—Eso tendria lugar antes de que desapareciesen los conventos, pues hoy todos somos unos.

—Bien puede ser.

—No lo dudeis: la mision del clero es civilizar al mundo: él tiene que llevar á efecto aquella máxima del evangelio: "Se nos ha dado potestad en el cielo y en la tierra."

—Sí; pero en cuanto á mí ocupo todo mi tiempo en el púlpito, en el confesonario y en la oracion; alabar al Señor es cumplir exactamente. "*Te deum laudamus te Dominum confitemur.*"

—Así salvareis vuestra alma; pero siendo buen pastor, debeis tambien libertar á vuestras ovejas: "*Bonus pastor dat vitam pro ovibus suis.*

—Luego sois de parecer que debo ocuparme de los negocios temporales?

—Ciertamente; y mas cuando el combate que se prepara será el último: ya los tiempos se acercan, recordad lo que se nos dice: "Hubo un gran silencio en el cielo y el dragon se disponia á pelear: Miguel peleó con él."

—Pues qué dragon tenemos?

—No lo sabeis? El infierno trata de elegir gobernador á Vallarta; y como este es un dragon, nosotros seremos los migueles que pelearemos con él.

—Y lo venceremos?

—Quién como Dios?

—Ahora bien, dijo fray Cástulo; ya comprendo porque S. S. I. me ha mandado preparar esta sacristía: tal vez en ella se reunirá un *Capítulo.*

—Creo que no tendrá mas objeto la órden de S. S. Hace muy bien: deben tomarse medidas contra la impiedad.

—El Señor esté en mi corazon y en mis labios para que no decline á la malicia! exclamó fray Cástulo.

El diálogo vino á ser interrumpido por varios hombres que fueron entrando: saludaban entre dientes, se dirigian á los asientos y una vez allí, parecian estatuas. Todos iban vestidos de la misma manera: la capa española, el sombrero negro y la corbata morada, parecian ser los distintivos de aquella reunion.

Despues de algunos momentos, y cuando ya casi todos los asientos se encontraban ocupados, apareció el vicario del obispo, hombrecito de pequeña estatura.

Este microscópico ser era regordete y fastidioso; tenia la cabeza tan redonda como una bola, cuello bien corto, y ojos diabólicos.

A su llegada, todos se pusieron en pié.

El, despues de hacer á los presentes un reverente saludo, se dirigió al lugar de preferencia, sacó su cartera, estrajo de ella una lista, se caló sus antiparras y llevó su mirada investigadora sobre aquella turba de predestinados.

A poco entró doña Rufina, saludó á todos con demasiada afectacion, y en seguida fué á colocar-

se al lado derecho del doctor Zapallo—así se llamaba el vicario del obispo.

Reunidos todos, se entonó *El Veni Creator* y los asientos quedaron nuevamente ocupados.

Inmediatamente despues, Zapallo babló de esta manera:

—Hermanos venerables en Cristo, protestad que nuestro gobierno es de arriba y que lo que es de arriba, no está sujeto á discusion: creeis que Nuestro Ilustrísimo Prelado gobierna bien?

—Lo creemos, contestaron todos, haciendo una ridícula inclinacion.

Doña Rufina hizo otro tanto, pero quiso ser tan exagerada que su crinolina se elevó á una altura nada conveniente.

—Creeis replicó el vicario del obispo, que siendo la Iglesia eterna, para ella todos los tiempos son iguales?

—Si, repitió la multitud.

—La fé salva, prosiguió Zapallo: negocios graves han impedido á Su Señoría, Nuestro dignísimo Prelado tener la satisfaccion de venir á reunirse con vosotros: por mi parte, os diré que me honro con presidir esta reunion de seres tan inteligentes, nada menos que lumbreras de nuestra diócesis.

Todos los clérigos y doña Rufina, volvieron á inclinarse nuevamente.

El vicario añadió:

—La Iglesia Católica se propone avisaros que

la túnica inconsutil está para romperse; el cisma será horrible: alerta, hermanos mios: hoy mas que nunca se necesita de la unidad. Ya veo que todos vosotros sois mansos como corderos; que estais educados en la oracion, en el recojimiento, y que os ocupais de la salvacion de las almas: mas por desgracia no faltan disidentes; pero ya sabeis que en el apostolado hubo un Judas.

Doña Rufina se persignó.

Los clérigos se miraron.

Zapallo siguió diciendo:

—Aun no es tiempo de que Nuestro Ilustrísimo Prelado esgrima sus armas contra los infieles, puesto que se ha dicho: "Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva."

Al oir aquella cita, en algunos semblantes desapareció la gravedad.

—La calumnia nos persigue: lo sabeis? cuántas cosas no se dicen de nosotros?

Qué accion pasa desapercibida para los malévolos

Oidme, queridos hermanos; se asegura "que trabajamos por derrocar las instituciones, valiéndonos del jesuitismo y de la hipocresía.

"Que tenemos un tribunal especial en el que administramos justicia.

"Que hacemos nuestros los productos de las fincas agenas.

"Que oprimimos á todos los que no piensan como nosotros.

"Que las sociedades católicas son un pretexto para conseguir nuestras maquinaciones perversas.

"Que pagamos de nuestro peculio á miserables escritores para que contrarien las ideas del progreso intelectual."

"Que sostenemos á "Juan Panadero," á "La Víbora" y á otros inmundos papeluchos, que bien conoceis.

"Que firmamos escritos incendiarios, valiéndonos del seudónimo.

"Que somos unos malvados, dignos del cadalso."

Ved, hermano, cuanto inventa la calumnia, y aunque á decir verdad, esto no puede desmentirse, tenemos que contrariarlo, porque nuestro objeto es trabajar por la Santa Iglesia. Sí, no cedamos el puesto; valgámonos de cuantos medios estén á nuestro alcance para combatir á esos enemigos: no escuchemos mas que la imperiosa voz de nuestros caprichos.

Qué otra cosa nos ha regido siempre? Obramos bien; así nos lo manda nuestra conciencia.

"Por eso escondimos los tesoros de la Iglesia, para que llegado el caso nos fueran útiles.

"Por lo mismo falseamos las cerraduras donde se encontraban esos tesoros, y con ellos, cantidades que estaban depositadas en nuestro poder.

"Por lo mismo hemos abusado de ciertos honorarios."

Todo es verdad: así como

"Que hacemos conquistas en el confesonario.

"Que vemos la paja en el ojo del vecino y no la viga que arrastramos.

"Que cada uno tenemos cuatro ó cinco concubinas.

"Que explotamos con el fanatismo de los necios y la credulidad de los tontos.

"Que las ceremonias de la iglesia, son para nosotros asuntos de comercio.

"Que procuramos tener al pueblo sumergido en la ignorancia."

Hermanos carísimos, yo aseguro que todo es cierto: por lo tanto, nuestra única defensa consiste en decir:

"El que se halle limpio tire la primera piedra."

Hay cisma, ya lo veis, y el cisma se introduce por medio de la calumnia; no tanto porque no sea verdad lo que se asegura, sino por los fines que se propone el calumniador.

S. S. I. me ha dicho que os invite á la unidad y al partido de la paz, deseoso de que la persecucion nos encuentre unidos como dice Escriche: "En una sola fé y en un solo bautismo."

La situacion es sumamente difícil; la religion ha sufrido rudos ataques; se nos han quitado nuestros bienes, y estos ascienden á las dos terceras

partes de las fincas de la República. En catorce años, las conciencias agitadas nos han devuelto muchas cantidades, que tenemos repartidas entre los comerciantes y propietarios de mejor nota; pero vosotros debeis considerar, que si fuimos privados de nuestras posesiones, cuando estaban aseguradas con escrituras públicas, ¿qué sucederá cuando no tienen mas garantía que la buena fé de los depositarios?

He aquí el motivo por que en la actualidad no queda mas recurso que vivir en paz con los propietarios, ya entendeis lo que os quiero decir.

Las monjas, nuestras carísimas hermanas, están repartidas en las casas, y viviendo de la caridad pública.

Los curatos sin su fondo principal. Dónde están los derechos de entierro?

Los matrimonios civiles, en virtud de esa ley condenada, que Dios maldiga, nos han dejado en una dependencia vergonzosa.

Y el culto de Dios sujeto á esconderse en nuestros templos, como si fuese un crímen adorarlo! Ah! hermanos mios!

Todos estos males no tienen sino dos remedios, la revolucion á mano armada, que no tendrá efecto, privados como estamos de nuestros recursos, ó la revolucion del sufragio. El hombre que puede salvarnos, ya lo conoceis, públicamente se pregona; no dudo que vosotros ejercereis vuestra benéfica in-

fluencia y salvareis á la República de un cataclismo tan espantoso.

—La salvaremos, contestaron los clérigos secundando á doña Rufina. Esta pidió la palabra y se expresó así:

—Desde el dia funesto en que á algunos cabezas de Lucifer se les puso colgar su maldita farola, todos los diablos del infierno se han soltado, como sucede en el dia de San Bartolomé. ¡Jesus, qué inconsecuencias! ¡Animas benditas, qué desaires!

He andado por esos mundos de Dios, colectando fondos entre las personas mas devotas de esta capital, predicando por calles y plazas, y algo se ha conseguido, pero no solo dinero, sino tambien insultos, denuestos, injurias, risas y hasta cariños de los malévolos....! qué juventud! qué juventud! el mundo se está acabando, mis padres.

Pasaba yo por la calle de la Merced, puntualmente salia de la capillita del Rescate, cuando se acercan dos mozalvetes y me preguntan:

—Vd. es la señora doña Rufina?

—Para serviros, caballeritos.

—Bien, me dijeron ellos entonces, solo deseábamos encontrarla para decirle vieja estúpida.

Considérense ustedes, mis padres: decirme vieja y estúpida? lo estúpido pase; pero lo vieja? no les perdonaré jamas semejante insulto: estoy que me muero de cólera.

Habiando de otra cosa: todo camina al buen

fin, siguió diciendo doña Rufina, he visto á las personas buenas y devotas, sin olvidar por supuesto á mis monjitas; todo está arreglado: nuestro D. Alvaro conseguirá su objeto, lo que mucho cooperará—y esto bien se comprende—al engrandecimiento de N. M. Iglesia.

Ya vereis: despues de D. Alvaro seguirá el Sr. Lerdo, á quien Dios nos conserve muchos y felices años. Ojalá y algun dia pueda verlo luciendo su auréola como un San Sebastian.

***

Los fanáticos han creido que el Sr. Lerdo les pertenece. ¡Cuánto se engañan! hombre de colosal inteligencia, colocado por ella y por la mano del destino en el digno puesto que ocupa, nunca su ojo perspicaz dejaria de distinguir al bueno y leal partidario. Qué se ha creido de él? se espera acaso que descienda hasta el terreno de la vulgaridad para darse á conocer? se presume que la adulacion y la mentira sean palancas de gran potencia? triste situacion, muchos se encuentran zozobrando en un mar de desgracias: quiénes son ellos? por qué antes no hablaron?........

Trasladémonos á "esos momentos de bienestar," como decia Enrique, hijo de D. Alvaro del Bastion, y que nosotros llamaremos propiamente época de barbárie: ved á esos hijos espurios que quisieron arrojar sobre su frente una mancha indeleble: quiénes son ellos? repetimos. ¿No eran entonces

los enemigos del Sr. Lerdo? no eran los que pregonaban su mal tacto político? tan pronto desapareció el profundo rencor que abrigaban? qué se ha hecho la constancia de los proclamadores del imperio? dónde están los hombres de entonces? por qué han desaparecido con sus antiguas teorías para renacer victoriosos, progresistas y liberales? qué favor les ha debido la patria? no es cierto que algunos fueron los honorables panegiristas de la prostituida faccion napoleónica?

No despues, cuando las instituciones democráticas estuvieron pisoteadas por los tiranos, muchos de los que hoy se llaman lerdistas ayudaron á desgarrar la vestidura de la madre patria? no es cierto que cuando ella gemia doliente, los partidarios de la maledicencia brindaban por su eterna ruina? quiénes son los que en aquellas Cortes Marciales firmaron la terrible sentencia? Es vergonzoso decirlo, pero preciso tambien: muchos de los que hoy rinden homenaje, que se humillan, que recurren á la degradacion, para en cambio recibir una especie de limosna pública.

Seres sin honor y sin conciencia; míseros proscritos; janos de la fábula; ya se os conoce bien; ningun derecho teneis para pedir: en qué fundais vuestras prerogativas? cuál es vuestro lema? qué defendeis? enseñad aquellos documentos que atestigüen vuestra dignidad y patriotismo, porque de otra manera nada conseguís sino poneros en cari-

catura: se os ha perdonado; pero no querais abusar de ese generoso perdon: vuestros juramentos son falsos: el grito lastimero de la patria jamas podrá conmoveros, porque sois y habeis sido malos hijos.

Nada exageramos: nuestra mision de escritores nos impone el imperioso deber de asegurar solo aquello que de ningun modo pueda ser contrariado: decir la verdad es nuestra obligacion y hasta los momentos en que trazamos estas líneas tenemos la plena conviccion de haber obedecido la voz de nuestra conciencia y no los impulsos de nuestras pasiones.

Una experiencia dolorosa nos enseña que en México, como en muchas naciones civilizadas, la traicion y la perfidia han llegado alguna vez á establecer su funesto dominio: esto reconoce un orígen, ¿cuál es? la ambicion: sí, por ella hemos visto á hombres de una inteligencia mas que mediocre cubrirse de ignominia ó cuando menos de ridículo; recuérdense los hechos recientes que han arrojado el anatema sobre algunos de aquellos que se preciaban de juiciosos: en esa época de la intervencion ¡cuántas infamias no tienen que reprocharse! y esto, aun en aquellas personas que por su mision de paz y caridad, nunca debieron provocar una catástrofe tan terrible: esos seres, sin duda que no han comprendido las máximas del Evangelio; no son aquellos pescadores sin elocuen-

cia y sin ambicion; no los cuidadores del rebaño, sino los apóstoles de la iniquidad.

Uno de esos corifeos es quien al besar las plantas de un extranjero, le hace—en compañía de otros seres execrables—donacion de nuestra patria y señor de vidas y haciendas: no es esa la potestad de que habló el Salvador. "Lo que atáreis en la tierra, dijo, quedará atado en el cielo." Pero de qué manera tan diferente se han comentado esas divinas palabras! Envueltos por la niebla del fanatismo, nada han perdonado los que orgullosos se nombran ¡ministros de la cruz! todo ha sido pequeño ante la grande idea que abrigan de regenerar á los pueblos; y de qué manera? bien lo sabemos, pues la historia nos lo dice. ¿Por quiénes fué fundado aquel tribunal llamado Inquisicion donde el crímen estuvo por tanto tiempo encubierto? á quiénes se deben algunas escenas trágicas de las muchas que en otro tiempo horrorizaron á la Francia? y sin necesidad de remontarnos á un pasado tenebroso, nuestra historia contemporánea nos suministra datos suficientes, que siendo tan numerosos, es inútil recordar, no es cierto? quiénes entonces proclamaron la candidatura de un Hapsburgo? quiénes los que presenciaron indiferentes ese encono bárbaro, propio solo de los jagüares? quiénes se llamaron regentes? ya no existe el recuerdo de aquellos bailes donde la aristocracia improvisada, muda de asombro y de grati-

tud, habria dado la vida por una sonrisa de su señor? tan pronto se habrá oreado la sangre de aquellos mártires de la libertad que por las huestes invasoras eran asesinados en las plazas públicas? vergüenza, baldon eterno, para aquellos que en lugar de la cruz han llevado por todas partes el estandarte de la rebelion, y para los que sin las armas de la religion, pero eso sí, provistos de la hipocresía y del fanatismo, han secundado las miras ambiciosas de aquellos sectarios del retroceso. La ley del cielo habrá de cumplirse. "Con la vara que mides, serás medido."

Estamos satisfechos: nuestra pluma estampa solo aquello que se encuentra fundado en la verdad; por lo mismo nada tememos; nada nos arredra.

Al ocuparnos de los partidarios del Sr. Lerdo no se crea que hablamos en un sentido absoluto: no. Comprendemos perfectamente que el escritor debe ser justo é imparcial; por eso establecemos distinciones honrosas; nuestros tiros se dirigen únicamente á aquellos perniciosos especuladores, que acostumbrados á la miserable lisonja, se arrastran como viles insectos en el cieno inmundo; podriamos decir quienes son: los conocemos: acosbrados á la ambicion, toda forma de gobierno les ha parecido adoptable; tanto proclamaron la monarquía, como la República; tanto adularon á los aventureros, como á sus conciudadanos; cubiertos

de sangre, y siempre soñando con la idea de preponderancia, han llevado la tea de la discordia por do quiera, y lanzado la muerte sobre sus mismos hermanos. Llegando la ocasion, y con tal que se encuentre satisfecho su interes, no temen cubrirse de ignominia: nada y todo lo esperan, ya del gobierno á quien odian, ó ya de aquel á quien ensalzan: son agenas para ellos las consideraciones de honor: poco les importa escuchar por todas partes el "Ecce homo" que los cubre de ridículo. Adelante, dicen ellos; la injuria y el oprobio, no nos perjudica: siendo nuestra la fortuna, aunque se nos deteste, aunque se nos maldiga.

He aquí el retrato de aquellos partidarios, que no tienen ni ley, ni honor, ni conciencia: campeones de última hora, trastornadores del órden público; nada les supone que la patria sucumba bajo el yugo de un extraño: nada tampoco que en la lucha fratricida los hermanos se lancen mutuamente la muerte y el exterminio. Entretanto ellos viven contentos, satisfechos de su obra.

Seres malditos! no abrigueis tanta confianza.... la hora puede llegar y vuestros crímenes serán expiados satisfactoriamente.................
Sí, el pueblo os conoce: alerta, miserables!......

....

Volvamos á doña Rufina, quien haciendo mil contorsiones y ridiculeces, continuaba diciendo:

—Con que á trabajar, mis padres, á trabajar; en

los púlpitos, en los confesonarios, en conversaciones familiares, en fin, en todas partes; no hay que perder la ocasion. A lucir esos picos de oro, pues tengo la seguridad de que alcanzaremos nuestro deseo, y despues la gloria eterna.

—Amen, respondieron todos.

Inmediatamente despues, se levantó de su asiento aunque con muchísimo trabajo el padre Zhu, y suplicó al vicario que se le concediese el uso de la palabra.

Zapallo respondió afirmativamente.

Zhu habló en estos términos:

—Venerables padres: el Concilio Vaticano ha cerrado sus sesiones: mas de ochocientos obispos estuvieron presentes, y á la cabeza de ellos nuestro Sumo Pontífice Pio IX. *Consumatum est.*

Siempre el diablo ha trastòrnado todo, señores; en prueba de ello, recordad que Dios se arrepintió de haber hecho el mundo.

Por esto el diluvio envolvió á la naturaleza.

Despues vino la bendita época de la redencion y apareció Cristo Nuestro Señor y Salvador.

Ahora nosotros somos los cristos de la tierra; por qué no hemos de salvarla? lo conseguiremos? es indudable.

Cuando al Salvador le dijeron que pagase el censo, mandó sacar un pescado del mar; dentro de él se encontraba una moneda: ¿qué quiere decir esto? que el mundo habia concluido, puesto que

el agua encerraba en su seno á los peces y estos á su vez, guardaban el oro. Concluyendo este, qué podria esperarse?

—Nada, nada, gritó la vieja doña Rufina.

Zhu continuó:

—Siendo los peces los mas tontos de todos los animales, de ellos es de quienes deberemos aprovecharnos para subvenir á nuestras necesidades. Jesucristo subió al cielo; no quiso llevarnos á su lado y nos dejó dueños de la tierra. Con esto quiso decirnos: "Lo que atáreis en la tierra quedará atado en el cielo."

Venerables padres, he concluido, dijo Zhu haciendo una reverencia.

Los oyentes quedaron muy satisfechos con el catálogo de barbaridades que el clérigo habia pronunciado.

Doña Rufina gritaba:

—Bendito seas, lumbrera de la Iglesia! angélico doctor! Dios guarde ese tu pico tan hermoso.

***

Aquellos fanáticos se fueron despidiendo poco á poco.

Lo mismo hizo doña Rufina, despues de haber hecho la señal de la cruz y besado humildemente la mano del vicario.

He ahí reunidos á varios de los enemigos que clamaban en contra de la candidatura Vallarta.

Quiénes son esas momias del retroceso que

aun pretenden levantarse con sus añejas teorías para dominar al mundo?

Consúltese la historia.

Ella se encargará de responder....

Atras, fantasmas: nada conseguireis jamas; la noche del olvido os ha cubierto con su negro velo.

Qué esperais? detener el avance de la inteligencia?

Ya estais juzgados por la antigüedad como los hombres de los oráculos y del misterio.

En la Edad Media desarrolláisteis vuestro despotismo, y la teocracia os saludó con entusiasmo.

Pero al presente nada sois.

Vuestro tiempo pasó.

Por eso la humanidad en su carrera de progreso os dice:

¡Atras!

CAPITULO XVIII

FATALIDAD

NUESTROS lectores recordarán aquella triste historia de la hermosa Magdalena: jóven desgraciada que sin consuelo y abrigando profunda tristeza habia ido á la casa de la señora Laura, solicitando proteccion. No habrán olvidado tampoco la sublime confidencia tenida cierta noche deliciosa entre el Capitan Armando y la seductora Esperanza; ni por último, el momento en que un caminante, apeándose de su magnífico caballo, llamaba á la puerta de una casa situada en la pintoresca Villa de San Pedro, lugar de eterna fragancia y de gratas impresiones.

Dijimos en otro lugar, que nuestro incógnito caminante penetrando en aquella casa se dirigió en seguida á una de las piezas interiores, donde babia varios *equipales*, en uno de los cuales quedó rendido por el cansancio.

Que poco despues la puerta de la calle se abria

nuevamente para dar entrada á otro individuo que iba en busca del primero.

Quién era?

El mendigo á quien ya conocemos.

El mismo que con voz lastimera dijo á D. Alvaro en cierta ocasion: ¡Una limosna por amor de Dios!

—Al fin os veo, señor, exclamó el mendigo lleno de ternura, y al mismo tiempo tendió los brazos hácia el anciano que se encontraba recostado.

—Sí, Antonio: he llegado, gracias á Dios. Antes que todo, quiero que me hables algo de mi hijo! de mi esposa! y al decir esto las lágrimas asomaron á sus ojos.

—Consolaos, señor; todo lo sabreis, pues he cumplido fielmente con lo que me encomendásteis.

Y Antonio comenzó á referir entonces las escenas dolorosas que, como bien recordaremos, tuvieron lugar en casa de la señora Adelaida, y cuando hubo terminado, el padre de Jorge—pues no es otro nuestro misterioso personage,—preguntó al mendigo:

—Por qué causa estarán en la miseria? no me lo explico. Tú lo sabes, Antonio?

—Lo ignoro, señor.

—No les habrán dado sus mensualidades?

—Lo ignoro igualmente; cuánto me avergüen-

zo al recordar lo inútil que he sido; pero como me hicísteis una prohibicion....

—Sí, te encargué que no los visitaras, para que así D. Alvaro no pudiera desconfiar.

—Y he obedecido vuestro mandato.

—No lo dudo: conozco tu lealtad y buen corazon: sé tambien que si tus recursos fueran otros, habrias hecho mis veces como bueno y excelente amigo.

—Es la verdad, señor: vuestra familia no habria sufrido tanto, pero soy tan pobre!....

—Gracias, gracias, respondió Duran, por esos nobles sentimientos que abrigas. Y añadió: aunque eres pobre, como dices, no tienes por qué humillar tu frente; si te deshonró la calumnia de un malvado, no tardará mucho tiempo en recibir el justo castigo. La sabia Providencia pondrá un *hasta aquí* á tus males, y entonces te vindicarás debidamente: confianza, amigo, confianza; no amargues mis momentos de dicha con recuerdos tristes; mi alma lacerada no podria sufrir mas; olvidemos por hoy nuestros terribles padecimientos y pensemos solo en un porvenir de ventura; que no sea tan continuo nuestro llanto, todo tiene su fin; los padecimientos terminarán, mi querido amigo.

—Amigo me llamais, señor?

—Y por qué no? Escúchame: la nobleza de corazon, los buenos sentimientos, la lealtad y la

gratitud, son bellas cualidades que adornan, que enaltecen al hombre por desgraciado que sea; la nobleza no es propia de los seres vulgares que como miserables se arrastran en el fango de las pasiones; los buenos sentimientos solo pertenecen á las almas grandes; la lealtad y la gratitud son la emanacion de una alma sensible que sabiendo valorizar el sacrificio, no desconoce el imperioso mandato de aquel juez severo que se llama conciencia. He ahí, Antonio, lo que tú posees en grado superior.

—Me colmais de bondades, repuso el mendigo. Cuando así me hablais, me entristezco al recordar que yo no deberia sufrir esta miseria que tanto me degrada.

—No hay por qué desconfiar; pronto podré calmar tus aflixiones.

—Yo, señor, no ambiciono otra cosa que veros gozando de tranquilidad al lado de vuestra familia.

—El cielo ha querido concederme tanta dicha, Antonio.

—Y cuándo pensais llegar á Guadalajara?

—Mañana mismo; sí: mañana abrazaré á mi adorada esposa y á mi buen hijo. Oh! qué gozo experimentarán al verme.

Una idea funesta cruzó inmediatamente despues por la imaginacion de Duran; pensaba en D. Alvaro del Bastion. Por esto pregunta al mendigo con notoria inquietud:

—Vigilaste la casa que te recomendé?

—Sí, señor.

—Explícate.

—Habiéndome hecho amigo de un dependiente de D. Alvaro, llamado Clemente, pude siempre investigar aquello que mas me convenia.

—Es verdad, ya recuerdo que me lo comunicaste en una de tus cartas.

—Justamente: como os aseguré entonces, ninguna novedad tiene que lamentarse: los negocios han sido buenos.

—Bien, dijo Duran, he caminado con fortuna.

—Es que toda buena accion tiene su recompensa; recordad los favores que me habeis hecho.

—No hablemos de eso, te lo suplico.

—Tengo placer en obedecer vuestras indicaciones, repuso el mendigo, sea como gusteis.

Despues de varias reminiscencias que pertenecen al misterio y que por lo mismo no nos es permitido revelar, Duran y Antonio salieron de aquella pieza violentamente. Pronto sabremos adonde se dirigen.

Entretanto, ocupémonos de Clemente, quien ha perdido ya el oro que Jorge le confió para que fuera entregado á D. Cárlos Guzman.

Oigamos lo que dice en los momentos en que abandona la casa de juego:

—Maldita sea mi estrella! un negro destino me persigue; nací acariciado por la fatalidad: nada

valen mis proyectos; todos fracasan; ¡infeliz de mí! meditar tanto, para perder lo que tenia: y ahora qué diré al estúpido de Jorge y á Guzman? Maldicion! maldicion! el cielo me confunda, y tambien al renegado banquero que siempre me arruina.

La desesperacion del réprobo apenas se igualaria á la de Clemente, quien continuaba diciendo:

—Sota y tres de oros: fuí al tres; la sota vino á la tercera, y se perdió el dinero: se ha propuesto arruinarme la suerte, pero sea lo que fuese yo no he de vivir en la desgracia; es preferible morir!

No hay cuidado, añadió despues: de todo se ha de saber en la vida; conformémonos: por lo que respecta á Jorge, ya nos arreglaremos. A decir verdad, no me pesa la ocurrencia, pues así sabré si verdaderamente me aprecia el cobrador. ¡Qué diablo! los sacrificios por la amistad, son los mas grandiosos: si Jorge me absuelve, mi gratitud será eterna; pero si no es así, qué hemos de hacer: *pecho al agua*, no hay por qué acobardarse, procuremos que llegue á las manos de Jorge una carta; en ella le daré noticia de lo acaecido; qué podrá sucederme? Nada. Oh ingenio! favorecéme; el momento se acerca; es preciso aceptar el sacrificio; sí, resolvámonos; á un lado temores y niñerías; alma grande para todo; Jorge tendrá en cuenta mi franqueza, y será indulgente conmigo: conque así, á declararle que el dinero se ha perdido: no hay otro remedio.

Con tal resolucion, Clemente se dirige á un individuo que se encontraba cerca de él y á quien ya conocia.

—Puedes llevarme una carta? le dice.

—Sí, señor.

—Bien, tómala entonces; ve á la calle de.... número.... busca al señor D. Jorge, y entrégasela en mano propia; no la dés á ninguna otra persona.

—Tiene respuesta?

—No, guarda esa moneda, añadió Clemente, y haz con empeño mi encargo; te espero en este lugar; no tardes.

—Pierda cuidado, soy bastante *lucho* en estos asuntos; creo que pocos me ganarán. Y diciendo esto el conductor, se perdió de vista á pocos momentos.

Entretanto Clemente, sin esperar mas, se dirige por rumbo distinto.

—Ah! soy de caletre, decia; no hay duda; la bomba tronará en manos de mi amigo: pronto, pronto, á noticiar á D. Alvaro que su cobrador ha jugado el dinero y que lo ha perdido; sí, esto me valdrá la estimacion de mi principal; despues, que salga el sol por Antequera.

Infame! no contento con una mala accion, trata de envolver para siempre en la desgracia á un ser que en nada le ofendió. Criminal! El inocente será

confundido: pero llegará otro momento, y entonces la maldad tendrá su expiacion.

Clemente no se detiene en los medios: elije aquellos que deberán salvarlo: lo demas no le preocupa, ni la voz de la amistad, ni el aviso de la conciencia: perverso y caprichoso por demas, no hace distincion entre la bondad y la malicia de las acciones: todas son lo mismo para él.

Momentos hay en que el hombre llega á estado tan triste; el grito de la sociedad no le aterra; aunque se vea aislado y proscrito sigue en su camino de extravío y marcha hácia al abismo sin dirigir una mirada retrospectiva. Ay! pobre de él! qué le espera? en qué confía? á dónde se encamina? ni él mismo lo sabe: qué podrá contentar sus pasiones? qué satisfará sus vicios? qué bastará á su loca ambicion? Adelante, dice, adelante, sembremos por do quiera el mal: caiga la maldicion sobre nosotros; pero en cambio á gozar, á gozar hasta que llegue aquel momento en que renegando dé nuestro propio ser lancemos el postrer suspiro que nos separará de un mundo que tanto nos odia.

Tal era el que abusando de la confianza de Jorge, no se detiene en niñerías—como él dice. Por eso pone en juego una mala accion, y procura que otra sea el complemento de la primera.

Ya D. Alvaro del Bastion ha recibido del falso delator una fatal noticia: ella será la perdicion de un inocente? influirá para sepultar entre las som-

bras del infortunio al virtuoso hijo de una infeliz mujer para quien el cuadrante del tiempo marca lentamente horas de angustias, de zozobra, y de maldicion?.........

Entretanto, el conductor de la carta llega á la calle de.... entra en la casa que se le ha dicho, busca al dependiente de D. Alvaro, le entrega la carta y se despide inmediatamente.

Jorge, creyendo que en aquel papel le comunicaba su principal algun aviso interesante, lo abre con violencia, y lee lo siguiente:

"Querido Jorge:

"No te sorprenda lo que voy á decirte: tuve la imprudencia de jugar el dinero que me confiaste; y lo he perdido; estoy desesperado, no sé qué hacer; espero que guardes una discrecion absoluta: á nadie digas lo que te comunico, y asegura que muy pronto cumpliré con tu encargo; en estos momentos salgo de la casa de juego para agenciar el dinero, aunque sea con un veinticinco por ciento: procura que nada sepa D. Cárlos."

"Tu amigo.—CLEMENTE."

—Tu amigo! exclamó indignado Jorge, arrojando el papel al suelo: tú mi amigo? el que me condena y degrada? el que me insulta? el que abusa de mi confianza y amistad? venganza! venganza contra tí; es preciso; qué haré, Dios mio? qué haré? me creerá D. Alvaro? á quién comunicaré lo que me pasa? á mi madre? no: moriria con noticia

tan funesta: amigos? no los tengo: quién escuchará mi queja? quién se compadecerá de mí?

Hombre inicuo! seguia diciendo aquel desventurado; en qué pensaste con sacrificar una víctima en aras de tu perversidad? no soy tu amigo ni podré serlo nunca: publicaré tu nombre por todas partes; diré quien eres; te arrancaré el antifaz; pondré de manifiesto tus vicios, y serás conocido por todos.

Amigo tú? cómo se atreven á pronunciar tus labios palabra tan sagrada? qué cinismo! puede el malvado comprender los nobles sentimientos que engendra la amistad?

Clemente, tú eres la maldicion que cae sobre mí, el genio del mal que me persigue: la hiena que me arranca el corazon y lo despedaza; eres la fatalidad que me condena, la desesperacion que me agobia!

Dice que todo lo perdió! Dios mio! qué disculpa daré á Guzman? de qué manera me vindico? qué será de mí?

Jorge por largo tiempo queda entregado á profundas reflexiones.

Lucha, se desespera, y sin embargo, no encuentra un medio salvador.

Por último, sale de su casa y se dirige en busca de Clemente....

He ahí las trascendencias del vicio; he ahí los resultados funestos del juego! sí, de esa pasion

abominable, de esa gangrena que destruye lentamente el cuerpo social! el juego! orígen de todo mal, apoyo del vicio, sostén de la infamia! Allí es donde se prostituyen los mas sagrados sentimientos, donde el honor se degrada hasta el último extremo. El jugador tiene una vida de constante agitacion; entregado siempre á quiméricos proyectos estudia y mas estudia la mejor manera de ganar á otro: se desvela, se afana y nada es capaz de contentar su ambicion inextinguible: para él no existen los gratos recuerdos del hogar; presa de la fiebre que lo devora noche y dia, solo sueña con el oro: todo lo abandona; todo lo descuida: los ruegos de la madre tierna ó de la inocente esposa, no lograrán separarlo de la peligrosa senda. Escucha sin conmoverse el ¡ay! tristísimo de sus hijos que lloran entregados al hambre y á la desnudez; desprecia los consejos de la amistad y de la experiencia, y se burla de esa sociedad que tanto lo juzga y maldice. Pero qué le importa, si al fin tiene oro, y tal vez pronto será dueño de una fortuna inmensa que no tardará en desaparecer nuevamente?

Ved á ese perpetuo compañero del vicio, que ya en pié ó sentado se encuentra al derredor de una mesa que ostenta, no el producto obtenido por medio de un trabajo honroso, sino el precio de la fullería y del embuste. Vedlo, apenas respira cuando el *tallador* con imperturbable calma cor-

re la baraja. Llega otro momento: qué pasa? por qué se contrarian las facciones de unos y se retrata la alegría en el semblante de otros? Por qué se escuchan entonces blasfemias y maldiciones, mientras que la risa y el júbilo por otra parte como que se esmeran, podemos decir, en exacerbar mas los angustiosos momentos de aquellos incautos que ven desaparecer la perspectiva divina que á su vista se presentaba. Lamentable error! funesto vicio! contagio terrible! Al jugador podemos llamarlo un ser exepcional, en quien jamas existirán los sentimientos. Es lo mismo para él consumir la hacienda propia que la agena: empeñaria con una temeridad sin ejemplo su honor, su porvenir, su bienestar, y aun el de sus mismos hijos, ante la idea deslumbradora de una ganancia efímera; y sin embargo, al juego se le da proteccion, se tolera, si no es que por él se admite una retribucion vergonzosa.

Y esto es propio de las naciones que blasonan de cultas? No: los gobiernos deben intervenir para arrancar de raiz mal de tanta trascendencia: no descansen un momento; vigilen por el porvenir de las sociedades, que á no dudarlo, marcharán á su decadencia, siempre que se autorice con un silencio digno de interpretacion desfavorable esa pasion maldita, que comienza por un pasatiempo y termina en la degradacion y en la infamia. Guerra sin tregua á ese vicio detestable! y

entonces habrá llegado el momento en que el hombre, muy distante de la idea del crímen y sin encontrar quien secunde sus miras de holganza y de ambicion, se dedicará al trabajo, consiguiendo así vindicarse ante la sociedad que lo ha proscrito.

Concluiremos este capítulo copiando textualmente las palabras de un concienzudo escritor:

"El jugador, dice, no deberia tener lazos ningunos que lo ligasen á la sociedad: sus padres deberian morir antes de verle sumido en esa senda fatal: no deberia tener ni parientes, ni hermanos, ni esposa, ni hijos.... deberia vivir solo, enteramente solo en el mundo: así no arrastraria en su desgracia á los desdichados seres que forman su familia, y que son mil veces mas desgraciados que él mismo!"....

CAPITULO XIX

ESCEPTICOS

CUADALAJARA, la segunda capital de la República, por su numerosa poblacion, así como por sus elementos de riqueza, guarda en su seno algo que le impide utilizar los medios de que dispone para su bienestar y engrandecimiento.

Este algo, este cáncer que la mina lentamente, no solo es propio de la capital de Jalisco: mal es de que adolecen todas las grandes poblaciones, y que desgraciadamente va extendiendo su poder exterminador aun á los lugares mas insignificantes.

En efecto: el egoismo del rico que comercia de una manera descarada con la necesidad del infeliz,—aunque á este le hace creer que trabaja por mejorar su suerte y por separarlo del estado miserable en que se encuentra,—no es otra cosa que un criminal indiferentismo, verdadera causa

por lo que el infatigable obrero, comenzando por sentir una especie de desconfianza, concluye sucumbiendo en la mas triste inaccion.

Nosotros preguntamos: ¿A quién debe el rico el capital que posee? No todos lo han obtenido como un legado de sus antepasados: los mas lo deben al sudor del pobre, alimentado constantemente con la necesidad. ¿Por qué entonces no hay proteccion para esos hombres? Por qué se les deja entregados á su suerte desgraciada? Por qué se les olvida? no forman parte de esa gran familia llamada humanidad?......................

Vergüenza causa decirlo! La opulencia no comprende su verdadera mision, ó por lo menos se desentiende de ella: no se quiere que el dinero enmohecido en los cofres del potentado, pase á la miserable pocilga que sirve de habitacion al pobre, no: concienzudamente hablando, no hay ley que autorice ese comunismo cuya práctica, aun en nuestros tiempos, siempre provocó fieras hecatombes; tampoco que se proteja al vicio y á la indolencia; no se intenta que la holganza llegue á ser la dominadora; esto equivaldria á solicitar la ruina de las sociedades, que forzosamente tendrian que sucumbir, sin el auxilio de esa sávia vivificadora llamada "el trabajo." La humanidad es una gran máquina, que con su movimiento continuo proporciona el adelanto y aun el perfeccionamiento. Quién seria aquel que propusiese la

paralizacion de este movimiento? quién el que publicara que yacia sumergido en el marasmo? Ninguno ciertamente; pero llegado el caso, habria proteccion para tal ser?....

No se quiere que vivan niveladas la pobreza extremada con la comodidad exagerada; pero creemos que nunca seria perjudicial la mediocridad; de esta manera, se evitaria ese cúmulo de males que surgen de la miseria; miseria que haciéndose intolerable en ciertos momentos, proporciona cuando menos se espera la ruina total de una familia, unida á la deshonra mas vergonzosa.

Las leyes no deberian juzgar con tanta severidad al que rodeado por una situacion difícil de salvar, se rinde ante la tentacion halagadora. En nuestro concepto es preciso que se establezca distincion entre aquel que entregado á un trabajo constante no puede subvenir á sus necesidades, y el que ageno de todo sentimiento y siendo perpetuo amigo de la pereza, procura satisfacer su holganza, aun recurriendo á medios reprobables.

El instinto de la propia conservacion indica al hombre en ciertos momentos, que condenado á una muerte cierta, tiene que evitarla; el grito de los hijos que piden pan con que saciar su hambre, es escuchado de una manera mas desgarradora por el padre de familia, cuando ve abatida su fuerza moral, cuando su trabajo no es recompensado dignamente, y cuando á pesar de los supremos es-

fuerzos que ha hecho entregado á su desesperacion, nada consigue. Qué hacer entonces? ha llegado el momento terrible: una voz siniestra se escucha: el genio de la fatalidad bate sus alas, y por último un pobre ser marcha á la mazmorra oscura del infortunio, y tal vez en seguida al patíbulo....!

La multitud depravada lanza entonces su fallo maldito, y envuelve en su insultante carcajada el último adios de aquel que criminal ante los ojos de turba tan prostituida, llega al dintel de la tumba saboreando la hiel de los recuerdos. ¡Pobre ser!

Ya veis el funesto cortejo de vuestra ambicion, egoistas desalmados; reflexionad un momento; ¡cuántas víctimas habrán caido por vuestra causa bajo la cuchilla fatal! Pero aun es tiempo; no se os quiere reducir á la nada ni que hagais donacion absoluta de vuestros tesoros; pero ya que sois los protegidos de la suerte, haced algo en favor de esa humilde clase obrera, por la que atesorais tanta riqueza: recordad que vuestra fortuna la debeis al pobre, y que por lo mismo es acreedor á la recompensa: sed agradecidos; alentad en su triste peregrinacion á esos infortunados seres para quienes la vida es una especie de anatema; salvadlos; y entonces ellos os colmarán de bendiciones, y harán que sus hijos pronuncien vuestro nombre con respeto........

Continuemos:

Son las nueve de la noche: los comerciantes han

cerrado sus tiendas y almacenes: los portales se miran solitarios.

En la plaza principal se encontraban varias personas conversando en voz baja.

El silencio era sepulcral, la soledad imponente....

Los vigilantes, envueltos en una especie de capa negra, permanecian medio recostados en algunas puertas de los sombríos edificios.

Ahora bien; en la hora que indicamos, los afectos al desórden comenzando á salir de sus habitaciones, se dirigen en busca de algo que pueda impresionarlos—como ellos dicen.

Aquella es la hora de las orgías y de los crímenes misteriosos; "hora de felicidad" como la llaman los que viven sumergidos en la crápula mas escandalosa.

Ya escribiremos nuestros "Misterios de Jalisco." Para entonces citamos nuevamente á nuestros lectores. Por ahora nos es preciso seguir nuestra narracion.

En un café, y sentados al rededor de una mesa, se encontraban algunos individuos, que por su traje parecian pertenecer á la clase aristócrata.

Todos saboreaban una copa de *cognac*, y en sus semblantes pálidos se retrataba cierta sonrisa estúpida.

El Lic. Callejas, á quien ya conocemos—recuerde el lector que visitaba el escritorio de D. Alva-

ro—estaba entre aquellos discípulos de Baco, y así les hablaba:

—Amigos: he recorrido toda la escala social: soy licenciado y militar tambien: á mi aptitud se han confiado ya varios juzgados, y durante las guerras de Independencia desempeñé en el ramo de hacienda comisiones muy difíciles. Ademas, octuve el grado de coronel, cosa que debo únicamente á mi pericia y valor: hoy es otra cosa; soy vago titulado; pero qué me importa? he gozado tanto que ya nada hace en mi alma impresion; todo lo veo con el mayor desprecio. Qué bien decia el virtuoso y sabio Rey: "Vanitas vanitatum" Sí, todo es vanidad y farsa, nada mas.

—Perfectamente, respondió apurando un trago otro de la reunion: era el licenciado Choquezuela.

Callejas continuó:

—Ahora, los jóvenes que apenas comienzan á vivir, esos sí deben gozar, y beber, y....

—Admirable! interrumpieron los presentes.

—El estudio, advirtió Callejas: vaya una ocupacion! aprender lo que otros locos han dicho; profundizar cuestiones que para nada sirven: esto no es racional, queridos: todo es una solemne mentira; la verdad no existe.

Una profesion, un título; y para qué? para no registrar mas un libro. ¡Invencion maravillosa! y esto nos abrirá las puertas del porvenir?

Mis amigos, tampoco creais en el honor de un

militar: morir porque otro viva, no es lógico. Convertirse en instrumento de la ambicion ó en verdugo del miserable, es muy ridículo: qué otra cosa es la milicia, si no un bandidaje descarado?

Cuando veo á esos pedantes de bota fuerte, y de pantalon blanco, luciendo su boton dorado, y su *fouet*, no puedo menos que reirme en su presencia: en qué piensan? qué hacen? nada: de esto tenemos un ejemplo en el Capitan Armando, vaya un bruto! para nada sirve; y sin embargo, los soldados le tributan respeto, y el pueblo lo aclama: ¡qué bárbaros!

Ahora, hablando aquí *entre nos*, una magistratura es útil; así como un juzgado deja su buen producto: porque por ejemplo, cuando la mujer no tiene honorarios que rendir por su *conjunta persona*, paga de una manera mas liberal.... ya me comprendeis.... y las *travesurillas* del rico se cubren con moneda corriente.

Qué quereis? este es el mundo: aquellas palabras "ciencia," "reputacion," "honor," etc., nada valen; no son otra cosa que vanas "fórmulas:" "vanidad de vanidades."....

Brindemos porque hemos llegado á comprender que nada es cierto.

—Ni lo divino, gritó un jovencito propio todavía para ir á la escuela, llamado Celso.

Choquezuela, bastante *inspirado* por el *cognac*, y abriendo mas sus inyectados ojos, preguntó:

—Ya que se habló de lo divino, decidme, creeis en la religion?

—Sí, replicó el mismo que antes habia disparatado: creo que la religion es buena para los frailes á quienes proporciona con que subsistir, así como para los notarios, las beatas y los sacristanes.

—Alto, amiguito, dijo Callejas: de religion solo puedo hablar yo, que he leido á Voltaire, á Rousseau y á Volney; esto no quiere decir que no haya consultado á Spinoza, así como á D'Holbach, Lamenais, Pascal, y en fin, á todos los partidarios del panteismo, del politeismo, y del ateismo: con que así no nos ocupemos de la religion: dejemos que cada uno crea lo que quiera, pues esto nada nos importa: lo que será no lo sabemos; yo creo en lo positivo, es decir, en el presente: si hay ó no otra vida será cuestion posterior: por ahora, otro ataque al *cognac*.

Todos chocaron sus copas.

Un jóven demasiado alto y de mirada diabólica, apellidado Zabayeta, exclamó:

—Brindo, compañeros, porque la tolerancia en las creencias sea una verdad y porque nosotros continuemos siendo de los privilegiados que en nada estiman *el mas allá*.

—Bravo! bravo! gritaron todos.

En seguida, Choquezuela, levantándose de su asiento, brindó por su patria, así como por la liber-

tad y el progreso. Una carcajada irónica fué la contestacion á las palabras del patriota.

—Por qué os reis? preguntó indignado Choquezuela.

—No hay que hacer caso, respondió Callejas: veo que estos jóvenes adelantan mucho con mis lecciones.

—Bien; pero la educacion prescribe ciertos miramientos.

—Miramientos! sirven tanto ellos, como el nombre de la patria á quien invocais: la patria está en el vientre, compañero. Ahora, qué quieren decir esas palabras independencia, libertad, progreso, etc., etc. Solo sirven para que los crédulos caigan en la red que les tienden los ambiciosos.

—Conciudadanos! repuso Choquezuela, yo soy demócrata: amo al pueblo por conviccion, quiero la eterna independencia de mi patria, y creo que la libertad es nuestra mejor garantía. Viva la libertad!

Otra carcajada mas prolongada que la primera, se dejó escuchar, y haciendo uso de la palabra el Lic. Callejas, habló en estos términos:

—Señor Choquezuela, los presentes estamos en nuestro derecho y os suplicamos no nos hagais la ofensa de querer disimular con nosotros: en buena hora que pongamos en juego nuestra palabrería siempre que con ella podamos alcanzar nuevos goces: estamos ciertos de que lo que decís es

muy distinto de lo que pensais, es preciso hablar con franqueza, somos enemigos del sacrificio y no nos gustan ficciones.

—Muy bien; tal es nuestro modo de pensar, gritaron aquellos imbéciles.

Un individuo de la reunion, llamado *Sancho*, subiéndose á una silla y dejando ver su cuerpo pequeñito, dijo:

—Es preciso que rindamos un tributo á las bellas; propongo un brindis en pié por aquellas á quienes hasta hoy hayamos podido engañar.

—Bien pensado: por ellas! murmuraron los demas, dejando escapar de sus inyectados ojos miradas lascivas.

La ambicion de goces se despertaba á cada momento.

Las copas se reponian nuevamente.

Terminado este brindis, Choquezuela pidió que se le escuchase.

Todos prestaron atencion.

Oigámosle nosotros tambien:

—Mis amigos: la vida que llevamos es muy agradable, pero sumamente costosa. Para seguir gozando, nos es preciso proporcionarnos recursos pecuniarios: os voy á dar un buen consejo: procuremos sacar partido de las intrigas políticas; ellas me han proporcionado siempre cuanto he querido: salgamos de la tutela: ya que hasta ahora hemos trabajado por otros, de hoy en adelante trabaje-

mos por uno de los nuestros: cooperemos á esta grande obra, y apuremos una copa porque uno de nosotros sea gobernador de Jalisco en el próximo período: así habremos asegurado nuestros goces por cuatro años.

—Bravo! exclamaron los oyentes, y con ellos un individuo que acababa de llegar, llamado Fernando Charcos: el inventor del pensamiento, merece nuestro voto; sí, él será gobernador.

Charcos, era el gefe del partido Choquezuelista.

***

Aquellos hombres siguieron brindando tanto, que llegó un momento en que perdiendo el uso de los sentidos, cerraron sus párpados y se acostaron en los asientos inmediatos.

Choquezuela, aun mas ébrio que los demas, estaba tendido en el suelo, y con voz aguardentosa decia entre dientes:

—Yo seré gobernador...... de Jalisco...... para eso......... cuento con todos mis........ amigos y si no quieren les........ he de hacer .... una oposi........ cion tan........ ten........ az que........ no ha de........ ser verj........ el der........osas, ni colch ....on........ de........ plumas...... sug........ obierno.

El futuro gobernador Choquezuela habia llegado al estado del embrutecimiento.

Sin embargo, á otro dia era proclamado públicamente.

En tanto que Choquezuela y comparsa, duermen la *zunga*, como llama á la embriaguez un conocido nuestro, sigamos al Lic. Callejas, quien despertando un cuarto de hora despues de su somnolencia idiota, y saliendo de aquel lugar de prostitucion y escándalo, encamina sus pasos hácia la plaza de la Universidad, despues dá vuelta á la calle que mira al Oriente, se dirije al puente de San Juan de Dios, y por último se pierde entre las diversas callejuelas.

Hombre malvado en toda la extension de la palabra, callaremos por respeto á la conciencia pública las diversas escenas repugnantes que tuvieron lugar en las casas que visitó esa noche antes de llegar á su propia habitacion.

A las tres de la mañana, Callejas atravesaba el paseo; siguió despues por una calle, llamada de la Garita de San Andrés, anduvo otras varias, dió vuelta al Norte, y llamó á la puerta de una miserable casucha.

La puerta se abrió.

Una señora, que inmediamente revelaba pertenecer á una familia distinguida, salio á recibirle; era la esposa del Lic. Callejas: su vestido humilde y su rostro pálido daban á conocer inmediatamente el sufrimiento.

A la débil luz de una pequeña lamparita, colo-

cada sobre una mesa rinconera, podia examinarse aquel albergue de la miseria.

Todo el ajuar se componia de cinco sillas, colocadas sin órden, y cuyo uso habia sido excesivo.

Dos rincones opuestos eran ocupados por dos camas, cuyos colchones y abrigos estaban demasiado asquerosos.

Junto á la puerta, y unida á la pared, habia una pequeña cómoda, encima de la cual se notaban exparcidos varios libros.....

He ahí aquel cuadro de horror que jamás arrancó á Callejas un solo suspiro.

Las lágrimas de su buena esposa y de sus inocentes hijos nada valian.

El licenciado reservaba lo poco que podia adquirir para malgastarlo con sus malévolos amigos.

En la calle era el hombre cortés y caballero.

No así en su casa, donde reñia con aspereza y se dejaba arrebatar por los ímpetus de la cólera.

Pobre mujer! sufria en silencio su amargura.

Desgraciados hijos! jamas habian sentido las caricias de su padre.........................

Los hombres como Callejas abundan por todas partes: hijos de la malignidad, se bautizan expontáneamente, con el nombre de "Escépticos" nosotros preguntamos: de dónde viene este escepticismo? Claro es que de la conveniencia ó de la prostitucion: esta última, brindando con los goces de una vida descarriada, concluye por hacer del hom-

bre un ser desprovisto de sensibilidad. Llegando á tal extremo, nada será capaz de detenerlo en su carrera de infamia: predicará por todas partes sus perversas doctrinas, narrará como nadie los episodios mas escandalosos, y sacrificando á los placeres su vida, y aun la de su familia, bajará al sepulcro odiado y maldecido.

Estos seres son una verdadera calamidad! Ay de las buenas costumbres si se multiplicase su especie!

***

Los escépticos! cuántos males no originan á la patria! qué de lágrimas no se han vertido por su causa?

Por ellos se han perdido reputaciones eminentes, pues si no conocen el amor patrio, sí manejan con una habilidad admirable su ponzoñosa lengua y empañan la honra del ciudadano mas respetable.

Son una calamidad espantosa en las sociedades, escoria social, cuya maléfica influencia prostituye la vivificadora idea del progreso y detiene los avances de la civilizacion.

Azotes perpetuos de la humanidad, afrenta del siglo, sarcasmos vivientes, detened vuestro pesado paso, no sigais adelante siendo la burla del buen juicio y el desprestigio de vuestra patria.

Mas reis? Bien, reid en buena, hora reid; "el

mundo marcha" y despues del anatema de la humanidad, escuchareis la maldicion de Dios: ella confundirá vuestro renegado ser apartandoos del mundo real, donde jamas debiais de haber estado, para relegaros al abismo del desprecio, de donde no saldreis, seres malditos; sí; entonces al veros caer, la sociedad responderá á vuestro adios último con la carcajada burlesca que mereceis, sectarios del vicio, enemigos del hombre.

CAPITULO XX

CONSECUENCIAS

INUTILES han sido los esfuerzos que el desventurado Jorge ha hecho por ver á Clemente.

Pero al contrario, éste, precavido como la mayor parte de los criminales, no pierde de vista á su víctima.

Una tarde lo distingue á lo lejos, y procurando esquivar un encuentro, estravia su camino, y precipita la marcha.

—No me encontrarás, Jorge, decia aquel infame. Ah! si supieras que D. Alvaro ya tiene noticia de tus gracias? pobre amigo mio: pronto estarás en lugar seguro.

Sigamos escuchándolo.

—Cómo me sonríe la fortuna! continuaba despues: qué tacto, qué gracia tengo para mis calaveradas! y no hablemos del juego, porque allí sí que nadie puede igualarme; cuando recuerdo que el *As*

vino á la puerta, y que gané un siete *mozo*, ganas me dieron de hacer una *picalugada.*

Qué alegría sentí en aquellos momentos! ya parece que veo á mis contrarios con su rostro pálido y esperando el feliz momento: pero nada; ellos pierden, y el dinero pasa á mis bolsillos. Cuadro hermoso por cierto!

Un nuevo albur; caballo y dos: se hará la chica, digo para mí; qué diablo! y poniendo en seguida cuanto tenia, espero que la suerte siga protegiéndome: corre, dice el tallador, y á poco viene la contraria; maldita suerte!

Con tales reminiscencias seguia preocupado Clemente, cuando observa que dos individuos caminaban en acalorada conversacion y á corta distancia de él.

Eran D. Alvaro del Bastion y Guzman su tenedor de libros.

—Qué veo! exclamó Clemente, sí.... no me engaño; ellos son; parece que se dirigen á la casa de Jorge: bien, bien: mi carta ha surtido sus efectos; pero entretanto que nuevas cosas se preparan, juguemos el último resto; y diciendo esto, penetró al lugar en que D..... Tolsa, tenia establecido su burlote.

Abandonemos por un momento á este ser depravado, que mas tarde pagará muy caro su criminal conducta, y sigamos los pasos de Guzman y de D. Alvaro.

—Ya vereis, señor, advertia el primero, cómo es un mal informe el que habeis recibido; conozco muy bien al cobrador: no es posible que haya cometido accion tan indigna.

—Creo que no teneis razon, amigo Guzman, yo aseguro que este infame ha dispuesto del dinero.

—Nunca, continuó el tenedor, accion alguna ha monoscabado la buena reputacion de que goza Jorge; me consta que aborrece de muerte el juego.

—Se interesa vd. mucho por ese pícaro. Olvida vd. que nuestra juventud está muy prostituida?

—Lo sé bien; pero es preciso hacer algunas excepciones: tal vez en ellas se encuentre comprendido el cobrador: ya vereis, señor, añadió Guzman, como á nuestro regreso lo encontramos desempeñando sus tareas.

—Dios quiera que no os equivoqueis! contestó suspirando D. Alvaro; porque yo no puedo perder ni un centavo; esos pagarés me harian una gran falta.

—Bien pronto se convencerá vd., replicó Guzman, de que la tardanza de Jorge nada tiene de extraordinario, máxime, cuando en esta vez el cobro debe haber presentado grandes dificultades.

—Guzman, el aviso es cierto; Clemente será faltista, paseador, y cuanto vd. quiera; pero su gran cualidad es ser honrado: ya se ve; pertenece á una familia de nobles antecedentes, mientras

que Jorge........ no tiene moralidad ni instruccion: en fin.... es clase media.

El usurero ofendia de una manera cobarde á esa clase privilegiada de la sociedad, que sirviendo de equilibrio á la ínfima y á la aristócrata, es la mas sufrida, la mas desgraciada; y sin embargo, no se comprenden las grandes virtudes que la adornan, ó mejor dicho, se desprecian. Por quiénes? Acaso por los hombres de criterio, y partidarios de los sanos principios? Acaso por aquellos seres dotados de sensibilidad? Causa tristeza que en el siglo de la luz y en país eminentemente democrático, la ignorancia envuelta en el ridículo blason, aun pretenda ser la dominadora. Cuál es aquella ley que autoriza semejante aberracion? En qué principio se funda tan ridícula preponderancia? Por qué se quiere que la clase media, verdaderamente digna de consideracion, viva humillada? Cuáles son los títulos de esa nobleza improvisada? De quiénes los legaron? El oro; jamas podrá establecer distinciones: la independencia de las clases es un absurdo de la necia supersticion: tod... acreedoras á los mismos derechos: todas deben tener por norma la ley; respetarla y defenderla: los bienes de fortuna no hacen al hombre mas virtuoso, ni puede decirse que en ellos se encuentra el solaz del alma. No; la paz del corazon reconoce un noble orígen: las bellas acciones; sí, ellas constituyen el mejor adorno, la mayor riqueza; y sin su

auxilio el hombre nada vale ni podrá valer jamas. Hablando en tésis general, podemos decir que en la aristocracia existe el gérmen de la discordia y del vicio; ábrase la historia, ella nos recordará nombres que la posteridad recuerda con horror: allí veremos á la envenenadora Lucrecia, al prostituido Felipe II, á la crapulosa Valeria Mesalina y á otra multitud de seres cubiertos por medio del crímen. De qué sirvieron tales entes? qué ejemplo legaron al porvenir? En verdad que nada de esto podrá decirse de la clase media: ella sufre silenciosa, resignada, y se empeña constantemente en mejorar su condicion sin ocurrir á otro: el trabajo es su única herencia, vedla: ella con su inteligencia sostiene ese lujo del poderoso, ella siempre camina á un fin, este no es otro que contribuir con su grano de arena á la reposicion del edificio social, que yace muchas veces entre escombros, gracias á la polichinela aristocracia, que ignorante por demas, pero eso sí provista de una gran dósis de nécio orgullo, oprime á la inteligencia, valiéndose de la fuerza bruta.

Clase virtuosa! clase media! prosigue tu camino, no desmayes ante la idea del sacrificio; si el presente es triste, en cambio la esperanza te saluda y el porvenir te sonrie. Adelante!.........

D. Alvaro del Bastion y Guzman habian continuado en sus apreciaciones: el primero reprochando la conducta observada por Jorge, y el se-

gundo defendiendo á este de una manera decidida.

Mientras que una escena conmovedora nos espera, marchemos á la casa de la señora Adelaida, quien ha recibido del mendigo Antonio una carta.

Esta le era enviada por Duran, quien se habia valido de tal medio para anunciar préviamente su llegada.

Al mismo tiempo, el tenedor de libros y D. Alvaro se presentaban en la casa de Jorge.

—Qué quereis? preguntó al verlos Nicolasa, la fiel criada á quien ya conocemos: sois alguaciles? Bah! buen chasco os llevais, hombres de pluma.

La carta que ya habia leido la señora Adelaida terminaba de esta manera:

"Por fin el cielo parece compadecerse de mis desgracias; pronto estaré en compañía de ustedes.

"*Francisco Duran.*"

Estas últimas palabras producen en la madre de Jorge emociones tan variadas que se demuda: ya se agita, su placer es indescriptible, sus fuerzas parecen reanimarse: por fin la esperanza renace en aquel desgraciado ser que parecia condenado á perpetuo martirio, y haciendo un esfuerzo supremo dobla sus muy débiles rodillas, y despues de elevar á Dios una ferviente plegaria, exclama con voz trémula y cayendo nuevamente en su humilde lecho:

—¡Jorge! Jorge! vive tu padre!

Hijo mio, repetia la excelente madre, la Prov

dencia ha tenido piedad de nosotros; pronto estrecharemos á tu padre.

D. Alvaro y Guzman, conducidos por Nicolasa, pueden escuchar los anteriores razonamientos al ir á penetrar á la pieza donde yacia postrada la enferma, y entonces, movidos por la curiosidad se detienen y pueden oir á la señora Adelaida, quien continuaba diciendo:

—Duran, Duran; tu regreso me trae la felicidad; ven, no tardes.

D. Alvaro palidece, aquel apellido le recuerda una historia terrible; por eso se confunde y tiembla como un niño.

Por su imaginacion cruzan instantáneamente mil ideas.

Un porvenir de miseria se presenta á su vista.

—Será el mismo? decia para sí el infame negociante, me habrá engañado mi corresponsal....?

—Estais malo, señor? preguntó Guzman al notar la inquietud y turbacion de D. Alvaro.

—No, amigo mio; pero....... quisiera deciros.......

—Hablad, señor.

—Recordais aquel depósito que forma la cuenta del folio 21?

—Sí, señor.

—Pues bien, ese depósito, pertenece á...... Jorge.

—Magnífico! respondió lleno de contento el tenedor, creo que se lo entregaremos, no es verdad! "Al César lo que es del César"

—Silencio! replicó violentamente D. Alvaro; la fortuna estará en vuestras manos, pero callad por Dios.

—Explicaos, señor: no entiendo lo que quereis decirme.

—Ignorais acaso que las oportunidades no deben despreciarse? Si pretendeis ser rico, tened prudencia, dejadme obrar, y entonces vereis los resultados de un buen negocio.

Al oir tales palabras Guzman, se sorprende y exclama involuntariamente:

—Pobre Jorge! dueño de una fortuna y sufriendo tanto!

La señora Adelaida leia por segunda vez la carta que habia recibido.

La esperaba una dolorosa impresion.

Guzman y D. Alvaro instintivamente fueron penetrando á la pieza.

Al verlos, dice la madre de Jorge:

—Señores, á qué debo tan alto honor?

Aquellas palabras no fueron escuchadas.

Ambos individuos continuaban preocupados en su conversacion.

—No responden, exclama tristemente la enferma.

—Brillante idea! decia *in menti* el agiotista;

pero no: fácil es que todo se pierda, es preciso asegurar el golpe: ese maldito acreedor deberá presentarse de un momento á otro; si entrego el capital me arruino. Está decidida la cuestion: continuó despues, no daré un centavo: tengo mucha confianza en mi abogado.

Guzman por su parte pensaba tambien de una manera séria en el partido que deberia tomar.

—Cometer un crímen? se preguntaba, nunca! Ah! bien decia yo: D. Alvaro es un infame: un ser indigno; quiere robarse el depósito que se le ha confiado y que yo sea su cómplice: ahora comprendo por qué la cuenta de Duran está sin cerrarse; si pudiera destruir las maquinaciones perversas de este hombre!....

—Señores, acercaos: hablad: gritó haciendo un esfuerzo supremo la enferma al ver el silencio en que estaban sumergidos los recien llegados: habeis enmudecido? la debilidad me habrá trastornado tanto? Nicolasa, añadió; convénceme, qué pasa en mí? Qué pretenden estos señores? Son simples visiones de mi mente? Dios mio! Dios mio! y continúan en su misma actitud; su silencio me mata.

No respondes, Nicolasa? tambien tú? Oh! todos conspiran contra mí: qué mal os he causado? por qué no teneis compasion del triste estado en que me encuentro?....

Guzman, por fin se ha propuesto destruir las malignas intenciones de D. Alvaro.

Al contrario, este último, no retrocede ante la idea de perder al cobrador.

Trascurrieron algunos instantes.

El negociante y su tenedor, saliendo de profundas reflexiones, se dirigen á la señora Adelaida y la saludan cortesmente.

Minutos despues, Jorge, con la mirada descompuesta, el vestido en desórden, entregado á la desesperacion y presa de la mayor inquietud, entraba á su casa gritando:

—No lo encuentro! no lo encuentro! maldito sea! maldito!

Llega despues al lugar donde su virtuosa madre le espera.

Al ver á D. Alvaro y á Guzman, palidece, se agita, y con acento desgarrador murmura:

—Ellos!! mi madre!!

D. Alvaro lleno de indignacion, toma del brazo al cobrador, y con insultante voz le dice:

—Miserable! jugador! vil!

—Jugador mi hijo? replicó asombrada la enferma.

—Sí, jugador: abusando de mi confianza ha dispuesto del último cobro; canalla! insolente!

—Perdon! perdon! exclamó con suplicante y tiernísimo acento aquella desventurada mujer.

—Hablad, Jorge: qué habeis hecho? preguntó Guzman con marcado interes.

El cobrador permanecia en silencio.

La señora Adelaida imploraba clemencia.

—Mi hijo no puede haber cometido tal infamia, advertia; pero si no fuese así, perdonadle, señores, perdonadle.

—Infame yo? tu hijo? no, madre mia: nunca.... nunca....

Aquel infeliz no pudo seguir defendiéndose: la palabra se ahoga en su gagarnta: el temor le oprime: la vergüenza le acobarda: sus facciones se trastornan cada vez mas.

—Disculpaos, Jorge: os habla vuestro amigo, dijo el tenedor.

—Amigo le llamais á ese perverso? contestó D. Alvaro: no veis que su silencio y turbacion lo acusan? ignoraba acaso que el juego es el primer escalon del cadalso? Hombre sin honor! gritó colérico D. Alvaro, y dirigiendo á Jorge una mirada terrible: tendrás que acordarte de mí!

El cobrador intenta disculparse, mas no lo consigue.

Pronto su cerebro irá á perderse en el abismo tenebroso de la locura.

Infortunado ser!

La desventurada madre no resiste ante tamaña impresion; su espíritu se abate, su semblante se demuda instantáneamente.

Por último, lanza un ¡ay! tristísimo y dice:

—Jorge! hijo mio! estás deshonrado; no hay misericordia para tí: te llama vil.... Dios.... mio.... compa.... décete.... de.... él......!

Un síncope terrible se apoderó de la enferma.

—Madre mia.... no me abandones, exclamó el infeliz Jorge:.... apartaos.... profanos.... no la mireis el rostro.... os detesto.... malvados.... su vida.... su vida... Deshonrado....! no, no.... mi frente permanece limpia.... miserables.... asesinos.... huid!!

La inteligencia se habia eclipsado en un momento.

Una horrible carcajada pudo escucharse.

Jorge estaba loco.

En ese momento un individuo apareció en la pieza en que tenian lugar aquellas escenas desgarradoras.

Era el Capitan Armando, que conducia una carta para Guzman.

Expliquemos este acontecimiento.

Una casualidad habia hecho que llegara á sus manos.

Tenia amistad con Jorge.

Este, un dia, recibió de Clemente un aviso funesto.

En él le participaba que "habia tenido la desgracia de perder el dinero, y que se dirigia á so-

licitarlo de algun prestamista, aunque fuese con el veinticinco por ciento."

Pues bien: tal carta, por un olvido de Jorge, se encontraba en poder del Capitan, á quien se la habia enseñado.

Este esperaba que se presentase la oportunidad para mostrarla á su vez.

Abrigaba una noble resolucion.

Salvar á Jorge.

Para conseguirlo, comienza por buscar á Clemente.

Perdiendo la esperanza de encontrarlo, se dirige á la casa de Jorge para darle un consejo, y se encuentra allí con Guzman y D. Alvaro.

Comprende lo que pasa.

Ve á Jorge delirante.

A una madre postrada en el lecho del dolor!

Qué hace entonces?

Entrega á Guzman el documento que atestigua la inocencia de su amigo, y se despide de aquella morada donde reina el luto y la desesperacion.

Guzman abre con ansiedad la carta.

Don Alvaro se acerca entonces á él, y le dice al oido:

—No olvideis que los papeles nos interesan.

—Perded cuidado, repuso el tenedor dejando escapar una sonrisa significativa.

—Jorge ya está perdido; replicó el usurero, confianza: la victoria es nuestra.

—Mentís, advirtió enérgicamente el defensor de Jorge: conoceis al verdadero criminal.

—Lo conozco, decís?

—Sí, señor: leed.

Y le mostró la carta.

—No puede ser, exclamó admirado D. Alvaro cuando concluyó la lectura.

—Ya lo veis, Clemente es el infame, el calumniador, pronto recibirá el justo castigo.

Jorge lanzó una segunda carcajada.

El tenedor, condolido de su triste estado, se aproxima á él y lo abraza lleno de ternura.

El infame usurero, queriendo aprovecharse de momento tan favorable, se dirigió disimulado al lugar en que se encontraban los papeles que poco antes habia entregado el mendigo Antonio á la señora Adelaida.

Observando tal intencion, Guzman se apodera de ellos, y apartando á D. Alvaro, le dice con ademan resuelto:

—No hurtareis, malvado.

—Mirad, respondió temblando aquel infame, que esos papeles constituyen mi fortuna, mi felicidad.

—La fortuna y la felicidad se encuentran solo en la paz de la conciencia.

Al escuchar tales palabras, el usurero gritó despechado:

—No me importa lo que de mí se diga: al fin aun tengo oro, y si quiero podré vengarme.

Nada habia logrado en esta vez la ambicion.

El mendigo Antonio, apareció nuevamente llevando consigo una carta que puso en las manos de Guzman.

Sin poderse explicar lo que observa, sale inmediatamente de aquel lugar diciendo para sí:

—Parece que Jorge ha perdido el juicio: la señora dormia; Guzman y D. Alvaro hablaban acaloradamente; qué habrá en esto? avisaré á D. Francisco, sí: él tal vez podrá descubrir la verdad.

Con tal resolucion, el mendigo apresuraba el paso. Guzman leia la carta. Don Alvaro estaba confundido.

Jorge seguia en su mismo estado de demencia.

Nicolasa cuidaba de la señora Adelaida, que apenas habia comenzado á dar señales de vida.

—La usura no puede traer nunca buenos resultados, dijo Guzman á D. Alvaro concluyendo de leer: se me comunica que la casa de........ se ha declarado en quiebra.

—Maldicion! exclamó el usurero: maldicion! se han propuesto arruinarme, qué va á ser de mí con tanta pérdida?

Y sin despedirse, toma su sombrero y sale precipitadamente de la casa de Jorge.

CAPITULO XXI

SENTIMIENTOS POPULARES

VOX POPULI VOX DEI: ved un axioma que no tiene ninguna práctica; pero que encierra verdades palmarias: verdades que siempre saldrán triunfantes ante las necias discusiones é interpretaciones del sofista.

Pero ese axioma jamas se ha llegado á comprender, por eso los pueblos marchan y marcharán á su ruina y legarán á las generaciones venideras, tan solo el dolor y el infortunio.

Esta voz no es aquella que se deja escuchar entre la turba tumultuaria, ni entre la rechifla ó aplausos de los espectadores; no es tampoco la que concurriendo á sostener opiniones contradictorias, concluye por sembrar la discordia entre los que se llaman ilustrados; no: ella encierra la solemnidad, la grandeza; ella aprueba los hechos dignos de enaltecerse, ó condena públicamente á los enemigos del órden y del progreso.

En las escenas que vamos á referir, encontraremos á ese que impropiamente se le llama único digno de llevar el nombre de pueblo, manifestando los sentimientos que le agitan, así como sus preocupaciones y errores, todo lo cual es como si dijéramos el punto de partida, para poder establecer un juicio que tal vez suministre mas tarde datos útiles, y aun si se quiere necesarios.

Dígnense nuestros lectores seguirnos á uno de esos lugares que se llaman cantinas.

Allí se reunen el vago, el ébrio consuetudinario, el tahur, el empleomanaco, el usurero, el escéptico, y en fin, todos aquellos que son la verdadera escoria, el desprestigio ambulante, la gangrena que infecta la atmósfera de las repúblicas.

Varios individuos se encuentran reunidos en aquel lugar desde la oracion de la tarde.

—Qué hay de nuevo, *vale*? decia un hombre alto, con calzon y camisa de manta, sombrero de palma, y que tenia surcada la frente por un enorme chirlo.

—Nada, respondió un hombrecillo flaco y cuya agilidad en sus movimientos sorprendia.

—Qué se dice por hay de *Perfirio*? volvió á preguntar el primero.

—Vaya: si ya los *politiqueros* lo tienen olvidado; y ademas *asiguran* que por de pronto, interesa mas trabajar por los del *munecipio*, y despues por la *gubernina*.

—Es verdad: *Perfirio* está lejos y los *Ayuntamienteros* no: esto no es tan malote; porque miéntras nuestras tiendas estarán abiertas, vendrán los *catrines*, nos darán vino y seremos sus *aparceros*.

—Sí, pero despues....

—Ah! despues nos echarán garra, y presentándonos con el gato grande, se nos dará en lugar de *proteicion*, cárcel y jueces, los cuales nos pelarán hasta el último medio; pero en fin, como el buen dia es preciso meterlo en casa, nada se pierde con armar *bullanga*.

—Qué opinion tienes tú? preguntaba al anterior, uno que ya se encontraba bastante ébrio.

—Yo, ninguna; pero es preciso hacer algo.

—Qué cosa?

—Seguir á alguno de los volatineros.

—Por ejemplo á D. Longinos?

—D. Longinos? si ese es muy miserable y solo da promesas.

—Pues entonces nos haremos *vallarteros*.

—Me *refunfuña* tal partido; es el del *maistro*, y ya sabes que es á quien se aborrece primero.

—Entonces serviremos al comercio.

—Cómo nos ha de pagar bien un imperialista?

—Luego no te ajustas con ninguno?

—*Aparcero*, donde vayan los otros *vales*, allí voy yo.

—Bien, bien! al fin que no tenemos bandera, eso se queda para los *avisados:* qué nos importa

que salga de gobernador D. Topete, ó D. Jimenez? ademas, que estos mata-sanos sabrán poner ventosas! pero de gobierno están muy *inorantes.*

Otro de los de la reunion habló de esta manera:

—Para nosotros, todos son iguales; no comemos como los *vendidos* con juzgados: ya verán, amigos; á la hora de la bola, algo se tiene, no es verdad?

—Sí, gritaron todos; somos partidarios de Martinez: ¡viva el tequila! Y en seguida dieron enormes tragos de una botella que se veia puesta sobre el mostrador.

He ahí á esa clase desgraciada de la sociedad, que viviendo siempre entre el vicio y la ignorancia, pasa las horas sin acordarse del ayer y sin pensar en el mañana. A esto se le llama pueblo soberano?.......................................

Cúbranse de vergüenza el rostro aquellos que por satisfacer sus innobles y criminales deseos, procuran que la palabra "educacion" sea siempre desconocida de ciertos seres desgraciados: por qué entonces pregonan tanto la moralidad y buenas costumbres, si dejan en el abandono á los que mucho debieran de proteger?............

. Traslad́emonos al teatro principal.

Allí se reune otra multitud que gusta de divertirse con las cuestiones políticas.

Artesanos en su mayor parte, rendidos de can-

sancio, y odiando á la aristocracia, se refugian en otra atmósfera; pero siempre experimentando mucho de aquello que se llama indiferentismo.

Estos son animados por los maestros del taller, quienes han llegado á ser comisarios de cuartel ó alcaldes.

Entre esta reunion se encuentran algunos aprendices de abogado, que deseando hacerse notables, procuran decir algun mal forjado verso ó una ruidosa arenga.

Y para complemento, dos ó tres que se llaman *políticos*, dirigen todo el asunto.

D. Teódulo Jamones, espiritista consumado—pues ya lo hemos dicho—y ademas, presidente del "Club Porfirista," se veia en la reunion.

—Se abre la sesion, dijo con aire de magestad.

Inmediatamente el jóven Perico pidió la palabra, y se expresó en los términos siguientes:

—Hemos consultado á todos los pueblos del Estado, y son de parecer que nuestro candidato para gobernador, sea el esclarecido médico Justo Pastor Topete.

Un individuo de bigote gris, en apoyo de la proposicion, habló así:

—El C. Justo Pastor Topete es un gran médico; honrado padre de familia, y ademas, cura "La sífilis" prodigiosamente.

Quién de vosotros no ha tenido ocasion de alabar su consumada práctica?

—Calláte, hablador; gritaron todos, nosotros no lo necesitamos, tal vez tú estarás....

Una algazara inmensa reinó por algunos momentos en el local.

El presidente llamaba al órden, pero nada conseguia.

Por fin, se apaciguó la tormenta.

Entonces el del bigote, prosiguió:

—No he dicho que esteis sifilíticos, únicamente quiero dar á entender que la patria necesita de la gran ciencia de ese hombre.

—Calla, infame, no prosigas blasfemando, gritó nuevamente la multitud; crees que la patria está sifilítica? fuera de aquí, fuera, animal.

—Señores, dijo entonces el presidente; fijaremos la cuestion; decidme, quereis de gobernador al C. Topete?

Todos guardaron un profundo silencio, excepto el del bigote y su amigo Perico.

—Elegís á otro? replicó Jamones.

—Sí, á tí, dijeron todos: y en seguida se escuchó una carcajada burlesca.

D. Teódulo tomando á lo sério el asunto, comenzó su oracion de esta manera:

– Ciertamente que los espíritus están de mi parte: ya Vespasiano y Galvani me lo habian indicado; no creo carecer de talento; pero para que veais que el interés no me seduce, renuncio el honroso cargo que se me quiere confiar, y á mi

vez propongo tambien á Topete, que, como bien sabeis, no solamente es médico, sino tambien *Justo y Pastor*.

Risas estrepitosas fueron el premio de tanta abnegacion.

Despues volvió á hacer uso de la palabra el simpático Perico....

En tanto que con su larga y fastidiosa palabrería disgusta á la mayor parte del auditorio, oigamos á dos individuos.

—Oye, Policarpo, qué piensas de este asunto? dec[illegible]o á quien llamaban D. Cándido.

—Yo! respondió el primero, qué quieres que diga? á mí no me parece que los *cataplasmeros* sean propios para gobernar.

—Al negocio, hermano, sepa ó no, lo que á nosotros nos conviene es guardar sumision.

—Sí? y por qué? yo tengo oficio y no necesito de auxilio.

—No seas tonto; es mejor ser empleado que sastre.

—Ya lo entiendo; pero la ignorancia no puede mandar bien, y si no, qué hubo con D. Antonio? ya no te acuerdas?

—Es verdad; pero Topete es médico.

—Médico! y qué nos importa? el sabrá de recetas; pero de gobernador está como yo.

—Pues entonces, por quién estás?

—Yo? por Vallarta.

—Vallarta! si ese hombre es un tirano.

—Enérgico, dirás; por eso me gusta: vale mas que uno solo nos gobierne, y no que varios malvados quieran sacar provecho.

—Dices bien: vámonos.

Los dos amigos salieron de aquel lugar.

La candidatura del médico habia sido desechada.

Sus partidarios quedaban cubiertos de ridículo.



En el mismo dia, y á la misma hora tenia lugar otra escena en el "Instituto de ciencias del Estado."

Veamos lo que pasa.

Despues de atravesar el pórtico y los espaciosos corredores, que ostentaban atrevidos intercolumnios de órden toscano, lleguemos á un salon decorado con exquisito gusto.

Al entrar, á la izquierda y en el fondo, se veia una extensa plataforma resguardada por un balaustrado de hierro, y con su pasamano de madera primorosamente trabajado.

Ocho mesas pequeñas de madera de rosa; cada una con su correspondiente recado de escribir: frente á cada mesa se veia un elegante sillon.

En el fondo de la plataforma, habia una mesa grande, y junto á ella tres sillones, en los que se

encontraban sentados el presidente, el vice-presidente y el secretario del "Club Vallarta."

Todas las clases de la sociedad se encontraban allí.

La multitud era inmensa.

Los numerosos asientos no habian bastado.

Casi todos se encontraban en pié.

Aquel recinto infundia un sagrado respeto.

En él se miraba al verdadero pueblo de Jalisco, proclamando entusiasta la candidatura del C. Ignacio L. Vallarta.

Se abrió la sesion.

A pesar de que algunos oposicionistas trataron de introducir el desórden, nada pudieron conseguir.

Varios puntos relativos al "Club," fueron los primeros que se discutieron.

En seguida pidió la palabra un individuo.

Tenia hercúlea estatura: color trigueño, frente despejada y fisonomía agradable: todo infundia en él respeto y cariño.

Este digno ciudadano se llamaba Eufrasio Carrion.

En pié, y con voz solemne y magestuosa, habló de esta manera.

—Acabo de llegar de los pueblos del Sur; de esos pueblos verdaderamente independientes, en donde la libertad tiene su asiento, y donde jamas se consiente á los tiranos.

El fuego sacro de la patria que alienta nuestros corazones nos da valor para arrostrar todos los peligros, siempre que la nacionalidad nos llama á defender sus fueros, siempre que un partido traidor pone cuantos medios están á su alcance para destronar las instituciones democráticas.

Yo soy hermano de todos los que abrigan en su pecho el deseo del progreso, del adelanto y de la libertad; y en virtud del derecho que me concede la fraternidad que nos une á todos los liberales, os tiendo mi mano á nombre de los pueblos del Sur.

Defendeis la candidatura de un ciudadano que nos es querido por muchos títulos, y á quien respetamos por su amor á las instituciones: los pueblos del Sur defienden la candidatura de los libres, y esta es la misma que representa el círculo de hermanos á quien tengo la honra de dirigirme en estos momentos.

Salud, jaliscienses! un hijo de las montañas os ofrece su cooperacion; vuestro pensamiento es el suyo; y el empeño con que trabajais será secundado por mí, que abrigo los mas sinceros deseos de bienestar y engrandecimieto por nuestra patria.

Viva la union! viva la libertad!

Repetidos aplausos acogieron el ofrecimiento que acababa de hacer aquel denonado campeon.

El pueblo entonces pidió que hablase el Capitan Armando.

Este, levantándose de su asiento, dijo:

—Soberano pueblo de Jalisco:

No he podido permanecer indiferente á una cuestion que tanto te interesa; y por eso vengo á ayudarte con mi grano de arena.

Te veo y te admiro: tu patriotismo me entusiasma: el deseo que manifiestas por tu prosperidad y engrandecimiento al elegir para gobernador al distinguido estadista Ignacio Vallarta, agita mi alma libre.

Pueblo, eres grande y poderoso en la lucha, honrado y bueno en la familia, cortés en la sociedad, prudente y sensato en la discusion.

Sigue como hasta aquí en el sendero de la moralidad y del órden, que el porvenir te espera.

Si ambiciosos y malos jaliscienses quieren envilecer tu conducta, desprécialos, no merecen más seres tan miserables y corrompidos.

Unido siempre á la bandera de la democracia que sostiene Vallarta, serás el mas grande de los pueblos libres.

Tus enemigos esperan que reniegues de la libertad y del progreso: ¡inútil esperanza! no variarás en tus principios, no retrogradarás en tus ideas, no oirás á los que únicamente tratan de prostituirte; porque guardas en tu seno hombres de corazon y de honor.

Aquí me tienes; con tu aliento me creo fuerte. Seguiré unido á tí hasta que triunfes; porque triunfarás, no lo dudes, y mi mayor gloria será verte feliz, aunque para esto me sea preciso sacrificarme. Pueblo de Jalisco: no desmayes en tu empresa; adelante!

Se escuchó una salva de aplausos.

La música tocó diana y luego el himno de Juarez, ese himno que es la verdadera expresion con que el pueblo mexicano en sus momentos de entusiasmo saluda á los héroes.



Salieron de aquel salon en órden y armonía todos los miembros del club.

La música acompañada del pueblo, recorrió las calles de la ciudad.

Por todas partes se oia esta exclamacion: Viva el pueblo! viva Vallarta!

Los sentimientos populares se habian mostrado de una manera bastante significativa.

La verdadera voz del patriotismo se habia dejado oír.

Desde este momento, los enemigos de la democracia, que no pierden la oportunidad de ver cómo dividen al gran partido liberal, perdian la esperanza de conquistar un nuevo triunfo.

Los que tan mal defendian la candidatura del general Diaz, llenos de rencor contra los leales

campeones de la libertad y del progreso, ya no esperaban otra cosa que la oportunidad de poder formar de su derecho una revolucion esterminadora; con este fin comenzaban á dirigir sus trabajos.

Mas tarde los veremos sublevados en el Estado, y apoyando sus principios disolventes.

Por ahora, concretémonos á observarlos mas de cerca, pues aun necesitamos darlos á conocer de diversas maneras y descubrir ciertas miras ambiciosas que de tiempo atras vienen siendo el principal móvil de nuestras luchas intestinas.

Descórrase el espeso velo que cubre á la conciencia pública: por una vez mas aparezca la divina perspectiva de la verdad, presentándose al mundo de los libres con toda su esplendente hermosura.

CAPITULO XXII

ENSUEÑOS

TOCAMOS ya al término de la primera parte: en ella hemos seguido el plan que nos propusimos desde el principio: hasta este momento los episodios quedan concienzudamente descritos.

Hagamos una ligera reminiscencia del pasado, para poder entrar de lleno en ciertos acontecimientos palpitantes aun, y de los cuales pronto deberemos ocuparnos.

Los efectos de aquella magnífica farola que ostentaba el nombre de Vallarta, no habian terminado todavía.

El aviso habia sido comentado de diversas maneras.

La agitacion continuaba.

Los desórdenes de los malos porfiristas no habian podido ya sembrar la discordia en el "teatro Degollado."

La voz del Capitan Armando, se dejaba escuchar por todas partes.

Fray Camándulas, en el local antes dicho, conferenciaba con uno de sus partidarios, el cual le ayudaba en sus malvadas maquinaciones.

En el escritorio de D. Alvaro se habian repetido con frecuencia escenas análogas, á las que ya conocemos.

A D. Cárlos Guzman se le tenian toda clase de consideraciones.

El Sr. del Bastion habia cesado en su prodigalidad; las tertulias no se habian repetido.

Doña Rufina, Richs, Facistelo, Choquezuela y otros varios, ya no daban tanta credulidad al usurero.

La señora Laura y su encantadora hija continuaban siendo el prototipo de la honradez y de la virtud: sí, de la virtud, que caracteriza á esa clase media, tan sufrida, tan digna, y de la que ya hemos sido sus panegiristas.

Alfredo, Fernandez y Armando, permanecian unidos—como ellos decian,—en un mismo pensamiento, en una misma idea.

Palabras semejantes á aquellas que oimos cuando celebraron su asociacion, habian sido vertidas.

En ellas se traslucia el noble deseo que abrigaban de ver feliz al poderoso Estado de Jalisco.

Jamas pensamientos bastardos cruzaron por la mente de aquellos amigos del progreso.

Su ideal divino, sus mas gratos ensueños pertecian á la patria.

Enrique, el hijo de D. Alvaro, seguia fátuo y prostituido: la idea de venganza hácia Matilde no habia desaparecido de su imaginacion, así como el odio que profesaba al artista Luis.

La infamia de un depravado ser, condenaba al padre de Jorge á la mas espantosa miseria.

El crímen estaba proyectado.

Solo se esperaba la oportunidad para probar que el dinero de Duran, jamas se habia depositado en poder de D. Alvaro.

Jorge habia perdido la razon.

Longinos Torrente, unido como de costumbre á la vil canalla, pregonaba las ventajas de la revolucion.

Bastillas se aplaudia sus discursos.

D. Teódulo Jamones consultaba diariamente á los espíritus, y en cuanto á Perico, continuaba redactando el periodiquin, llamado: "Juan Panadero," y tambien "La Víbora."

En una palabra, los vagos, así como los fanáticos, y los escépticos esperaban.......

Toda la sociedad jalisciense estaba impaciente.

El resultado de las elecciones decidiria del porvenir............

Los clubs declarados en sesion permanente, es-

pedian órdenes que se ejecutaban violentamente y con puntualidad.

Tal era la situacion.

Hombres hay que al ocuparse de los acontecimientos políticos, se olvidan hasta de sí mismos: por qué tal ahinco? para qué abrigar sérios temores, ó fundadas esperanzas, si al fin las consecuencias de un trabajo tan escesivo, tal vez vengan á provocar una catástrofe terrible?

Pero á pesar de esto, la inteligencia no descansa en los dias de elecciones.

El pueblo es invitado para un acto solemne.

El responde á ese llamamiento, y por eso deposita en la ánfora, el nombre de su candidato.

El soberano pueblo de Jalisco parece distinguirse de los demas.

No puede transigir.

Ama á la ley.

Es partidario de la libertad.

Quizá por eso, en dia tan grandioso se presenta lleno de fé y de confianza.

Desgraciado de aquel que entonces quiera oponerle obstáculo!

¡Guay del tirano que pretenda subyugarlo!

Caerá inevitablemente.

La tumba no estará lejos de él....

Los tres círculos políticos habian nombrado á sus agentes.

Estos obedecian las órdenes que comunicaban rápidamente.

Las comisiones quedaban desempeñadas con exactitud.

Reinaba el mayor entusiasmo.

Los de la misma idea se felicitaban mútuamente, prometiéndose el triunfo de su candidato.

Las ideas, chocándose, producian la chispa eléctrica que lanzada al espacio intelectual lo iluminaba.

Todas las pasiones parecian agitarse: los avaros fijaban la vista en sus cofres y exhalaban un profundo suspiro.

El odio se retrataba en los semblantes: las resoluciones eran tremendas.

Los soberbios estaban inquietos: veian con sentimiento que sus esfuerzos no tenian eco; su corazon latia con violencia, y la envidia ataviada lujosamente provocaba á la destruccion y la ruina, pidiendo como otro Marat las cabezas de los republicanos.

La prensa no descansa en esos dias: los escritores cantan las glorias de sus héroes y confunden á sus enemigos: ya no tratan de convencer; mas bien son el poderoso inpulso que presta animacion y vida, que conmueve, que entusiasma. Los candidatos consultan; las combinaciones absorben su atencion y apoyándose cada uno en sus razones, hacen poco caso de la prevision. La ca-

sualidad no existe para ellos; sus fines están basados, y gritan por todas partes: "Pese el pueblo mis acciones en la balanza de la justicia. . . ."

Así marchaban las cosas en Guadalajara el 6 de Mayo, dia en que tienen lugar las escenas que vamos refiriendo.

Ved á esos hombres de quienes se ignora su modo de vivir, apareciendo en momentos tan difíciles y haciendo señas de inteligencia á aquellos con quienes en otro tiempo tuvieron negocios graves y misteriosos.

Ved á esos maestros de taller, teniendo entrevistas con distintos personajes, quienes les entregan algunas listas.

A los artesanos rehusando recibirlas.

A los dependientes de comercio resueltos á ejecutar las órdenes de sus principales.

Algunos manifestaban la indiferencia del esclavo.

Otros sentian que aquella atmósfera los ahogaba, y deseaban con ansia verse libres.

En tales circunstancias, Longinos Torrente aparentaba una calma que habria parecido extraña á los que no le hubieran conocido.

—Qué órdenes tengo? decia este hombre: tiempo me falta para poner en práctica mi plan de ataque: ganaremos mañana? La suerte nos será adversa? y qué me importa! yo soy subordinado del clero: si trabajo por Diaz es porque así conviene; todo entra en la política, algun dia sabrá

el mundo de cuanto soy capaz, y lo mucho que he servido en la presente crísis.

El Ayuntamiento? y qué tengo con él? Y qué con la cuestion de Gobernador?

Así hablaba Torrente dirigiéndose á Bastillas.

Este último le contestó:

—Amigo D. Longinos: mañana es el primer choque de los partidarios, ya verá vd. lo que vale nuestra firmeza.

—Así lo creo, respondió Torrente.

—Mañana, continuó Bastillas, seré munícipe: el viejo Cañedo no ha de jugar con nosotros como con esos mentecatos á quienes dirige á su antojo.

—Es verdad, el nuevo ayuntamiento será dirigido por nuestro círculo: de este modo caminará á la prosperidad.

—No hay que dudarlo, somos hombres de corazon.

—Ya se ve.

—Y no letrados.

—Mayor recomendacion.

—Pero parece que vos no tomais en nuestra cuestion todo el interés que conviene.

—Os equivocais: todo lo que sea dividir nuestra atencion es una rémora; esos ataques parciales son contra nosotros, sea cual fuese el sentido en que se resuelvan: bien sabeis que nuestro principal objeto es la cuestion general.

—Sí, no lo niego; pero mas me agrada salir

electo munícipe, ya me vereis mañana, qué gusto voy á experimentar!

Entretanto, D. Alvaro, sin acordarse de sus libros de comercio ni de sus asientos, escribia continuamente á sus corresponsales; enviaba partes telegráficos, recomendando su candidatura; hablaba de los asuntos del dia queriendo de este modo hacerse popular, y en la Lonja—que como recordarán nuestros lectores era el lugar donde se reunia el "Club Jalisciense"—hojeaba varias obras de jurisprudencia, que Richs le habia prestado, y de las cuales copiaba ciertas notas.

A todos decia lleno de fatuidad:

—Amigos: estudiad como yo, el derecho romano, y sobre todo el internacional y el patrio, para que aprendais á saber gobernar; sed instruidos y haceos dignos del alto honor que me espera: ya veis; el poderoso Estado de Jalisco me postula: ¿despreciaré la oportunidad que se me presenta? No, yo quiero corresponder dignamente á esa confianza que en mí se pretende depositar.

En cierta ocasion, y soñando con el triunfo, dijo á sus partidarios:

—Amigos, no dejeis de asistir: tenemos que dirigirnos á la plaza; recordadlo: ya la música está contratada, el estandarte del comercio en mi poder: en verdad que salió bonito; figuráoslo: es de tafetan y tiene sus letras doradas, lo llevará el loco Pinos; nosotros lo seguiremos inmediatamente:

por supuesto acompañados de todos los dependientes; y ademas, de ciertos buenos muchachos que se han comprometido á ir provistos de cuchillo: los artesanos tambien son nuestros; qué grupo tan hermoso formaremos, no es verdad? ya me parece oir la marcha triunfal, y los Cangrejos, y el Mambrú.... oh! qué bueno! las niñas al vernos pasar, gritarán entusiasmadas:

—He ahí á los hombres del órden que nos darán otro Emperador. ¡Salud, genios!....

Con que no dejeis de asistir, repetia aquel "niño viejo" y, así sereis acreedores á que os considere cuando sea gobernador....

El "Club Vallarta" trabajaba por su parte sin descanso: sus agentes recorrian los diferentes sucursales: los candidatos merecian la aprobacion: todos los ciudadanos estaban listos: expontáneamente coadyuvaban al triunfo que iba á obtener el partido del órden: la aurora de la libertad tendria que lucir nuevamente, y los enemigos del progreso confesarian su derrota.

—Conciudadanos! decia el Lic. Cortés, gefe del "Club Vallartista," mañana debeis de elegir á una parte del municipio: no olvideis que si es preciso fijarse en el representante del poder ejecutivo en el Estado, acaso sea de mucha mayor importancia el acto que vais á ejercer; nuestros intereses se hayan ligados con el municipio, de él depende la primera educacion de nuestros hijos: su vigilan-

cia os da seguridad; él es llamado á tributar culto solemne á la Diosa Higia y contribuye por último á embellecer nuestro suelo.

Os recomiendo que al ejercer acto tan importante os presenteis con toda aquella dignidad y decoro que corresponde al buen nombre del Estado á que perteneceis; os esperan indudablemente los torpes insultos de vuestros antagonistas; pero no hagais caso, vuestra obligacion es solo despreciarlos.

Mis amigos: si obramos concienzudamente, el triunfo será nuestro. ¡Viva Vallarta!

—Viva! exclamó el auditorio.

El Capitan Armando, con una fé ardiente en la causa que defendia, trabajaba con entusiasmo desempeñando con lealtad y constancia la diversidad de comisiones que se le encomendaban.

Sus servicios llamaron la atencion aun de sus mismos adversarios; los cuales trataron de impedir su accion, ya con amenazas, ya con promesas; pero él, enérgico en sus resoluciones, no hacia ningun aprecio, y marchaba al fin propuesto.

Cuando las amenazas y las promesas nada pudieron conseguir, se trató de desprestigiarlo, valiéndose del anónimo. Arma vil que manejan los seres cobardes: esos seres indignos é ignorantes: para decirlo de una vez, esos hijos de la maldad y del vicio, de la prostitucion y de la infamia: reptiles asquerosos, que viven constantemente en una atmósfera de cieno.

El Capitan Armando remitia al silencio los insultos que se le prodigaban: comprendia bien que los supremos esfuerzos de sus contrarios nada llegarian á lograr.

Oigámosle, pues tambien se encuentra en el "Club Vallarta:"

—"Hijos de Jalisco! dijo cuando concluyó de hablar el Lic. Cortés: habeis oido los informes que los varios agentes de esta asociacion, á la que tengo el honor de pertenecer, han rendido: nada mas satisfactorio para nosotros.

Examinando el censo de los que han votado, encontraremos en nuestro favor una inmensa mayoría: el triunfo será nuestro, y esto se deberá á la conviccion que tiene la sociedad de Jalisco de que solo nos ocupamos de sus verdaderos intereses.

Venceremos: "la razon es nuestra palanca; la justicia nuestro punto de apoyo."

No teneis por qué desconfiar; nuestros enemigos se encuentran desconcertados; sus labios expresan lo que no sienten: nada extraño os parezca que ocurran á medidas vergonzosas: en ellos todo es propio.

Conciudadanos: aun en este caso, dad pruebas de vuestra prudencia; continuad en la empresa que habeis comenzado; tened por cierto que la virtud; el valor y la honradez os conducirán á la

victoria: ¡Viva el pueblo! viva el Estado de Jalisco!

Los aplausos resonaron, y otros oradores continuaron con el uso de la palabra.

***

Ved el estado de agitaciou extrema en que se encontraban los diversos partidarios la víspera de ir á verificarse la eleccion de Ayuntamiento.

Mas tarde sabremos el resultado de ella: por ahora ocupémonos de otros personajes. . . .

El Lic. Callejas y sus compañeros habian seguido en su mismo género de vida.

Don Esperanza visitaba diariamente á los canónigos, y les daba parte de cuanto observaba.

El padre de Enrique suspiraba por el porvenir: soñaba con el general Santa-Anna, y con la idea de ceñirse el espadin de la Orden de Guadalupe.

Podenco, vagaba por todas las calles de la ciudad, sin perder de vista los acontecimientos.

Y Dª Rufina, la infeliz y ridícula vieja que con tanta confianza habia ofrecido auxilios pecuniarios á D. Alvaro, nada pudo cumplir.

Recordaba constantemente que al salir de la capilla del Rescate, se le habia dicho "vieja estúpida," y lloraba con tan triste recuerdo: otras veces, como lo tenia de costumbre, maldecia y regañaba, pero al fin tenia que resignarse, pues decia

"sirvo á la causa justa: sirvo á Dios: nada me suponen los ultrajes, si en cambio de ellos habré de conseguir que no reine aquí jamás el impío Vallarta: suframos, sí: *fiat voluntas tua Deus meus.*"

Fr. Camándulas, seguia comisionado para privar de la vida al Capitan Armando; pero ya Roque no era el agente secundario: el crímen debia perpetrarlo un individuo de aspecto repugnante (á) "el Sapo."

Pero la Providencia, que vela por sus hijos, quiso libertar al Capitan de las asechanzas de aquella turba maldita.

Y Luis? curado completamente de su herida, habia salido para el Sur de Jalisco á desempeñar una comision importante, dejando encomendadas al cuidado de Sandoval, su leal discípulo, á Matilde y á su virtuosa madre.

Esta última se encontraba enferma.

Quiera el cielo detener el impulso de la fatalidad, y velar por esa cara existencia!

FIN DE LA PRIMERA PARTE
Y DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DEL TOMO PRIMERO

Al lector 1

☞ I

Prólogo I

PRIMERA PARTE

I.—Efectos de una farola 1

II.—El teatro 13

III.—El escritorio 39

IV.—La tertulia 51

V.—Confidencias 75

VI.—La asociacion 93

VII.—Misterios mercantiles 117

VIII.—D. Longinos Torrente 133

IX.—Una partida de ajedrez 161

X.—Esperanza 177

XI.—Escenas sociales 193

XII.—Inés y Jorge 213

XIII.—El Club Jalisciense 229

XIV.—Miseria 249

XV.—Empleomanía 267

XVI.—Resignacion 283

XVII.—Fanatismo 293

XVIII.—Fatalidad 315

XIX.—Escépticos 329

XX.—Consecuencias 345

XXI.—Sentimientos populares 361

XXII.—Ensueños 373

EL
CAPITAN ARMANDO

(MEMORIAS DE UN SOLDADO DE LA REFORMA)

NOVELA
HISTORICO-POLITICA

—POR—

Manuel Blanco

TOMO SEGUNDO

MEXICO

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

LOS PARTIDOS EN LA PLAZA PUBLICA

PRINCIPIAMOS escribiendo uno de los capítulos importantes en la grandiosa historia de nuestros hechos políticos.

La impotencia del vil partidario no ha podido hasta ahora destruir ninguno de los hechos que hemos referido.

La justicia no está de su parte; por eso no se atreve á decir una palabra razonada. Puesto que la injuria no convence, debemos despreciarla, y seguir animados de constancia dando á conocer aquello que la conviccion íntima nos sugiere.

No desmayaremos.

La maldicion no caerá sobre nosotros.

Nuestros detractores quedarán vencidos.

Los hechos palpitantes grabados.

Una mano atrevida no conseguirá borrarlos.

Ellos tal vez serán colocados bajo el escalpelo de la crítica.

Mejor para nosotros entonces.

Partidarios contumaces; eternos promulgadores de la inmoralidad, del desórden y del motin.

Oposicionistas sistemáticos, aceptad lo que os proponemos.

Combatid; pero lealmente.

Valeos de la razon, y convencednos si podeis.

Que la estupidez y el fanatismo no os acompañen por mas tiempo.

Si sois amigos de la verdad, mostradla.

Ante ella, inclinaremos nuestra frente.......

....

El 7 de Mayo de 1871, dia designado por la legislatura del Estado para las elecciones de Ayuntamiento, llegó por fin.

Las soberbias torres de los templos, y las copas de los frondosos árboles eran iluminados por el astro del dia.

La ciudad de Guadalajara dejaba contemplar su risueña y encantadora perspectiva.

Toda la naturaleza entonaba un himno á su Creador.

Era domingo.

Las campanas de las iglesias recordaban al católico sus deberes religiosos.

El ministro del Señor se prepara ya para desempeñar las ceremonias de su sagrado ministerio.

Nuestra alma en esos momentos se eleva tambien á Dios.

Le dirige su ferviente plegaria, y pide santa proteccion para el presente y resignacion en los males con que la fatalidad sembrará tal vez nuestro porvenir: ese porvenir misterioso envuelto para la mayor parte de la humanidad en el negro crespon de la desgracia......................

El Capitan Armando pensaba en su adorada madre, único recuerdo en sus horas de quebranto.

La distancia no habia logrado hacer desaparecer de él las dulces impresiones del hogar.

Amaba.

El amor filial habia encontrado en su alma un eco fiel.

Cuán cierto es que la ausencia no hace otra cosa que exacerbar el martirio de un corazon verdaderamente sensible.

Ella nunca conseguirá hacer olvidar los nombres de ciertos seres queridos.

Máxime cuando se trata de aquellos que nos dieron la vida.

De esas nobles figuras que velan por nosotros, que se afanan, que adivinan nuestros deseos y nos consuelan.

Quién es aquel que rehuse tributar el debido respeto á los autores de sus dias?

Ninguno ciertamente.

En todo tiempo el amor filial tuvo sus admiradores.

La historia se encarga de narrarnos ciertos hechos que tocan en lo sublime.

En ella se encuentra el nombre de la ilustre Cornelia.

La virtuosa madre de los Gracos.

La poesía, la pintura, la música, han tambien pagado al amor filial el debido tributo.

Era preciso.

Saber amar es separarse de la vulgaridad.

Es sentir mas que un cerebro ardiente, un corazon noble, donde la belleza de las cualidades abunda.

Es comprenderse y comprender á otro ser.

Es trasladarse en alas del espiritualismo á otras regiones donde la pequeñez jamas podrá llegar.

Es.... pero para qué cansarnos? bástenos decir, que por el amor la mezquina inteligencia humana llega hasta el alcázar de la Divinidad.

Nada sin él existiria.

Es la gran cadena que liga á la humanidad: el iman irresistible; la fuerza motriz poderosa....

Continuemos.

Varias músicas, esparciendo por los aires sus armoniosas notas, despiertan á los habitantes, recordándoles que ha llegado el momento en que tienen que ejercer uno de sus actos mas solemnes.

Ellos, levantándose poco antes de lo acostumbrado, salen de sus casas y van á engrosar los diversos grupos que por do quiera se ven.

Las jóvenes abren sus ventanas y balcones para ver pasar á los patriotas que llenos de gozo se encaminan hácia la plaza pública.

Esta se encontraba en el mayor silencio.

Desde las cuatro de la mañana, los gendarmes habian cubierto las entradas y no dejaban acercar á ningun grupo de ciudadanos á la casilla electoral: tal era la consigna que habian recibido.

Antes de la siete, á nadie se le permitia salvar el perímetro de la plaza.

Al escuchar la voz del centinela que marcaba el "alto," algunos pacíficos ciudadanos dirigian su marcha á otro lugar distinto.

Pero otros inquietos que pretendian llegar á la casilla, preguntaban:

—Por qué nos deteneis? no hay razon para impedirnos el paso: somos ciudadanos y estamos en pleno ejercicio de nuestros derechos.

—Atrás! decia entonces el centinela con voz enérgica.

—Preciosa libertad! exclamó entonces uno de los que querian llegar á la casilla—era Bastillas—y que iba apoyado en el brazo de cierto agiotista llamado Manolo.

—Qué quereis, añadió este último: impera la ley del sable: es triste soportar despotismo tan es-

candaloso, con razon el pueblo ya se fastidia de esta canalla.

—Bien: y qué recurso nos queda? preguntó Bastillas.

—Cómo qué? forzar al centinela: lo que ha de ser que sea pronto.

—A la obra, muchachos! gritó entonces Bastillas: abrámonos paso.

—Atrás! replicó el centinela con imperturbable calma.

Los revoltosos retrocedieron.

—Protestaremos! protestaremos! añadió Manolo.

—Aun no es tiempo, repuso un ciudadano, esperemos: apenas son las cinco.

—Al diablo el importuno, respondieron á un mismo tiempo Manolo y Bastillas: no queremos consejos.

Aquel hijo del pueblo, tenia razon; pero á pesar de su juiciosa reflexion, los descontentos comenzaron á burlarse de él, y á prodigarle multitud de injurias.

Esta escena pasaba en la parte N. O. de la plaza.

Otra distinta tenia lugar en la esquina S. O. con unos *pollos* almibarados que allí se encontraban.

Riéndose y echándola de graciosos, trataban

de acercarse á la casilla cuando el centinela les marcó el "alto."

—Qué tambien con los de levita habla vuestra consigna? dijeron ellos.

—Atrás! atrás! replicó nuevamente el centinela

Aquellos jóvenes retrocedieron: eran algunos dependientes de varias casas de comercio, quienes seguian las miras ambiciosas de D. Alvaro del Bastion.

Abandonemos por un momento la plaza, y dirijámonos al puente de San Juan de Dios.

Allí era el lugar de reunion del partido Porfirista.

Una música llamaba la atencion de los transeuntes.

D. Longinos Torrente se encontraba á la cabeza de aquel motin.

—Qué combinacion tienes? qué vamos á defender? le preguntaba cada uno de los que iban llegando.

—Venid, esclarecido patriota, decia entonces Torrente; confortaos con este licor,—y presentaba un vaso lleno de tequila—ya vereis cuan famoso soy para mis planes. Ay de los vallartistas! pobres! me dan compasion: y luego continuaba:

Muchachos! yo pienso por todos vosotros; hacedme caso, y os prometo el triunfo: dejadme con mis combinaciones, que pronto vereis el resulta-

do: con que hareis lo que os diga? mirad que en estos momentos ya Bastillas y Manolo son dueños del campo: nosotros vamos únicamente á servir de refuerzo: me seguireis?

—Viva Longinos! gritaron aquellos ébrios.

—Venís con los *triunfos?* les preguntó Torrente.

—Sí, respondieron todos y enseñaron sus puñales.

—Bien, muchachos: tened confianza; yo estaré con vosotros, nada de temores, dijo D. Longinos: y en el momento aquella turba desordenada precedida de la música que ejecutaba varias sonatas populares, se encaminó á la plaza cometiendo antes toda clase de excesos; metiéndose á las cantinas, vociferando terriblemente, accionando de una manera ridícula, entonando canciones obscenas, lanzando carcajadas y gritando vivas al general Diaz.

El "Club jalisciense" se habia dado cita en el jardin de San Francisco.

El tequila era extraño en aquellos señores comerciantes; pero en cambio no escaseaba el cognac.

Desde luego se veia allí al usurero D. Alvaro, quien saludaba á todos con afectada amabilidad y cortesía: su imaginacion era presa de una sola idea: llegar á ser gobernador; de este modo su hijo Enrique, tendria un brillante porvenir y prodi-

garia á sus amigos—segun les habia ofrecido—algunos puestos públicos.

Los jovencitos á quienes hemos visto agenos de entusiasmo, cuando en la plaza les detuvo el paso el centinela, llegaron al lugar en que dijimos se reunió el "Club jalisciense," y encontrando al Sr. del Bastion, le dijeron: "nada pudimos hacer; nuestros enemigos están inexorables."

—Bárbaros! exclamó el usurero: quién creyera que estos pedantes solo tienen gracia para decir requiebros á las bellas? pero en verdad no son culpables: qué han de hacer estos niños que apenas comienzan á vivir? y en seguida gritó:

Señores; ya se acerca el momento: uniformémonos y marchemos á la plaza de la Compañía: la entrada de los portales es la nuestra, no lo olvideis.

La comitiva, obedeciendo, se encaminó con paso lento á la plaza.

A poco andar aquellos aristócratas encontraron al círculo vallartista, quien precidido de su estandarte y de una música que ejecutaba hermosos himnos, marchaba al mismo lugar.

Todos los grupos se fueron aproximando.

El que proclamaba á Porfirio Diaz apareció en la esquina del Sagrario: el del "Comercio, en la esquina O. del Portal Quemado, y los Clubs "Convencion" y "Vallarta," en la esquina de palacio, que mira al Sur.

Todos esperaban impacientes que llegase la hora que habia designado la ley.

La inquietud se revelaba en los semblantes....

....

Tal era el aspecto que presentaba la plaza principal de Guadalajara, media hora antes de que comenzase la eleccion.

El valiente y modesto Jesus Baeza, recorria la línea del perímetro, y con voz afable y ademanes corteses recomendaba el órden á sus amigos, y la moderacion á los gendarmes.

Al ver aquella calma, ninguno hubiera creido que despues de algunos momentos tendrian lugar las escenas mas escandalosas.

Así aconteció en efecto.

Las músicas tocaban sin interrupcion.

Los partidarios animaban al pueblo á secundar sus miras.

Al frente del "Club Porfirio Diaz" iban aquellos hombres que de una manera insolente, levantaron la voz en el "teatro Degollado," es decir, el maestro de escuela Estopin, y el rebocero Feliciano Barrica.

El presidente del Club Teódulo Jamones, Bastillas, Manolo y otros querian llegar antes que los demas á la casilla electoral.

En el "Club del Comercio" se encontraban D. Alvaro, Richs y Dionisio Facistelo, era cual el

redactor de un periódico que podriamos llamarlo el órgano de los clérigos.

El "Club Vallarta" era dirigido por el Lic. Cortés, el Lic. Alfredo y el Capitan Armando; únicamente treinta personas, acompañaban á estos tres individuos; pues creian—y con fundamento—que podrian instalarse fácilmente.

No sucedió así con los clubs "Porfirio Diaz" y "Comercio:" á estos acompañaba una multitud ávida del desórden y dispuesta á cometer toda clase de infamias.

D. Longinos Torrente aseguraba á sus partidarios que una famosa combinacion iba á dar el resultado que tanto deseaba. En qué consistia? ya hemos visto que Manolo y Bastillas mandados por él, con el objeto de que antes de tiempo llegasen á la casilla y se apoderasen de la mesa, habian sido rechazados; gracias á la prevision del Ayuntamiento, el plan quedaba frustrado; se esperaba mas?.... he ahí la tan pregonada como famosa combinacion.

Cuando esta no pudo tener verificativo, los gefes porfiristas se valieron de otro medio que segun ellos, era el único que podria salvarlos.

Citaron á los gefes del "Club del Comercio," y les dijeron:

—Separados como estamos seremos vencidos "La Union da la fuerza," unámonos.

—Con qué condiciones? preguntaron los del "Comercio."

—El fin es lo que importa, replicaron los primeros; despues de alcanzado el triunfo, entraremos en arreglos.

—Nos parece muy bien, respondieron D. Alvaro, Richs y Facistelo: si unidos no podemos vencer ocurriremos al motin.

—Perfectamente! exclamó Bastillas.

Todos volvieron entonces á sus puestos.

Los gefes del "Club Vallarta" esperaban impasibles.

Todos los vallartistas llevaban en la mano unas listas impresas.

En ellas se comprendian los nombres de aquellos ciudadanos que habian de ser elegidos para formar la mesa.

Trascurrieron algunos instantes.

Un gefe de la guardia municipal se acercó á la esquina N. que era donde se encontraban reunidos los miembros del "Club Comercio."

—Señores, les dijo el gefe citado: la entrada á la plaza, es por la esquina de palacio: lo aviso á vdes. para que tomen oportunas medidas, es necesario que todos se encuentren á la misma distancia de la casilla; así no podrá tener lugar un asalto.

Murmullos de desaprobacion se escucharon entonces.

El "Club Porfirio Diaz" recibió el mismo aviso. Su contestacion fué una insultante carcajada.

El desórden se comenzó á notar bien pronto: la confusion era espantosa, la algarabía no cesaba un momento; y los espectadores presentian males terribles.

Qué significaba aquella órden comunicada á última hora?

La autoridad política estaba en su derecho para expedirla?.... era un ataque á la libertad electoral?

La libertad electoral no tiene otra restriccion que la ley que organiza su ejercicio, es cierto; pero la autoridad política estaba en su derecho: debia impedir que los desórdeues acarreasen tal vez trascendencias funestas.

El "Club Vallarta," cuando recibió el aviso de que hemos hablado, se apresuró desde luego á obedecer: tenia una fé ciega en su triunfo: la justicia estaba de su parte.

Esta conducta podria haber servido de ejemplo á los contrarios; pero no fué así: prodigaban insultos á los agentes del gobierno, se burlaban de las órdenes, y reian estrepitosamente pretendiendo en todo momento provocar una catástrofe.

Criminales, nada podia detenerlos en su ambicion: qué les importaba la sangre que tal vez iba á derramarse? qué los gritos desgarradores de las familias? Aquella sangre, aquellas vidas pe-

saban muy poco en la consideracion de aquellos pervertidos seres, á quienes la sociedad condenaba por sus ruines aspiraciones......

El cuadro que presenta la plaza pública, es magestuoso, imponente; el dia de una eleccion es el gran dia para los pueblos; ahí concurre la ambicion con sus miras innobles; ahí se vé luchando á la malicia; disputando palmo á palmo aquello que en rigor de derecho no puede pertenecerle: ved en momento tan supremo al pasado con sus preocupaciones ridículas, al presente desarrollando sus cálculos: ved á los hombres pensadores con la frente erguida y llenos de tranquilidad, mostrando al pueblo sus verdaderos intereses: nada les acobarda: nada les desalienta: han pulsados los inconvenientes y desafiado valerosamente el peligro: esperan.... tienen razon: la voz del pueblo deberá escucharse....

Contemplad á esos ricos egoistas, luchando de una manera desesperada; á los malvados, intentando subir á los puestos públicos para satisfacer sus torpes deseos y ruines venganzas; pero no: recordad que ellos se verán mas tarde cubiertos de vergüenza: sí: la sociedad los arrojará de su seno.

El derecho de libre eleccion es una preciosa conquista.

Los hombres honrados y verdaderamente amantes de su patria, se dan á conocer en los momen-

tos de una eleccion, de aquellos desleales que solo piensan en el engrandecimiento, aunque sea á costa de la infamia.

Turba maldita, nada conseguireis: si el acaso os proporciona una oportunidad, sabed que esta no habrá de repetirse: pensadlo bien....

El sublime derecho de eleccion, podemos decir que ha entrado ya en pleno ejercicio: lo demandaba la civilizacion; no podia ser de otra manera; pero es preciso alejar aquellas causas que tal vez tienden á hacerlo impracticable, toca á los legisladores vigilar por tan sagrado derecho, y al pueblo no tolerar por mas tiempo los abusos que se cree son inherentes á él.....

Mientras los acontecimientos que hemos referido tenian lugar, una escena conmovedora pasaba en casa de la virtuosa Matilde. La recuerda el lector? Es aquel tipo de virtud á quien hemos visto resistir á las promesas y lisonjas de Enrique, hijo de D. Alvaro del Bastion. Pues bien, esta jóven, tan hermosa como desgraciada, acababa de escuchar el último adios de su adorada madre.

La Señora Laura habia muerto....

"La vida es la vida," dijo Espronceda: cuánto no quiso expresar con estas palabras! En efecto, mientras unos sonrien con el recuerdo de halagadoras esperanzas, otros lloran su ilusion perdida............

CAPITULO II

EL AYUNTAMIENTO Y LA CASILLA ELECTORAL

POCOS minutos antes de las siete de la mañana, un grupo de ciudadanos salia del Palacio Municipal.

Era el Ayuntamiento, que acompañado de su presidente, el C. José Cañedo, se dirigia á la casilla electoral.

Unos individuos conducian dos ánforas.

En ellas se iba á encontrar bien pronto depositado el voto del pueblo.

Los porfiristas y los del "Club Comercio" hacian nuevos esfuerzos para lograr su intento.

—Atrás! gritaban entonces los centinelas.

Aun no habia llegado el momento de instalarse la mesa.

Poco despues, el reloj de la Catedral marcó la hora.

Eran las siete.

El "Club Vallarta," obedecien d la órden que

se le habia comunicado con anterioridad, penetra en la plaza de una manera ordenada, y toma posesion de la casilla.

Los porfiristas llegan tambien á ella.

El "Club del Comercio" trata de atropellar á la fuerza armada; pero esta lo rechaza.

D. Alvaro entonces pide permiso para hablar al presidente del Ayuntamiento.

—No es justo, le dice, que á nuestro círculo se le impida el paso: dé vd. órdenes: queremos entrar.

El presidente, que comprendia perfectamente las miras siniestras de D. Alvaro, accedió sin embargo á la solicitud.

En este momento se escucharon algunas detonaciones.

El "Club Jalisciense," valiéndose de este medio trataba de difundir el terror.

Segun lo prevenido por la ley, la fuerza tuvo que retirarse á cincuenta pasos de la casilla.

El presidente del "Club Vallarta" dió entonces lectura á varios artículos de la ley electoral.

Repentinamente fué interrumpido por los gritos de varios sediciosos, que capitaneados por Flavio Estopin, gritaban enfurecidos:

Viva Porfirio! muera Vallarta! muera Juares! Los vallartistas no deben ocupar ese lugar.

—Orden, señores! exclamó el presidente del Ayuntamiento; aun no se instala la mesa.

—Nada de órden, replicaron entonces Bastillas, Perico y sus amigos: ¿por qué hemos de respetar á los miserables? no queremos elegirlos; muera el Ayuntamiento!

—Señores, replicó el presidente, no hay motivo para que os alarmeis: usad de prudencia.

—No, no: ya los vallartistas se encuentran instalados, gritaba Feliciano Barrica; muera Vallarta!

—Conciudadanos, oidme: dijo el Lic. Cortés, lo que haceis no os garantiza ante la ley que tanto proclamais: quereis defenderla? quereis respetarla? pues entonces cuidad de no introducir el desórden; asegurad con vuestros hechos que sois dignos de llevar el nombre de republicanos.

—La ley sois vosotros acaso? respondió Richs; ya que se nos insulta de una manera tan declarada, protestamos contra esa eleccion. Viva Porfirio!

A este grito aquella multitud desenfrenada comenzó á lanzar piedras sobre los que se encontraban dentro de la casilla: despues entran á ella, insultan á los que allí se encuentran: gritan, rien, blasfeman, y por último, unos miembros del "Club del Comercio," abofetean al presidente.

Flabio Estopin, aquel monomaniaco del teatro Degollado, se apoderó de las ánforas; y en los momentos en que lleno de entusiasmo pregonaba corriendo por todas partes, "se ha ganado la eleccion," un individuo del "Club Vallarta" que has-

ta entonces habia tenido mucho trabajo para reprimirse, le hizo medir el suelo.

Estopin mas colérico que nunca, gritaba:

—Bandidos, infames: no permitiremos vuestra eleccion: miradlos, miradlos: sí, ahí están: se burlan de nosotros.... y señalaba el palacio; pero no, primero moriremos: sí, es preciso sucumbir antes que rendirse.

Los gritos de ¡Muera el gobierno! Viva Porfirio! se dejaban escuchar.

Una nueva lluvia de piedras fué dirigida á los vallartistas, quienes procuraban en todo momento conservar su serenidad.

Facistelo gritaba entusiasmado:

—Pueblo: tú eres el único soberano: las leyes han sido expedidas por los congresos, y estos, así como los jueces que las ponen en ejecucion, son tus enemigos, no obedezcas esas leyes: tampoco á las autoridades: que desde este momento nadie nos gobierne, cada uno cuide de sí mismo: que solo nos guie la religion católica, apostólica, romana.. Viva el pueblo! muera el gobierno! viva la religion!

—Viva! repitió aquella turba: *D. Facistelo* dice bien.....................................

A pesar de tanto contratiempo, el presidente del Ayuntamiento, logró por un momento calmar la animadversion de aquellos ambiciosos, y les habló de esta manera:

—Señores: la hora va á terminar: perdeis el tiempo en insultos, sembrais la discordia y nada conseguireis al fin: "que el respeto á la ley sea un hecho."

—Si lo quereis, añadió el Lic. Cortés, que se nombren comisiones de todos los "clubs," y así se podrá instalar fácilmente la mesa.

—No queremos instalacion ni arreglo con un bandido como tú, gritó Estopin; este no es el lugar de los ladrones: lo oyes bien? fuera de aquí.

—Quereis continuar en el desórden? replicó el presidente: así nunca concluiremos.

—Y qué nos importa? lo único que deseamos es matarte, maldito Mira-bonos; y al decir esto el epiléptico Flavio, dejó ver en su mano derecha un agudo puñal.....

La casilla electoral ofrecia un espectáculo aterrador.

Los mas furiosos tuvieron el atrevimiento de subir á la mesa, donde antes se encontraban las urnas, y desde allí prodigaban graves injnrias contra todos aquellos que no seguian sus depravados instintos.

Los pacíficos oian aquellos insultos sin inmutarse.

D. Longinos y sus partidarios rebozaban de placer.

El Sr. del Bastion repartia monedas, aconsejan-

do al mismo tiempo que se gritasen mueras á Vallarta.

Y el Ayuntamiento, entretanto, esperaba que un momento de calma le permitiese desempeñar las funciones que la ley electoral le habia encomendado....

Recorramos ahora los portales: allí encontraremos entre los curiosos á los sacerdotes Zhu, Cástulo, Amadeo y Camándulas, al asesino Roque, á D. Esperanza, y entre otra multitud á un hombre respetable por sus antecedentes, y el cual tenia encomendadas á su cuidado, varias casas de educacion: ciertamente que era extraña en aquel lugar la presencia de este último; pues un hombre prudente no habria ido allí á exponerse á las consecuencias de un motin.

El gobierno, desde uno de los balcones de palacio, observaba impasible aquella lucha.

Las señoritas veian desde sus ventanas las escenas repugnantes que estaban teniendo lugar.

Doña Rufina, tambien en su balcon, levantaba los ojos al cielo, llenaba de bendiciones á D. Alvaro y de improperios á los hijos de la libertad.

Ahora bien: qué debia hacerse en aquellas circunstancias? la ley no habia previsto el caso: ella suponia que el pueblo queria de una manera ordenada hacer uso de sus derechos; pero no era así: aquella escoria no merecia el nombre de pueblo: estaba formada de algunos comerciantes que

vendian su honra al mejor postor y de ciertos malévolos, que llamándose gefes porfiristas, querian entregarse al pillaje despues de impedir una eleccion justa.

Torrente y D. Alvaro habian dicho "unámonos," y sus círculos obedecieron.

Creyeron triunfar valiéndose del motin, y el motin habia comenzado.

El redactor de "La Civilizacion," que en el dia que describimos se figuraba un Napoleon, ostentaba su vistoso saco militar, su bota fuerte, y daba órdenes subido encima de una mesa: estando allí, hace una seña al porta-estandarte del "Club Porfirista," este se acerca: entonces el *militar*-redactor, tomando en una mano el estandarte, y teniendo en la otra el del Comercio, cruza á ambos como para demostrar que la alianza Clero-Porfirista estaba consumada.

Los fanáticos celebraron con risas y aplausos aquella union monstruosa.

Desde aquel momento podria decirse que el círculo porfirista carecia de prestigio en Jalisco; pues los partidarios de buena fé no quisieron participar de la mentida gloria que proporcionaban los mas encarnizados enemigos de la libertad y del progreso.

Los porfiristas, preciso es confesarlo, no anduvieron previsores. Creyeron en la promesa de unos cuantos ilusos, y nada consiguieron.

Los males unidos, nunca podrán llamarse elementos de salvacion.

La manera de justificar una causa no consiste en valerse de aquellos recursos inícuos que tanto reprueban las personas sensatas.

Los porfiristas eran muy débiles: nunca lograrian triunfar.

Los del "Club Comercio" quedaban derrotados.

La esperanza, la tabla salvadora de aquellos náufragos políticos, ¿consistia en la union ridícula que hemos descrito?....

Ante la opinion pública esa union equivalia á una muerte moral, cuya sentencia tendrian que escuchar forzosamente aquellos partidarios ignorantes, quienes sumergidos despues en el abandono y en el infortunio, tendrian que lanzarse mutuamente la ignominia. Minorías insignificantes: ¿qué valian ante los hombres de criterio? nada: sus odiosas miras estaban conocidas: su vil interes tampoco podia permanecer oculto: partidarios de principios que no podian invocarse: ¿qué pretendian con el enlace de dos banderas? qué efecto conseguirian alcanzar? qué ideas nuevas vendrian á surgir de semejante ridiculez? qué provecho traeria esa liga, esa fusion de dos partidos equidistantes del bien del progreso y de la buena organizacion?

Ademas: qué empeño tenian en impedir la eleccion los afectos al desórden?

No aseguraban que aquel Ayuntamiento les era hostil? Pues si estaban persuadidos de esta verdad, por qué impedian con todos sus esfuerzos la eleccion de otro nuevo?

Los partidarios de Vallarta, que se habian presentado en la casilla, no pretendian ser electos; pero estaban de la misma manera que sus contrarios en pleno derecho para asistir á ese acto popular, llamado "elecciones:" ¿por qué entonces se arrojaron sobre ellos piedras? por qué se le prodigaron insultos? por qué se les quiso cubrir de ridículo? si habian torcido el camino, si no cumplian con los requisitos de la ley, por qué ocurrir á la diatriva para llevarlos al terreno del convencimiento? En hipótesis tan desfavorable, estaban autorizados los impecables para proceder de la manera que lo hicieron? La conviccion íntima, el grito de todo un Estado presa de las asechanzas de los malévolos, responderán mejor que nosotros.

Los comerciantes, es triste recordarlo, siempre habian dado pruebas inequívocas de abstencion: siempre habian respetado el fallo de la justicia; pero seducidos por los aduladores y viciosos estuvieron saboreando los deleites de la ambicion antes que rendirse á las lisonjas, trocando así la quietud del hogar por el criminal desórden.

No obstante todo esto, la esperanza de los vallartistas renacia á cada instante: el voto de la

mayoría les aseguraba el triunfo; el laurel de la victoria ceñiria sus sienes. Qué les importaba entonces ganar una mesa, si el pueblo los proclamaba y ni por un momento pretendia proscribirlos?

El error: siempre el error, ese centinela avanzado del fanatismo queriendo prevalecer ante la suprema luz de la razon: el error que ciega á los hombres, y á quienes eclipsando la inteligencia, hace caer en un abismo interminable de desventuras. Oigamos de nuevo al presidente del Ayuntamiento.

—Conciudadanos, dijo, la media hora va á terminar; quereis que nos instalemos?

—No: que no haya farsas: esa eleccion es nula: por ninguno votamos, respondió Facistelo.

D. Alvaro continuaba repartiendo monedas entre los sediciosos.

A una señal de él, las piedras fueron arrojadas hácia la casilla.

Uno de los proyectiles fué dirigido al porta-estandarte del "Clud Vallarta."

Este cayó entonces al suelo.

Un vértigo terrible lo habia sumergido en la inaccion.

Los contrarios, abusando de situacion tan desfavorable se acercaron á él y pretendieron apoderarse del estandarte.

Al notar esto el Capitan Armando se interpone entre la víctima y los verdugos, y despues de una

pequeña lucha, logra hacerse dueño de aquella insignia de los hijos del "Club Vallarta."

El Capitan tremolaba victorioso el estandarte, y repetia vivas que eran secundados por muchos con entusiasmo.

La lucha se presentó en esos momentos con un aspecto verdaderamente alarmante.

Las piedras eran lanzadas sobre Armando y sobre la multitud.

Varios espectadores recibieron contusiones y heridas.

Gritos desgarradores se escucharon por todas partes.

Blasfemias horrorosas.

Insultos sangrientos.

Armando se defendia de una manera desesperada.

Hacia esfuerzos supremos para libertarse.

Pero aunque nada conseguia, no desmayaba un momento.

Richs, uno de los revoltosos, acercándose al Capitan le dice:

—Amigo, vd. es militar y *vendido*; por lo mismo no debe estar aquí.

—Estoy en mi derecho, contestó Armando; soy partidario de la justicia: defiendo al pueblo.

Bastillas, Facistelo, D. Alvaro, Longinos Torrente y Estopin, que acompañaban á Richs, dijeron señalando al Capitan:

—Este es un vendido, un traidor.

—Esas palabras no serán ustedes capaces de repetirlas en otro lugar, repuso con calma Armando.

—Sí, las repetiremos.

—Pues venid conmigo, replicó el capitan.

—Será mas tarde, en este momento nos preocupan atenciones graves.

Armando se sonrió de la ocurrencia.

Viendo el presidente del Ayuntamiento que no era posible volver al órden á multitud tan desordenada, esperó que sonara la hora prefijada para retirarse, no sin haber dicho antes que la eleccion no habia podido verificarse, gracias á ciertos partidarios que no comprendian hasta donde tenian la obligacion de respetar la ley y de cumplir con un deber sagrado.

Los del club Vallarta comenzaron á alejarse de aquel lugar.

No por esto los oposicionistas dejaban de continuar prodigando insultos.

***

Tales son los hechos escandalosos que tuvieron lugar en el Estado de Jalisco el 7 de Mayo de 1872.

Habrá quién los niegue? de ninguna manera: ellos reposan sobre la verdad.

Qué hombre de honor se atreverá á decirnos que mentimos?

Los acontecimientos que va os concienzuda-

mente narrando, han sido presenciados por multitud de testigos fidedignos, cuya reputacion y veracidad son respetadas y conocidas.

Seguiremos como hasta aquí, es decir, relatando todo lo que hayamos visto.

Hablaremos siempre en nombre de la justicia y de la dignidad ultrajadas.

No haremos caso de libelos infamatorios en los cuales se encuentran ideas que brotan de una imaginacion acalorada.

Al oir la voz del impostor diremos: *Infinitus est stultorum numerus.*

***

El Capitan Armando, apoyado en el brazo del Lic. Alfredo, salió de la casilla electoral.

Por el camino iba reflexionando en las palabras que habia escuchado: dicen que soy *militar vendido*; se repetia; ¡pobres necios!

Habia razon para proferir tales palabras? indudablemente que no.

El cuerpo á que pertenecia el Capitan era conocido de todos: por qué decir entonces vendido al gefe de una seccion militar? qué significa, por otra parte, esa palabra, propia únicamente para pronunciarse en las *tascas?* por qué al militar se le ha de negar la participacion en los actos políticos? siendo ciudadano y en el goce de todos sus derechos debe comprenderse que puede, si así lo quiere, dedicar sus horas libres en defensa de los dere–

chos del pueblo, ¿por qué se pretende que viva soñando siempre con las teorías del militarismo? Es una solemne necedad pretender exclavizar su pensamiento.

Para vergüenza del retroceso, la humanidad avanza, y los sagrados principios de la libertad quedan sancionados suficientemente...........

CPITULO III

LA INSTALACION Y LA FUERZA ARMADA

YA hemos dicho, que el Ayuntamiento se habia retirado de la casilla, despues de manifestar que le era imposible desempeñar las funciones que la ley le encomendara.

Y le era imposible, porque el escándalo y el desórden reinaban en los miembros de los clubs "Porfirio Diaz" y "Comercio," quienes no consideraban las funestas consecuencias que podria ocasionar su conducta tan indigna.

Nosotros preguntamos: ¿así es como deben manejarse aquellos que se llaman políticos? de este modo se realizan las teorías del libre sufragio? con denuestos y actos infames se conquistan prosélitos? dónde está el talento que Richs pregonaba tener? cuál la moralidad de que hacia alarde el redactor Facistelo? en qué razones de importancia pública se apoyaba D. Alvaro para querer seducir al pueblo por medio del oro? dónde está el pa-

triotismo de Longinos Torrente? dónde el buen sentido de Bastillas? En una palabra, ¿qué es lo que se proponian conseguir los gefes del motin que tuvo lugar el memorable 7 de Mayo de 1872? y aun pretenden disculparse? y valiéndose de la mentira y de la hipocresía mas refinada, quieren aparecer como víctimas? hasta cuándo el cinismo dejará de cubrirse con la máscara de la infamia? cuándo los impostores, volviendo sobre sus pasos, dejarán atrás el vil rencor que vive condensado en su cerebro y en su corazon? por qué no se imponen como justa expiacion el silencio, ya que hasta hoy su mordacidad y diatrivas no han conocido límites? por qué obedecen tan ciegamente las insinuaciones de su maligna inventiva? por qué como otros rios caudalosos dejan desbordar su pensamiento en un terreno fangoso y corrompido? por qué con palabras pomposas y términos altisonantes intentan seducir al buen juicio que los proscribe, maldice y detesta? para qué gastar en vano las palabras y describir, valiéndose de la torpe calumnia, un cuadro lastimoso y terrible, propio para pintarse con el pincel del novelista, pero que nunca podrá alcanzar la aprobacion del recto y concienzudo escritor? Nuestros lectores nos comprenden: queremos hablar de esos horrores descritos con mano atrevida y estampados en ciertos libelos: en ellos se ocurre á la tragedia para provocar la conmisceracion de las almas vul-

gares, se describen parodiando los tiempos inquisitoriales, los castigos mas horrorosos, los subterráneos, los ayes lastimeros del moribundo, los golpes; la presencia de espectáculos aterradores, el valor y la abnegacion de las víctimas, así como sus súplicas, la calma estóica, la fria indiferencia de los verdugos, etc., etc., etc. Qué triunfo se alcanzará con estas descripciones? y cuando las víctimas no aparecen, ¿qué descrédito merecerán aquellos que han hecho del rencor y de la rastrera venganza una necesidad imprescindible? mentiras todas, disparates garrafales, armas de mala ley ciertamente incapaces, ó mejor dicho, nulas, para conseguir el triunfo de lo ficticio sobre la realidad; nulas, lo repetimos, porque nunca podrá creerse aquello que propiamente mereciera ser relegado á lo quimérico, á lo fabuloso: se olvida acaso que nos rigen leyes humanitarias? que no tenemos los instintos de los caribes? que el desarrollo del progreso físico, intelectual y moral se hace sentir por todas partes? que la civilizacion ha derramado su benéfico influjo? y que por último, en pleno siglo diez y nueve aquellos crímenes dignos de mencionarse, parece que se extinguen dia por dia? Es triste ser el narrador de aquellos acontecimientos que no se presenciaron: es doloroso mojar la pluma en el fango, abrigando la ridícula pretension de querer reducir á la nada á seres que se encuentran algunos grados mas

arriba de los tiros dirigidos por la necedad y el ridículo: es una temeridad sin ejemplo decir lo que otros dijeron, afirmar lo que otros afirmaron: muy microscópica debe ser esa inteligencia, muy pequeño tambien ese corazon, donde solo pueden caber sentimientos depravados.

Tales son los seres que nos juzgan, que nos envilecen, que nos degradan, que nos lanzan el oprobio y la maldicion, que pretenden amedrentarnos con sus escritos, con sus cuentecillos, con sus fábulas; que quieren darnos la muerte moral, que intentan que la sociedad nos anatematice, nos confunda, nos aniquile; y en fin, que escuchemos por todas partes el "Ecce Homo" de la multitud.

No lo conseguirán: siempre procuraremos estar alerta, contestaremos á toda hora. pues no dudamos nunca que lograremos alcanzar buen éxito en nuestras empresas: tenemos confianza en que despues de los espesos nubarrones, aparecerá sonriendo la aurora y anunciando bienandanza; sí, "despues de la borrasca vendrá la calma....."

Sigamos adelante.

El "Club Vallarta" se retiró de la Plaza Mayor.

Los contrarios quedaron dueños del campo electoral.

Vivas entusiastas en pró de la candidatura del general Diaz se dejaban oir por todas partes.

Los miembros del "Club Comercio" celebraban con algazara el triunfo obtenido.

Las autoridades habian sido arrojadas de la casilla de una manera ignominiosa.

¿Ellas estorbarian mas tarde los actos escandalosos de los bandos opuestos?

¿Se decidirian á ver á la ley, á quien representaban, ultrajada y proscrita?

Habian abandonado aquel lugar para hacerse respetar mas tarde: dejarian burlado su nombre? violado el principio de autoridad? el principio de autoridad, sin el cual las sociedades no existirian tal vez? sin el cual se verian amagadas constantemente por el abuso y la perfidia? el principio de autoridad, base en que descansa la ley, fuerza motriz que da vida al progreso, ese termómetro de las naciones cultas?........

La eleccion no habia tenido lugar.

Los porfiristas estaban ébrios de placer.

Ningun trabajo les habia costado triunfar.

Ahora sí ya podria decir el maestro de escuela Flavio Estopin "Se ha ganado," si es que tal ganancia consistia en apoderarse de las ánforas como él lo habia hecho.

Unidos y triunfantes los del "Club Comercio" y los porfiristas, se felicitaban mutuamente ponderando los grandes esfuerzos que habian empleado para salir victoriosos.

—Señores, decia uno de la reunion: no seria

malo que el Sr. D. Alvaro nos mandara traer un poco de vino: así desarrollariamos mejor nuestro plan.

—La idea es buena, advirtieron varios; pero busquemos primero un lugar á propósito: una vez allí, ademas del vino opinamos porque haya música, cantadoras y alegría.

—Entonces, replicó el primero, se trata de un mariache? es decir, allí terminarán nuestras ceremonias *eleitorales?*

—Veremos y diremos, añadieron los afectos á la música y al canto.

Admirados y confusos quedaron los gefes de ambos partidos, al considerar que aquellos hombres creian terminado el asunto y no encontraban la manera de hacerles comprender que hasta aquellos momentos nada se habia logrado.

Despues de conferenciar entre sí, creyeron conveniente que Richs dijese unas cuantas palabras.

En efecto, este eligió una mesa por tribuna; se colocó despues encima de una de las ánforas, y comenzó despues su peroracion: escuchémosle:

—Beneméritos: habeis dado pruebas de valor: nadie ha podido resistir empuje tan poderoso: ninguno sabe dirigir como vosotros tiros tan certeros: sois maestros consumados en el manejo de la piedra: hábiles tambien en el juego del puñal y del oblícuo tranchete: yo os felicito por ello, queridos.

Ante vuestros esfuerzos las autoridades han tenido que huir avergonzadas: cuán buenos sois al no haber despojado á esos miserables de sus sombreros, vestidos y relojes! recordad que todo eso os pertenecía, era el botin de guerra; pero ya se ve, sois tan honrados como valientes.

Despues de hacer morder el polvo á los facciosos, quereis música y baile, no es verdad? nada mas natural, nada mas justo; pero reflexionad un momento que nuestros contrarios pueden presentarse de nueva cuenta, y entonces, qué haremos? Amigos mios, convenid conmigo y vereis como nos es absolutamente preciso reservar para mas tarde el canto y la danza.

El Sr. del Bastion ya os promete la música, el baile y aun las cantadoras: qué mas quereis? pero antes debemos instalar la mesa, qué decís?

—A instalar la mesa, gritaron algunos, mientras que otros manifestaban profundo disgusto al ver que su proposicion sobre concierto vocal é instrumental habia sido desechada.

—A quién elegís de presidente? preguntó Facistelo.

—A Melo, gritó uno.

—Mejor á Bastillas, agregó otro.

—No, no, á Richs, añadió un tercero.

—Quitémonos de bromas y elijamos á ese de las muletas, dijo riéndose un individuo de color amarillento.

Despues de una ligera discusion, quedó instalada la mesa con nueve individuos.

El Ayuntamiento á quien hemos visto en la casilla electoral, luego que se hubo separado de ella, se dirigió al palacio municipal.

Allí levantó una acta y comunicó al Sr. gobernador Camarena lo ocurrido.

Este, que hasta entonces habia respetado al pueblo á quien se habia convocado legalmente, reunió su consejo, el cual resolvió que en semejante caso, el gefe político estaba en la obligacion de apaciguar á los revoltosos y de evitar los desórdenes consiguientes.

Esta resolucion se comunicó al gefe político, quien dió órden á la guardia municipal para que contuviera á los sediciosos.

Los gendarmes se dirigieron á la casilla electoral.

Allí se encontraba armando algazara una multitud de individuos agrupados al derredor de la mesa.

—Señores, les dijo entonces con moderacion el oficial encargado de hacer efectiva la órden: traigo la comision de haceros algunas observaciones justas.

El presidente, á quien se le conocia por Manolo, se levanta con mucha gravedad y responde:

—Vaya una ocurrencia: id á comunicar á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del

pueblo, y que no nos separaremos de este sitio.

—Bien dicho, á sostenernos: valor y resolucion, dijo Bastillas.

—Atrás el miedo, añadió Richs, hagamos nuestra voluntad.

El oficial suplicó que se le escuchase, pues de lo contrario, tendria que hacerse respetar.

—Señor oficial, exclamó Richs, estais ante un representante del pueblo; ya sabeis que soy inviolable: pongo bajo mi inviolabilidad á todos estos ciudadanos: así es que retiraos pronto.

—Traigo órdenes terminantes, repuso el oficial; si no haceis caso de mis palabras, haré uso de la fuerza.

—A las armas! gritó entonces Bastillas, no nos dejemos insultar!

—Avancen, gritó el oficial á sus soldados.

Estos, en número de cincuenta, se aproximaron á la casilla.

Entonces se escuchó el grito de ¡mueran los vendidos! muera Juarez! viva la religion!

—Preparen: apunten: continuó el oficial.

Los gendarmes obedecieron.

La multitud al escuchar tales palabras se dispersó rápidamente.

Los gendarmes volvieron á cubrir sus armas, terciaron y permanecieron impasibles.

La plaza quedó despejada.

No habia sido necesario arrojar proyectiles

para que aquellos cobardes huyesen despavoridos.

Vergüenza causa decirlo.

Los gefes del motin aun abandonaron en su camino todo lo que juzgaban como un obstáculo para su marcha.

He ahí á los hombres de valor.

Ellos á muy larga distancia de la plaza se examinaban recíproca y atentamente, para ver si se encontraban sanos y salvos.

Hubo alguien que en un exceso de miedo, creyó del momento, que el sudor de su frente era sangre proveniente de la herida que se figuraba le habian causado las balas enemigas.

He ahí, repetimos, á los hombres de valor.

He ahí á esa turba de *héroes.*

***

Así terminó aquella farsa, que parecia en su principio presentarse tan amenazadora.

Quién observando los preparativos no hubiera creido que aquellos individuos saldrian triunfantes? pero no fué así, ninguna resistencia opusieron: el ruido de las armas provocó en ellos un pánico terror.

D. Alvaro del Bastion huyó tambien.

La vergüenza y la confusion lo anonadaban.

Sus planes quedaron destruidos.

Su causa desprestigiada, sin apoyo y sin fuerza moral.

En aquel momento comprendió que debia mudar de pensamiento.

Era comerciante, sus negocios se encontraban en ruina.

Desde la llegada de D. Francisco Duran, temia con razon, que la justicia interviniera para darle el condigno castigo.

Pretenderia seguir con sus tareas revolucionarias? No: desde aquel instante, renunciaba su candidatura, y en sus momentos de decepcion exclamaba: "Yo no he nacido para estos chismes populares, que triunfe Vallarta ó el demonio, nada me importa."

Lo que mas tristeza le causaba era ser el vil juguete de todos, aun de sus mismos adeptos, quienes le recordaban constantemente que en su precipitada carrera—el dia del motin—habia olvidado un abrigo que llevaba consigo.

Acompañémoslo en su dolor, y traslademonos á su habitacion.

Entra en ella precipitadamente.

Cierra despues el zaguan, y el miedo le embarga de tal manera que apenas puede articular una que otra palabra.

—Un vaso de agua! decia el infeliz: un vaso de agua, que me ahogo, me muero! y despues de haber subido las escaleras cayó al suelo al penetrar á su gabinete.

Entretanto, D. Longinos que esperaba á sus

subordinados en el puente de San Juan de Dios, les preguntaba lleno de ansiedad:

—Qué ha sucedido, mis amigos? decidme,

—Qué ha de suceder, señor, respondió Barrica, no lo habeis visto? toda la cuarta division nos ha dado una carga terrible á la bayoneta: las caballerías vienen persiguiéndonos: ya tocaron á degüello; las baterías están listas: ya comienzan á matar á todo el que encuentran: ni las mujeres se escapan, ni los niños, ni los ancianos.

—Jesus nos ampare!

Al oir tal noticia D. Longinos se dirigió temblando á su juzgado.

Los gendarmes continuaban en la plaza.

Richs no apareció mas.

A pesar de su inviolabilidad que tanto pregonaba, comprendia que su situacion no podia ser mas deplorable.

Facistelo y Choquezuela se entregaban á los placeres del ébrio, y poco despues sin acordarse del papel tan ridículo que habian desempeñado en compañía de los demas, dormian profundamente.

Y Doña Rufina? lanzaba maldiciones contra los impíos, y rogaba á toda la corte del cielo que terminase con ellos.

Difundia la noticia de que los vallartistas habian dejado el campo á los valientes defensores de D. Alvaro, y á todos decia:

—Qué le parece á vd? Buena leccion han recibido los blasfemos: creian que siempre habiamos de vivir en la heregía; pero no: Dios ha querido libertarnos de estos enemigos. Loado sea El! no hay duda, los defensores de nuestra santa religion son hombres de honor.

Otras veces, abria las puertas vidrieras de su balcon, y arrodillándose allí, exclamaba: ¡Dios mio! bendito seas, porque nos has libertado de tantos males!

***

Quedan descritos concienzudamente los acontecimientos que tuvieron lugar el 7 de Abril de 1872 en el Estado de Jalisco, acontecimientos que han querido relatar á su antojo aquellos amigos de la calumnia y de la infamia.

La sociedad sensata de Jalisco, es testigo de lo que referimos; nada exagerado se encuentra en nuestras descripciones: si no es cierto, que la verdad y la justicia pronuncien su fallo.

Las tendencias revolucionarias no encontraron eco.

Las consecuencias por lo mismo no podian ser funestas.

Las ambiciones de aquellos que aspiraban solo á los puestos públicos, quedaban burladas.

La ley habia alcanzado un espléndido triunfo. .

Jalisco! cuna de mil héroes; salud! de tu privilegiado suelo viste por fin eliminados á aquellos

que pretendieron arrojar sobre tí el luto y la desolacion: salve, salve mil veces porque no te arredraron los gritos del que cobarde te lanzaba la injuria: tú comprendiste que no estaba lejano el dia de tu redencion; que el pueblo no cederia un palmo á los que temerariamente pretendian ser tus legisladores: no desmayes; continúa como hasta aquí siempre digno, siempre despreciando los dicterios de aquellos que se atreven á llamarse tus hijos: el tiempo avanza, el porvenir te espera, la victoria será tuya....

En tu seno guardas á multitud de patriotas esclarecidos; ellos te respetan y bendicen; ellos desean que la prosperidad y grandeza te acompañen: bien por ellos!

Que el pueblo, ese pueblo que te comprende y que siempre está alerta para defenderte, levante su frente con orgullo, en tanto que los enemigos del progreso escuchan el anatema que los seguirá á todas partes.

CAPITULO IV

LOS BILLETES DE BAN CO

DON Alvaro del Bastion, despues de reponerse del susto que habia recibido, ordenó al portero que se mantuviese en perpetua vigilancia, y que no permitiera la entrada á persona alguna sin previo aviso.

En seguida se dirigió á su escritorio.

Una vez allí, la reflexion vino á apoderarse de su cerebro.

Pensaba en la política, en la manera de evitar su quiebra, y en la deshonra que tal vez bien pronto le seguiria por todas partes: razon tenia para entregarse á profundas meditaciones: la hora del desengaño habia llegado: sus amigos le abandonaban, y los sacrificios no tenian recompensa.

—No, decia el usurero, es preciso separarse del mal camino: volveré á ocuparme únicamente de los negocios mercantiles, ya que mi candidatura no duede ser aceptada: ¿qué hemos de hacer? paciencia.

Pueblo, libertad, política, continuaba despues; ¿y qué me importan estas palabras? todo es farsa y nada mas; ea: procuremos solo el bien propio, pues el general no debe preocuparnos.

Guardó silencio un momento, y siguió hablando así:

—La exactitud del cálculo es la parte mas interesante en los negocios, combinar es muy útil; ya se vé: la economía política asienta reglas, que merecen observarse fielmente.

Despues de haber revisado los billetes de banco que llevaba en su lujosa cartera, así como cierto libro que estaba en una mesa cercana, y en el cual se leia la fecha en que el padre de Jorge le habia confiado el depósito de que ya otra vez hemos hablado, prosiguió:

—Bien, todo marcha segun mi deseo; realizaré el capital mobiliario y cuando mi cartera guarde toda la fortuna que poseo, nada me supondrán las amenazas de Duran ni sus reclamaciones; pero como la suerte puede tambien serme contraria, no seria malo aceptar una resolucion violenta, puesto que segun voy comprendiendo no saldré electo gobernador; sí: es preciso ausentarse de este suelo donde los sustos superan sobre los gustos: así me burlaré de todos mis acreedores: de otra manera, si ellos quieren, podrán dejarme en la indigencia.

Al cruzar el Bravo terminarán mis temores: temores pueriles ciertamente, porque como buen

economista, podia muy fácilmente poner en juego combinaciones que me evitarán separarme de mi patria.

Pero no: es preciso ir al Norte: allí admiraré las grandes celebridades y rendiré tributo al genio: ya que hasta hoy mi vida ha sido triste, que en lo sucesivo solo haya motivos para alegrarse: que llore todo el mundo, sea en buena hora: mientras yo gozo y rio; ¿qué mas puedo apetecer?....

Continuó en seguida:

—A decir verdad, soy intrigante como el que mas; he convencido á Guzman; él participa ya de mis ideas, puesto que no las desaprueba: así me agradan los hombres; despreocupados: ¿para qué sirven el honor y la conciencia? espantajos, y nada mas; vanas fórmulas: palabrillas que solo deben pronunciar los beatos é hipócritas.

No hay quien permanezca leal ante los resultados de una buena utilidad: ejemplo de ello es Guzman: ayer se amedrentaba, mientras que hoy ayuda y anima mi empresa; si sigue así, pronto llegará á ser un buen financiero.

Apenas habia pronunciado las últimas palabras D. Alvaro, cuando Guzman, que salia de las piezas interiores, se presenta diciéndole:

—Señor, todo está arreglado y dispuesto para la marcha.

—¿Segun convenimos, amigo mio? preguntó con inquietud D. Alvaro.

—Sí, como lo exige la situacion.

—Bien: muy bien, amigo.

—Solo nos falta recoger los principales documentos que pudieran comprometernos.

—Perded cuidado, no hay por qué abrigar temores.

—Así lo creo, señor.

Y ambos individuos continuaron hablando de sus proyectos.........

Veamos ahora lo que pasa con el mendigo Antonio.

Segun la encomienda que se le habia dado, vigilaba la casa de D. Alvaro.

—Tarda mucho el Sr. Duran, exclamaba; en vano espero hace media hora: Clemente no parece tampoco: qué habrá sucedido?........

Seguia esperando: y así habria continuado por largo tiempo, si á lo lejos no distinguiera á Duran.

—Gracias, Dios mio! dijo entonces el mendigo encaminándose para encontrar al que se acercaba con paso lento.

Poco despues Duran y Antonio hablaban en voz baja.....

Escuchemos nuevamente al tenedor de libros y al Sr. del Bastion.

—Los asientos están tomados ya? preguntaba el segundo.

—Sí, señor: corresponden á vd. los números siete y nueve del primer coche.

—Sois activo, amigo Guzman.

—Cumplo con mi deber, señor, al serviros con puntualidad.

—Por ello os recompensaré fielmente.

—Gracias, gracias, señor: pero la mejor recompensa que pudiérais concederme, seria el que hiciésemos la relacion pormenorizada de los créditos pendientes: y añadió para sí: mientras ellos no estén en mi poder, nada he conseguido.

—No lo he olvidado, respondió con marcada turbacion D. Alvaro.

—Si quereis, repuso el tenedor, prestadme los billetes de banco: yo haré la liquidacion.

—Los billetes de banco, decís?

—Sí, señor.

—No lo creo necesario, Guzman.

—Olvidais lo pactado? qué, nada vale vuestra palabra?

—Es verdad...... pero...... comprendereis que....

—La cláusula 21 de nuestro contrato es terminante, replicó D. Cárlos.

—Es que yo.... no puedo....

—Ah! con que desconfiais de mí? decídmelo claramente, pues así podremos saber quién es mas digno de llamarse hombre de honor.

—Sr. Guzman, nunca esperé oir tales razones, ni comprendo que derecho teneis para exigirme esos billetes.

—Mirad, dijo Guzman: y al decir esto, le enseñó los documentos que habia conseguido obtener aquel dia en que Jorge, estando en casa de su virtuosa madre, perdia la razon al escuchar que D. Alvaro le llamaba jugador y hombre indigno: estos papeles son mi mejor respuesta.

—Prestad esos papeles, gritó frenético el usurero: no os rebeleis contra mí.

—Os los entregaré á su debido tiempo.

—Intentais denunciarme?

—La intencion no bastaria, es preciso hacerlo.

—Es que somos consocios en este negocio; podeis perjudicaros tambien.

—No importa, si yo soy culpable, para mí tambien habrá castigo.

—Tened piedad de mí, querido Guzman, mirad que me deshonrais si proferís una sola palabra.

—No me obligareis nunca con vuestros ruegos: concluyamos, ó me entregais los billetes ó voy en estos momentos á denunciaros.

Al oir tal amenaza, D. Alvaro tiembla, se demuda y lanzando un profundo suspiro alarga la mano á D. Cárlos y le entrega una cartera en la cual se encontraban los billetes en cuestion.

—Gracias, dijo Guzman al recibirlos, al fin nos hemos comprendido: ahora sí procuraré cuanto antes concluir la nota; confiad en mí.

D. Alvaro, aparentando indiferencia, no hizo ca-

so de aquellas palabras; pero sin embargo, confiaba en que la oportunidad presentándose le suministraria medios para vengarse.

La justicia triunfaba por esta vez.

El tenedor de libros habia salvado de la miseria á una familia desgraciada?

De qué manera?

Aun no es tiempo de saberlo.

La voz de D. Alvaro se dejó oir nuevamente.

—En la cuenta general de caja, dijo á su tenedor, encontrareis las relativas al crédito de esos billetes: con ellas podreis calcular los saldos y hacer las distribuciones convenientes.

—Así lo haré, señor.

—Ya sois rico, amigo Guzman, no es verdad?

—Un poco, respondió el tenedor abriendo uno de los grandes libros.

—La sociedad os juzgará tal como sois y dirá siempre que os vea: "ved un hombre honrado."

—Me distinguís demasiado, Sr. del Bastion, no soy acreedor á tanta bondad.

El diálogo continuó cada vez mas animado....

El reloj de la catedral marcó la hora.

—Las doce, exclamó D. Alvaro, me olvidaba de algunos papeles que aun tengo que arreglar, y diciendo esto se dirigió á la pieza cercana. ejando en el escritorio al tenedor de libros. Cuando D. Alvaro hubo desaparecido, Guzman sacando de su bolsillo los billetes, decia sonriendo de placer:

—Magnífico! está en mi poder el capital: Durán será saldado, si á su *Debe* comparamos la cantidad representada en su *Haber*.

"Los libros hacen fé:" este asiento misterioso me ha causado profundos disgustos: esperemos: la familia de Jorge no sucumbirá en la desesperacion........

D. Alvaro revisaba rápidamente sus papeles y seguia entregado á sérias reflexiones.

Unicamente queria realizar su bello ideal.

Marchar á los Estados-Unidos era su grande empeño.

***

Teneis razon: marchad á otro lugar donde no se os conoce: allí direis tal vez que fuísteis en vuestro suelo el protector de las artes: que nunca el desgraciado encontró vuestras puertas cerradas: que los gritos de la miseria siempre os conmovieron: alejaos en buena hora; pero en ese país eminentemente republicano procurad ocultar vuestras añejas creencias, con las que si os presentais tendreis que cubriros de ridículo: marchad, ya que "vuestra conciencia no os aconseja ni como amiga ni como juez;" pero cuando esteis lejano del suelo que os viera nacer, procurad recordar que en él muchos viven sumergidos por vuestra causa en la miseria y en la degradacion........

Guzman continuaba en su monólogo.

—Los documentos que obran en mi poder, de-

cia, son el pleno testimonio de la infamia de D. Alvaro: el deber me aconseja, sí; es preciso quitar la máscara á los hipócritas.

Toma en seguida la pluma y comienza á escribir con precipitacion.

En este momento llamaban á la puerta del zaguan.

Era Richs, que solicitaba hablar á D. Alvaro.

Qué asunto le llevaba á aquel lugar? Para saberlo necesitamos retroceder algunos pasos.

En las páginas siguientes descifraremos el enigma.

CAPITULO V

PROTESTA

LA sociedad entera de Jalisco habia presenciado los acontecimientos que hemos referido: los desórdenes cometidos por los clubs oposicionistas y al mismo tiempo la conducta observada por el ayuntamiento al escuchar los torpes insultos de sus enemigos.

Estos acontecimientos no podrán ser olvidados.

Los buenos hijos de Jalisco tendrán á su pesar que recordarlos siempre.

El tiempo aclarará los hechos que hoy permanecen cubiertos; entonces la opinion pública considerará justas nuestras apreciaciones....

Como hemos dicho en el capítulo anterior los gendarmes, obedeciendo la órden del gefe político, habian conseguido su objeto.

La plaza quedaba libre de aquella turba que provocó el motin.

Qué fué despues de aquellos que animaban á la

sedicion? Comprendiendo el papel ridículo que habian desempeñado, trataron de esquivar su presencia? muy al contrario; haciendo un esfuerzo supremo volvieron á reunirse y se dirigieron á una casa situada cerca de la plazuela llamada de las "Nueve Esquinas." Allí vivia el agiotista Manolo, á quien hemos oido responder con altanería á las corteses súplicas del gefe de gendarmes.

La reunion tenia esta vez por director á D. Longinos, quien tenia buen cuidado de huir á la hora del peligro, pero que era el primero, cuando solo se trataba de charlatanismo ó de palabrería política.

Oigamos á aquellos estúpidos, quienes se encuentran en la casa que hemos citado. D. Longinos tomó la palabra:

—Valientes, dijo: he sabido los graves peligros á que os habeis espuesto por la santa causa de la libertad, vuestro patriotismo y valor os hacen ocupar desde hoy un lugar entre los defensores del pueblo; así lo he comunicado á quien ya sabeis en una carta que le he dirigido: en ella tambien lo felicito por su futuro triunfo, y concluyo asegurándole que con hombres como vosotros se salva la República.

Aquellas palabras causaron una impresion profunda en los oyentes, quienes creyeron que el discurso envolvia una terrible ironía y que D. Longinos al usar de tales frases, les echaba en cara

el pánico terror que manifestaron en los momentos en que vergonzosamente fueron arrojados de la casilla electoral; pero al ver la seriedad con que les hablaba, concluyeron por creer que efectivamente su existencia habia corrido muy serios peligros.

Cuando terminó Torrente su perorata, Manolo respondió:

—Si abandonamos la casilla fué porque dos mil caballos y tres mil infantes venian sobre nosotros, así como toda la 4ª Division y las baterías dirigidas por Cuevas. Quedarnos, habria sido una temeridad; por eso nos hemos retirado poco á poco, y siempre batiendo á nuestros contrarios.

—No podia ser de otra manera, continuó D. Longinos; pero á pesar de todo, es preciso confesar que el pueblo ha obtenido un expléndido triunfo; los débiles no han permanecido en sus puestos; el "Club Vallarta" ha huido: ¡ay de él si no hubiera hecho tal cosa! su derrota habria sido segura: gracias al Capitan Armando, salvó su estandarte: ¡cómo lo hubiéramos hecho al caer en nuestras manos! verdad? ya me parece que veo los sombreros de nuestros gladiadores adornados con los girones de él; pero en fin, no es tarde todavía.

Camaradas: procuremos conquistar la paz; pero ya sabeis, haciendo uso del órden y sin abusar de nuestra soberanía: es cierto que si quisiéramos,

provocariamos en el acto una revolucion, y á las pocas horas seriamos dueños del palacio; pero es preciso que tengamos misericordia de nuestros enemigos, y que usemos de cierto recurso que nos es permitido.

—Cuál es? preguntó Manolo.

—La ley de imprenta que nos garantiza el derecho de poder decir cuanto se nos ocurra: sí, es preciso que los pueblos del Estado y la nacion entera comprendan las violencias de que hemos sido víctimas; los testigos presenciales no bastan á publicar tamaña infamia; ese crímen de lesa civilizacion.

—Al relatar lo que ha pasado, advirtió otro de los presentes, obrariamos en contra de nosotros mismos; pues nadie ignora que........

—No, amigo, respondió D. Longinos interrumpiendo al que hablaba: sois poco instruido en estos asuntos: lo que nos conviene, es referir las cosas á nuestro modo; echar la culpa al gobierno y contar anécdotas: oidme, diremos por ejemplo, que la fuerza nos impidió que llegásemos á la plaza: que el pueblo impidió al Ayuntamiento que instalase la mesa únicamente con los vallartistas: estos tuvieron entonces que retirarse de la casilla; pero apoyados en la 4ª Division, volvieron despues, y usando de una ferocidad sin ejemplo, cometieron depredaciones mil; en consecuencia, una multitud de cadáveres y heridos fueron levan-

tados de la plaza pública; los huérfanos clamaban venganza; gritos desgarradores se escuchaban por todas partes; las lágrimas de las esposas se mezclaban á la sangre de las víctimas, etc, etc: ya vereis qué buen resultado alcanzamos haciendo esta narracion: os parece bien?

—Pero si nada de esto ha tenido lugar, replicó el que hacia observaciones justas.

—Es cierto, dijo D. Loginos; pero obrando así, habremos conseguido desconceptuar á nuestros contrarios.

—Señores, añadió nuevamente aquel pacífico y honrado ciudadano, yo me retiro: mi nombre no debe figurar en documento tan infame: esa protesta es altamente ridícula: no quiero firmar.

—Aquí no hay infamia, ciudadano: pero es preciso que se convenza vd. En el caso en que nos encontramos no harian nuestros enemigos otro tanto? en las batallas son permitidos estos ardides: es cierto lo que digo? responda por mí el auditorio.

—Sois admirable, no hay duda: vuestro cerebro es muy grande, exclamó Manolo.

—El ciudadano que no quiso firmar la protesta se retiró, por fin, de aquel lugar, teniendo en su camino el siguiente monólogo.

—Esta canalla es el desprestigio de toda causa: infames! no contentos con herir de muerte la reputacion del general Diaz, tratan de perder á

ciertos pacíficos ciudadanos: calumniadores viles! maldecidos seres! no concebís el mal que causan vuestras enormes imposturas? careceis acaso de raciocinio? ignorais que vuestras palabras pueden ser comentadas de diversas maneras? adónde está vuestro patriotismo? tampoco temeis la opinion que *allende* los mares puedan formarse de nosotros aquellos que lean las páginas de vuestros nauseabundos escritos? os atreveis á mentir tan descaradamente? habeis olvidado que la sociedad entera reprocha tan depravada conducta? lo conoceis?.... sí, mas la pasion os ciega, el rencor os domina, y con tal de ver satisfechos vuestros deseos, no retrocedereis ante ningun sacrificio por grande que parezca: nada bien haceis, malvados: pronto tal vez la cuchilla de la ley caerá inexorable sobre vosotros.....

Miéntras Torrente continuaba hablando á los suyos de esta manera:

—Ya que aprobais mis determinaciones, soy de opinion, señores, que nos pongamos de acuerdo con el "Club jalisciense," así como con el "del Pueblo:" y entonces "La Civilizacion," ese periódico respetable que juzga todo de una manera imparcial, secundará nuestras ideas.

—Muy bien, muy bien, gritó lleno de alborozo Bastillas, en este momento, voy á ver á Richs: todo saldrá á medida de nuestro deseo.

—Y nosotros qué haremos? preguntó Manolo: protestamos?

—Mucho que me place esa resolucion, contestó, el usurero; por mi parte, protesto que no fuí yo el que estuvo en la plaza, que ninguno de los nuestros tomó parte en los acontecimientos de hoy: que los vallartistas acarreando el desórden, son y deben ser los únicos culpables; por último, que no tomaremos parte en la cuestion electoral, hasta que el gobierno no dé al pueblo una cumplida satisfaccion. "Protesto igualmente contra la tiranía y despotismo del gobierno que se ha atrevido á mandar hacer fuego sobre el pueblo, derramando la sangre de ciudadanos libres, con el objeto de impedir el sufragio popular."

Así terminaba la protesta que habia dado á luz la mezquina inteligencia de D. Longinos.

Esta protesta fué acompañada de multitud de firmas supuestas, así como de otras arrancadas á ciertos ciudadanos, sobre los cuales—en virtud de su extremada miseria—tenia Manolo un gran ascendiente.

En el mismo momento en que esto referimos era cuando D. Alvaro del Bastion llegaba á su casa bastante acobardado.

Sigamos los pasos de Torrente, quien separándose de aquellos locos, atravesó el jardin de San Francisco lleno de turbacion y con la vista fija al

cuartel donde estaba alojado el 6º cuerpo de caballería.

Luego que se vió distante de aquel lugar, apresuró el paso y llegó á la casa de su amigo, el Sr. del Bastion.

Preguntó por él y habiéndole dicho que no se encontraba allí en esos momentos, tuvo que retirarse.

Al palpar aquel desengaño, Torrente decia con marcada tristeza:

—Qué lástima! los momentos eran apropósito; y en seguida se dirigió á la casa de Richs.

Allí encontró á Bastillas, quien referia á Richs todo lo acaecido.

Al ver llegar á Torrente, Richs saludándole con entusiasmo, le dijo:

—Oh! mi buen amigo: vd. es de mi temple: nuestro triunfo es indudable hoy que pensamos de la misma manera; y tendió la mano al ricien llegado.

Aquellos hombres, siendo enemigos, aparentaban haberse reconciliado.

Torrente, sentándose cerca de Richs, preguntó á este:

—Señor Richs, cómo juzga vd. de nuestra situacion actual?

—Reflexionándolo bien, y aquí para nosotros, estamos bastante mal; esperábamos que el círculo contrario hubiera cometido algun desatino, y

á decir verdad ha sufrido mas de lo que era de esperarse.

—Es verdad; pero al pueblo conviene que le digamos todo aquello que pueda conducirlo á la rebelion.

—Ya se ve; pero ni aun así conseguiremos moralizarnos.

—Entonces no nos queda otro recurso que protestar: pero teniendo que decir algo á D. Alvaro lo he buscado en su casa y se ha negado á recibirme.

—En efecto, es sumamente desconfiado, repuso Richs: yo le hablaré, y todo quedará arreglado.

—Consentirá él?

—Respondo de ello.

D. Longinos y Bastillas se despidieron de Richs.

Este último se encaminó á la casa de D. Alvaro, el cual le recibió sumamente afligido.

Le preocupaba el negocio de los billetes; le inquietaba su proyectado viaje y su porvenir.

—Qué le pasa á vd., señor? preguntó Richs despues de saludarle: ese semblante revela inmediatamente la tristeza.

—Ya vd. lo ve, querido, respondió D. Alvaro, estoy cometiendo la mayor de las necedades al querer figurar en estos movimientos políticos: y todo por qué? porque otros quieren que yo sea gobernador? no, amigo mio: desde este momento

renuncio mi candidatura: hagan ustedes lo que mejor les parezca.

—Segun eso, ya no podemos contar con el auxilio de vd?

—No, dijo resueltamente D. Alvaro: qué necesidad tengo de estos laberintos? ocupado en mis negocios mercantiles, creí librarme de ellos, entregándome á la política; pero esta ha cambiado: hace cuatro años no hubo la oposicion que ahora: hoy no ha sucedido así: confieso plenamente que he padecido un error.

—Señor, exclamó Richs en tono suplicante: advierta vd. que ya no se pertenece á sí mismo: representa vd. un partido, y ese partido sufrirá una desmoralizacion absoluta al saber que se le abandona: renuncie su candidatura en horabuena, pero no insista vd. en querer abandonarnos; es mejor en tal caso protestar.

—Y de qué protestamos? de habernos unido los partidarios del clero con la plebe capitaneada por Longinos y Bastillas? de haber tratado tan mal á las autoridades? de haber autorizado el desórden y gastado el dinero para que apedreasen al Ayuntamiento, y al "Club Vallarta," y para que gritaran mueras al gobierno del Estado? No, señor Richs, no hay lugar á la protesta.

—Señor D. Alvaro, cree vd. que tratándose de la política, puede caber moralidad? de ninguna manera: es preciso atender al fin, sin hacer caso

de los medios; si el fin se consigue, nada importa lo demas. Fije vd. su atencion en todos los hombres que han figurado en las revoluciones: si ellos triunfan son colmados de aplausos y la fama se encarga de darlos á conocer; si sucede lo contrario, entonces se les procura dar algun calificativo ridículo; pero nada de esto nos importa en nuestra cuestion: al presente lo que debemos hacer es protestar, para que de este modo comprenda el gobierno que abusando de su poder ha violado nuestras garantías individuales.

—Sin embargo de todo esto, no puedo prestar mi consentimiento.

—Pues debe vd. hacerlo, porque si nó, habria lugar para llamarlo traidor á sus opiniones.

El usurero, que otras muchas veces habia escuchado semejante dictado, dijo con ánimo resuelto:

—Firmaré ya que se me habla en nombre de mis principios; pero será la última vez que pesen sobre mí esta clase de responsabilidades.

—No podia suceder otra cosa, exclamó Richs; voy á escribir la protesta en este mismo momento y vd. la firmará, no es así? En seguida firmaremos todos, sin olvidar por supuesto á Roque, Camándulas y D. Esperanza, así como á Celedonio, Podenco y doña Rufina.

—Comenzamos, preguntó D. Alvaro por acusar al gobierno ante el Congreso de la Union?

—Opinamos de la misma manera: muy bien pensado.

—Pues ponga vd. un telégrama.

Richs obedeció.

Poco despues D. Alvaro se presentaba en la oficina telegráfica.

Redactadas las protestas y firmadas que fueron por los sediciosos, Bastilla se encargó de mandarlas imprimir.

Santos Cachetes, el mismo á quien conocimos el dia en que el "El Club Jalisciense" proclamó la candidatura del Sr. del Bastion, fué aquel á quien quiso conceder el alto honor de desempeñar tan importante trabajo.

El *aventajado* impresor Santos leyó las protestas, y dijo á Bastillas:

—Yo no imprimo esto, porque envuelve terribles calumnias.

—Y á vd. qué le interesa? replicó Bastillas: queremos que se imprima nuestra protesta, no que se censure.

—Está bien; pero yo soy el que sufre los resultados: vdes. cumplen con esconderse, y yo, no pudiendo hacer lo mismo, tengo por fuerza que aparecer responsable de aquello que jamas pensé hacer.

—No hay cuidado, Santos: nosotros salvaremos á vd: confianza, amigo.

—Sea lo que fuere, yo no hago la impresion.

—Pero si el responsable es el "Club del Pueblo," qué mas quiere vd? Trescientas firmas me parecen suficientes.

—Sea entonces, contestó Santos sin advertir que la mayor parte de aquellas firmas eran supuestas: pero espero que este trabajo será bien recompensado.

—Por ahora, advirtió Bastillas, recibirá vd. únicamente sus honorarios; pero despues, nos comprometemos á que el gobierno ceda á vd. el derecho de propiedad en los escritos oficiales.

—Arreglado, comenzaremos á trabajar inmediatamente.

Bastillas despidiéndose salió de aquel lugar.

Digamos antes de terminar, dos palabras acerca del impresor Santos.

En su juventud habia dedicádose á la carrera literaria; pero bien pronto tuvo que abandonarla—pues era mucha la escasez de su inteligencia—para dedicarse al oficio de impresor.

En él no hizo grandes adelantos, pero podia al fin con tal recurso subvenir á las necesidades mas precisas.

Despues de algun tiempo, contrajo amistad con un padrecito que era dueño de una imprenta, y como esta ya no le era útil para los fines que se habia propuesto, fué bien pronto entregada á Santos, mediante un contrato, cuyo cumplimiento jamas llegó á efectuarse.

Hé ahí descrita la biografía de nuestro hombre: aquellos que bien lo conocen, no podrán desmentirnos jamas.........

Vamos á otra cosa........

Lo que Bastillas le proponia era nada menos que exponerse á perder no su reputacion, pues ninguna tenia; pero sí su imprenta: mas al ver que se le retribuia bien, y que contaba con el apoyo de hombres tan *eminentes*, se dedicó á contribuir al triunfo de sus protectores.

Desde entonces, concluyendo para él los escrúpulos, se atrevia á responder por todos aquellos escritos que provocaban al desórden y á la rebelion.

CAPITULO VI

GUZMAN Y DURAN

YA hemos visto en el capítulo anterior á D. Alvaro conversando confidencialmente con Richs.

Ocupémonos ahora del tenedor de libros D. Cárlos Guzman.

Lo hemos dejado en el escritorio de D. Alvaro escribiendo varias cartas.

Estas ya han sido concluidas y enviadas á diversas personas.

Por un momento escuchémosle.

—Magnífico! decia; Durán y el Supremo Tribunal sabrán al mismo tiempo lo que ocurre: esperemos: la respuesta será violenta, sí, no hay duda: pero mientras que tal sucede revisemos las cuentas.

D. Cárlos abre entonces un libro, y comienza á escribir en él.

Entretanto, dígnense nuestros lectores, acompañarnos á las piezas interiores del escritorio, don-

de como ya lo hemos dicho, vivia el tenedor, en compañía de su hija Inés.

En esa modesta habitacion vamos á encontrarnos con dos personas que nos son bien conocidas. Quiénes son? El desgraciado Jorge, y su virtuosa madre.

Desde aquel dia fatal, en que el usurero D. Alvaro se presentó en casa de la señora Adelaida para reconvenir muy sériamente el supuesto abuso de confianza del que únicamente era culpable Clemente, Guzman creyó conveniente trasladar á su domicilio á aquellos seres que vivian sumergidos en la desgracia.

La virtuosa Inés prodigaba toda clase de cuidados á su infeliz amante.

Con frecuencia enjugaba las lágrimas que destilaban de sus pupilas al oir la carcajada de aquel ser, á quien amaba tanto.

La afligida madre padecia horriblemente.

A toda hora queria hablar á su hijo.

Inés por medio de la súplica procuraba evitárselo.

Comprendia las consecuencias que pudieran originar las frecuentes entrevistas.

A pesar de esto, la señora Adelaida abrazaba á su hijo tiernamente, y decia entregada al mas acerbo dolor:

—Para qué quiero vivir, si mi hijo es tan desgraciado? no: la muerte seria para mí un gran

bien: sin él nada quiero. Dios mio! Dios mio! ten compasion de mí!

La hija de Guzman al oir tales expresiones procuraba calmarla en su dolor.

—Consolaos, buena amiga, consolaos, exclamaba la encantadora niña: obedeced los designios de la Providencia: no desconfieis de su poder ni de su bondad: tened resignacion; Ella se apiadará de nosotros.

Inés y la señora Adelaida se encaminaron hácia el lugar en que se encontraba Jorge.

Guzman, cesando de escribir por un momento, tenia el siguiente monólogo:

—Es cierto que dije á D. Alvaro que era preciso tenerlos en mi casa, para que vivieran bajo mi observacion; pero el cielo sabe bien que mi intencion es otra: puesto que el viaje ha de efectuarse quiero sorprenderlos: les comunicaré esta buena nueva! quizá de esta manera Jorge recobrará la razon.....

Basta de infamias, prosiguió despues: el papel que en estos momentos desempeño es demasiado triste: estoy convertido en espía: y para qué? para que pueda realizar una accion criminal D. Alvaro.

Y así se llama negociante? y estos son los protectores de la clase menesterosa? los que llevan el pomposo nombre de agiotistas? legisladores: por qué tolerais que el abuso mas notorio y la in-

famia ejerzan su funesto dominio? por qué ya que no podeis restringir la libertad de comercio para ciertos degradados seres, por lo menos no los vigilais?

Con la mayor sangre fria sentenciais al que obligado por el hambre y la miseria comete un crímen: al que roba un humilde jergon con que cubrir la desnudez de sus pobres hijos, al que no pudiendo escuchar por mas tiempo el ¡ay! desgarrador de la inocencia, sucumbe ante la tentacion; y sin embargo, sois indulgentes con aquellos que aparentando virtud, no son otra cosa que los génios maléficos, que por medio de las riquezas logran siempre sus instintos brutales y rien de sus víctimas: con aquellos que solo creen en las riquezas que atesoran, en el mal que puedan ocasionar, en la honra—y tal vez la vida—que arrebatan con un cinismo sin ejemplo: vampiros de la sociedad, sanguijuelas sociales, seres sin honor ni conciencia que tienen por escudo el oro y por arma la defensa de aquellos aduladores que, pudiendo ocurrir para proporcionarse la subsistencia á medios decorosos, se engalanan con el vicio y hacen pública ostentacion de sus escandalosas costumbres: por qué no combatir á estos como á otras tantas calamidades? Muy acreedores son al castigo, cuando abusando de la buena fé que se creyó existia en ellos, disponen del sagrado depósito que la credulidad tuvo á bien confiarles: juzguéseles de una

manera severa: los antros do se castiga el crímen, debieron haber sido construidos para ellos: por qué entonces se les perdona? por qué no se les aplica rigurosamente la ley? Si al que soportando privaciones de todo género y escuchando el anatema que la sociedad le lanza; si al salteador que viviendo en la montaña y cambiándose vida por vida se le persigue hasta conseguir por fin anìquilarlo y destruirlo, porqué razon no se hace otro tanto con aquellos que cubiertos con la máscara del hipócrita y pregonando á toda hora proteccion, caridad y filantropía, se hacen dueños de la confianza pública para despues creer que son incapaces de cometer una mala accion. Se nos dirá que no hay pariedad; que en un caso se castiga el escándalo y el insulto público que se le dirige á un cuerpo colectivo; pero cuando en el otro caso no solo no se castiga sino que se tolera, será prudente guardar silencio? no se podrá elevar la queja? Este punto es muy controvertible, muy digno de llamar la atencion........

Mas á pesar de que tanto se decanta la civilizacion y el progreso, no se ha conseguido hasta hoy extirpar ese cáncer que dia por dia amenaza á la sociedad; ese virus terrible que se inocula de una manera rápida; ese mal cuya sola curacion es la ley: la ley que no solo fué creada para las clases menesterosas: la ley que juzga de una manera diferente al que harto de miseria anhela por res-

pirar un momento libre de fatigas, y á aquel que revestido del ridículo oropel comete el crímen, confiado en que desde antemano cuenta con el perdon....

La ley no es, solo para vosotros, á los que teniendo sed se dice:

Bebed vuestras lágrimas.

Sufrid, sufrid, clase virtuosa; tal vez el dia de vuestro triunfo no está muy lejano.

Esperad....

El honrado tenedor de libros anatematizaba una vez mas á esos partidarios del agio, que sin dignidad alguna se burlan de la justa grita de la sociedad.

En tanto que él fija su inquieta mirada en varios papeles de suma importancia, oigamos el diálogo que sostienen D. Francisco Duran y el mendigo Antonio, en el dintel de la puerta de la calle.

—Hemos llegado al despacho de D. Alvaro? preguntó el primero.

—Sí, señor.

—Muy bien, Antonio, toda la vida recordaré tus bellas acciones.

—Sabe vd., señor, que siempre tuve placer en acatar su voluntad.

—Es verdad: yo te lo agradezco: gracias á tu eficacia hemos podido sostener nuestra correspondencia; por ella estoy al tanto de todo lo ocurrido.

—Ahora, replicó el mendigo, no queda otro recurso que obrar con energía: basta recordar que D. Alvaro trató de arruinar á vd.

—Efectivamente: pero pronto tendremos él y yo una entrevista y nos arreglaremos definitivamente; no hay por qué temer; el resultado deberá serme favorable, puesto que la justicia está de mi parte; con que así vé con Dios, Antonio.

El mendigo se despidió respetuosamente de Durán, quien llamando á la puerta penetraba poco despues con ánimo sereno al escritorio de D. Alvaro, en los momentos en que Guzman se disponia á salir.

—Dispensad, caballero, dijo el padre de Jorge al tenedor de libros despues de haberle saludado cortesmente, el Sr. D. Alvaro del Bastion?

—Señor, hace un momento lo hubiérais encontrado; acaba de salir.

—Cuánto lo siento!

—Pero estoy á vuestras órdenes, añadió Guzman; soy su tenedor de libros, y ademas, como cajero, el depositario de su confianza.

—Gracias, caballero, respondió Durán, es inútil deciros el asunto que me trae á este lugar; volveré pronto; pero entretanto os suplico entregueis esta tarjeta al Sr. del Bastion.

—La entregaré, continuó el tenedor recibiéndola; serviros es para mí un grande honor.

—Gracias, volvió á decir D. Francisco, y ten-

diendo en seguida la mano á D. Cárlos Guzman, salió del escritorio triste y meditabundo.

Cuando el tenedor hubo quedado solo, profundas reflexiones se apoderaron de él.

—No se por qué, decia, me inspira profunda simpatía este individuo: su figura es simpática, y respetuosa: será él?.... sí, es el mismo, añadió fijando la vista en la tarjeta, y movido por una curiosidad irresistible sale violentamente y pregunta á Durán:

—Sois acaso el padre de Jorge? deseo asegurarme de vuestro nombre; mi inquietud es muy grande: respondedme, señor: sois Francisco Durán? en tal caso, pasad nuevamente, pues tenemos que hablar: ya os daré mis razones; pero antes exijo me digais el objeto de vuestra visita

—No os habeis engañado, señor: mi nombre se halla escrito en la tarjeta que recibísteis; ahora podré á mi vez saber la causa por qué me interrogais? cuál es el interés que excita vuestra curiosidad?

—Permitidme que por estos momentos oculte las razones que me asisten para preguntaros con tanto ahinco; las excusas me vindicarán despues.

—Pues oidme entonces: he llegado hace muy poco de Lóndres: negocios de importancia me obligan á buscar al Sr. del Bastion: qué mas pretendeis saber?

—Continuad, continuad, el honor es el que me

impele á que descifremos un enigma; él norma y guía todos mis actos.

—Haceis muy bien, buen hombre, el honor es la mejor herencia que puede poseerse: él constituye la única felicidad, la verdadera riqueza.

El honor! sentimiento justo, que unido á la conciencia, no permite el predominio del mal sobre el bien: el honor, he ahí la distincion que acredita al hombre digno.

—Proseguid, dijo en tono suplicante el tenedor; no os hagais esperar mas tiempo.

Durán, con suma complacencia continuó su narracion de esta manera:

—Alguna persona caritativa se ha servido enviarme una carta;—se referia á la que Guzman le habia enviado poco antes y que no iba firmada.—Qué seria de mí si la fatalidad realizace lo que en ella se me anuncia? no quiero ni pensarlo: pero si tal sucediese, la esperanza de tantos años quedaria destruida, y Jorge y mi virtuosa Adelaida tendrian que vivir llorando su miseria.

—Basta, basta, exclamó profundamente conmovido Guzman; el Ser Supremo permite que llegueis á tiempo. El mal quedará evitado; tranquilizaos.

—Qué decís? será cierto lo que oigo?

—Os lo aseguro por mi honor: nada se ha perdido.

El anciano lloraba.

Sus lágrimas eran la expresion de la gratitud.

El cielo recompensaba al que tanto habia sufrido.

Al que ignoraba el lamentable estado en que se encontraba Jorge, ese prototipo del amor filial.

Al que no podia adivinar que se encontraba muy cerca de los objetos queridos de su alma....

Guzman habia cumplido con un sagrado deber.

La conciencia habia sido su mejor consejera.

No repugna que atendiendo al perjuicio de tercero que ocasiona una mala accion, se haga una justa denuncia.

El deber lo indica.

La rectitud de los principios así lo manda.

*
* *

Durán, despues de haber abrazado tiernamente á D. Cárlos Guzman y rendídole un homenaje de gratitud, salió de la casa de D. Alvaro bastante emocionado y enjugando sus lágrimas, apoyado en el brazo de D. Cárlos que le ofrece su compañía.

CAPITULO VII

LA PRISION

HABIAN dejado tan impresionada á la sociedad jalisciense los desórdenes de la mañana del dia 7 de Mayo de 1871, que aun despues de algunas horas no se podia conseguir que los ánimos se calmasen: aquellas escenas desagradables que hemos referido causaron profunda impresion en los ciudadanos pacíficos, quienes temian que se repitieran nuevamente.

Por fin, fué preciso reducir al órden á los sediciosos.

Las faltas cometidas á la autoridad pública, no podian quedar sin castigo.

La ley tendria que cumplirse....

La impunidad no pudo obtener el triunfo.

Una averiguacion minuciosa decidiria de la cuestion.

Esta se hizo rigurosamente.

La gefatura política intervino.

Sus órdenes se cumplieron estrictamente.

La policía verificó las aprehensiones que se juzgaron convenientes.

¿No es cierto que obrar de otra manera habria equivalido á facilitar el triunfo de los rebeldes?..

En la lista de las personas para quienes se habia librado la órden de aprehension correspondiente, se encontraba Nicho.

Ya lo conocemos: es aquel *instruido* jóven que ostentando su levita militar y su bota fuerte se paseaba orgulloso en la plaza pública, el dia de la eleccion del municipio.

El siempre adorador de la monarquía.

El responsable de un periódico clerical.

El mismo por último que mostrando por todas partes el estandarte del Comercio, celebró en presencia de una multitud la ridícula alianza del lerdismo y el porfirismo.

Esta union que nada tuvo de misteriosa y que si provocó la risa de las personas sensatas fué una de las principales razones por la que los porfiristas se acarrearon el desprestigio público, pues de esta manera dieron á conocer que nada podrian por sí mismos.....

Nicho era cobarde en extremo; tan luego como supo la órden de su aprehension, se dirigió á su casa, donde llenas de ansiedad esperaban noticias unas viejecitas tias suyas, quienes le amaban entrañablemente.

—Querido hijito, exclamaron estas al verlo llegar; estábamos impacientes por tu llegada: cómo

nos has hecho sufrir; malditos puros! Dios no se los tome en cuenta: cuánto hemos padecido y tambien con nosotros tú, el defensor de nuestras instituciones y de nuestra sagrada religion; pero no temas el peligro, en todo tiempo hubo mártires: desde *Diocleciano* hasta nuestros dias, los impíos han querido ser los dominadores: mas no lo conseguirán, porque con hombres de tu temple quedaremos sanos y salvos: con que así, no hay que dejar de combatir: si mueres, no serás el único sacrificado por la tiranía; ya recuerdas á nuestros ilustres Piélago y Monayo: murieron como héroes: hicieron muy bien, no quisieron rendirse.

Aquel ignorante al oir tal sermon, comenzaba á creer que ya era martir: pero sin embargo, no pudiendo ni por un momento verse libre del miedo que tanto le atormentaba, se decidió mas bien á aceptar otro partido prudente.

A pesar de que sus tias lo exhortaban á que llegando el caso abrazara con valor y resignacion la cruz de su martirio, á él le parecia mas halagadora la vida, y no hacia caso de consejos ni de exhortaciones........

Por eso á toda hora dirigia su mirada á los rincones de la casa, bajaba, subia, guardaba silencio, hablaba en voz baja, demandaba consuelo, y sin embargo nada le parecia propio para su situacion angustiosa.

Al verlo en tales apuros, le dijeron aquellos anacronismos vivientes.

—Mira, hijo; somos de opinion que por hoy ese tu vistoso traje militar te perjudica notablemente: en lugar de él, por qué no te disfrazas con uno de nuestros vestidos? sí; es mejor, mira, el tornasolado es de mi gusto; ademas tú tienes pié diminuto, y creo que por precaucion podrias mientras tanto pasa la tormenta usar mis zapatos de goma: decídete; qué hemos de hacer? al fin nadie nos ve: "la vergüenza pasa, y la conveniencia queda en casa."

Nicho, respetando en su justo valor aquellas observaciones, se trasformó bien pronto en una antigüedad de museo.

Al ver figura tan risible, exclamaron sus tias:

—Qué seductora está nuestra sobrinita! en verdad que nadie la conoceria: bien, bien le está el disfraz! oh! y es hermosa por cierto!

Con estos ó semejantes requiebros procuraban aquellas fanáticas encubrir la natural vergüenza que el desgraciado Nicho estaria experimentando forzosamente.

Figurémonoslo dotado de un cuerpo alto, con sus zapatos de goma y su vestido tornasolado, pintadas las cejas, los labios, las mejillas, y tendremos perfectamente fotografiado á uno de esos tipos que no podrian figurar ni aun en aquellos sainetes escritos por las mas rudas inteligencias....

—Jesus, María y José! gritaron á un mismo tiempo Nicho y sus buenas tias.

Qué habia arrancado aquellas exclamaciones? El llamamiento que alguien hizo en esos momentos en la puerta del zaguan.

—Quién es? preguntó una de las octogenarias saliendo á abrir.

—Yo soy: el gefe de policía; respondió el que llamaba.

La puerta se abrió.

—Está aquí D. Dionisio Facistelo? dijo el citado gefe.

—Señor, es cierto.... que estuvo aquí.... pero.... hace un momento.... se despidió de nosotras: porque habeis de saber que somos dos hermanas desgraciadas, que por la voluntad de Dios.....

—Señora, repuso el gefe interrumpiendo á la que hablaba; la mision que traigo me impide por el momento ocuparme de vidas agenas: tenga vd. la bondad de responderme: D. Dionisio Facistelo se encuentra en esta casa?

—Puesto que duda vd. de mis palabras, replicó la anciana, puede vd. pasar á desengañarse.

El jefe de policía, aprovechando la oportunidad que se le presentaba, penetró á la casa, y no habiendo encontrado en ella á Facistelo—este se encontraba en extremo desfigurado—salió de aquel lugar.

Bastillas, por el contrario, fué aprehendido bien pronto.

Sabedor de la suerte que le esperaba, pretendió disfrazarse para poder así evadir la accion de la justicia: pero era imposible; le tenia mucho amor á su larga barba y lo único en que consintió, á pesar de las amonestaciones repetidas que se le hacian para que se la mandara cortar, fué en teñírsela, valiéndose para esto de una tintura que de antemano tenia ya preparada.

Se encontraba en su graciosa ocupacion cuando llamaron á la puerta.

El susto que recibió en esos momentos lo comprenderá el lector.

Los encargados de la aprehension, llegando á su presencia, fueron saludados por él con una cortesía que tocaba en afectacion.

—Vd. es el Sr. Bastillas? le preguntaron.

—Servidor de vds., respondió él temblando.

—Pues dése vd. por preso.

—Cuál es la razon?

—No lo sabemos.

—Entonces no obedezco la órden; ademas, estoy enfermo y el ejercicio me perjudicaria notablemente.

—Conduciremos á vd. como guste, dijo uno de los policías; pero nos es preciso cumplir nuestra consigna; esperamos por lo mismo, que no opondrá vd. por mas tiempo resistencia.

Bastillas, fingiéndose al principio convaleciente de una enfermedad aguda, salió de su casa sentado en una silla y llevado en procesion; mas á poco reponiéndose de la emocion que habia experimentado al principio, se resignó á verificar su marcha por sí propio, pues no queria oir por mas tiempo los gritos de la multitud, que le iba ridiculizando........

Llegó su turno á Manolo: amigos de la verdad, confesaremos que tuvo mas valor que sus compañeros de infortunio.

Es cierto que cuando le comunicaron la órden de aprehension se puso notablemente pálido; pero reponiéndose bien pronto, exhalando un profundo suspiro y dirigiendo la última mirada á las numerosas prendas que tenia depositadas en calidad de empeño, salió de su casa siguiendo á sus conductores, y sin articular palabra alguna.

Bien pronto llegó al palacio municipal: allí se encontró con Bastillas y con el monomaniaco Flavio Estopin.

Despues de haber quedado solos, comenzaron á dirigirse mutuamente la palabra los tres amigos.

—Qué les parece á vds? decia Flavio, "el hilo se revienta por lo mas delgado:" nosotros ya estamos aquí, mientras que los comerciantes y agiotistas que han provocado el motin, disfrutan á estas horas de completa libertad; esto no es justo, camaradas.

—Es mucha verdad, repuso Manolo: yo no tengo gran culpa, y sin embargo sabe Dios, lo que de mi será; vd. es testigo Sr. Estopin de que no soy afecto al desórden: instalar una mesa, no es asunto de importancia: por qué entonces se me ha mandado aprehender?

—Tiranos! exclamó Bastillas montado en cólera cuando Manolo hubo acabado de hablar. No les perdonaré jamas el insulto que me hacen: todo un señor Bastillas privado de su libertad? qué profanacion, Dios mio! qué profanacion mas ay de ellos! el dia llegará y nosotros seremos los vencedores, mis amigos: no es cierto que teneis la misma conviccion que yo?

—Decís bien, respondió Estopin: nuestra venganza ha de ser terrible: esperemos, esperemos...

Entre tanto D. Longinos y Richs escudados bajo su inviolabilidad seguian trabajando cada uno por su candidato.

El último de estos, convocó para cierto dia á los miembros del "Club Jalisciense."

Torrente hizo lo mismo con los del "Club Porfirio Diaz," los cuales se reunirian en el teatro Principal,

Escusado es decir que estos gefes de motin llegada la hora no tuvieron el valor suficiente para presentarse en los lugares de la cita.

Tenian razon.

Su conciencia los acusaba severamente.

Los comerciantes malévolos estaban poseidos de un temor invencible.

Al verse contrariados y presa del desórden, conocieron perfectamente que sus partidarios obrando de mala fé los habian engañado.

Al presentarse en la plaza pública se arrepintieron de su imprudencia.

Pero ya no era tiempo de retroceder.

El castigo recaeria sobre el verdaderamente criminal.

Veamos ahora lo que pasaba con el "Club Porfirio Diaz."

Sus partidarios creyeron ser los únicos que tenian razon para obrar de tal ó cual manera; pero se engañaron miserablemente.

Al presentarse en la plaza, comprendieron su enormísima falta.

Los nubarrones se despejaron.

La aurora de la verdad lucia por fin.

Los porfiristas, mudos de espanto, presenciaban la union monstruosa que habian celebrado.

Por tal razon, las personas sensatas que pertenecian á ese bando, fueron separándose poco á poco para formar otro club, al que llamaron "Independiente."

El Capitan Armando se encontraba en él, trabajando concienzudamente por unirlo al de los vallartistas.

Al fin lo consiguió.

Richs y D. Longinos volvieron á encontrarse. Estaban completamente desconcertados.

Sin embargo, ni un momento abandonaban sus proyectos.

—Qué ha sucedido, buen amigo? dijo Richs á Torrente en una de sus entrevistas.

—Qué ha de suceder? respondió este último, que son unos cobardes que nos abandonan, que han formado un nuevo círculo, y todo porque ese maldito Capitan Armando, que Dios confunda, ha encontrado la manera de convencer á los nuestros. Sabed que en ese círculo están los vallartistas, que en todo momento tratan de confundirnos.

—Otro tanto nos pasa, querido, advirtió Richs; hemos invitado á varios ciudadanos del Club Independiente; pero nada se puede conseguir.

—Qué haremos entonces?

—Vaya, que os alarma muy poca cosa: qué hemos de hacer? recordemos cuántos éramos antes, esto nos basta: creeis acaso que tengo en cuenta á los bastillistas? no veis que son unos tontos y cobardes? de qué me han servido? de nada, verdad? son hombres que no pueden auxiliar ni tampoco desmentir: me explico bien?

—Perfectamente: ya se vé: representais al círculo del Comercio, y yo al porfirista: es decir, tenemos la misma voluntad y la propia idea: confesad que de todo somos capaces.

—Ciertamente, y esto á decir verdad, habla muy alto en favor de nosotros, que aunque abandonados de nuestros amigos, seguimos defendiendo la noble causa; pero esperad, ya vereis como pasados algunos dias, los cobardes se alientan nuevamente y obedecen nuestras indicaciones.

—Yo no abrigo esa creencia: los mios no secundarán ya los planes que les proponga, y si he de ser franco, razon tienen para ello: el asunto está delicadísimo.

Ved, pues, á lo que nos ha conducido la fatuidad de Nicho, quien creyó que la union de los estandartes simbolizaba algo grandioso; pero es necesario confesar que Nicho no pasa de ser un petimetre que quiere saber mucho y que no comprende los tristes resultados de la ignorancia; pero en fin, debemos perdonarle porque obra de buena fé; es sumamente dócil, y ademas, afecto á la embriaguez, cosa de la que nosotros sacamos gran partido, pues siempre y especialmente cuando está beodo acata nuestras disposiciones y caprichos. Hablemos de otra cosa, añadió Longinos: qué tal les habrá ido á nuestros presos Bastillas, Manolo y Flavio Estopin?

—Me habia olvidado de ellos; pero ya sabeis que "del mal el menos" es preciso que por hoy contengan el impulso de la justicia y que nos sirvan de termómetro para qué así conozcamos hasta que punto llega el furor de *D. Lagarto.*

—Es decir, que no hacemos algo en su favor?

—Qué disparate! ahí están muy bien, puesto que solo sirven de obstáculo para nosotros: abandonémosles á su propia suerte.................

Así se expresaban Longinos y Richs, gefes de los bandos unidos.

Qué podia esperarse de ellos, cuando aplaudian la desgracia de sus cómplices?................

Seres cobardes! no solo carecian del valor necesario para afrontar una situacion difícil, sino que aun agenos de sentimientos parecian aprobar las determinaciones tomadas contra aquellos miserables, que bien pudiéramos llamar agentes secundarios de la ambicion y de la perfidia.

CAPITULO VIII

EL DELIRIO

RETROCEDAMOS por algunos momentos para escuchar aquella triste conversacion que en uno de los capítulos anteriores sostenian la bella Inés y la señora Adelaida, madre de Jorge, de aquel ser á quien parecia haber abandonado para siempre la luz de la razon.

Inés, extremadamente sensible, apenas podia presenciar el triste estado de un hombre por quien tantas veces habia latido su corazon; pero no obstante esto, secundaba en cuanto le era posible los caprichos de aquel ser desgraciado, y ayudaba á la virtuosa madre á soportar su honda aflixion: la amistad y el amor: hé ahí lo que únicamente ocupaba el pensamiento de la bella hija de D. Cárlos Guzman: cómo podria resistir entonces al llamamiento que le imponia un deber sagrado? abandonaria á Jorge cuando tanto lo amaba? No era posible. Por eso vemos á ese tipo de la inocencia acompañando al ángel de la re-

signacion, á la virtuosa matrona que al fin acataba la voluntad del Altísimo.

Qué otra cosa podria esperarse de la virtud?

Cuando una alma tiene perfecta idea de la Divinidad, se humilla y respeta sus designios; comprende bien que el Hacedor Supremo ha establecido desde ab-eterno ciertas reglas invariables, ciertas disposiciones, ó como diria el verdadero creyente: "El misterio se ha encargado de ocultar al débil mortal los secretos de Dios;" pero la especie humana se conforma, conoce su impotencia, se rinde; el pleno convencimiento le sugiere la idea del gran respeto, de la profunda admiracion que se debe al grande Arquitecto de la naturaleza, para quien no hay grande ni pequeño, á Aquel que siendo perfecto conocedor del pasado, del presente y del porvenir, hizo que ante el mandato de su voz divina, ante el sublime "fiat" el mundo brotara del caos.....................

La moral en accion; he ahí la práctica que se le recomienda á la humanidad: la moral que encierra los sagrados preceptos del Evangelio que inculcando en el hombre rectos principios, máximas divinas, hace de un ser ínfimo un ser superior; por eso repugna que el hombre criado para un fin noble, transite algunas veces por el camino del crímen; en verdad que es lamentable tal situacion; no queremos hablar de las faltas inherentes al mortal que lleva su vista al cielo demandando su

esperanza; nos referimos á los que olvidándose absolutamente de sí mismos y menospreciando tanto las leyes divinas como humanitarias, hicieron gala de sus perversos instintos, de sus depravadas costumbres; á aquellos que blasonando de virtuosos se ocuparon tan solo de vilipendiar á la mártir humanidad.

Estos que, como el fariseo de la Escritura, acusan á su semejante; estos que agenos de sentimiento é incapaces del perdon prodigan el anatema á sus hermanos, creen que son impecables; pero ¡ay de ellos! no pasan de ser otra cosa que unos hipócritas, cuya alma depravada é instintos feroces, son ya conocidos de todos..............

Por fortuna nuestra, los avances de la inteligencia y del progreso continúan dia por dia: la sensatez condena y proscribe á los que usando del mas torpe cinismo, se confiesan los mártires de una idea que jamas germinó en su cerebro: hablamos de la idea por la que siempre combatieron los partidarios del raciocinio y de la justicia; de esa idea que tuvo su principio en la cumbre del Sinaí, y que robustecida cada vez mas, ha venido á establecer despues distinciones necesarísimas.

La Libertad! hermoso principio! herencia sagrada! sublime conquista! la Libertad promulgada en el Calvario y sellada con la sangre del Dios-Hombre; la libertad que no fué comprendida ni mucho menos practicada por los partidarios del mal; por

aquellos que aborreciendo todo lo que pueda comprender la independencia de la razon y de la inteligencia, y queriendo solo escuchar las insinuaciones del capricho, se han lanzado con una serenidad sin ejemplo, á derrocar lo establecido por la ley y el derecho; qué han conseguido? cuál es la recompensa de tan indignos seres? qué esperan?....

La pluma se cae de las manos al considerar los males trascendentales que originaron aquellos que rodeados por la atmósfera del fanatismo, se negaron siempre á defender sus absurdas teorías valiéndose del raciocinio; para ellos la diatriba y el insulto son las armas favoritas, armas de mala ley por cierto; armas que en lugar de llamarlas su defensa, deberian considerarlas como su eterno baldon, como su mayor oprobio: pero nada podrá hacerlos retroceder, mentira: han jurado exterminio; han prometido venganza: y cumplirán, porque así se los aconseja lo que ellos llaman sus profundas convicciones. ¿Hasta cuándo la razon dejará de verse proscrita por tales entes? hasta cuándo fatigados ya de su torpe proceder se rendirán humillados ante las observaciones de la justicia? hasta cuándo, por último, la ambicion, la maledicencia y la perfidia, no encontrarán mas un eco en las almas depravadas? Es vergonzoso, es altamente ridículo, imperdonable, que el crímen trate de prevalecer y de subyugar á la inocencia:

lo conseguirá? No, mil veces no: por el momento la voz de la iniquidad parece sorprender; pero despues.... ¿que hará aquel que se aventuró á lanzar la calumnia? tendrá que huir avergonzado ó que condenarse él mismo llamándose impostor. Triste estado por cierto! lamentable error! es degradante que el hombre llegue á tal extremo, que sin hacer caso de la maldicion que le espera, camine por el mal sendero: qué podrá halagar su vida, cuando mas tarde la sociedad le escupa el rostro y huya de él como de una calamidad? qué será de tal ser que desprestigiado, tendrá que vagar siempre errante, temeroso y solicitando una reconciliacion que jamas podrá entonces concedérsele? la muerte seria preferible en tal caso, el sepulcro, la única esperanza....

Terminada esta digresion, el lector se dignará seguirnos á las piezas interiores del escritorio de D. Alvaro del Bastion, donde como ya recordará vivia el tenedor de libros Guzman y su bella hija Inés.

En esa mansion de la virtud, nos espera un espectáculo tristísimo.

Armémonos de resolucion y asistamos á él.

Una mano caritativa ha conducido allí á dos seres desgraciados.

Ya los conocemos: son Jorge y la señora Adelaida.

Esta última sufria tormentos indecibles.

Al mirar á su hijo perdia toda esperanza de remedio.

La fatalidad parecia haberse encargado de acibarar su vida.

Oigamos sus amargas quejas en los momentos en que apoyada en el brazo de la virtuosa hija de D. Cárlos Guzman, contemplaba sin ser vista al desgraciado Jorge.

—Dios mio! decia, apiádate de mis sufrimientos, salva á mi hijo; compadécete de mi dolor: ademas de la miseria, me estaban reservadas tan duras pruebas? piedad ya, señor! desde lo profundo de mi alma te lo ruego; escucha mi ferviente plegaria: no me abandones....

—Buena amiga, le decia entonces Inés, por qué os entregais tanto á la desesperacion? "sabed que Dios aunque nos sujeta á la prueba, jamas nos abandona:" desconfiais de su poder?.... creeis que no está en su Mano la salvacion de Jorge?.... esperad; esperad con resignacion; una voz oculta me dice que vuestro sufrir terminará pronto; qué gozo experimentaréis entonces, no es verdad? para qué afligiros tanto? no sabeis ya, que Clemente confesó ser el autor de la carta y que la justicia lo ha condenado? vaya; debeis calmaros; quién habia de creer que Jorge.... no, ni pensarlo: vuestro hijo es un jóven honrado; sí, podeis decirlo con orgullo, sin rubor, sin avergonzaros.

—Gracias, gracias, respondió enternecida la

señora Adelaida al escuchar aquellas palabras; Dios os bendiga, virtuosa niña, y tambien á vuestro amable padre: y al decir esto, imprimió un beso sobre la frente de Inés.

Mientras esta dulce confidencia tenia lugar, el mendigo Antonio..... que habia llegado á la puerta del escritorio y dirigiendo hácia él su mirada excudriñadora, exclamaba con impaciencia:

—Aun no llega; pero esperaré; sí; es necesario cumplir con el encargo.

Antonio siguió en observacion.



La confidencia que escuchamos por algunos instantes, acababa de ser interrumpida.

Jorge habia lanzado su fatal carcajada, y dirigiéndose despues con la mirada descompuesta, el vestido en completo desórden, el semblante pálido y los cabellos erizados hácia un rincon de la pieza en que se encontraba, dice:

—Mejor es vivir separado de la sociedad; el bullicio del mundo me atormenta.... la sociedad.... me maldice.... y yo, sí.... tambien la detesto. El oro.... siempre el oro.... la virtud.... el honor.... todo sucumbe ante su influencia...! pero yo.... no! no.... Dios mio, jamas....! Clemente, pérfido amigo.... partidario del crímen..... burlaste mi amistad.... bien.... yo te perdono pero mi madre, sufre.... sufre mucho.... y mi

mundo, mi ideal.... la bella Inés.... ah! yo la amo.... pero no.... no estoy loco....

La cabeza se me abre.... mi cerebro se quema.... y qué?.... la muerte.... es mejor.... pero.... mi madre.... no la veo.... dónde está?....

La señora Adelaida apenas podia contenerse.

Abundantes lágrimas descendian de las pupilas de Inés.

Jorge proseguia:

—Jugador! miserable! me ha dicho un infame para quien las leyes del honor no existen; maldito! maldito! miradlo.... ahí está; es un vil usurero.. los pobres le aborrecen.... por él lloran y sufren desnudos é inocentes niños, pues les ha robado su pan, su porvenir, su reposo, valiéndose de infames combinaciones; él sí es un miserable....!

Y aquel otro que haciendo uso de los misterios santos, expecula con ellos, para saciar sus pasiones, sus vicios; aquel que forma su fortuna introduciendo en el cerebro de los pueblos su fanatismo y falsos principios, quién es? Un miserable!

Aquel, de galones y espada, que por conseguir un grado más se vale de la intriga, del crímen, de la calumnia, de la hipocresía, del vicio, del desórden, acabando por ser perjuro á su jefe y á su bandera; vedlo: es un miserable!

Aquel, que por llenar sus arcas descuida los compromisos contraidos ante Dios y ante los hom-

bres; que cabizbajo y taciturno, despreciando todo, menos el objeto de su avaricia, olvida el honor de su clase, la dignidad de su puesto, la maldicion que le espera, qué nombre merece?.... y el que sediento de los puestos públicos, sin procurar otra cosa que su bien, y despreciando *el qué dirán* vende su honra al mejor postor, no es un miserable?

Aquel que pudiendo hacer feliz á su pueblo no lo hace por apatía, por egoismo, por maldad.... tambien es un miserable! y mas miserable que todos los demas, pues es el apoyo de esa turba de infames que perjudican á los hombres honrados, y que sostienen y aumentan el vicio.

El pobre loco dejó escapar una segunda carcajada: poco despues, como si experimentara un terror pánico decia:

—Me persiguen! me persiguen!.... mas no iré á la prision, porque allí se encuentran los hombres degradados; será cierto? no, al contrario, á esos se les considera, se les teme, se les prodigan honores, empleos.... los veis? conocedlos....

Dios mio! continuaba Jorge; se me llama ladron, lo oís? pero no es cierto; venid, miradme, descorred el velo que cubre mis sentimientos, y decidme despues si se me puede llamar ladron....

Mas silencio.... que no escuche mi madre palabra tan deshonrosa.... bastante ha sufrido, no la hagais mas llorar....

Mi alma pervertida? nunca: lo juro: jamas hice mal. . . . y aun así se me acusa, y se me coloca en el catálogo de los criminales? ¡malditos sean los que me llaman infame! . . . pero qué digo? no, yo los perdono. . . . sí, los perdono de corazon.

Al pronunciar las últimas palabras, Jorge cae rendido en un asiento cercano. Quiere llorar; mas imposible, si lo hubiera conseguido, se habria salvado tal vez. . . .

En tanto, la señora Adelaida é Inés, que habian escuchado á Jorge, lloraban amargamente.

—No lloremos mas, virtuosa amiga, dijo Inés despues de algunos momentos de suprema angustia: fiemos en la Providencia, os lo repito. "Ella nos sugeta á la prueba, pero jamas nos abandona."

—Ah! si fuérais madre, comprenderíais mi dolor, querida Inés.

—Comprendo que sufrís demasiado, es verdad; pero debeis acatar la voluntad Suprema. Consolaos: recordad que vuestro hijo es inocente, que detesta el vicio del juego, de esa pasion maldita que tiene su punto de partida en la avaricia; vuestro Jorge no ha jugado el cobro, vedlo (y señaló hácia donde se encontraba el infeliz demente) triste, pensativo, inmóbil; extraño á todo lo que le rodea: en qué piensa? por qué agita su cerebro sin embargo de que no conoce el tristísimo estado que guarda? Pobre Jorge!

Inés continuó:

—Y sin embargo, sanará, creedlo; el médico no

lo abandona, lucha constantemente por salvarlo: no desconfieis, la ciencia saldrá triunfante.

—Valia mas morir que verse deshonrado! gritó Jorge en un acceso delirante.

Y abandonando el asiento en que lo hemos visto entregado al parecer á sérias reflexiones, se paseaba por su estancia y decia furioso:

—Juego, huye de mí! no quiero verte.... imbéciles!.... los que jugais no mereceis perdon.... adónde vais?.... deteneos.... viciosos afortunados, no cruceis mas por la senda tortuosa.... pero no haceis caso.... respondeis con el insulto.. y con la risa.... bien, reid.... pronto os abandonaré.... y entonces extrañareis mis consejos.... pero ya no habrá tiempo.... porque entonces estaré....muy léjos de vosotros.... solo y abandonado.... ¡mi madre no me verá mas....! Inés habrá muerto.... y yo sucumbiré entregado á mi desesperacion.... á mi triste suerte.... soy desdichado.... ¿el remedio....? no existe.... la esperanza ha muerto para mí.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento tristísimo....

La señora Adelaida no podia resistir mas.

Inés, comprendiendo que no era posible ya presenciar espectáculo tan triste, apoyó en su brazo el de aquella mártir mujer, y se dirigió al escritorio....

Momentos despues, y penetrando á las piezas

interiores, aquellas dos amigas procuraban calmar su extrema agitacion.

El mendigo Antonio, fiel á su consigna, salia al encuentro de D. Alvaro del Bastion, que media hora mas tarde llegaba á su escritorio.

Lo que pasó entre ambos, lo sabremos bien pronto.

CAPITULO IX

LIBERTAD DE LOS APREHENDIDOS

LOS presos Bastillas, Manolo y Flavio Estopin, á quienes hemos dejado deplorando su triste suerte y detenidos en una de las salas del palacio municipal, habian sido puestos á disposicion de la autoridad judicial.

El juzgado de turno (era el juzgado 3º), conocia del asunto.

Terrible cual es el fanatismo, extremoso en sus actos, procura siempre hacer que los hombres se complazcan en contribuir á su destruccion, y á su ruina total; pues valiéndose de mil sofismas concluye por sembrar la discordia y el temor en aquellos espíritus débiles, que rodeados por la atmósfera de la ignorancia, se rinden ante los argumentos que la perfidia, la ambicion y la torpeza, supieron inventar; he ahí el principio del error; la fuente de donde dimana todo lo peligroso, todo lo terrible. El fanatismo, corruptor de los tiempos y de las edades, talisman precioso de aquellos que

con voz atrevida se proclaman los únicos seres capaces de llevar á cabo la regeneracion social y política de los pueblos, cuán imbéciles son! nosotros preguntamos: por qué se han de respetar á esos miserables que vegetando entre las sombras, procuran á todo trance que las sociedades marchen á su decadencia? no: no haya consideracion para esa clase que tanto decanta el amor al bien, y que sin embargo practica el mal: atrás los miramientos: que ya el perdon no tenga lugar: que la ley se aplique al culpable: que la justicia impere: proscríbanse para siempre á esos inmundos seres que bajo un pretesto plausible, provocan las hecatombes y la devastacion;.... y así veremos huir para siempre de nuestro suelo á la turba de ignorantes que aun hasta hoy pretenden levantarse de entre las ruinas y ser los dominadores: lo conseguirán? el avance de la civilizacion y del progreso responda por nosotros......

Deciamos que á la autoridad judicial tocó decidir sobre la suerte de los aprehendidos.

—Maldita sociedad! exclamó el juez correspondiente cuando supo el negocio de que se trataba; siempre me han de abrumar las dificultades: el negocio es grave; ya lo veo: muy grave por cierto: pues sobre mí pesa una gran responsabilidad.

Si condeno á estos revoltosos, será necesario hacer lo mismo con aquellos que aunque guardando el incógnito, tuvieron participio en el motin;

pero esto no podrá ser, porque es indispensable conservar ciertas amistades, cuya influencia habrá de serme mas tarde de suma utilidad; si á esta influencia unimos el dinero, convendremos en que la cosa presenta sérias dificultades; pero qué haré entonces? cómo terminar la cuestion?....

El juez parecia reflexionar.

—Ea! gritó repentinamente, nos hemos salvado, qué idea tan feliz: tres bandos abogan por los encarcelados, uno los acusa; muy bien, no hay que pensar mas: es verdad que la minoría tiene razon, ella habla en nombre de la sociedad y de los derechos ultrajados; pero qué importa? á mí me resultan grandes ventajas si concedo la libertad á estos infelices, pues así no tendré enemigos personales: me pasearé á mi antojo, viviré ageno de temores, tendré dinero y *buenos negocios*; con que los absolveré: sí, los absolveré, aconsejándomelo la conveniencia, no queda mas recurso que obedecer.

Son criminales, continuaba diciendo, no lo dudo, han cometido un delito de sedicion, han sido causa de innumerables desórdenes; los heridos piden justicia; todo está muy bueno, pero por otra parte el deber de la propia conservacion es imperioso, y bueno es tambien mantener la tranquilidad del espíritu, tratándose solo de cubrir apariencias: por qué hemos de hacer el mal á nuestro prójimo? no, señor, perdonar las injurias nos

aconseja nuestra santa religion: perdonemos por lo mismo, ya que la ocasion nos es tan propicia....

El juez, despues de terminar sus *lucidos* razonamientos, llamó por medio de la campanilla.

En el momento apareció un individuo á quien llamaban Conciso.

—Decid á los reos, añadió el juez, que se me presenten luego.

Minutos despues Manolo, Bastillas y Flavio Estopin con la vista baja y los brazos cruzados sobre el pecho acudian al llamamiento.

El juez entonces les habló de la manera siguiente:

—Se me asegura (y así lo creo) que dirijiéndose vdes. ayer á la Catedral para desempeñar sus deberes religiosos, fueron interrumpidos en su marcha por varios amigos del desórden, no es así?

—Ciertamente, respondieron Bastillas y sus compañeros.

—Téngase en cuenta esta declaracion, señor escribano, repuso el juez.

Y añadió en seguida dirigiéndose á aquellos *mártires de la libertad.*

—Firmen ustedes y esperen que en virtud de lo expuesto, el juzgado resuelva lo conveniente.

Dos dias despues (por no tener el juzgado datos suficientes), los impecables Bastillas, Manolo y Estopin recobraban su libertad; cual si fuesen

héroes recibian felicitaciones numerosas por haber obtenido tan expléndido triunfo.

Entonces los amigos de la rebelion pidiendo venganza llevaban su grito al cielo y aturdian con sus insultos y palabrería.

—Por qué ha de quedar sin castigo tanto delito? se preguntaban; no, procuremos desconceptuar á estos infames que han abusado de su poder.

Con tal resolucion, narraban los cuentecillos mas originales; pero aquellos que los conocian despreciaban sus anécdotas y como única prueba de su conmisceracion les tributaban el desprecio....

La sentencia del juzgado fué bien recibida por todos los bandos políticos: el "club Vallarta" especialmente, habia encontrado la ocasion de felicitarse; la libertad de los aprehendidos comprendia un nuevo triunfo, ya aquellos partidarios tipo del *honor*, no se quejarian mas: podian entregándose á sus misteriosos trabajos obtener el resultado que tanto deseaban. Los *políticos* comerciantes no dudaron un momento que la libertad de sus partidarios era debida á sus colosales esfuerzos; el círculo porfirista se alentaba cada vez mas, y por último todos aquellos soñadores esperaban ansiosos el dia de la nueva redencion.

No está por demas decir que los presos de que hablamos fueron visitados por sus amigos Richs y Torrente, quienes les aseguraron ser ellos los

que habian infundido temor en el ánimo del juez 3º, consiguiendo así que este les concediera, no un favor, sino la peticion justa que le hacian.

El juez, aunque lamentando en silencio su error, comprendió que no le quedaba en esta vez otro recurso que torcer la vara de la justicia.....

Uno de los principales motivos de desorganizacion en un Estado es el desconcierto de los poderes públicos.

Qué importa que uno obre con la energía necesaria, si los otros ponen obstáculos á su accion?

La ley es una é igual para todos, ¿por qué no defenderla y acatarla?.... es triste que un malvado dejándose deslumbrar por el oro, la ponga en ridícula caricatura; es vergonzoso llevar el título de juez sin merecerlo. Nosotros creemos y afirmamos que hay muchos, muchísimos (entre los que siguen la carrera del foro) que dejándose llevar de su natural debilidad ó de su avaricia, descuidan los sagrados deberes que han contraido para con la sociedad y para con ellos mismos; que despreciando el *qué dirán*, se lanzan en pos de una fortuna que llegan por fin á adquirir, sumergiendo á una infinidad de víctimas en la desolacion y en la desgracia; en virtud de la intriga y á pesar de su impericia, llegan á tomar posesion de un juzgado, una vez allí la ley es intrepretada por ellos á su manera, las cuestiones de justicia no son mas que vana fórmula. Qué males no surgirán de ahí?

qué desgracias no tendrán que lamentarse? ¡Cuántas infamias! cuántos crímenes encubiertos! cuánta degradacion! En nuestro humilde concepto, el juez debe reunir varias cualidades para desempeñar el puesto con que lo ha honrado la confianza pública; ser inexorable es para él forzoso, sin que por esto deje de ser compasivo; posponga ante la noble idea de practicar el bien, todo pensamiento que tienda á profanar el culto que debe á su conciencia: juez de sí mismo, poderoso móvil de su accion y de sus resoluciones, piense que ha prestado juramento público y contraido un pacto tácito; reflexione que la inocencia debe siempre de prevalecer ante la maldad, evite y huya de aquella ocasion que indudablemente le acarreará el eterno desprestigio y la muerte moral en la sociedad: que la rectitud sea su norma; jamas sirva de apoyo al vicio, ni condescienda ante las observaciones de la hermosura, ni ante las lisonjas de la vil adulacion; que la energía en él produzca su debido efecto, escudriñe bien las circunstancias del hecho y castigue rigurosamente al que violando las leyes humanitarias, se lanza al terreno del crímen confiado en que llegada la vez se verá sano y salvo, merced á la burla que habrá de prepararle á aquel que va á decidir de su suerte: recuerde que el reo no agradece actos de consideracion y que su osadía será bastante para publicar mas tarde que no recibió el condigno castigo, gra-

cias á la culpabilidad criminal de aquel de quien debió haber escuchado la justa sentencia. Comprenda su mision; sepa que se encuentra desempeñando un sacerdocio sublime; que nada valga para inclinarlo á una resolucion vergonzosa, piense que él no debe perdonar, sino la ley; y que á su vez, él será juzgado mas tarde siempre que no dé cumplimiento á los sagrados deberes que expontáneamente quiso imponerse....

Al hablar de esta manera, bien se comprende que hacemos innumerables y honrosas escepciones; no nos referimos sino á aquellos que han abrazado la noble carrera de la abogacía para constituirse trastornadores del órden público en lugar de fieles intérpretes y leales defensores de los sagrados derechos ultrajados, tal vez por aquel que, lleno de riquezas y de vicios, responde con insultantes carcajadas á las apreciaciones de los que armados únicamente de la justicia y desprovistos de circunstancias al parecer favorables, ocurren á la súplica recibiendo en pago de ella el desprecio del altanero y la burla del poderoso....

Libres ya Bastillas, Flavio Estopin, y Manolo, se dieron cita para concurrir (en la noche siguiente al dia en que escucharon su favorable sentencia) al teatro Principal, donde de nueva cuenta se habian reunido sus partidarios.

Al presentarse fueron recibidos con una salva de aplausos; hurras prolongados es escucharon,

vivas repetidos y entusiastas aclamaciones; quién gritaba que eran unos héroes, algunos repetian á porfía que debia mejor concedérseles el renombre de beneméritos; otros, verdaderamente inspirados, comprendian que con el nombre de mártires quedarian muy bien; y por último, no pocos confesaban que aquello era una farsa ridícula.

Perico, el famoso Perico (á quien no habrá olvidado el lector), que tanto deseaba obtener en el próximo período constitucional "una secretaría;" aquel que constante en su idea de perorar se creia todo un tribuno, pidió la palabra, y concedida que le fué por el obeso presidente D. Teódulo Jamones, se expresó segun vamos á escuchar.

—Señores, dijo: recordais acaso lo que sufrieron Temístocles y Pericles por salvar á la patria? triste es decirlo: Pericles, el destierro, y Temístocles despues de haber vencido á Xerges en Salamina, murió en el imperio Persa, privando de sus cenizas á la patria que lo vió nacer.

Qué sucedió con Arístides el Justo? tambien fué desterrado porque su justicia apuró la paciencia de sus conciudadanos.

Conciudadanos: ved á Pericles, al inmortal Arístides y al gran Temístocles, representados en estos momentos por nuestros sublimes Manolo, Flavio y Bastillas: ved á estos génios, rèpito; á estos esclarecidos patriotas, que como aquellos, han estado ausentes de nosotros y sufrido mil pe-

nalidades: nosotros hemos llorado amargamente al recordar que las ligaduras ataron los piés y manos de tan nobles atletas; el leon fiero los habia encerrado; pero los dientes del raton agradecido, rompiendo los lazos que torturaban sus delicados miembros, devuelven la libertad á nuestras ilustres víctimas; de hoy en adelante ya no sufrirán el yugo tiránico del nuevo Salmanazar.

Ved (y hacia que todos fijasen su atencion en Bastillas) no el hielo de los años ha enblanquecido esa barba, muy poco hace rival del ébano, sino los sufrimientos del oscuro calabozo; y en cuanto á nuestros otros dos héroes, qué diremos de ellos? qué diremos de estos mártires de la idea nueva?

Salud, génios! salud!

Compañeros: no olvidemos jamas á estos esforzados ciudadanos; inclinémonos ante ellos y admiremos siempre su constancia y valor. He dicho."

Nunca el lector habrá escuchado mayores desatinos.

Bastillas, levantándose de su asiento y pidiendo permiso para hablar, dijo:

—Siendo noble la causa que defendemos, puede exigir de nosotros los mayores sacrificios; pelearemos como valientes hasta conseguir derrocar á los tiranos, y moriremos antes que confesarnos vencidos; recordad que nuestro espíritu no ha fla-

queado ante la prueba; para en adelante prometemos la misma firmeza.

Compatriotas: el 7 de Mayo de 1871 vivirá eternamente en las páginas de la historia: siempre se recordará con orgullo nuestro valor y heroicidad. Hermanos, verted gustosos la sangre por la patria, gota á gota si fuese necesario, con tal que friunfe nuestra causa.

Y tú, Perico, prosiguió *el orador*, quién ha puesto en tus labios ese lenguaje que solo te es propio? quién narraria mejor nuestros sufrimientos? yo te felicito, poeta sublime; la posteridad no echará en saco roto tus bellos discursos.

Sí, ellos son superiores á aquellos con que *in diebus illis* ponderaban y enaltecian las virtudes de los valientes franceses: ¿te acuerdas qué tiempos tan felices? qué amables eran aquellos hijos de la Francia, no es verdad? qué noches tan alegres nos pasábamos en las cantinas; cuánto entusiasmo habia entonces!....

Terminada aquella perorata, varios individuos y entre ellos Perico se acercaron á Bastillas y entre abrazos y felicitaciones se atrevieron á llamarle "El Demóstenes del siglo:" Al oir tales barbaridades, si Demóstenes se hubiera levantado de la tumba, cuánto habria reido de aquellos insensatos.

Todos los individuos que se encontraban en el teatro Principal estaban contentísimos: se arreba-

taban la palabra (permítasenos la expresion) á cada momento para pregonar las altas virtudes del maestro Estopin, así como de los *nunca bien ponderados* Bastillas y Manolo; todos reian y armaban una algazara tal, que nadie, á escepcion de ellos mismos, habria comprendido jamas la cuestion que se ventilaba.

De los comerciantes solo unos cuantos habian asistido á aquella memorable reunion.

Entre ellos se encontraba D. Alvaro; este, temeroso al principio y sabiendo la aprehension de Bastillas y de sus compañeros, procuró fingirse enfermo; pero convenciéndose de que ya habian sido absueltos, se resolvió (haciendo alarde de su *firmeza* y *resolucion*,) á presentarse en los lugares mas públicos y á seguir trabajando por su candidatura.

Poco le duró su entusiasmo, pues conociendo bien pronto que no era digno de tan grande honor, se presentó un dia acompañado de su amigo Richs en el "Club Jalisciense" y ante él hizo una formal renuncia del honroso cargo que se pretendia confiarle.

Richs, único orador de aquel club, al llegar á él con el usurero del Bastion, pidió permiso para hablar, y dijo lo siguiente:

—Amigos del progreso: aunque yo soy hijo de extranjero, quiero ayudaros con mi prodigiosa ciencia: bien lo sabeis, en la cámara soy una po-

tencia de primer órden; un ser envidiable. Gloria á los hombres amantes de su patria que tratan de salvarla; yo os lo aseguro; no habrá mas cataclismo que lamentar, siempre que hombres como Alvaro del Bastion y yo, se encuentran frente á frente de la presente situacion.

D. Alvaro renuncia con una generosidad sin ejemplo, y solo por su mucho amor á la patria, la candidatura que nosotros le habiamos ofrecido; pero sí os suplica que al fijaros en otro individuo nunca vayais á elegir á.... á.... lo diré de una vez porque no tengo miedo, al feroz Vallarta.

Al escuchar aquel nombre todos palidecieron.

Richs continuó:

—Yo no aspiro á nada: más que gobernador me gusta ser consejero; convenís conmigo en que obrando de esta manera, tengo asegurada mi independencia?

Conciudadanos: elegid pronto: yo espero que de esta eleccion resultará un gran bien para la patria.

Entonces todos comenzaron á proponer sus candidatos; unos se fijaban en campesinos y en abogados, otros en frailes y en doctores.

Estaban en tan acalorada discusion, cuando un individuo de aquellos á quienes hemos visto en la sacristía de un antiguo convento, presentándose en aquel lugar y despues de haber estado por algun

tiempo en observacion, gritó con solemne masgisterio:

—Señores, habeis extralimitado vuestra consigna; estais perdiendo el tiempo miserablemente, puesto que no contais con la opinion del venerable clero.

Un silencio profundo reinó en el auditorio.

Momentos despues, Richs preguntó en alta voz:

—Reverendo padre, decidnos quién es el elegido por vuestro privilegiado círculo?

—Jimenez Castro, respondió el eclesiástico.

Un cuarto candidato habia aparecido; es decir, el instrumento por medio del cual el clero de Jalisco soñaba en un futuro de dicha y de esperanzas.

La triste realidad ha venido despues mostrando á los hijos del retroceso que la época del fanatismo vive tiempo hace sepultada entre las negras sombras.

CAPITULO X

EL RECONOCIMIENTO

MIENTRAS tenian lugar las escenas que concienzudamente describimos, el mendigo Antonio, fiel como siempre, permanecia segun hemos dicho cerca dela casa de D. Alvaro y esperando que llegase.

Despues de algun tiempo pudo distinguirlo.

—Malo, malo, exclamó entonces; el usurero se acerca y aun el Sr. Duran no parece; muy larga ha estado la conferencia: pero qué hemos de hacer? esperemos todo el tiempo que sea necesario, y entretengamos á este infame: esta vez no podrá escaparse.

El Sr. del Bastion se acercaba cada vez mas.

Escuchémosle:

· Ya el comercio sabe mi ruina, decia, los últimos acontecimientos solo han servido para ridiculizarme, veo que se desconfia de mí: todos me desprecian, todos me insultan......

Prosiguiendo en su marcha rápida, llégó por fin á la puerta del escritorio.

Entonces el mendigo saliendo á su encuentro, exclama con voz dolorida:

—Caballero . . . . .

—Qué quieres? replicó el recien llegado con demasiada altanería.

—Una limosna por amor de Dios!

—Qué limosna ni qué demonios, estoy arruinado, lárgate pronto!

—"No mentirás" dice el octavo precepto del Decálogo.

—Quién eres, insolente? pretendes acaso que pierda la paciencia? ea, fuera de aquí: vamos, en el acto.

Antonio sin cuidarse de amenazas, respondió:

—El avaro jamas podrá ser feliz.

—Y qué me importa no serlo?. . . . .

Antonio prosiguió:

—Oid la voz de Dios:

"Ricos, llorad aullando por las miserias que vendrán sobre vosotros; vuestras riquezas se podrirán y vuestras ropas serán consumidas por la polilla; vuestro oro y vuestra plata se enmohecerán y el orin de ellos os será en testimonio y comerán vuestras carnes como fuego."

D. Alvaro acobardado y temblando penetró al escritorio.

El mendigo siguiendo sus pasos continuaba:

—"Ricos, que ambicionais sin necesidad: ricos, que en gastos supérfluos empleais grandes sumas y negais un pedazo de pan al que tiene hambre, os habeis atesorado ira para todos los dias postreros."

—Márchate, infame, gritó lleno de ira D. Alvaro, y en seguida añadió:

—No te conozco, maldito: dime quién eres?

A tal pregunta, el mendigo por única contestacion respondió:

—Mirad, el jornal que defraudásteis á los trabajadores que levantaron vuestros edificios y segaron vuestros campos, lo que defraudásteis en subidos intereses, todo clama, y el clamor de ellos suena en las orejas del Señor, que os hace pobres y os condena á la desesperacion.

—Que os marcheis, volvió á repetir D. Alvaro.

—Bien: me marcharé cuando te haya arrancado la máscara, vil hipócrita, miserable, ambicioso: sufre, sufre, ya que hasta hoy has vivido en perpetua disolucion. Nada me supone tu cólera, puedes injuriarme cuanto quieras, abusa de tu fuerza, arrójame de aquí, pero en cambio siempre escucharás el eco de mi voz que te maldice en nombre del cielo. . . . !

D. Cárlos Guzman y el padre de Jorge llegaban en esos momentos al escritorio de D. Alvaro.

—Os esperaba impaciente, señor, advirtió el mendigo, por qué habeis tardado tanto?

D. Alvaro al reconocer á su acreedor, se demuda y dice involuntariamente:

—Duran! sí. . . . . . no hay duda.

—El mismo, señor, respondió el padre de Jorge, bien me conoceis, soy Durán que viene á pediros cuenta de cierto depósito confiado á vuestra honradez.

El usurero, acostumbrado á la intriga y con una rara desvergüenza, dice:

—Ya sabreis que he quebrado en compañía de. . . . . . y vuestro. . . . . capital. . . . .

—Está aquí, inclusos los intereses del tiempo vencido, se apresuró á exponer D. Cárlos Guzman, y al mismo tiempo entregó al padre de Jorge una cartera con billetes de banco, (la misma que D. Alvaro habia dado á su tenedor para que hiciese la relacion de los créditos.)

Al ver esto, el usurero gritó enfurecido:

—Maldicion! maldicion; tengo el infierno en el cerebro; alejaos de mi casa, no puedo escucharos mas, idos: idos por piedad.

—Piedad! murmuró entre dientes el mendigo.

—Sois un ingrato, Guzman, continuó diciendo D. Alvaro; habeis vendido mi reputacion, mi honor: ante mí nada valeis desde estos momentos, villano:

—Villano me llamais? repuso el tenedor sintiendo heridas las fibras de su amor propio. Dónde está esa villanía? dónde mi ingratitud? yo he queri-

do únicamente hacer el bien, lo he conseguido: de otra manera mi conciencia no habria quedado tranquila, y vos, siguiendo entregado á vuestra criminal avaricia, tampoco podríais experimentar el contento, no es verdad? por eso me he apresurado á declarar quien sois y lo que valeis; la justicia me asiste: sí, ella me enseña que aunque tarde siempre triunfa la inocencia.

Entretanto Durán revisaba los billetes de banco, y el mendigo Antonio permanecia en silencio.

Cuando el padre de Jorge acabó la revision habló así:

—Gracias, gracias, noble y generoso amigo Guzman: cuánto me felicito de conoceros! La Providencia sin duda os eligió para que me salváseis de la miseria á que me habia condenado el indecoroso manejo de un malvado: siempre tendré presente vuestra bella accion y los llamaré mi salvador: tú, hombre infame, continuó dirigiéndose á D. Alvaro, que intentaste sumergirme en un abismo de desgracias, recibe mi perdon, yo deseo vivamente que volviendo sobre tus pasos te encamines por el buen sendero.

El padre de Enrique, sintiéndose humillado al escuchar tales palabras, exclamó.

—Perdon! cuándo el fuerte se rindió ante un miserable? nunca, nada me supone vuestra palabrería, ni me importan amenazas ó advertencias; gracias á mi linage ilustre soy orgulloso; vengar

las injurias que se me hacen es mi mayor placer; con que así, vivid prevenidos, porque yo os vigilaré, y pronto, muy pronto habreis de recordar que me llamo Alvaro del Bastion: sí, sí, vuestras ofensas exigen una pública satisfaccion: espero que me la dareis, ó de lo contrario os escupiré el rostro como se hace con los cobardes.

El tenedor de libros y Duran, al oir tales amenazas, no pudieron menos que reirse de aquel nuevo Quijote, concluyendo (despues de haber lanzado el mas triste ridículo sobre D. Alvaro) por aceptar el desafío que se les proponia.

Cuando el usurero vió que con su palabrería no habia podido alcanzar ningun triunfo, tuvo resignándose que deplorar en silencio las consecuencias de su torpe ligereza.

Escuchemos por último á D. Francisco Duran, que con la seguridad que prestan la razon y la justicia, habló así á D. Alvaro:

—Sois demasiado injusto: en lugar de la altanería de que pareceis hacer tanto alarde, deberíais haber prestado sumision y comprendido el sagrado derecho que me asiste para reprenderos; pero bien se conoce que poco ó nada valeis: ya veo que no pasais de ser otra cosa que un rico egoista, un miserable retrógrado, cínico é infame por demas: ¿y así os atreveis á decir que México es un país de salvajes y de ladrones? para qué vivís entonces entre nosotros? ya que sois tan *im-*

pecable, por qué no os marchais bien lejos?........

Sabeis por qué? porque en otro país donde no fuera el vuestro, donde tanto se perdona y se tolera, ya habríais sido llamado á cuentas y pagado bien caro vuestros crímenes: pero ya se ve: qué bien se podrá esperar de vos, si al fin sois miserable, y jamas en vuestra alma corrompida encontrarán lugar las acciones dignas: sois demasiado ingrato y azas cobarde al querer sostener valiéndoos de la mentira que vuestro nombre está inscrito entre los cultivadores de la nueva idea: por qué hablais tan mal de Jalisco y de aquellos que sintiendo arder en su pecho el fuego del amor patrio, quisieron libertarlo de vuestra tiránica opresion? por qué? lo sabeis bien............

—Señor Duran, exclamó el usurero, si seguís hablando de esta manera no podré contener mi enojo y....

—La verdad no es una ofensa, caballero, respondió con la mayor calma Durán: os advierto que siempre podré atestiguar lo que he dicho: puedo citaros multitud de personas que saben vuestra inícua conducta: nada temo, y por lo mismo repetiré á toda hora que sois un vil, un pobre ser.......

D. Alvaro del Bastion apenas podia reprimir su cólera.

A pesar de esto, no pudo articular una palabra mas.

Saliendo de las piezas interiores y apoyada en el brazo de su hija Inés, se dejó ver en el escritorio la señora Adelaida.

—Mi esposa! exclamó entonces Duran, y en seguida dirigiéndose hácia ella la abrazó tierna mente.

No es fácil á nuestra pobre pluma poder describir aquella escena que en un momento comprendia un pasado de tristeza y un presente de ventura.

Guzman y el mendigo sonreian de gozo.

Solo el usurero del Bastion, cual si fuese estatua, permanecia inmóbil.

El lector comprenderá bien lo que pasaba en aquellos momentos en la imaginacion calenturienta de un avaro.

Las dulces reminiscencias del hogar, no habian existido para él....

Despues de algunos instantes, Jorge, el infeliz Jorge, lanzaba su terrible carcajada.

Inés, Durán y la señora Adelaida se extremecieron violentamente.

La influencia de una corriente galvánica, no habria hecho en ellos mayor impresion.

—En medio de tanta felicidad, dijo Duran, la angustia viene á atormentarme: fatal carcajada!

—Ya lo habeis adivinado, ó mejor dicho, lo sabíais, exclamó interrumpiéndole la bella Inés: Jorge está loco: tanta impresion, tanta desgracia,

tanta infamia cometida con él.... era preciso.... sí.... ha perdido la razon.

La casualidad hizo que Jorge saliera en esos momentos al escritorio.

—En vano lo busco, decia; se llama Clemente.... miradlo; ha jugado el cobro, abusado de mi confianza, y acarreádome la injusta maldicion de un hombre.... conoceis su conducta? ahí están.... son los pregoneros que atraen, que llaman á la práctica del vicio.... al crímen.... á la infamia: la calle..... todo.... todo lo estoy mirando: pasad.... pasad, les decian, un momento de fortuna os hará felices: y Clemente? ya, ya se dirige al juego...... entra por fin.... despues? no.... no es posible.... su carta.... trescientos veinticinco......! ha perdido.... Dios mio! Dios mio!

A la vista de espectáculo tan triste, todos los que observaban á Jorge sufrian horriblemente.

Solo D. Alvaro, al parecer permanecia impasible, indiferente.

—Hijo mio! gritó desesperado Duran, soy tu padre: conóceme, conóceme.

Jorge continuaba en su delirio....

Al ver la serenidad desvergonzada de D. Alvaro, el mendigo se acerca á él y le dice:

—Infame! goza, goza con los sufrimientos de tu víctima.

Por toda respuesta el usurero volteó la espalda al mendigo, y se preguntaba á la vez:

—Podré vivir por mas tiempo en la ignominia, en el desprecio, aislado, y sobre todo, sin el oro, sin el oro que constituye mi única felicidad sobre la tierra?

No: es mejor la muerte ya que jamas veré cumplidos mis deseos; seguiré el ejemplo de mi hermano que prefirió morir á verse desnudo y hambriento: ya no hay esperanza de remedio: cúmplase mi destino!.....

D. Alvaro lleva su mano á la cintura, saca de la pequeña cubierta una pistola que siempre llevaba consigo, y poniéndosela sobre la sien izquierda la dispara,.........................

El nuevo crímen no pudo tener efecto: casi en el momento de salir el proyectil, Antonio el mendigo (que á toda hora observaba los movimientos de aquel pervertido ser) desviando la direccion de la arma, hizo que la bala no causase la menor lesion al usurero.

Un avaro quedaba salvo por la mano de aquel que en otras veces la habia alargado para pedirle una limosna....

En el momento de la detonacion, todos se dirigieron á D. Alvaro, el cual habia caido al suelo.

Levantándolo despues, lo condujeron y recos-

taron en un sofá que se encontraba en la pieza del escritorio....

Aquel ridículo sainete vino á proporcionar momentáneamente la curacion de Jorge, quien despues de dirigir su mirada investigadora á todas partes y abrazando á los seres queridos de su existencia, decia derramando copioso llanto:

—Cuán feliz soy al encontrarme entre vosotros!

D. Alvaro permanecia inmóbil y en un silencio absoluto.

Tal vez su alma en aquellos momentos era presa del negro remordimiento.

CAPITULO XI

LA DISCUSION

DESPUES de haber reflexionado el consejo de gobierno detenidamente, en los sucesos del 7 de Mayo de 1871, comprendió cual era la causa del mal: ella consistia en que la ley electoral se consideraba impracticable: así se le hizo ver al C. gobernador, quien, convencido, presentó entonces una iniciativa á la comision permanente del congreso para que él reformase la ley expedida.

La comision permanente convocó á sesiones extraordinarias.

Penetremos al salon donde vamos á conocer á los representantes del pueblo jalisciense, en la época á que nos referimos.

Se halla situado en el instituto de ciencias del Estado, y era el mismo en que habian tenido lugar las juntas del club Vallarta.

El orador del gobierno, Lic. Fermin Riestra, ese ilustre abogado cuyas dotes intelectuales son bien conocidas de todos, presenta la iniciativa pidiendo:

"Que se reforme la ley electoral en el artículo que tiene relacion con la instalacion de la mesa, é igualmente que se den facultades al gobierno para contener el desórden en caso que resulte."

Entonces, levantándose de su asiento el Lic. Robles Gil, el mismo que habia formado la ley, [y que segun dicen poseé una inteligencia privilegiada] combate la iniciativa.

A su vez el C. Lic. Urbano Gómez, con su tino y prudencia acostumbradas, la defiende.

Los demas diputados escuchan atentos la acalorada discusion.

El público aplaude ó desaprueba.

—"La iniciativa que presenta el gobierno (habla nuevamente Robles Gil,) incluye dos reformas á la ley electoral: 1ª Que los ciudadanos que forman la mesa no sean electos unánimemente. 2ª Que se den facultades al gobierno para mezclarse en el acto electoral.

"El 7 del presente Mayo ha sido la primera vez que la ley electoral se ha puesto en práctica: ella es esencialmente democrática, ella ha sido el fruto de nuestros desvelos, se ha publicado despues de un exámen detenido y ahora se pretende destruirla: sí, señores, lo repetiré: reformarla en ciertos puntos equivale á destruirla; quítese la libertad á los electores en el momento de formarse la mesa, dénse al gobierno facultades durante el acto electoral, y en ese mismo momento apare-

ce la presion de este, sobre los ciudadanos que concurren á la eleccion.

"Pido por lo tanto que no se atienda en ninguna de sus partes á la iniciativa del gobierno...."

El C. Urbano Gómez despues de solicitar la palabra y concedida que le fué se expresó en estos términos:

—"La ley electoral que se discute, dispone que todos los ciudadanos electores concurran á una sola casilla á depositar su voto.

"En una sola casilla es imposible que puedan hacerlo: resulta por lo mismo, que los primeros que llegan son los que verifican la eleccion.

"Concurriendo todos á un solo lugar la accion de los bandos puede decirse que es idéntica; segun lo visto, los ciudadanos sin poderse poner de acuerdo en el primer acto, pasan á las diatribas, de ahí á los insultos y por último, á los mayores desórdenes.

"Una vez comenzado el motin ¿quién podrá contenerlo? quién salvará á la sociedad de los males trascendentales que la pueden sobrevenir?

"En consecuencia, es para nosotros una necesidad imprescindible que nos ocupemos de este negocio.

"Pido que se resuelva en el sentido iniciado por el gobierno."

El C. Robles Gil contesta nuevamente:

—"El congreso al expedir la ley tuvo en consi-

deracion las razones expuestas por el C. Gómez, y sin embargo, creyó mas conveniente unir la accion de los ciudadanos en un solo punto.

"Sabia muy bien que la ley era expedida para ciudadanos libres: que podian resultar abusos: todo lo tuvo presente, puesto que dictó severas penas contra los infractores de sus disposiciones.

"Nada es mas fácil que echar por tierra las medidas legislativas, si el congreso se pone á considerar en los males posteriores: admítase la iniciativa y no quedará en pié una sola disposicion.

"De qué no abusan los hombres? Y en vista de ese abuso, contra el que precisamente se dicta la ley, ella habrá de retroceder dejando paso libre á lo que tanto condena?

"Esto es retrogradar, esto es no comprender el espíritu que anima al soberano congreso, esto es desconocer completamente la necesidad de la legislatura.

"El dia 7, los ciudadanos pacíficos iban á ejercer su derecho, por qué evitárselos....? Lo diré, aunque deplorándolo bastante; pero es la verdad, el gobierno ha dado motivo á los desórdenes que se lamentan: el gobierno, sí, que haciendo uso de la fuerza de las bayonetas ha impedido al pueblo su accion.

"La ley electoral ha previsto todos los casos: solo el Ayuntamiento, corporacion que infunde confianza, merced á su independencia, puede in-

tervenir en el primer acto del pueblo: despues solo este, ó lo que es lo mismo, la mesa electoral única árbitra responsable de sus acciones.

"Tal es lo que debe de admitirse en un pueblo libre, y que está conforme con las instituciones democráticas."

Robles Gil terminó su discurso.

A continuacion el C. Urbano Gómez dijo:

—"Los argumentos del C. preopinante no tienen ningun valor: voy á explicarme:

"El dia 7, los diferentes bandos se presentaron en la casilla electoral, es cierto; pero en el primer acto, varios círculos impidieron la accion del Ayuntamiento.

"Entonces este trató de ocurrir al convencimiento; pero no pudiendo conseguir nada y despues de protestar, tuvo que retirarse entre los insultos de una multitud desordenada.

"Despues, cuando el Ayuntamiento abandonó el campo electoral, todos saben que una turba de infames se entregó á los mayores excesos: en tal caso, su accion era nula: qué hacer entonces? quedaba un recurso extremo: fué preciso apelar á él y por eso intervino la fuerza armada.

"Si por los abusos no se deben dejar de expedir leyes, que tampoco existan cuando ellas sean nocivas: tal es aquella de la que nos venimos ocupando: á sus disposiciones se debe que los distintos bandos hayan disputádose la formacion de la

mesa, así como los desórdenes consiguientes: ahora ¿por qué el gobierno habia de presenciar y tolerar acontecimientos tan repugnantes? en verdad que no hay justicia para ser tan clemente; perdonar crímenes de tal naturaleza seria autorizarlos. . . ."

—Está suficientemente discutido? preguntó el presidente de la cámara.

La mayor parte, respondieron afirmativamente.

—Se somete á votacion, añadió el secretario.

Todos los diputados votaron porque se desechará la iniciativa, menos el C. Urbano Gómez.

Entonces el orador del gobierno hizo presente que el Ejecutivo declinaba toda responsabilidad en las próximas elecciones.

El C. Robles Gil, sin embargo de haber oido las bien fundadas razones del preopinante se levanta de nuevo y dice:

—"Seguro como estoy, *pues mi ciencia política me lo confirma*, de que la ley es buena, yo acepto la responsabilidad.

"El dia de una eleccion es uno de aquellos en que el pueblo es verdaderamente soberano, en ese dia no está sujeto ni á la ley ni á la autoridad; podrá hacer lo que mas le plazca; y aun si le agrada ☞ degollar y ser degollado. ☜

Aquellas palabras dejaron admirados á todos los presentes.

Robles Gil, viendo el efecto que habian producido, agregó:

—"Es preciso ser lógicos; una vez admitido el principio, aceptemos las consecuencias...."

Se levantó la sesion.

Armando y Alfredo habian concurrido á ella: segun su conviccion, la ley electoral tenia que reformarse; pero cual fué su sorpresa al oir que el Lic. Robles Gil habia sido de opinion que en un dia de eleccion el pueblo ☞ podia degollar y ser degollado. ☜

Saliendo de allí se dirigieron silenciosos al "Liceo de Varones" á ver al Lic. Cortés, para darle parte de lo ocurrido á fin de arreglar los negocios de la próxima eleccion.

Allí lo encontraron conversando amigablemente con el Bachiller Fernandez.

Se saludaron, y luego que hubieron tomado asiento, dijo Alfredo:

—Ya tenemos resuelta la cuestion.

—Cómo! exclamaron el Lic. Cortés y el padre Fernandez.

—Armando y yo, repuso Alfredo hemos presenciado la discusion del congreso, relativa á la reforma de la ley electoral, y hemos salido admirados de la atrevida lógica de Robles Gil.

—Sí? y cual fué el resultado? supongo que habrá quedado reformada la ley.

—Todo menos que eso; Robles Gil asegura que

el gobierno hizo muy mal al impedir los desórdenes del dia 7.

—Es posible? preguntó Cortés.

—Como lo oís.

—Pero si Robles Gil fué el que aconsejó al C. gobernador que obrase enérgicamente, y aun él mismo redactó la órden y formó de su puño y letra la lista de aquellos á quienes se habian de aprehender: esto á nadie se le oculta; todos lo saben.

—Vaya con Robles, prosiguió Cortés despues de reflexionar algunos momentos: al mismo tiempo que condena á los amotinados del 7 de Mayo, protesta, grita y se enfurece por la disposicion que vino á evitar el escándalo de aquel dia memorable....

Qué se proponia el C. Robles Gil? adónde está esa inteligencia mónstruo que le conceden sus amigos? dónde la lealtad de sus actos? cuál es la sinceridad de su política?

Inteligencia, lealtad, política, todo lo que es en sí lo demostraremos bien pronto.

No hay que impacientarse, el tiempo aclarará los hechos, y en virtud de nuestra constancia obtendremos el triunfo.

Entretanto continuemos:

El Capitan Armando, que como hemos dicho, acompañaba al Lic. Alfredo, dijo:

—Señores: sirva para vuestro proceder que

en el dia de una eleccion, "el pueblo puede degollar y ser degollado."

—Cómo decís? exclamó asombrado el padre Fernandez que no podia comprender el sarcasmo que envolvian aquellas palabras.

Armando continuó:

—El pueblo es soberano y ningun soberano puede obedecer leyes de otro poder.

—Eso es muy lógico, exclamó el padre Fernandez.

—De manera que convenís en lo dicho? estais conforme?

—No hay duda, es una de las prerogativas de la soberanía no estar sujeta á extraño poder.

—Pues esto mismo ha dicho Robles Gil, agregó Armando; que una vez admitido el principio deben admitirse las consecuencias.

—Y dice muy bien.

—Qué es esto, Fernandez? podeis estar de acuerdo con tal despropósito?

—Sí que lo estoy.

—Dadme vuestras razones.

—El pueblo es soberano?

—Sí.

—El soberano está sujeto á poder extraño?

—No.

—Luego es cierto lo que dice Robles Gil.

—Sí; pero en la práctica esto no podrá tener aplicacion.

—Sea lo que fuese, en el terreno lógico solo la verdad prevalece.

Armando se quedó confundido y el padre Fernandez, viéndolo de una manera significativa, le daba á comprender que solo queria interesar la cuestion.

—Vamos, decidnos francamente lo que pensais, repuso Armando despues de haber guardado silencio por algunos instantes.

Entonces Fernandez habló de esta manera:

—La cuestion planteada como está no tiene ninguna fuerza, se ha supuesto un principio falso, y por lo mismo, la consecuencia lo es tambien.

—Explicaos mas.

Fernandez continuó:

—Las sociedades tienen sus derechos reconocidos, y los pueblos pleno goce de sus garantías: bien; pero esas garantías individuales están bajo la salvaguardia de la ley; en el dia de una eleccion es cierto que el pueblo puede representar libremente sus derechos; pero para esto, es preciso que ellos sean dignos de defenderse: de otra manera ¿qué seria de la humanidad si proclamando siempre su independencia quisiera hacer válidos sus derechos, muchos de los cuales no serian mas que abusos imperdonables? Para tales casos queda reservado el supremo dominio de un gobernante: he ahí el momento en que revistiéndo-

se de energía debe hacer porque la ley triunfe y se respete.

—Bravo! exclamó Alfredo, esos argumentos son indestructibles.

—Obremos de conformidad, añadió Fernandez, con nuestras creencias, y hagamos aplicacion de los sanos principios: lo demas no importa.

—Pongámonos de acuerdo y procuremos que el apoyo moral sea nuestro único baluarte: tal es mi opinion: he ahí lo que debe de hacerse.

—Bien, muy bien, dijo Armando; está resuelta la incógnita; el triunfo es nuestro: procuremos preparar el terreno electoral, lo cual no será fácil, si no nos valemos de la prensa.

En seguida digamos (y esto es de justicia) que en el gobierno de Vallarta puede fundarse toda esperanza de bienestar.

A los clérigos, que sabemos el participio que están tomando en la lucha y la esperanza que abrigan de que llegarán á derrocar al gobierno establecido.

A los ricos y al comercio, que están mal valuadas sus fortunas y que quieren seguir abusando de una manera notoria.

A los liberales, que continúen trabajando por la causa de la Reforma.

A los agricultores; que su ruina depende de ciertas causas que ya no existirán para lo venidero; y por último, hagamos conocer las desgra-

cias de nuestra sociedad y la manera de remediarlas.

Esto hará reflexionar á todos: alguno al saber que estamos al tanto de sus maniobras, procurará desistir de su empresa; mientras que otros, convencidos plenamente de que procuramos su bien, se preparan á la lucha que nos espera.

—Bien pensado.

—A la obra, exclamó el Lic. Alfredo, vamos en el acto á poner al tanto á nuestro compañeros de lo que hemos resuelto.

¡Ojalá y tengamos la dulce satisfaccion de salvar á la sociedad jalisciense de los peligros que la amenazan!

Y al decir esto, Armando y Alfredo despidiéndose de sus dos amigos, salieron precipitadamente en busca de sus partidarios.

CAPITULO XII

MATILDE

VOLVAMOS á reanudar los episodios que dejamos pendientes.

En las escenas que describimos, diversos actores han permanecido por algun tiempo extraños á nuestra narracion.

Así debia ser, atendiendo al órden progresivo de las fechas que comprenden el tiempo indispensable para que los acontecimientos puedan explicarse.

De otra manera, habria sido preciso seguir un extenso y cansado relato, lo cual siempre quisimos evitar.

Hemos dicho al terminar la primera parte de esta obra, que Luis, curado completamente de la herida que recibiera en una noche fatal al salir de la casa de Matilde, habia partido para el Sur de Jalisco á desempeñar una importante comision, dejando encomendada al cuidado de Sandoval, su leal discípulo, á Matilde y á su virtuosa madre.

En seguida hicimos saber aunque con profunda pena, que la señora Laura, despues de una enfermedad violenta, habia dejado de existir; dejando á la hermosa cuanto desgraciada Matilde, sumergida en el mas acerbo dolor.

Pues bien, estudiemos ahora las variadas peripecias que han acompañado á la existencia de Matilde, de ese ángel de virtud, de ese tipo de santa resignacion.

Huérfana, sin amparo y sin amigos, (Sandoval habia partido por encargo de Luis, y Enrique fué despedido de la casa de Matilde,) llevaba una existencia dolorosa, una vida llena de privaciones y de martirio.

Tan solo un mes habia trascurrido despues de la muerte de la señora Laura, y ya la mas espantosa miseria la amenazaba.

En tan triste situacion no sabia qué hacer; multitud de veces cruzó por su imaginacion la terrible idea del suicidio: bien pronto la religion, bálsamo consolador del que sufre, viniendo en su auxilio, hacia que la tranquilidad renaciese en ella nuevamente.

Solo Magdalena, aquella adúltera á quien una vez vimos llegar llorosa y arrepentida á la casa de Matilde, despues de haber perdido la esperanza de que su ofendido esposo la perdonase, acompañaba á la inocente jóven.

Esta infeliz, despechada en su situacion degra-

dante, aun en el camino de la perdicion, ya nada la preocupaba su honra: el interés habia llegado á ser el único atractivo de su vida.

El deseo de brillar en las reuniones báquicas de las jóvenes de su clase, dominaba en su alma. El lujo era su pensamiento, las conquistas de jóvenes incautos su triunfo; su amor era el oro, su dios la crápula......

Por respeto á la sociedad, y temerosos hasta el extremo, no quisiéramos tratar las cuestiones que deben de seguir en el presente capítulo; cuestiones unidas á la existencia de Matilde; pero fieles cronistas, amigos de difundir la luz y de manifestar las verdades que acaso sirvan de algo á nuestro ser social y político no podremos prescindir de tratar estos episodios dolorosos; ofreciendo sí hacerlo segun las reglas que prescribe la moral y la decencia, para conciliar de esta manera lo histórico con lo filosófico.

¡Quiera Dios que no nos precipitemos en un abismo!

Ojalá y la censura sea indulgente con nosotros!....

Matilde vivia en una elegante casa.

Vamos á explicarnos.

Uno de tantos dias, Magdalena viendo á Matilde entregada á la mas cruel aflixion, le propone con una sutileza infernal, que dejara aquella man-

sion, donde la miseria parecia haber establecido su triste dominio.

La honrada y hermosa jóven por largo tiempo se resiste á las insinuaciones de su amiga, á quien cree desgraciada pero no infame; mas la imperiosa voz de la necesidad llega por fin á persuadirla que es conveniente adoptar una suprema resolucion. Matilde cede entonces á los ruegos de su consejera, consintiendo en ir á vivir en compañía de unas excelentes amigas (segun la expresion de Magdalena) que la recibieron con placer y colmaron de atenciones.

Antes de seguir adelante, hagamos comprender cuál era la intencion de Magdalena.

Enrique, el hijo de D. Alvaro, el pretendido amante de Matilde, el hombre vil que trataba de seducir á la mas pura jóven, viendo que sus esfuerzos eran inútiles y que nada conseguia de ella, procuró, valiéndose de la amistad de Magdalena, á quien brindaba oro y placeres, que esta guiara á la virtuosa jóven por un camino de maldicion y de infamia, para poder así conseguir sus perversas intenciones.

Enrique sabia bien la triste situacion en que se encontraba Matilde.

Como el cazador acecha á su víctima, así Enrique buscaba la oportunidad para lograr que Matilde sucumbiese.

Magdalena por su parte coadyuvando al mal,

consiguió al fin que Matilde la siguiese á una de esas casas donde no existe la virtud ni el pudor.

La desgraciada jóven, miserablemente engañada, accedió á la invitacion de Magdalena; pero bien pronto conoció el peligro á que se encontraba expuesta, y maldiciendo su credulidad, lloraba amargamente demandando proteccion al cielo.

—Por qué lloras, Matilde? le dice Magdalena sonriéndose.

—Magdalena! Magdalena! respondió Matilde, eres una infame.

—Vaya una ocurrencia, repuso la perversa amiga, solo tú puedes preferir la situacion en que te encontrabas al bienestar de que hoy puedes disfrutar.

—No me hables así, es imposible ver con calma tu conducta; me has engañado vilmente.

—Es que.... si insistes.... tendré que.... defender mi honor ultrajado y abandonarte para siempre: con que así, elige: ó dejas de armar tanto escándalo, ó me veré precisada á.... no se puede variar la ruta que nos marca el destino.

Matilde, sin hacer caso de amenazas, continuaba llorando: nada podia calmarla en su aflixion.

***

En estos momentos una banda militar se deja oir en la calle, y entusiastas gritos de viva Juarez! viva Vallarta!

Era el "Club Independiente" que se encaminaba á la plaza pública.

Mientras que los gritos y el alborozo continuaban, escuchemos á una jóven criminal llamada Luisa, quien trataba de convencer á Matilde, para que olvidando los preceptos de moral y de virtud se entregase en brazos de la prostitucion.

—Querida Matilde, la decia, yo como tú lloré por largo tiempo: dos meses fueron para mí una continua aflixion, un perpetuo remordimiento; mas al fin la inexorable voluntad de mi suerte quiso conducirme á la negra situacion en que hoy me ves, y aunque mis remordimientos son grandes...

—Yo, Luisa, interrumpió Magdalena, qué querias que hiciera, elegí el mal camino porque mi infame esposo me dejó sola, abandonada y sin recursos.

—Escúchame, Magdalena, dijo Matilde, quiero que las palabras que te dirija queden enteramente grabadas en tu alma, ofreciéndote que ellas serán las últimas con que moleste tu atencion.

Y la virtuosa jóven con la dulzura angelical que la caracterizaba, la habló de esta manera:

—Dime: ¿olvidas acaso lo que vale el honor en la mujer? dudas de la Providencia que jamas abandona á sus criaturas? Dices que tu esposo es un infame; pero aun cuando así fuese ¿no hay multitud de medios honrosos para atender á las precisas necesidades de la vida? qué hiciste, de la mo-

ralidad que debe haber sembrado en tu corazon la mujer que te dió el ser? adónde están tus principios religiosos? adónde la dignidad de tu nombre? qué pretendes hacer de la conciencia? qué dé tu eterna tranquilidad? No, Magdalena, tu resolucion es inícua, reflexiona que obrando mal, la paz huirá de tí para siempre.

Por largo tiempo, continuó la virtuosa Matilde amonestando á Magdalena; pero esta y Luisa no hicieron otra cosa que responder con la burla á sus observaciones.

Escenas diversas tenian lugar en aquel sitio, donde el vicio habia establecido su dominio.

Allí concurrian frecuentemente diversos jóvenes de la clase aristócrata, quienes iban á "matar el tiempo," (tal era su expresion.)

Diremos tambien que Nicho, Facistelo, Choquezuela, Perico, Callejas, Clemente, Enrique, Longinos, Camándulas y aun Bastillas se encontraban en compañía de los anteriores en perpetua bacanal so pretesto de formar nuevas combinaciones.

La desgraciada hija de la señora Laura sufria tormentos indecibles.

Escuchémosla una vez que creyéndose sola, exclama en alta voz:

—Luis no me ha escrito. Ah! si no hubiera partido.... pero luego que sanó de la herida, tuvo que partir.

Era preciso. Su deber y su conciencia se lo exi-

gian. Qué habrá sido de él? Ah! si supiera mi actual situacion ocurriria á salvarme? tal vez no! despreciándome por las apariencias que en este momento me condenan acaso me maldeciria; sí, cuántas veces me dijo que desconfiase de Enrique. Dios mio! por qué no atendí á sus buenas observaciones?

Enrique! Enrique! eres un infame, un despreciable.

Magdalena al oir aquel nombre aproximándose á Matilde la dice:

—Hola, querida, con que amas á Enrique, eh? mira qué bien sabes disimular.

—No, Magdalena, replicó Matilde sorprendida de que hubiese sido escuchada, al contrario, lo aborrezco cuanto es capaz de aborrecer una mujer honrada á quien se le propone en premio de su amor la deshonra y la infamia.

Sí, lo repito, Enrique es un miserable que ha pensado legarme un vergonzoso porvenir; pero no lo conseguirá nunca: el cielo al fin se compadecerá de mí.

—Déjate de cuentos y sigue mis consejos, buena amiga, entrégate al amor, á las delicias; así encontrarás consuelo y felicidad.

—Calla, calla por Dios; me hacen mal tus palabras.

—Eres jóven, (continuó Magdalena, sin atender á la súplica que se la hacia) bella, aun puede cam-

biar tu suerte, aun puedes llegar adonde te llama el mundo, te lo digo sinceramente; sigue mis insinuaciones; en tu mano está ser feliz.

—Magdalena, si continúas hablándome así acabaria por maldecir tu nombre y la hora en que tuve la desgracia de conocerte.

—Sigue mis consejos, te digo por última vez.

—Imposible.

—No te arrepentirás.

—Nunca, nunca!

—Conocerás la diferencia que hay de una vida á otra, de la abundancia á la miseria en que desde que murió tu buena madre has vivido. Serás codiciada, idolatrada.

—Y qué mas? nada me dices de cómo apareceré á los ojos de la sociedad.

—Riete del qué dirán, contesta con el mayor descaro la vil Magdalena.

—No! no!—exclama Matilde en el exceso de su justo enojo—no daré lugar á que el negro destino cebe en mí su rigor. Primero moriré, lo juro por la memoria de mi madre, por su salvacion. Y tú, Magdalena, porque me ves sola, pobre, huérfana, sin abrigo, te atreves á proponerme semejante accion, ah! que te he hecho para que me juzgues tan mal.

—Es que tu interes, tu comodidad....

—Silencio! no me aflijas mas, es imposible que yo me entregue á vida tan infame, tan degrada-

da! no! primero quiero dejar de existir!.... el pan que comiera seria amasado con hiel, con remordimientos.

Mujeres malditas! vergüenza de la sociedad, vuestra pública degradacion os hace unos seres miserables, aborrecibles; vuestro sucio rostro recibe los ósculos del vicio, vuestro corazon es una llaga asquerosa!

Enrique! Enrique! qué intentabas de mí, infeliz!.... yo le amaba con un amor sin límites, con la pureza de una vírgen; creia en él, le adoraba; pero pérfido ofendió mi delicadeza, quiso manchar mi nombre, deshacer entre sus impuras manos mi corazon, sellar mi frente con el estigma de los réprobos.

Dios mio! Dios mio! no te olvides de mí, no me abandones.

En estos momentos Luisa saliendo de las piezas interiores, entregó á Matilde un billete perfumado; era de Enrique.

En él la decia lo siguiente:

"Matilde: inútilmente os he suplicado que accedais á mis apasionados ruegos: no habeis querido creerme y de ello me felicito, puesto que sois indigna de merecer el afecto de un hombre decente.

Adios; no mereceis pertenecer á un caballero: os desprecia,—*Enrique del Bastion.*"

—Ah! si estuviera aquí Luis se lo diria todo,

exclamó colérica Matilde despues de haber leido la carta anterior, sí, él responderia por mí; pero esperanza inútil! tal vez no lo volveré á ver....

Matilde prorumpiendo en las mas amargas quejas tornó á llorar....

Ya volveremos á encontrar á esta virtuosa jóven, cuya historia tanto nos entristece.

Traslademónos á la plaza pública:

Allí presenciaremos algunos acontecimientos dignos de narrarse.

CAPITULO XIII

EL TERROR

EL plan basado sobre la creencia que la discusion de la ley electoral habia infundido en el pueblo y que no era otra sino la de que "en un dia de elecciones el pueblo podia degollar y ser degollado," (segun lo habia asegurado el C. Robles Gil en plena asamblea) comenzaba á tener su verificativo.

En la semana anterior á la eleccion de gobernador, impresos sueltos, escritos y firmados por el Capitan Armando, el padre Fernandez y el Lic. Alfredo, circulando con profusion hicieron que todas las clases de la sociedad sufrieran una conmocion profunda, ellas veian claramente que segun la misma ley, el pueblo en el dia 28 volveria á su estado normal.

Los impresos eran dirigidos:

AL SOBERANO PUEBLO DE JALISCO,

AL ILUSTRADO CLERO,
AL COMERCIO,
A LOS LIBERALES,
A LOS AGRICULTORES,

haciéndoles comprender que á la vez que no se ignoraban sus trabajos, tendencias y secretos, se deseaba conquistar el bien de Jalisco.

Estos impresos son bien conocidos; sentimos que los límites de nuestra obra no nos permitan reproducirlos.

La prensa oposicionista permaneciendo en silencio, no se atrevió á contrariar dichos impresos.

Su impotencia intelectual quedaba demostrada.

Los enemigos del órden no encontrándose fuertes para contrariar las sanas ideas en el terreno de la razon, callaron como unos estúpidos; dejando que nuestros escritos exhortasen al pueblo; el cual por una consecuencia, iba uniéndose á los partidarios del órden.

Las clases todas, especialmente aquellas en que se encontraban los propietarios y comerciantes, conocian el abismo en que estaban sumergidos. Ya podemos explicarnos por qué Robles Gil habia dicho que en el dia de una eleccion cesaba la accion del gobierno, y que el pueblo soberano si se le antojaba podia degollar y ser degollado: segun esta errónea creencia, las fuerzas federales extrañas á todo movimiento, permanecerian acuertela-

das rigurosamente, obedeciendo á una órden general, no habria otra defensa que la personal; en lugar de la fuerza pública quedaba tan solo el derecho del mas fuerte.

Cesaba todo gobierno: Robles Gil lo habia probado: el asesinato, el robo, el escándalo, etc. podian ser tolerados en está vez.

En una palabra:

☞ El pueblo podia degollar y ser degollado. ☜

*
* *

Hemos llegado al 27 de Mayo de 1871.

Diversos agentes del club Vallarta se repartieron por toda la ciudad, recomendando la lectura de un último impreso titulado: ☞ Mañana ☜ En dicho escrito se manifestaba hasta la evidencia, el gran peligro en que al dia siguiente se encontrarian la vida y la hacienda.

A las ocho de la noche del dia 27, Guadalajara presentaba un aspecto lúgubre. Solo los diversos partidarios andaban por las calles y los vigilantes del órden público, los cuales aun (hasta las doce de esa misma noche), podian desempeñar sus funciones.

Tan luego como se recibia aquel impreso "Mañana," las familias se ponian á leerlo con avidez, las madres temblaban por sus hijos, las esposas por sus esposos, los hijos por sus padres: la ley estaba comprendida en ese escrito, la legislatura

habia interpretado á su modo el verdadero sentido de ella, y el pueblo comprendió que al dia siguiente no habria esperanza de salvacion.

Mas él estaba dispuesto á defenderse; deseaba probar á la oposicion que no le seria muy fácil oprimirlo, y que aquello de "piés con piés," segun pregonaban los revolucionarios, no tendria lugar.

—Ay! hijos de mi alma, decia una madre enjugando su llanto, mirad lo que este papel dice: "Mañana" á todos los que salgan los degollorán, los partidos se harán dueños del poder, y sus facultades no reconocerán límites; no habrá mas gobierno que el buen sentido de los ciudadanos: ¿qué os parece de lo escrito? cuánta barbaridad! pero sea lo que fuere "mañana" no saldreis, hijos mios, deseo teneros mas que nunca en mi compañía.

—Madre, decia el mayor de los hijos, nada creais; los periódicos no dicen verdad, tal vez alguno que quiere divertirse ha escrito semejantes tonterías; ya vereis como nada acontece.

—No, hijos, volvia á decir la afligida madre, el periódico solo refiere lo que podrá suceder; quien ha dado lugar á tan justos temores, es la ley de D. Emeterio Robles Gil, quien asegura que mañana ☞ podrá el pueblo degollar y ser degollado. ☜

—Sí; pero del dicho al hecho....

—Ya vísteis lo que sucedió el dia 7; por último, yo os lo mando.

—Sea como gusteis, dijeron entonces los hijos de aquella madre amorosa.

Igual escena pasaba en todas las casas de Guadalajara.

Los comerciantes se reunieron en junta particular.

El Sr. Martinez, que presidia la reunion, les dijo:

—He aquí, señores, á lo que nos ha conducido el alboroto de ciertos comerciantes que se han mezclado en los asuntos políticos: oidme: "mañana" no habrá garantías, "mañana" tal vez por defender nuestros intereses, perderemos la vida; y como Robles Gil ha dicho que en un dia de eleccion el pueblo puede degollarse.... en fin, yo os aconsejo que procureis mañana defenderos á toda costa si fuere necesario.

—Creeis, le preguntó Robin, [á quien ya hemos citado] en papeluchos inmundos?

—No, contestó Martinez, creo en la ley, y la ley es terminante: ¿con qué fuerza se cuenta para mañana? en dónde está una órden que nos salve, y mas cuando nos tienen muy presentes? Si por desgracia el pueblo se enfurece, quién vendrá á contenerlo? olvidamos que segun Robles Gil ☞ mañana cesa todo gobierno. ☜

Robin continuó:

—Señores: si tal abuso llega á realizarse, protesto desde este momento contra él: hoy comprendo que los hombres de fortuna no debemos mezclarnos en asuntos políticos; mas ya que el mal está preparado, pongamos el pronto remedio.

—Qué hacemos? se preguntaban aquellos capitalistas recordando que les amenazaba un gran conflicto.

—Cómo qué? advirtió Martinez, reunir á nuestros dependientes, darles armas y órdenes terminantes, para que reconcentrándose al comercio se defiendan hasta el último extremo: que nosotros haremos otro tanto.

Todos estuvieron de acuerdo en la disposicion de Martinez, y desde aquella hora se constituyeron guardianes de sus intereses, sin volver á tratar mas de la eleccion.

Los vallartistas, únicamente con la pluma, habian destruido un poderoso elemento contrario. ¿Cuál era este? La fuerza monetaria....

—Ha visto, tia Caralampia, [decia el criado de la panadería de Gutierrez, á la mujer que vendia caramelos en la esquina de la casa de D. Alvaro.] Ha visto este papel? (y enseñó el que se le habia dado.)

—No lo he de ver, contestó mohina la tia Caralampia, cuando desde las cinco estoy aquí y no he vendido nada, estos *politiqueros* tienen la culpa;

ahí vino un caballerito, y en vez de comprarme me dijo: "tenga y lea ese periódico."

—Y qué dice?

—Yo no sé; si quiere hacer un *experimento*, *arrímese* á mi farol y lea *recio*.

El criado, obedeciendo, comenzó á leer en alta voz, y la vendedora escuchaba atentamente.

Terminada la lectura, dijo el criado:

—Con que ya sabe "Mañana" se verán salpicadas las paredes con tanta sangre como va á correr.

—Y por qué?

—Porque los *mochos* quieren.

—Jesus, María y José! exclamó la tia Caralampia, ya me voy, ya me voy, no sea que á esos *perfiristas* se les antoje adelantar la hora.

Dicho esto, apagó su farol y se dirigió rápidamente á su casa.

A la misma hora, el club Porfirio Diaz celebraba su última sesion. D. Longinos no estaba allí, una enfermedad le impidió salir de casa y dirigir los movimientos de los afectos al desórden.

Perico habia desaparecido.

Bastillas, Manolo, el rebocero, Feliciano Barrica, el maestro Estopin y un hombre que tenia el apellido de una nacion vencedora, se encontraban en el club.

El *orador* Bastillas, haciendo uso de la palabra, dijo:

—Compañeros: han asustado á nuestros amigos;

nuestros periódicos guardan silencio y la desesperacion comienza á hacerse sentir: ¿qué hacemos?

—Apelar al recurso que la ley concede, respondió Manolo, llegar antes á la casilla, posesionarnos de ella, y no dejar acercar á los contrarios.

—Bien pensado, continuó Bastillas; y añadió: ¿quereis poneros al frente del movimiento? yo no puedo, mis negocios me lo impiden.

—Pues entonces Richs.

—Richs no se ha presentado aquí, no obstante que le habíamos citado.

—Pues si rehusais todos, yo, oficial retirado, pensionado, militar valiente, asumiré la responsabilidad; y por tanto, desde este momento comienzo á dar órdenes, puesto que soy el general en jefe.

Mando que al amanecer nos apoderemos de la casilla.

—Y si no lo logramos por desgracia....

—Dejaremos de existir! gritaron los demas.

—Perfectamente: esa resolucion me agrada: veámonos en la plaza de la Universidad á las dos de la mañana, concluyó Bastillas, el triunfo será de los hombres de corazon....

Y despidiéndose en seguida, se alejó de aquel lugar.

***

El club Vallarta no habia descansado: unido al círculo de la Convencion y al club Independiente,

nombró su directorio, el cual se declaró permanente hasta el fin de la eleccion.

Durante el dia á que nos referimos, todos los sucursales se habian presentado ante el directorio y recibido las órdenes correspondientes.

Armando y sus amigos se ocuparon de repartir los impresos: á las cuatro de la tarde el pueblo en masa concurria al alojamiento del Capitan, y ya desde ese momento comenzaron á escucharse por todas partes vivas entusiastas á Vallarta....

Estaba Armando en compañía del pueblo cuando recibió una esquelita perfumada.

Era de la señora doña Mariana Suarez de Mendoza.

Una hora despues llegaba á la casa de esta.

Se trataba de un negocio importante.

—Vd. mande, señora, dijo Armando despues de saludar á la señora doña Mariana y á su bella hija Esperanza.

—Queremos pedir á vd. un favor.

—Saben ustedes, repuso el Capitan, que mi mayor deseo es complacerlas.

—Pues entonces, agradeciendo esa deferencia, dígnese vd. escucharme:

Por razones que bien conozco, he creido propio de su buen nombre que se haya mezclado en las cosas políticas: dias pasados aprobamos su resolucion; justo es que todos se interesen por la buena causa: mas ya que vd. por propia experiencia co-

noce todos los disgustos que traen consigo estos asuntos, quisiéramos suplicarle que el dia de mañana no comprometa su vida al querer evitar los desórdenes que se preparan.

—Señora, contestó Armando, doy las mas expresivas gracias por el interes que ustedes manifiestan por mí: mas no creo que la situacion sea tan desesperada: ademas, vd. conocerá que hay deberes imprescindibles.

—Es que hemos leido sus razonamientos, y advierta vd. que todo lo que comprende el impreso "mañana," puede realizarse.

—Tiene vd. confianza en mis razones? preguntó Armando.

La señora Suarez respondió afirmativamente.

El Capitan prosiguió:

—Lo que está escrito es una verdad: el congreso ha impedido muy formalmente que el gobierno tome parte en el acto electoral, y en virtud de tal resolucion es cierto que el órden público podria peligrar.

Pero los enemigos del órden nada harán, porque se los impedirá el buen sentido del pueblo de Jalisco: ahora, si en efecto intentan un nuevo tumulto, esto será cuestion de un momento, pues al ver su debilidad, esa turba se retirará avergonzada.

Los escándalos del 7 de Mayo, se repetirian con el apoyo moral del comercio y del clero; mas estamos seguros que el comercio tratará de de-

fender sus intereses que por la ley de Robles Gil cree amagados, y en cuanto al clero no hay por qué temerle.

El verdadero pueblo estará unido al partido del órden; y tanto á su buen juicio como á los clubs Vallarta, é Independiente deberemos que la paz reine en la capital del Estado, dejando así burladas las maquiavélicas intenciones que contiene la ley electoral.

Cuando no hay contendientes no hay choque, y mañana triunfará el partido vallartista, sin que tenga que lamentarse la menor desgracia.

—Segun eso, preguntó la señora Suarez, se trata únicamente de apariencias para evitar de esa manera los males que por la libertad de la ley electoral de Robles Gil pudieran causar los enemigos del órden público: no es así?

—Ciertamente.

—Pues entonces fiamos en lo que vd. dice y le recomendamos mucho que obre con prudencia.

—Así lo haré.

La conversacion continuó.

El Capitan, experimentando una gran satisfaccion tanto por el afecto que se le habia manifestado, cuanto por haber podido infundir confianza en aquellos espíritus pusilánimes, se despidió de la señora Suarez y de su inolvidable Esperanza, á las nueve de la noche, tornando á reunirse in-

mediatamente con sus amigos, quienes ya le esperaban en su alojamiento.

A poco de su llegada, una comision de los "clubs unidos" le ordenó que se les uniese.

Armando, obedeciendo, pasó al lugar donde celebraba sus sesiones el "club Independiente."

Los ciudadanos de aquel club estaban unidos en un solo pensamiento: salvar á la capital de los excesos que pudieran preparar (como el dia 7 de Mayo de 1871) los enemigos del órden público.

Se acordaron las medidas necesarias, y á las once de la noche mas de tres mil ciudadanos que se habian unido para infundir respeto á los viles y cobardes enemigos del Estado, se presentaron acompañados de una música que ejecutaba armoniosas piezas en los lugares donde creyeron que era mas necesaria su presencia.

Aquella muchedumbre magestuosa, recorriendo en buen órden las calles de la ciudad, acabó por desconcertar á los egoistas, tímidos é indiferentes, quienes se figuraron que los bandos contrarios se reunirian en mayor número y que el choque de las masas seria terrible y sangriento.

Al ver tales preparativos, los partidarios enemigos se desalentaron, los comerciantes velaban en sus almacenes, y el clero, asustado por los comentarios que hacia doña Rufina de los acontecimientos que se esperaban, fué de opinion que no se hiciesen oir al dia siguiente las campanas de la

Catedral: esta ridícula medida aumentó el pavor que se habia apoderado de la ciudad....

***

He ahí la verdad descrita: la incógnita despejada.

La justicia y la historia darán su fallo.

Los partidarios imparciales, al leer estas páginas, no podrán negar que en el dia memorable de que hablamos, una combinacion sencilla fué bastante para salvar á la capital de Jalisco de los males que le preparaban [apoyados en una ley indebida] los que tanto blasonaron de patriotas.

CAPITULO XIV

EL ANATEMA

ENTRETANTO que los clubs unidos "Convencion, Independiente y Vallarta," entusiastas y llenos de esperanzas recorren las hermosas calles de la encantadora capital de Jalisco, volvamos de nuevo á la casa en que hemos dejado á la virtuosa y desgraciada Matilde, entregada á la mas desgarradora situacion.

Por largo tiempo ella continuó dirigiéndose á Magdalena, en los mismos sentidos términos que la hémos escuchado anteriormente.

Mas esta, agena de toda sensibilidad y de pudor, atendia muy poco á las justas expresiones de la virtud.

Al contrario, en nada tenia burlar la moral que encerraban las palabras de Matilde; y á toda hora dejaba escapar de sus labios una sonrisa despreciativa.

Hemos dejado á Matilde en los momentos en que maldecia la memoria de Enrique.

Media hora despues, dos mujeres lujosamente ataviadas se acercaron al lugar en que ella se encontraba triste y meditabunda.

A una la conocemos ya. La otra se llamaba Josefina.

Ambas vivian en compañía de Magdalena, y preciso es decirlo, pensaban de la misma manera.

Matilde, cuando conoció la situacion terrible que la esperaba, pensó sériamente en salir de aquel lugar que tanto ofendia su pudor.

Por esto, indignada al ver á aquellas mujeres, se pone en pié y con voz firme y magestuoso ademan les dice:

—Retiraos, no esteis cerca de mí, vuestra presencia me ofende.

—Mas cortesía, señora, respondió violentamente una de ellas, debia vd. agradecer los beneficios que tal vez por nosotras la dispensa nuestra amiga Magdalena.

—La infame Magdalena! fué la única contestacion de Matilde.

—Infame dice, y que se atreva á tanto!

—Lo diré otra vez: Magdalena es una infame: una vil prostituida, degradada por la opinion pública; ah! si lo hubiera conocido antes!....

—Cuánta hipocresía! exclamaron á la vez aquellas amigas de la maldad.

—Callad, callad, malditas! gritó Magdalena

temblando de cólera, no sigais desgarrándome; idos de aquí; me avergüenza vuestra compañía.

Triste condicion de la debilidad humana! Aquellas mujeres sin atender las justas observaciones de Matilde, se burlaban descaradamente y hacian alarde de sus costumbres perniciosas.

—Os burlais? les preguntaba Matilde advirtiendo su torpe cinismo y sin poder contener su enojo.

—No, no nos burlamos, ó como querais comprenderlo, al fin, poco nos importan quejas ridículas y pedanterías.

Y acto continuo, volviendo la espalda á Matilde, se encaminaron hácia las piezas interiores.

—Oidme, dijo entonces Matilde, no os ireis sin que antes escucheis de mi boca tristes verdades: no os ireis sin que mi anatema que es el mismo que os lanza la sociedad caiga sobre vuestra frente; no os ireis sin satisfacer á una mujer ofendida, á mi dignidad ultrajada.

—Nosotras....?

—Sí, vosotras: afrenta del mas delicado ser que Dios formó, vergüenza y oprobio del sexo llamado á moralizar las costumbres y á infundir en el corazon del hombre el amor á la virtud y á sus semejantes.

Mujeres sin pudor, sois el veneno del alma y del cuerpo, las que prostituís las costumbres y el

corazon del hombre, las que emponzoñais el aliento y marcais el rostro con la deshonra.

Vasos empañados, sois.... lo peor del mundo!

Qué amor podeis tener vosotras las que os entregais á un miserable, á un renegado ó á un fratricida! ya se ve, no dais vuestro amor ni consagrais vuestra alma sino al oro que ha de satisfacer vuestros vicios; al oro, que abrasa vuestra mano y carcome vuestras entrañas.

Y os atreveis á llamaros mujeres sensibles y amantes? virtuosas, nobles, desinteresadas? Ah! no pasais de ser otra cosa que instrumentos viles de la voluptuosidad y del vicio; esclavas del interes y del capricho.

Decidme y os justifico: ¿amais de veras? las fibras de vuestro corazon se agitaron alguna vez bajo las dulces impresiones del amor? No, no debeis amar; séres proscritos, mujeres perdidas!

Miserables! haceis el papel de ángeles tentadores, para emponzoñar despues el aliento de la humanidad!

—Dios mio! dijeron para sí aquellas infelices, es cierto.

Matilde prosiguió:

—Cuántas familias gimen por vosotras; cuántos hombres maldicen la hora en que tuvieron la fatal desgracia de conoceros.

Escuchadme, repito, soy en este momento el remordimiento que os sigue; la conciencia que os

habla; la mujer que á la faz del mundo condena vuestra perversidad.

De rodillas! de rodillas! y pedid á Dios misericordia, porque habeis profanado y vendido vuestra alma: de rodillas! porque sois la causa por la cual se desprecia á veces á una mujer honrada, al sér que Dios quiso fuese en la tierra el consuelo de la humanidad, el amparo del hombre, el amor por excelencia, la virtud viviente, la inefable dicha del bien, el ser predilecto.

Idos de aquí, dice por último la virtuosa jóven: salid! que no os vea mas; mientras no varieis de vida, ocultad vuestro nombre y aun vuestra existencia.

Aquellas mujeres se alejaron de la presencia de Matilde llenas de confusion....

Tarde ó temprano la voz de la conciencia deja escucharse....

Cuando la hija de la señora Laura se vió libre de aquellos desventurados seres, cayó de hinojos y elevó al cielo una plegaria fervorosa.

—Misericordia, clementísimo Dios! exclamaba: misericordia! bondadoso Ser, tu excelso poder dirige el universo. Yo te adoro, Señor, y te pido perdon de mis faltas: en mi angustiosa situacion acudo á tu piedad; no me abandones.

Tú eres mi Dios, mi única esperanza, tú la divina luz que me alumbra, el único que puede va-

riar mi desgraciada suerte y conceder la paz á mi corazon.

No permitas que mi vida se deslice en el crímen, en ese torcedor que tantas lágrimas nos cuesta.

Que no haya mas maldad, que termine el vicio y que tu sagrado Nombre sea respetado y bendecido.

Ya que tanto comprendes al corazon humano, ya que eres el único dueño de mi existencia, imploro tu piedad con la fé del que cree en tí y espera.

Señor! Señor! tu voluntad suprema é infinita puede hacer que mi vida varie, y de desgraciada que hoy aparece, se convierta en feliz; mas si por el contrario no me diriges una mirada compasiva, tal vez me pierda en el océano inmundo de la maldad; misericordia!

Aquella plegaria, nacida de un corazon sensible, fué interrumpida por un bullicio extraordinario.

Eran los "clubs unidos," que en aquellos momentos dirigian sus pasos á la plaza principal.

—Si una nueva desgracia vendrá á aumentar las penas de mi alma! exclamó Matilde suspendiendo su oracion al escuchar el bullicio exterior.

Las vivas á Vallarta se repetian frecuentemente.

Las músicas daban al aire sonatas populares.

Matilde en su interior continuaba elevando su plegaria al Altísimo.

Al aparecer la aurora del nuevo dia dejaria para siempre aquella maldecida casa.

Menos de veinticuatro horas habia permanecido en ella, y al verla se podria decir que habia envejecido un año. Tales fueron sus sufrimientos en tan corto tiempo.

A poco rato se escuchó una fuerte detonacion ocasionada por la contienda que repentinamente habia armádose entre dos individuos.

Expliquémosla.

Un jóven de alta talla y continente marcial, separándose del brazo de sus amigos (que momentos antes le estrechaban con efusion), se dirige precipitadamente hácia cierto hombre á quien acababa de reconocer.

—Te he reconocido, miserable asesino; le dice, no te me escaparás.

El agredido, al verse frente á frente de un adversario terrible, lanzó una maldicion y se escapó violentamente.

Quiénes eran estos? Muy pronto lo sabremos.

Mas como habia de dirigirse á otra parte se introduce á la casa de Magdalena.

En el momento de huir fué cuando se escuchó la detonacion.

Por fortuna del criminal la bala se perdió en los aires.

Minutos despues aquellos dos hombres penetraban á la pieza en que se hallaba Matilde.

—Dios mio! exclamó sorprendida esta al ver á uno de aquellos hombres, y se cubrió el rostro con ambas manos. ¡El es!

....

No tardaremos en aclarar este episodio. Para poderlo hacer nos es preciso antes encaminarnos en busca de diversos personajes que nos ayudarán en nuestra empresa.

APITULO VX

ATAQUE A LA CASILLA ELECTORAL

SON las once de la noche del dia 27 de Junio de 1871. El pueblo libre de Jalisco presentaba un espectáculo grandioso.

Salud! cuna de mil héroes: desde mi humilde estancia te saludo, y como en aquella memorable noche, te dirijo las sinceras expresiones de mi alma.....

Los círculos unidos "La Convencion, Vallarta y el Club Independiente" se paseaban por los centros de la ciudad llenos de alegría y en el mayor órden posible.

Viva Vallarta! viva Juarez! eran los gritos entusiastas que se oian; Vallarta era el lazo de union de aquellos verdaderos liberales.

El club Independiente estaba compuesto de leales defensores, de hombres de accion, de acérrimos partidarios del progreso....

Miradlos! llegan á la plaza principal: y se colocan fuera del portal que da su frente al Norte:

miradlos, repetimos: he ahí el movimiento de una gran masa.

Armando, designado en aquellos momentos gefe de todos los círculos, (por la confianza que en él se tenia), nombra los distintos gefes que deberian guiar á la respetable multitud: en seguida, divide á esta en compañías de á cien hombres, subdiviéndola por mitades y poniendo al frente de cada una á aquel que mas merecia su confianza.

Algunos amigos del desórden se encontraban entre aquellos patriotas, con la intencion siniestra de dividir los ánimos.

Uno de ellos se atrevió á gritar: "Muera Juarez!" Inmediatamente todos los que pertenecian al "Club Independiente" se dirigen al lugar donde se habia escuchado aquel grito, y hubiera tenido lugar un contratiempo funesto si las personas influentes no manifestaran que no se debia fijar la atencion en semejante incidente.

Se calmaron los ánimos; mas esto sirvió para que la multitud se pusiera en guardia y comenzó á examinar con mas detenimiento á los ciudadanos que estaban en su seno.

—Aquí no se admiten traidores; aquí solo debemos estar los que defendemos la candidatura Vallarta; no queremos desordenados entre nosotros, dijo el general Félix Vega, que se encon-

traba allí como particular tomando parte activa en la cuestion.

Prosigamos.

Los que abrigaban la nécia temeridad de sembrar la discordia, viendo que esto era de todo punto imposible, se fueron retirando sin ser notados....

Armando comenzó á nombrar el servicio respectivo, comisionó á varios individuos para que vigilasen la casilla (que se encontraba colocada bajo el portal) por si hubiese cerca de ella algun grupo de gente armada: y peroró tambien al pueblo para que descansase sin el menor cuidado, asegurándole que él en compañía de los ciudadanos ya nombrados al efecto, velarian por la seguridad y el órden.

El movimiento que poco antes se notara en la plaza principal, iba disminuyendo progresivamente; los diversos ciudadanos fueron buscando un lugar á propósito donde pudieran encontrarse bajo la salvaguardia de la autoridad.

Poco despues todo permanecia en la mayor calma, sin que por esto la plaza principal y los portales dejasen de encontrarse literalmente llenos.

Armando velaba y recorria sin cesar los diversos puntos de avanzada.

Las comisiones nombradas cumplian con el deber que se les habia impuesto.

Los hombres que en la discusion nunca fueron vencidos, aquellos esforzados y valientes hijos del pueblo, que jamas retrocedieron ante el peligro, ocurrian al llamamiento y se sujetaban con la mayor docilidad á lo que de ellos se exigia.

Todos esperaban impacientes la nueva aurora para poder ejercer el sagrado derecho de eleccion.

*
* *

A las dos de la mañana uno de los exploradores llegó avisando que los círculos contrarios trataban de dirigirse armados á la casilla electoral para arrojar á los CC. que ya se habrian apoderado de ella; pero como esto lo hiciera en voz alta, tal noticia produjo una grande alarma y en el mismo momento la multitud se preparó al combate. Mas encontrándose sin armas, pidió á sus gefes correspondientes que se las suministrasen: el vocerío aumentaba, la exigencia se hacia mas suprema.

Viendo Armando que la imprevision del explorador habia hecho un efecto terrible y que la exigencia de las armas podria ser un motivo de desorganizacion, se pone al frente de aquellos dignos ciudadanos y así les habla:

—Mis amigos: ¿quién quereis que se presente á estas horas á atacarnos? Descuídad; que los descontentos del comercio y del teatro Principal buen cuidado tendrán de atreverse.

Los comerciantes aprecian mucho su vida y re-

poso; creédmelo, ellos no aparecerán antes de las cinco de la mañana; ademas, bastante cuidadosos son de sus fortunas, pues bien saben que no cuentan con otras garantías que aquellas que les quiera dar el soberano pueblo de Jalisco.

Vosotros en lo que menos pensais es en perjudicarlos, cuando todos saben que os ocupais sériamente de salvarlos de los efectos de la bárbara ley electoral que nos rige, y que hace del pueblo un absoluto; descuidad, repito, ellos no vendrán á este lugar.

Ahora, refiriéndonos á los del teatro Principal, creeis acaso que si tuvieran la fuerza suficiente, si no hubieran quedado reducidos á una insignificante minoría, nos habrian dejado apoderar de la casilla? De ninguna manera.

Recordad que hoy no es el 7 de Mayo: tened presente que los cobardes no saben combatir.

Quereis armas? las teneis en vuestra conviccion, en vuestra conciencia; los hijos de la libertad no necesitan de armas para aniquilar al ambicioso que pretende medrar con destinos públicos; para el desordenado que en su loco desvarío creyó poder imponer la opresion y la tiranía.

Conciudadanos: no desmayeis en vuestra obra: adelante!

Viva Vallarta! Viva la República!

Aquellas palabras hicieron renacer la confianza.

A pesar de esto, Armando tomó sus providen-

cias y designó á una comision de su confianza para que redoblase su vigilancia aun lejos de la casilla electoral.

*
* *

Un individuo conocido ya de nuestros lectores, (Bastillas) no habia conciliado el sueño en toda la noche. Los acontecimientos del dia siguiente preocupaban demasiado su sistema nervioso: era presa de una exaltacion absoluta; dormitaba apenas y las mas extrañas visiones venian á agitar las fibras de su cerebro: ya se soñaba sobre una torre muy elevada y apoyado en una de sus almenas; la almena se desprendia de aquella altura y él caia de semejante elevacion: despertando entonces, exhalaba un grito, y poco despues volvia á quedarse dormido.

Ya se trataba de un rudo combate: la sangre corria á torrentes, los miembros de sus compañeros de armas se encontraban mutilados ante su vista, y un batallon de los contrarios llamado 1º de Jalisco, con el Capitan Armando á la cabeza, se dirigia hácia donde él estaba; tan pronto como ve los preparativos de avance, huye despavorido por un espacioso campo de Tecolotlan; poco á poco le va faltando la respiracion, y cuando esto sucede oye que se acerca la caballería (que conduce un valiente hijo de Sonora, llamado "Tonopomea.") De nuevo despierta para volver á soñar con un alguacil que le persigue sin cesar; por donde quie-

ra lo mira: por todas partes se le aparece; ora oye voces que le condenan por sus mil delitos; contempla el cadalso, sube despues la escalera, ya está sentado en el fatal banquillo, y escuchando la voz del sacerdote que le habla de otra vida bendita. Esta vez despierta llorando, con los cabellos erizados y el cuerpo cubierto de un copioso sudor.

Aquello era mas de lo que podia sufrir una imaginacion tan impresionable como la de Bastillas.

No pudiendo dormir, se levanta, y en los momentos en que abre su ventana, el reloj de la Catedral marcó las dos y media de la mañana.

—Ya es hora, se dijo: tomó su pistola, su puñal, y en seguida sale á la calle.

Da vuelta por la esquina Sur de su casa y se dirige á la de Manolo.

Llegando á ella, llamó á la ventana repetidas veces, pero nadie respondia.

Pasado un cuarto de hora, la señora de Manolo se levantó, lanzando maldiciones.

—Quién es? preguntó.

—Bastillas: ya salió Manolo?

—Sí, señor.

Bastillas se quedó un momento pensativo y despues se despidió.

Manolo estaba en su casa; pero conociendo el peligro á que se exponia saliendo, quiso ocultarse.

Bastillas, marchando despues en busca de D. Longinos Torrente se encaminó á cierto lugar donde solia encontrársele, mas en aquel momento Torrente estaba enfermo, y por lo mismo no pudo acompañar á su amigo.

A pesar de tales decepciones, Bastillas no dejó su empresa; pero Richs, á quien fué á ver despues que á D. Longinos, no quiso responder á los gritos de aquel peregrino errante.

—Aunque me busquen por cielo y tierra no me encontrarán, decia Richs; eso de pelear con el *pópulo* se queda para ciertos miserables que no tienen otras esperanzas de subsistir; vayan al demonio los revoltosos.

El reloj volvió á marcar la hora: eran las tres: en tan corto tiempo trascurrido, Bastillas habia tenido tiempo para conocer á sus amigos.

Avergonzado de su situacion, comenzó á reflexionar sobre el partido que deberia tomar.

Veámoslo sentado en las gradas del átrio de la parroquia del Pilar, y escuchémosle:

—De qué me ha servido la experiencia? se preguntaba.

Cuarenta años hace que presto mis servicios á la patria. Qué he alcanzado? Nada, nada, nada.

Tengo talento é instruccion? sí.

Carrera? he seguido la de las armas, que se presta para los ascensos: y despues de cuarenta años apenas soy gefe de asonada; no hay duda, la

fatalidad me persigue; soy muy desgraciado....

Las cuatro sonaron en la catedral.

—Ya es hora, exclamó Bastillas, si es necesario perder la vida, moriré con valor.

Y en el acto apresuró el paso hácia la plaza de la Universidad, para cuyo lugar habia citado á sus compañeros.

Un grupo de individuos que allí estaba aguardándolo, le salió al encuentro.

—Estais ya preparados? interrogó Bastillas.

—Sí, mi gefe, contestaron.

—Pues ataquemos á la chusma con denuedo y arrojémonos sobre la casilla electoral.

A este mandato todos avanzaron, pistola en mano y gritando: Muera Vallarta! Muera Juarez!

Pero apenas habian llegado á la esquina del café de la Independencia, cuando Bastillas dijo:

—No sigais adelante, son muchos; esperemos; tal vez dentro de un momento se nos unirán mas compañeros.

El miedo, apoderándose de Bastillas, habia nulificado su resolucion.

CAPÍTULO XVI

UNA HISTORIA

VOLVAMOS á penetrar á la casa donde se encuentra Matilde.

Allí nos espera una escena singular.

Dijimos en uno de nuestros anteriores capítulos que su oracion habia sido interrumpida por un suceso extraordinario.

Que poco despues procuró ocultarse el rostro para no ser vista por dos individuos, los cuales [uno escapando del otro] se habian introducido á la pieza donde ella se encontraba.

Al verlos Matilde, lanzó un grito de sorpresa.

La voz amenazadora de uno de ellos resonó en su alma.

Era tal vez el acento conocido de un amigo á quien á pesar de la ausencia no se ha podido olvidar?

Aquel temor comprendia la idea de una venganza que mas tarde seria satisfecha?

—Hoy te enseñaré á ser menos cobarde, mise-

rable! dijo uno de ellos sin poder contener su cólera.

—Perdon! señor! exclamó entonces el infeliz amenazado, no me mateis; tened compasion de mí.

—Tu alevosía merece un ejemplar castigo. No hay piedad para un asesino! voy á matarte, infame!

Estas últimas palabras desengañaron completamente á Matilde: se encontraba delante de un antiguo amigo que siempre habia procurado verla feliz: esto le presta animacion, y levantándose repentinamente, se interpone entre ambos y procura así evitar las consecuencias de un crímen que la falta de reflexion habria sido causa para que se consumase.

Momentos despues, Matilde caia en los brazos del que ciego por la cólera tendria que escuchar bien pronto la maldicion de la sociedad.

El inteligente artista Luis, el modesto patriota á quien no habrá olvidado el lector, quedaba salvado, gracias á la noble resolucion de una mujer.

Acababa de llegar aquella misma noche del Sur de Jalisco, á cuyo lugar le condujo el cumplimiento de una honrosa comision.

Se dirijia á la casa de la señora Laura cuando fué interrumpida su marcha por los "clubs unidos" que se encaminaban á la plaza principal: en aquel círculo se encontró con Armando, Alfredo y otros varios de sus amigos: aun estaban saludándolo cuando distingue entre la multitud al infame

asesino que en una noche fatal intentó privarle de la existencia.

Roque, temeroso y cobarde, huyó entonces hácia la casa donde se encontraba Matilde.

Ya hemos visto despues al asesino implorando perdon.

Cuando Matilde volvió en sí del síncope que la habia acometido, dirigió una mirada á su derredor y encontrándose cerca de Luis con la conciencia de una alma tranquila, le habló de esta manera:

—Vedme, amigo mio, entregada á la fatalidad mas espantosa; sola, sin amigos, sin mi virtuosa madre, que al bajar al sepulcro me dejó por herencia únicamente mi honradez y su bendicion; sin recursos para la subsistencia y sintiendo que el hambre y la sed me atormentaban: ¡qué haria sin tener á quien volver mis ojos? lo que he sufrido es indecible; ¡cuántas veces un miserable pedazo de pan fué amasado con mis lágrimas! cuántas veces sentí el frio sin tener con que abrigarme! las noches han sido para mí un tormento; los dias de maldicion.

Comprended mi situacion, querido amigo: expuesta á todo contratiempo, llorando sin cesar, sin serme permitido exhalar una queja, abandonada del mundo; temiendo morirme de miseria y ya desesperada de tanto sufrir, quiso la desgracia que saliendo á la calle, me encontrase una vez

con Magdalena, á quien acompañaba Enrique del Bastion; yo procuré ocultarme ante sus miradas, pero me fué imposible: acercándose á mí, me preguntaron de qué medios me valia para subsistir, en qué parte vivia y qué pensaba hacer para el porvenir; yo creí que aquellas preguntas envolvian una simple curiosidad; pero habeis de saber que desde la muerte de mi madre, quise sujetarme á una vida triste y aislada, pues conocia que en ella encontraria tal vez la calma que ha huido de mi corazon; por esta razon no queriendo que nadie me visitase, negué el lugar de mi permanencia y dije que vivia en la calle de.... número 8, y que me encontraba allí á toda hora; muy lejos estaba de suponer que mi relacion no hubiese sido creida; pero cuál fué mi sorpresa al ver que Enrique me seguia: al notarlo me resolví á tomar otro camino distinto de aquel que conducia á mi habitacion; anduve largas horas y observando al descuido que aun era seguida, me encaminé hácia la casa de una antigua conocida de mi madre. Desgraciadamente la puerta estaba cerrada; llamé y nadie me respondió: preguntando entonces á una vecina cercana, me dijo:

—No están, señorita, han de venir hasta mañana.

Mi aflixion era grande. Al salir de allí ví á Enrique parado enfrente de la casa: emprendí nuevamente otro camino; ya me rendia la fatiga: eran

las tres de la tarde; no habia tomado ningun alimento; la vista se me nublaba y temia ser presa de algun accidente; pero me resolví á morirme antes que hacer sabedor á Enrique del lugar en donde vivia. Al dar vuelta á la esquina de la calle de.... ví que Enrique habia desaparecido: entonces apresuré el paso, bien pronto llegué á mi casa, y ya una vez allí, procuré de la manera que me fué posible, tomar un escaso alimento.

Habria pasado como una hora cuando oí que alguien se acercaba á mi puerta; abrí para ver quien era, y Enrique empujándome entonces hácia adentro, se hizo dueño de la situacion y comenzó á decirme que queria favorecerme; que me amaba mucho; y que por último, no saldria de allí sin haber conseguido una respuesta favorable.

Yo, como siempre, rehusé sus propuestas indignas: lo llamé infame, prostituido é insolente.

El por toda respuesta reia á carcajadas y se burlaba de mis palabras.

Despues de haberme atormentado tanto con su presencia, se despidió de mí, asegurándome que volveria pronto y que me juraba vengarse si no lo amaba.

Una vez que salió, me arrodillé ante la imágen de María y le supliqué muy de veras que me libertase de aquel hombre funesto. Mi confianza parecia renacer: llegó la noche; procuré temiendo

una traicion, la mayor seguridad posible y me acosté despues de dirigir una plegaria á Dios.

A otro dia, resolviéndome á dejar aquella morada, testigo de mis lágrimas, salí á buscar otro lugar donde pudiera ocultar mi miseria. A poco andar, me encontré con Magdalena, quien despues de abrazarme tiernamente, me contó que estaba en compañía de unas señoritas recomendables; que todas ellas se mantenian honradamente por medio de la costura; que yo haria bien en dejar mi vida tormentosa; que me fuera á su casa donde trabajando tambien nada me faltaria; aquello, como bien se comprende, no era mas que un plan tendido á mi credulidad: ya Enrique habia contado á Magdalena lo que le habia pasado conmigo, y obligándola á que me buscase para que llevándome ella á su compañía aquel malvado pudiera visitarme libremente. Mas ¿cómo habia de comprender las intenciones de aquella pérfida mujer? máxime cuando me expuso que Enrique visitándola el dia anterior en la noche, la dijo que abrigaba hácia mí intenciones siniestras y que como buena amiga, y sabiendo por él donde vivia yo, se apresuraba á ofrecerme su proteccion; que ella le habia echado en cara su falta y despedídolo de su casa. Viendo en Magdalena á mi ángel salvador, temiendo morirme de hambre y para huir de las asechanzas de Enrique, acepté su generosa oferta, y horas despues me encontraba en su compañía.

Oh! si hubiera sabido que Magdalena era una mujer envilecida por el crímen! Al llegar á su casa, me saludaron cariñosamente varias jóvenes hermosas y vestidas decentemente; bien pronto me llamaron su hermana, y me besaron la frente; yo estaba profundamente conmovida, á toda hora daba las gracias á mis amigas, y especialmente á Magdalena, á quien llamaba mi bienhechora. Habrian trascurrido dos horas despues de mi llegada, cuando apareció allí un jóven de elegante porte y fisonomía simpática, nos saludó á todas, sorprendí ciertas señales de inteligencia y en seguida se despidió; pero como se repitiera la misma escena con otro y con muchos comencé á desconfiar, y le pregunté á Magdalena quiénes eran aquellos entrantes y salientes; ella me respondió que por entonces no me convenia saberlo; pero que bien pronto me lo diria.

De repente sentí unos pasos, el corazon me latió con violencia: algo fatal iba á sucederme.

—Qué incidente fué la causa de tanta turbacion? preguntó Luis.

—Voy á decíroslo: apareció el malvado Enrique, tan fátuo y pretensioso como siempre, saludando y riendo á carcajadas.

En el acto todas se levantaron de su asiento y me dejaron abandonada; yo quise hacer lo mismo, pero entonces él, impidiéndomelo, me suplicó que le escuchase unas cuantas palabras: entonces com-

prendí la traicion de Magdalena, quien comprada por el oro, habia accedido á coadyuvar para que un criminal realizase sus infames proyectos. Yo rechazé todas las proposiciones de aquel inicuo ser: por fin, no pudiendo conseguir de mí nada, se retiró desesperado y profiriendo muchas injurias.

Cuando se hubo retirado llamé á Magdalena y le reconvine su ingrato proceder; pero entonces ella me insultó hasta el exceso, y me dijo que bastante hacia con tenerme en su casa, que obraba yo muy mal al despreciar á Enrique, que no fuera yo ignorante, que hiciera lo que él me decia para que así viviera tranquila y colmada de riquezas.

No pude mas: ofendida hasta el extremo al escuchar aquellas palabras, maldije á Magdalena y la hice responsable de lo que sucederme pudiera; pero ella, haciéndome poco caso, se retiró de mi presencia llamándome hipócrita y beata.

Despues, aquellas que me habian besado la frente y llamádome hermana, me hicieron las mismas propuestas que Magdalena: la presencia de la muerte no me hubiera hecho tanta impresion: aquellas mujeres me parecieron muy pequeñas, muy miserables: las reproché su conducta, las hice ver el fin que debian de esperar; pero nada valió para que triunfara el convencimiento. Cómo recordé entonces las palabras de cierto Padre de la Iglesia: "Octium in corde, est idolum in alta-

re!" Qué iba á ser de mí? desamparada y sin encontrar una mano amiga, pedí al cielo su poderosa ayuda: invoqué á Dios desde lo profundo de mi alma. Estaba en lo mas ferviente de mi oracion cuando un bullicio extraordinario vino á distraerme: escuché vivas, gritos, música, y por último, una detonacion: el miedo se apoderó de mí: creí que habia llegado el último dia de mi existencia. A poco sentí que subieron las escaleras de esta casa, llegaron á los corredores, y por último, á la pieza en que me habeis encontrado: al veros me abandonaron las fuerzas, quedé inmóbil y muda de asombro. Despues, cuando he visto que la existencia de un hombre peligraba, armándome de valor, me interpuse entre una víctima y aquel que iba á castigar: la idea de salvar al desgraciado superó sobre la vergüenza que me impuso vuestra presencia: de otra manera me habria ocultado mas de lo que lo hice al principio.

Tal es mi negra historia: no la terminaré sin deciros antes que Enrique del Bastion me ha enviado una carta en que me degrada hasta el extremo, por no haber querido consentir en arrojar una mancha sobre mi frente. Os juro, Luis, que soy inocente; siempre recordé que la moral debia de ser mi norma: por eso á Dios gracias hasta este momento no me juzgo criminal ni mancillada en lo mas mínimo. Sabed tambien que estaba resuelta á partir mañana mismo á mendigar el pan de

la caridad antes que permanecer un momento más en esta mansion del crímen....

—Y es posible tanta iniquidad? exclamó Luis cuando concluyó de hablar Matilde, quedarán sin castigo los criminales? de ninguna manera, amiga mia; yo me propongo vengaros, es preciso dar á conocer que sois la misma virtuosa jóven de otros dias; y yo, el artista Luis, defensor de la inocencia, lo repito, lo juro por mi honor, me vengaré; me vengaré.....

En cuanto á vos, querida Matilde, si me ofreceis ser cierto lo que habeis dicho, yo me atreveria á proponeros mi mano; una voz oculta me dice que seremos felices; sí, alejémonos de este lugar maldito, y busquemos en el matrimonio la ventura reservada para los corazones verdaderamente amantes; veré á vuestro director espiritual, le diré que pretendo unirme con vos para siempre, y entonces, cuando tenga el grato placer de llamaros mi esposa, me sonreirá eternamente la dicha.

—Bien: consentiré en ello, siempre que no me ofendais poniendo por mas tiempo en duda todo lo que os he dicho.

—Concedido, y os suplico que perdoneis mi lijereza.

—Ademas, otorgareis un absoluto perdon tanto al asesino que pretendió privaros de la existencia (Roque cuando observó que Matilde se

encontraba conmovida en los brazos de Luis, aprovechó la oportunidad y huyó apresuradamente), como al prostituido Enrique, á quien yo perdono tambien.

—Mirad que esto último, tal vez no sea posible.

—Yo os lo mando, así lo quiero, replicó la virtuosa jóven.

—Entonces, sea como gusteis.

—Y por último, que al alejarnos de esta casa para siempre nos despidamos de Magdalena, olvidando la ingratitud é infamia que conmigo cometió.

—Sea tambien.

Matilde dió una palmada; Magdalena y sus compañeras que (ocultas en una parte en que no podian ser vistas) habian escuchado toda la triste confidencia se presentaron ante aquellos dos seres, y despues de escuchar las amonestaciones de ambos, confesaron que protestaban en contra de los abusos y torpezas que habian cometido con una jóven inocente y amable.

Matilde, apoyada en el brazo de Luis y despues de despedirse llorando de aquellas infelices mujeres, montó en un carruaje que se habia mandado traer de antemano y que esperaba en el patio de la casa.

—Adónde vamos? preguntó el *auriga.*

—A la calle de.... número 13, casa del padre Justino.

Un cuarto de hora despues el carruaje se detenia en la casa citada.

***

A los pocos dias de haberse verificado la entrevista anterior, Matilde y Luis se juraban fé eterna al pié de los altares.

CAPITULO XVII

BASTILLAS

YA hemos dicho que esperaba Bastillas que se le reuniese mayor número de ciudadanos para poder proceder al ataque de la casilla: tal vez por este motivo se le veia con frecuencia observar por todas partes: pero vana ilusion! nadie se presentaba.

No podia llevarse á efecto el primer proyecto, que consistia en apoderarse de la casilla anticipadamente á los bandos contrarios, porque desde la noche anterior estos se encontraban allí; era necesario emprender un ataque.

Bastillas disponia de veinticinco hombres, con los cuales formando una columna cerrada atacaria por el frente, ó posesionándose de las alturas apagaria los fuegos del enemigo.

El *valeroso gefe*, recordando las acciones en que se habia encontrado, decia:

—El único asalto que he dado en mi vida ha sido el de la Santa Cruz de Querétaro. Qué suce-

dió allí? Nos mandaron echar pié á tierra y nos dijeron que nos cubriéramos con el mismo caballo para libertarnos del fuego del traidor: es cierto que así lo hicieron todos; pero yo consideré que seria mejor quedarme á cuidar los caballos, por si acaso se asustaban con el silbido de las balas; pero hoy no podré hacer otro tanto, aquí no hay caballos ni cosa que lo valga: el ridículo que me espera es atroz.

La entrada á Puruándiro? aquello sí que era bonito; cómo nos íbamos batiendo en retirada!

En los sitios he visto que forma uno trincheras, hace cortaduras, abre caminos cubiertos, construye caballos de frisa, cestones, alambrados, etc.; pero aquí nada es posible hacer.

Bastillas se encontraba afligido, nadie secundaba sus miras....

Uno de los exploradores de Armando llegó noticiándole que varios ciudadanos armados y que pertenecian á los clubs contrarios, se estaban reuniendo en la plazuela de la Compañía.

Entonces el Capitan, ordenando un plan violentamente, lo comunica á sus compañeros de peligro y les dice:

—Es preciso partir al lugar del peligro, á la plaza de la Compañía, allí preguntaremos por el gefe del motin y le diremos que para ejercer el derecho de eleccion no se necesita hacer uso de medios reprobados; si se convence, habremos evi-

tado un desórden; pero si al contrario hace uso de la fuerza, en tal caso vosotros dais el grito de ¡viva Topete! viva Porfirio Diaz! Al ver esto, ellos creerán que cuentan con vosotros, y que perteneceis á su bando: á una señal convenida, procurareis apoderaros de los que estén mas próximos, y los desarmareis sin causarles mal alguno: es necesario hacer comprender á esos pocos adversarios que lo único que tratamos de impedir es el desórden, que puede traer fatales consecuencias.

Armando, despues de recomendar el órden á los que quedaban resguardando la casilla, se dirigió á la plazuela de la Universidad....

Los contrarios, con Bastillas á la cabeza, luego que vieron á Armando se dirigieron hácia donde él venia.

Armando les marcó el alto.

Ellos se detuvieron.

El Capitan preguntó por el gefe, y al presentarse este, le dijo:

—Ciudadano: recordad que los clubs Convencion, Independiente y Vallarta se encuentran resguardando la casilla electoral; si abrigais intenciones pacíficas, id, y sea cual fuese el bando á que pertenezcais, habrá lugar para vosotros: todos somos mexicanos, el mismo derecho tenemos, la misma ley nos ampara.

—Yo no me uno á los bandidos, contestó Bastillas.

—Ciudadano, respondió Armando, debeis de convenir en que ese pueblo, que en la noche anterior ha esperado tranquilo la hora de la eleccion, sin haber cometido el menor desórden, no se compone de bandidos: ese pueblo está dando la mayor prueba de moralidad: os equivocais al hablar tan ligeramente.

—Lo que es vos, continuó enfurecido Bastillas, sois un cobarde, un traidor.

—Ya otra vez he contestado vuestros insultos; bien podíais haber esperado otro tiempo mas á propósito para que respondiese: si hoy me reprimo es por consideracion al órden público.

Bastillas, creyendo que aquellas razones corteses eran expuestas por miedo, se acerca al Capitan, y presentándole al pecho una pistola, le dice:

—Rendíos, cobarde!

Armando no retrocedió un solo paso.

Los que acompañaban á Bastillas le escuchaban atentos.

La fama de valiente que disfrutaba era tal, que sus compañeros no creyeron necesario impartirle proteccion: más cuando comprendian que Armando no llevaba intenciones hostiles.

Luego que los compañeros del Capitan vieron la accion de Bastillas, desprendiéndose de la esquina Norte del portal, gritaron ¡viva Topete! viva Porfirio Diaz! Los contrarios no desconfiaron

pues en aquel grito veian á otros de sus mismos partidarios.

A los insultos de Bastillas, tuvo al fin que responder Armando:

—La paciencia se me agota: si insistís prodigándome injurias, os daré á comprender que soy hombre de honor.

La respuesta de Bastillas fué disparar un tiro, del que gracias á una feliz casualidad, pudo libertarse el Capitan.

Los compañeros de Armando luchaban con sus respectivos adversarios, quienes á poco se confesaron rendidos.

En los momentos en que el Capitan vió la alevosía de Bastillas, se arrojó sobre él, y concluyó por dominarlo.

Todos los que acompañaban al Capitan comenzaron á gritar ¡muera Bastillas! Mátenlo.

Armando, conociendo las consecuencias funestas que tal vez iban á tener lugar, aconsejó á Bastillas que procurara huir, lo cual él verificó no sin haber antes abandonado su pistola y ocasionádose una herida en la mano al precipitarse en la carrera.

El odio que en general se profesaba á Bastillas, era tal que fué empresa difícil libertarlo.

Nadie intercedió por él en aquellos momentos supremos....

Cuando el desórden terminó en aquel lugar, el Capitan y sus amigos se retiraron.

Solo entonces fué cuando el miedo permitió á Bastillas acercarse nuevamente al sitio de la catástrofe.

Al verse abandonado de todos, la desesperacion se apodera de él.

Siniestros pensamientos cruzan por su imaginacion.

Ideas de venganza hervian en su cerebro.

Y por último, sucumbiendo á tanta emocion cae al suelo, prorumpiendo en una horrible blasfemia.

Pasando por allí casualmente varios individuos tropezaron con el cuerpo de Bastillas, quien, fingiendo de una manera verdaderamente artística, lanzaba unos ayes que movian á compasion.

—Me han muerto! decia con acento lastimero; un sacerdote: estoy entregando el alma á Dios!

Las curiosos, proporcionándose agua de la fuente inmediata, la vertieron en la cara del *moribundo.*

La sangre de la pequeña herida que tenia en la mano habia manchado ligeramente el vestido de aquel *valeroso patriota.*

En seguida, bien abrigado y en silla de manos lo conducen á una de las casas inmediatas.

El dueño de ella, viendo á Bastillas, se compadece de él, le da hospitalidad y trata de reconocer sus heridas, pero no lo permite y recomienda únicamente que se le llame á Manolo, á Richs y á sus

amigos porque tiene que arreglar con ellos ciertos negocios de interes.

Llamados que son Manolo y Richs ocurren con una prontitud sorprendente á ver al herido.

Bastillas pide que se le deje hablar con ellos, y concedida que le fué esta gracia, les dice con voz clara y firme:

—Amigos, se ha perdido el negocio electoral, apenas he escapado del poder de esos caribes; no hay que intentar destruir á los bandos unidos; ahora lo que nos importa es hacer uso de otras armas.

—De cuáles? hablad, hablad por Dios.

—De la calumnia: oid lo que desde luego conviene contar: "que he perdido mi pistola y que Armando la tiene en su poder ahora; es cierto que no llevaba reloj; pero juraré que el Capitan me lo ha robado de la bolsa; ademas, fingiré que estoy herido gravemente, que me atacaron veinte hombres á los cuales combatí con herocidad y que.... etc., etc., ya me comprendeis.

—Eso se llama pensar bien, dijo Richs; pero yo no veo que podamos sacar partido de esos díceres ó verdades, como querais llamarlas.

—Cómo no? así desprestigiaremos á los bandos contrarios: asegurando que en ellos hay una turba de foragidos y de ladrones, no creeis que esto influya para quitar toda la fuerza al acto electoral?

—Sí; pero importa que todos digan lo mismo.

—Bueno: pues esto se conseguirá diciendo por todas partes: Bastillas ha salido tan mal herido por el Capitan Armando que probablemente sucumbirá.

Su hermoso reloj le ha sido extraido de la bolsa por ese furioso gefe de bandidos, así como su pistola.

—Sí, repuso Manolo; pero queda en pié una dificultad: todos saben que vd. se ha acercado á la casilla electoral, con un grupo de ciudadanos armados, y esto pudiera perjudicarnos.

—Eso se desvanece fácilmente, asegurando que yo me dirigia á esta casa en el dia de la eleccion, creyendo que en ella podria encontrar seguridad.

—Perfectamente, añadió Richs, ya que estamos de acuerdo trabajemos porque los nuestros sepan esta fatal desgracia y aunque ya nada podemos hacer, gritaremos sin descanso por toda la ciudad ¡muera Vallarta! Los que defienden á Vallarta son unos bandidos....

Poco despues Manolo y Richs, salieron de allí resueltos á poner en práctica las bellas ocurrencias del infeliz Bastillas.

Aun no habia pasado un cuarto de hora cuando ya se sabia por toda la ciudad el horrible crímen consumado en la persona del *pacífico*, *bueno*, y *leal* Bastillas, quien por miedo á los bandidos habia ido á refugiarse á una de las casas del centro de la ciudad.

Y como esta, se comenzaron á contar multitud de mentiras impropias para escucharlas y aun mas para creerlas....

Armando volvió á la plaza acompañado de sus amigos y victoreando á Vallarta; sus aclamaciones eran repetidas por todo el pueblo que se encontraba reunido esperando la hora de la eleccion.

Una vez allí, juzgó de suma importancia hablar al pueblo del acontecimiento que habia tenido lugar, y subido en uno de los asientos de la plaza dijo lo siguiente:

"Pueblo soberano:

"El único peligro posible para vosotros ha pasado; unos cuantos hombres amantes del motin, que confiados en los sucesos del dia 7, querian introducir el desórden para evitar las elecciones, como lo hicieron en aquel dia, han huido cobardemente, dejando en vuestro poder las armas con que trataban de asesinar á hombres de órden, de valor, y de corazon.

"Pedíais armas? teneis las suficientes; tanto mas cuanto que no volvereis á sufrir otro ataque por parte de nuestros adversarios.

"Pueblo, vos sois el soberano; la hora va á sonar en que ejercereis vuestros sagrados derechos.

"Haced ver á vuestros enemigos que el pueblo de Jalisco sabe hacerse respetar sin ejercer la menor violencia.

"Que se convenzan los hombres del desórden que hoy serán vencidos por el buen sentido de la mayoría....

"No necesito recordaros lo moralidad y órden de vuestros actos; habeis dado pruebas de cuanto valeis: confianza: la victoria será vuestra.

"Viva el pueblo Jalisciense! Viva Vallarta!"

Numerosos aplausos acogieron las palabras de Armando.

El quedaba vindicado.

Los partidarios del desórden vencidos.

Tales son los acontecimientos ocurridos en la madrugada del dia 28 de Junio de 1871. Acontecimientos verdaderos de los cuales la historia se ocupará mas tarde.

Para entonces nuestra nueva obra "Los Polichinelas" habrá visto ya la luz pública.

En ella seguiremos arrancando la máscara á aquellos *esclarecidos patriotas* ávidos de sangre é inícuos por demas.

Prosigan entretanto esos infames calumniando, exagerando los acontecimientos, propagando noticias falsas, narrando crímenes supuestos; prosigan deshonrando el buen nombre de su patria; pero no olviden que el dia de la justicia llegará, y que entonces el crímen se verá confundido.

CAPITULO XVIII

EL DIA DE LA ELECCION

AMANECIO el 28 de Junio de 1871, dia temido por aquellos que comprendian toda la libertad que por la ley de Robles Gil se concedia al pueblo para ejercer su soberano derecho.

Eran las seis y media de la mañana, y las puertas de las casas aun permanecian cerradas.

Los vallartistas continuaban en sus puestos y los amantes al motin recorrian las calles, infundiendo desconfianza en los ánimos, contando anécdotas singulares.

Unos decian:

—Terrible ha estado el combate; todos los ciudadanos pacíficos que acompañaban á Bastillas, fueron destrozados en union de este. Sus restos han sido conducidos al Campo Santo.

Otros comerciantes decian:

"Que cierren las tiendas, pues á las diez del dia ha de haber un saqueo general, el cual comenzará por el portal."

Algunos mas infames todavía pregonaban que el Capitan Armando á la cabeza de los bandidos, mandaria prender fuego á la capital y todos sucumbirian en medio de las llamas.

Tales eran las armas de que se valian los vencidos.........

Entretanto, todos los vallartistas, que eran en aquel momento cerca de 4,000, cuidándose muy poco de aquellos díceres, escuchaban llenos de entusiasmo las escogidas piezas ejecutadas por la música que los acompañaba.

La alegría estaba retratada en sus semblantes.

Vivas repetidos resonaban en pró de la candidatura Vallarta.

A las siete de la mañana el ayuntamiento se presentó en la casilla electoral.

En esta vez el pueblo manifestó claramente no haber sido él quien en las elecciones del dia 7 habia tributado insultos á tan ilustre corporacion.

Al acercarse los miembros del Ayuntamiento, todos los espectadores se quitaron los sombreros y de esta manera respetuosa presenciaron el acto de la instalacion.........................
....

Se recogió la votacion para formar la mesa en presencia de los fiscales llamados por la ley y de los ciudadanos elegidos para formarla.

Poco despues se dió parte al gobierno de que la instalacion habia terminado.

Cincuenta hombres de la fuerza municipal fueron puestos á disposicion del presidente de la mesa, (segun lo disponia la ley electoral).

En seguida el Ayuntamiento se retiró lleno de satisfaccion porque contra lo que se esperaba, aquel acto se habia verificado sin el menor desórden....

A las ocho de la mañana comenzó á recibirse la votacion para gobernador del Estado.

Dos horas trascurrieron sin que se notara otra cosa que los gritos de los que pertenecian á los clubs contrarios.

Estos sediciosos fueron los que en las calles de la ciudad causaron innumerables males é hirieron á varios ciudadanos, tan solo porque habian concurrido á depositar su voto en la urna electoral.

Algunos estaban tan enfurecidos que sin temer el peligro se acercaban á la plaza donde ademas de llamar la atencion de los ciudadanos pacíficos con sus destemplados gritos arrojaban sobre ellos piedras.

Pero entonces el pueblo haciendo un ligero impulso los obligaba á retroceder.

Viendo la sociedad de Jalisco que por aquel dia no tendrian lugar los funestos acontecimientos de los que tanto se habia hablado, comenzó á perder el pánico y á convertirse desde luego en observadora.

Los que vivian en la plaza, abriendo sus balco-

nes presenciaban con la mayor calma el triunfo de los vallartistas y el furor de sus contrarios.

Doña Rufina, que desde el dia anterior se habia encerrado á orar por la ruina de los *polares* (recuérdese que así llamaba á los liberales) notando el silencio con que se procedia á la eleccion, se hizo el ánimo; abrió su balcon tambien, se asomó en compañía de su sobrina Glafira y con un gusto que no trató de disimular, exclamó:

—Oh! mis oraciones han sido escuchadas por Dios; esos impíos que querian introducir el desórden y hacer atrocidades, no han conseguido su objeto; sus esperanzas quedan burladas: mira, hija, ¡qué órden! qué maneras tan distinguidas, quién se ha de quejar al ver lo que está pasando. ¡Bendito sea D. Alvaro! vaya un talento, qué bien sabe dirigir los negocios.

—Pues qué es D. Alvaro el de este asunto? preguntó Glafira.

—Quién otro habia de ser, hijita, si no él mismo que acompañado del club jalisciense se ha apoderado de la casilla, y por eso vemos que todo camina tan bien.

—Pues yo no lo veo, ni tampoco á esos señores de que tú hablas, mamá.

—Calla, tontuela: quiénes otros habian de ser?

—Nuestro criado dice que son los vallartistas.

—Los vallartistas?

—Sí, sí: por qué te admiras tanto?

Poco tiempo duró la duda, pues un grupo de porfiristas pasó gritando frente al balcon: Muera Vallarta! muera Juarez!

Los vallartistas contestando con un ¡viva! se dirigieron hácia donde se habia oido el grito:

Esta contestacion desengañó á doña Rufina, quien cerrando el balcon y prorumpiendo en dolorosos gemidos, gritaba:

—Cómo permites, Dios mio, que semejantes hombres estén trabajando por la destruccion de los fieles cristianos, por la extirpacion de nuestra santa fé católica, por la persecucion de la iglesia y de los padrecitos de mi alma! No, no: esto es imposible! es imposible! y seguia dando tales gritos, que concluyó por aturdir á la vecindad y por despertar á cinco chiquillos (sobrinitos del canónigo) que estaban dormidos y que al oir tan descomunales y descompasados gritos, se espantaron y prorumpieron en lastimoso llanto.

—Cálmese vd., mamá, decia Glafira, siguiéndola por las piezas, cálmese vd., todo se remediará.

—Ay! Glafira de mi alma ¡qué remedio tiene todo esto? no lo ves? Todo se lo llevó el enemigo malo: la religion está perdida, las campanas van á ser fundidas, el Sagrario y la Catedral convertidos en salones de baile: oh! mi hermano el canónigo me lo ha dicho, la profecía va á cumplirse.

—Cálmate por Dios, no te vayas á enfermar.

—Me enfermaré, me moriré, me iré al cielo; mas vale esto que presenciar tan lamentable desgracia. Ay! ay! ése D. Alvaro es el que tiene la culpa por cobarde y por pusilánime.

Señor, aplaca tu ira, tu justicia y tu rigor; Dios mio, confunde á los impíos y aniquílalos.

Doña Rufina, siguió prorumpiendo en amargas quejas.

* * *

Los pacíficos y honrados ciudadanos, continuaban entrando á la casilla, depositando su voto y quedando despues allí de simples espectadores.

Debemos advertir que los comerciantes en su mayor número no acudieron al acto electoral: temerosos aun seguian atrincherados en sus tiendas y alarmándose al menor ruido que percibian; dependientes y criados todos se encontraban armados.

—Señor, decia á su principal un jóven llamado Claudio, vamos á depositar nuestro voto por Jimenez Castro; ya vé vd. que todo está tranquilo, no hay por qué temer.

—Es cierto, respondió el principal; todo está tranquilo, ya veo que nada sucede y que se admiten todos los votos; en prueba de ello, mi hermano Timoteo ha ido á depositar el suyo por Jimenez Castro y no ha sido desechado; pero aun debemos seguir vigilando, no sea que....

—Teme vd. acaso, señor?

—De parte de los vallartistas nada; pero como

sus contrarios han de querer vengarse, y como por otra parte ya van tres veces que vienen á la esquina de la plaza á injuriarlos con las mas indecentes palabras temo que al fin haya una escaramuza. Ademas, debemos cuidarnos de esos hombres á quienes en mala hora nos unió D. Alvaro el dia 7: sí, sí: permaneceremos resguardados: esto es lo que aconseja la prudencia, al fin nuestros cinco ó seis votos en nada han de poder influir.

Diálogos semejantes tenian lugar en la mayor parte de las casas de comercio.

Queda explicado el *por qué* los comerciantes se abstuvieron de votar.

En obsequio de la verdad, diremos que algunos dependientes en el primer momento que podian burlar la vigilancia de sus principales, se apresuraban á depositar su voto, el cual en su mayor número era dado á Vallarta.

Bien! jóvenes comerciantes, vosotros sois hijos de la escuela moderna, que conducirá en alas del progreso al bienestar deseado.

Vuestra clase está compuesta de jóvenes laboriosos y honrados; era preciso que os uniérais al gran partido que proclamaba la justicia.

Por fortuna de Jalisco, vosotros despreciais las añejas teorías y maldecís á los traidores.

No podeis ser retrógrados.

Tambien el porvenir os pertenece.

Salud! salud!

Recibid la sincera expresion de nuestra simpatía....

Los descontentos seguian introduciendo el desórden, propagando mentiras, exagerando el menor de los acontecimientos, ofendiendo el buen nombre de todos aquellos que se apartaban de sus ideas y que no querian seguir en sus inicuas teorías.

"Pobres seres! cuan dignos son de compasion."

A las doce del dia fué la última vez que reunidos en la Plaza volvieron á injuriar á los vallartistas; pero al ver que no se les hacia aprecio, se dirigieron á los barrios donde los mas de ellos se embriagaron, tanto que á la oracion de la tarde ya no podian tenerse en pié.

La votacion se siguió recibiendo en el mayor órden hasta los cuatro de la tarde de ese dia, y no está por demas decir que al comenzar á hacerse la computacion, concurrieron á la plaza, exentas de todo temor personas de diversas categorías.

Cinco mil votos se habian recogido en las urnas; era el mayor número atendiendo á la forma establecida por la ley electoral.

Todos los candidatos obtuvieron votos, lo cual demostraba la libertad del sufragio.

El pueblo de Jalisco al ejercer el mas grande de sus derechos, la libre eleccion, habia dado un ejemplo de moralidad.

Los que aseguran lo contrario son unos viles calumniadores que mas tarde recibirán la maldicion de los buenos hijos de Jalisco.

El maquiavelismo de la ley electoral quedaba destruido; las maquinaciones burladas.....

Estar viendo el legislador la efervescencia de los partidos, haber presenciado los desórdenes que habian tenido lugar el dia 7; estar al tanto de los preparativos que hacian los distintos bandos, y al iniciar el gobierno la reforma que deberia hacerse, se desecha la iniciativa, y no solo esto, se proclama la doctrina mas disolvente como era la de enseñar que en ese dia el pueblo estaba en su derecho para degollar y ser degollado: no lo comprendemos, Robles Gil nos confunde.

Salud, genio! salud!.... mas oidnos.

Afortunadamente el soberano pueblo de Jalisco despreciando las teorías disolventes del pretensioso tribuno, comprendió su deber, no cometió ningun desórden y ¡cosa rara! en ese dia no tuvieron lugar los escándalos que se repiten con tanta frecuencia en los dias festivos, en todas las grandes capitales del mundo.

Los vallartistas no abandonaron en aquel dia la plaza principal, allí permanecieron hasta las tres de la mañana del dia siguiente, ocupados en la computacion de votos y en formar el acta respectiva.

Hombres todos de resolucion y de un valor jamas desmentido, sufrieron con heroicidad los insultos de sus contrarios.

Se convirtieron en guardianes del órden público, y al verse amagados por sus adversarios, contestaron con una sonrisa despreciativa, dándoles á entender así la impotencia á que quedaban reducidos.

Así se salvó la sociedad jalisciense del peligro en que una ley arbitraria la hubiera puesto.

La adhesion de todos los buenos ciudadanos á una causa nacional y justa, el estar todos animados del respeto á la ley, el no haber dejado á los amotinadores cometer sus depredaciones de costumbre, fué causa única del buen resultado que tuvo la eleccion: si no hubiera sido así, tal vez llorariamos aun las desgracias que en aquel dia, habrian cubierto de luto á un sinnúmero de familias........

***

El Capitan Armando llegó á su alojamiento despues de haber trabajado activamente.

—He cumplido con mis deberes, decia.

Mi conciencia está tranquila.

Algunos simulacros han bastado para acobardar á los traidores.

De qué otra manera podria haberle manifestado á Jalisco mi adhesion y mi profunda simpatía que trabajando por la candidatura Vallarta, por

Vallarta siempre digno y jamas traidor; por Vallarta, cuya inteligencia nadie se atreve á poner en duda, y á cuyos esfuerzos debe el pueblo de Jalisco ver establecidas las leyes de reforma y los principios del progreso....

Quedo tranquilo: no tengo por qué avergonzarme.

La explicacion de mis actos la daré mas tarde.

Bien conozco que mis enemigos políticos tratarán de herir mi nombre, de manchar mi reputacion; pero el tiempo cruzando rápido aclarará los hechos, y pasando al análisis filosófico la cuestion de este dia ella dará lugar á que la imparcial historia pronuncie su soberano fallo.

Entretanto, los hombres que alimentan una alma digna y elevada, los buenos ciudadanos que comprenden el amor á la patria, aquellos que siempre han sido partidarios de la idea sublime de la democracia, los que les importa poco sacrificar su existencia por el bien público, todos los leales, todos los inteligentes, todos los dignos hijos de Jalisco que bien me conocen no darán crédito al anatema que sobre mí lance la ambicion y la cobardía....

El Capitan cesó en su monólogo.

Y apuntando en seguida en su libro de memorias los acontecimientos de aquel dia, se recuesta en su lecho.

Minutos despues dormia tranquilamente.

CAPITULO XIX

COMBINACIONES PARA UNA PROTESTA

EL dia siguiente de la eleccion era conducido al cementerio de Santa Paula el cadáver de una mujer.

Los adversarios de los "clubs Unidos" al ver el cortejo fúnebre, decian:

—Pobre de Bastillas! ya lo llevan á su última morada: ¿quién le habia de decir que moriria á manos del Capitan Armando?

—Qué escándalo por Dios, añadió otro; cuánto muerto ha sepultado la policía: cuánto herido hay en el hospital de Belem; ya se ve, no podia ser de otra manera cuando ese coronel Maxemin, entró á palacio el dia de la eleccion á las dos de la mañana, y ahí esperó á los miembros de los clubs "Comercio y Porfirio Diaz" para mandarlos pasar á cuchillo.

Ahora ¿qué diremos de los soldados de la 4ª

Division que valiéndose del disfraz se introdujeron á la ciudad y verificaron la eleccion?

Y qué tambien de los bandidos de "Rio Verde" que armados de puñal y al mando de ciertos gefes nombrados por el gobierno, rodearon la casilla electoral y cometieron en la plaza excesos de todo género?

Qué hacia entonces la policía? por qué los auxilió en lugar de contenerlos cuando se le comunicó que ellos estaban asaltando varias casas?....

Cosas análogas á las que escuchamos eran narradas por todas partes y especialmente por los barrios.

Los gefes de los partidos contrarios al estar ciertos de su derrota, en lugar de confesarse vencidos y de unirse para trabajar por el bien público, procuraban á toda hora verter injurias contra los vallartistas llamándolos asesinos y ladrones; para complemento de sus hazañas, se reunian con varios malvados, y ya en grupo perseguian tenazmente á aquellos cuyo único delito consistia en haber tomado parte en la eleccion.

Santos Cachetes desarrollaba una grande actividad, los escritos mas incendiarios salian de su miserable prensa y estos á poco tiempo aparecian fijados en las esquinas de las calles.

Los comerciantes al leer aquellos escritos y sintiéndose heridos en su amor propio, los comentaban de diversas maneras.

La casa en que se encontraba Bastillas (que ya dormia el sueño eterno) era á toda hora invadida por sus partidarios ansiosos de saber el estado de su salud.

A unos se les permitia la entrada; pero á otros (á quienes no convenia hacer comprender lo que realmente estaba pasando) se les anunciaba que aunque seguia sumamente grave, quedaba alguna esperanza de salvacion.

—Pobre del Sr. Bastillas, respondian entonces aquellos crédulos: morir él tan pacífico, tan honrado, y luego por causa de ese Armando, que es el gefe de los bandidos de "Rio Verde" que ayer nos causaron tanto mal? No: Dios no lo permitirá.

En seguida se despedian.

A poco llegaban otros *pacíficos* ciudadanos, á quienes se decia lo mismo que á los anteriores.

En la calle se hablaba de Bastillas de una manera diversa: ya dándolo por muerto ó ya creyéndolo enfermo de suma gravedad.

Entretanto el *enfermo* se reia de aquellos ignorantes y solo cuando era visitado por alguna persona ante quien tenia que fingir, lanzaba gritos agudísimos.

Los que estaban en el *quid* del asunto, saliendo despues á otra pieza distinta preguntaban á Longinos y á Manolo: (constituidos en cuidadores del *paciente.*)

—Se ha comprendido la ficcion?

—No: respondió Manolo, estamos perfectamente: todos han creido nuestras mentiras y están buscando la ocasion para vengarse de los vallartistas.

—Lo mas raro es, añadió Torrente, que nunca estuvo tan asegurado el órden como la noche del dia 27, y sin embargo, algunos creen en nuestras exageraciones; y si esto sucede aquí, donde todos han presenciado los hechos, qué será en los puntos lejanos de nuestra capital. Oh! la cosa marcha bien; no hay que dudarlo; ahora lo único que debemos hacer, es procurar desconceptuar á ese capitancillo Armando, quien si decimos la verdad ha vencido en buena lid á nuestro amigo Bastillas.

Pero eso no le valdrá: muy al contrario, diremos que es ladron, asesino y cuanto se nos ocurra; de este modo, no le salva ni aun la misma influencia de Corona: añadiremos que es el vivo desprestigio del ejército y que por lo mismo conviene entregarlo en poder de la justicia para què ella le imponga un ejemplar castigo.

Creo que contaremos con los jueces, prosiguió Torrente, y para esto es necesario hablarle al comercio; así habremos satisfecho nuestra venganza; es verdad que nuestra resolucion no convencerá á Bastillas, porque como él es el que está mas ofendido, pretende no desafiar al Capitan,

sino encargar á Camándulas que lo asesine, pues dice que los desafios no son de su agrado.

Abandonemos por algunos momentos á esta turba criminal; pero antes digámosle:

Seguid, partidarios del embuste y de la calumnia, contando ridículas anécdotas y episodios inquisitoriales; seguid escribiendo libelos infamatorios, enumerando crímenes inciertos; desconceptuando al gobierno de Jalisco, mancillando la honra del valiente y pundonoroso general Corona, de ese ilustre patricio que mil veces ha destruido vuestras combinaciones satánicas y humilládoos en el combate; vedlo, es el intachable republicano que no lleva como vosotros el título de liberticida y de traidor. Se llama el héroe de Occidente; él fué siempre el azote del retrógrado, el mismo que mereció los honores del triunfo, el que perdonó á los vencidos, y por último, el que en vuestra misma capital fué aclamado por los hombres pensadores, salvador de la libertad y de la ley.

Seguid inventando, hombres funestos, y si os falta material, acudid á la recopilacion de embustes que teneis guardados, á las causas célebres donde podreis encontrar episodios terribles; seguid, hombres sin pudor, renegados seres, afrenta del buen criterio; que al fin jamas sereis creidos y sí vilipendiados.

Por qué si teneis ódios políticos ó resentimien-

tos particulares, no confundís á vuestros enemigos haciendo uso de la razon y de la justicia?

Sabeis por qué? Porque si alguna inteligencia teneis, esta solo os sirve para el mal, y nunca os acompaña en las acciones nobles y generosas que hacen del hombre un ser digno del respeto y de la consideracion.

Sabeis por qué? Porque es propio de cobardes y de miserables, herir á mansalva y valerse de ciertos medios que tanto reprueban la moral y la conciencia.

Almas microscópicas, es cierto que la ambicion domina á vuestro espíritu, es cierto que la causa que defendeis solo puede ser sostenida valiéndose de armas de mala ley; pero esperad, que vuestro triunfo es efímero y no inspirais confianza alguna.

Esperad, narradores estúpidos; no pasará mucho tiempo sin que descorriéndose el velo que cubre vuestra negra historia, os presenteis ante la sociedad sensata que habrá de proscribiros para siempre.

No os impacienteis; documentos auténticos nos dan un inmenso material para formar vuestra biografía.

Entonces querreis arrepentiros de vuestra conducta nada digna; pero ya no habrá tiempo, vuestro arrepentimiento de última hora no será tenido en cuenta y al fin quedareis humillados.....

El Capitan Armando se felicitaba de lo que habia hecho.

Los acontecimientos del 28 habian sido muy distintos de los del dia 7.

No se lamentaba la menor desgracia.

El pueblo no quiso mancharse con el crímen.

Los rumores que se habian esparcido eran inciertos.

La gefatura política publicó sus partes mas detallados que nunca.

Los hospitales abrieron sus registros.

La estadística criminal nada aumentó.

Dónde estaban entonces los heridos? dónde los muertos? en qué lugar se verificaron esos desórdenes de que tanto hablaron los malévolos?

Solo la infamia y la calumnia pudieron asegurar tanto: decimos bien ☞ la infamia y la calumnia. ☜

Armando, cuyo delito consistia en su amor y adhesion á la justicia de su causa, como recompensa de sus trabajos aprobados aun por aquellos mismos que despues lo perseguian en cambio de sus combinaciones políticas, que el mismo Robles Gil creia buenas, pues en diversas ocasiones recibió de este individuo los plácemes mas satisfactorios, no cesaba de recibir avisos oportunos en que se le comunicaba que viviese alerta.

Ciertamente que habia razon para tales temores, y en prueba de ello, respóndasenos si no es

cierto que una vez á las dos de la mañana encontrándose en su cuarto [vivia en el Hotel Hidalgo] se trató de sorprenderle; pero casualmente en esa noche no podia conciliar el sueño y por eso le fué posible escuchar el ruido que hacia el miserable asesino para abrir la puerta-vidriera del balcon por donde queria introducirse.

En otra ocasion (era dia de su cumpleaños) recibió una vianda adornada con exquisito gusto y que iba acompañada de una tarjeta en la que se leia: "Tus amigos te felicitan." La Providencia quiso tambien libertarlo esta vez; pues un pequeño perro á quien mucho censentia Armando, trepó al lugar en que se encontraba el regalo; á poces momentos el animal sucumbia; y sometido el obsequio á un reconocimiento científico se le encontró una fuerte dósis de estricnina, sustancia como se sabe extremadamente venenosa.

Una noche al dar vuelta hácia la calle de Jesus María un asesino quiso hundir su puñal en el pecho del Capitan; pero tales intenciones quedaron burladas gracias á la prevision.

En cierta tarde un individuo á quien se conocia con el nombre del "loco Robles," quiso ébrio como estaba asesinar á Armando: pero el teniente coronel Urrea, que tambien vivia en el Hotel Hidalgo, acudió la escuchar la algazara y desarmándolo inmediatamente lo arrojó de allí de una manera vergonzosa.

Y como estos, podriamos citar innumerables ejemplos que prueban evidentemente hasta donde llegaba el rencor de aquellas almas pervertidas.

Lo que referimos queda asegurado con la verdad de varias personas imparciales que llegado el caso podrian atestiguarlo.

Segun vemos comenzaba para Armando uno de aquellos períodos difíciles en que perseguido por enemigos ocultos y calumniado por los díceres de los malvados, tendria que decidirse ó á vender cara su existencia, ó á ponerse á salvo de las asechanzas de sus antagonistas.

Podria él sobrellevar una vida tan amarga? se acobardaria ante el peligro?

Para poder responder á esta pregunta, necesitamos escucharlo, cuando en los momentos de su justo sentimiento, decia:

—Infelices, no hay entre vosotros uno que contradiga las verdades que yo asiento; por qué no lo haceis? Y sí ocurrís á la diatriba y al insulto que nunca fueron otra cosa que armas de la infamia y del crímen.

Teneis razon: los asesinos siempre tuvieron miedo, no hay uno solo que no tiemble mas que su víctima cuando fué á descargar sobre ella el golpe fatal.

Negad si podeis, que al fin el partidario de la verdad saldrá triunfante.....

Armando despreciaba las amenazas, no temblaba ante el peligro, prueba evidente de que su conciencia estaba tranquila....

***

Concluyamos:

Por la tarde, todos los curiosos leian grandes cartelones fijados en las esquinas é impresos en la casa de Santos Cachetes. Eran las noticias difundidas por los partidarios de Bastillas; y de las que ya hemos dado cuenta á nuestros lectores: ellas estaban amplificadas con el mayor cinismo por los gefes del "club jalisciense:" en esos cartelones estaba comprendida tambien la protesta de los clubs Porfirio Diaz y Union Liberal, comentada por los redactores del poriódico "La Civilizacion," órgano del clero, de ese clero que tiene como una medida de sabia política cubrirse con la máscara del hipócrita, de ese clero que trabaja sin descanso por la ruina de la sociedad, esperando que llegará el dia en que vuelva á ser el dominador.

Lo conseguirá!

No: puesto que la civilizacion ha asistido tiempo hace á los funerales del fanatismo.

CAPITULO XX

EL TALLER

MATILDE y Luis ya eran esposos.

Ambos disfrutaban de una dicha absoluta.

Su vida era envidiable.

Pasemos á visitar el taller de Luis: allí lo encontraremos en amistosa conversacion con su leal discípulo Sandoval.

Pero antes creemos necesario decir que Luis como algunos hijos de Jalisco, habia distinguídose por su valor y patriotismo durante la época de la intervencion francesa, contra la cual combatió heróicamente.

De semejante época hablaban maestro y discípulo, en los momentos en que vamos á escucharlos:

—Recordais que hubo un tiempo en que los franceses quisieron humillarnos, querido discípulo? preguntó Luis á Sandoval.

—Sí, maestro; pero á fé mia que no les habrá quedado deseo de volver á nuestro suelo.

—Dices bien: nuestro ejército comprende sus deberes; y ahora como entonces sucumbiria primero que rendirse; él es el soston del derecho, la mejor razon que se puede y debe oponer á los abusos de los enemigos de las instituciones, á los revolucionarios de oficio, á los partidarios del pasado que engañando á los pueblos provocan las hecatombes y quieren detener el avance del progreso.

El militar es considerado por mí como el guardian de las garantías sociales, como el sostenedor infatigable del soberano derecho de los pueblos que aspiran á ser grandes....

El artista cesando por un momento de hablar, continuó despues de esta manera:

—Sandoval, cuánto amo á mi pincel! no ves cómo ejecuta con docilidad lo que brota de mi pobre imaginacion? Sí; es el compañero de mis inspiraciones mas sublimes, mas santas y mas puras.

—Mas sublimes y mas puras?

—Sí, él realiza mi pensamiento y me hace alcanzar la gloria á que aspira el artista; esa gloria cuya conquista jamas se obtuvo con lágrimas; esa gloria que remonta nuestro espíritu al ideal: nada nos conduce mejor á la inmortalidad que el arte; él forma nuestro orgullo, nuestra mejor herencia.

—Segun lo que decís podemos suponer que le

es preciso al guerrero para alcanzar renombre cubrirse las mas veces de sangre.

—Hay muchas, Sandoval, en que el exterminio llega á ser aplicable: sin él la accion (aunque con numerosas escepciones) seria estéril, é infructuosos los sufrimientos y sacrificios del soldado.

—Pero la aureola del artista, replicó Sandoval, no es igual á la que ciñe las sienes del guerrero.

—En diverso género, querido Sandoval, la resignacion del soldado ante el peligro es una cualidad heróica; ella es la que ha hecho inmortales á Salazar, á Valle, á Degollado, á Zaragoza y á otros mil héroes.

—Oh! mi general Zaragoza fué un valiente, exclamó entonces entusiasmado Sandoval al oir aquel nombre, pues habia militado bajo las órdenes del que justamente mereció el nombre de vencedor....

Momentos despues, Luis dejando su paleta, decia á su leal discípulo:

—Ya se ha trabajado lo bastante, descansemos un poco.

—Como gusteis, maestro, responde Sandoval.

—Mañana estará terminado el cuadro, amigo mio, él aumentará mi catálogo: será cierto, añadió en seguida, que mi Matilde es muy hermosa?

Y señaló el cuadro que acababa de cubrir con un lienzo.

—Maestro, repuso Sandoval; básteme deciros

que teneis en vuestra compañía á una mujer bella y virtuosa.

—Gracias, gracias, mi buen amigo....

El diálogo vino á ser interrumpido.

El reloj cercano marcó las horas.

Sandoval, recordando que tenia que desempeñar una comision de Luis, se despidió de él y salió del taller.

—Es preciso que mi renuncia se admita, dijo Luis cuando hubo quedado solo: yo lo deseo y Matilde tambien lo quiere.

Gracias á Dios, mi patria deja por hoy de necesitarme; ya podré consagrar mis horas al estudio del arte que amo y que tanta inspiracion me presta.

Jacobo Galvez, Noreña, Carrillo, imitadores de lo divino, yo os respeto y admiro porque vuestras obras son perfectas y bellas.

Luego se dirige al retrato de Zaragoza diciendo:

—General, yo te saludo; tú llenaste de gloria á mi patria y abatiste el orgullo á los esclavos de Napoleon III: tú nombre está ya escrito en las páginas de la historia, siempre lo recordarán llenos de júbilo aquellos mexicanos amantes de la grandeza y del bienestar de su patria.

Zaragoza, yo te bendigo: tú no fuiste de aquellos seres raquíticos que alimentándose de necia vanidad y sintiendo á su corazon dominado por la cobardía despreciaron el grito de la patria que

gemia entregada á su angustia; tú no tienes por qué avergonzarte.

Salve mil veces, genio ilustre, patriota ejemplar!

***

Matilde, mas hermosa que nunca, salia en aquellos momentos de las piezas interiores.

El artista se dirige á su encuentro y la estrecha entre sus brazos.

—Luis, esposo mio; dice la hermosa jóven con un acento tiernísimo y una sonrisa angelical.

—Cómo sigues, Matilde?

—Mejor, mucho mejor.

—Cuánto te amo, Matilde; y cómo no amarte cuando has variado mi destino y concedídome la tranquilidad que tanto ambicionaba: tú eres para mí la luz, la vida, el alma, la gloria, la venturanza sin límites, en fin, la felicidad eterna: respóndeme, bien mio: ¿dejarás de amarme algun dia? nunca: es verdad? eres tan virtuosa...... eres tan pura....

—Yo te amo, Luis, respondió Matilde; no te llamas mi esposo, mi padre, mi salvador, mi hermano y mi amigo! no á tí debo todo lo que soy? no bondadoso me apartaste del abismo en que queria sumergirme la malignidad? no eres mi redencion y mi única dicha!....

Aquella escena amorosa fué interrumpida á la

llegada de Sandoval, quien volvia de palacio con un papel en la mano.

—Aquí teneis, maestro, dijo entrando al taller: la licencia está concedida.

—Vamos, estoy de enhorabuena, exclamó Luis leyendo el papel que le presentaba Sandoval: admitieron la renuncia: el gobierno me favorece, qué felicidad: de hoy en adelante ya no nos separaremos mas.

Matilde, Matilde mia, gracias al cielo puedo llamarme dichoso....

Un nuevo individuo apareció en el dintel de la puerta del taller.

Luis se apresura á recibirle, en tanto que Matilde se retiraba á las piezas interiores.

El recien llegado despues de saludar, le dijo al artista:

—Sois por fortuna el maestro del taller?

—Estoy á vuestras órdenes, respondió Luis.

El que habia interrogado era un viejo ridículo y pretensioso llamado Anselmo, quien con una voz chillona prosiguió despues:

—Soy administrador, tenedor de libros, cobrador de letras, conductor de cartas, escribiente, etc., etc., de una casa donde reina el lujo y la ostentacion.

—Magníficos empleos por cierto, señor, advirtió Luis extrañando la ocurrencia.

—Habeis de saber, continuó D. Anselmo, que

mi excelente amo quiere contraer matrimonio; ya supondreis, con una muchacha aristócrata y hermosa.

—Con que se casa, eh?

—Sí: qué quereis? él es un ser digno del afecto de una jóven de quince abriles; ademas, es rico, instruido y respetado; pues vamos al caso.

—Pero bien: y yo qué tengo que hacer en esto?

—Vamos por partes y escuchadme: no os impacienteis.

—Hablad, hablad en buena hora.

D. Anselmo prosiguió:

—Estoy encargado de adornar la habitacion de la futura, pues de paso os diré que tambien soy adornista.

—Adornista?

—Sí; tengo para esta clase de asuntos una imaginacion privilegiada, y ademas, mi estilo fantástico jamas me abandona.

Difícil mision por cierto, verdad! porque para desempeñarla sabreis bien que es necesario consultar el gusto egipcio, el capricho árabe, la coquetería francesa, en fin, todo lo inventado, todo lo hermoso; por ejemplo, relieves, perfiles, trazos, círculos, etc.

—Oh! sois un genio, exclamó sarcásticamente Luis y disimulando una sonrisa; pero decíais que....

—Encargado de adornar la habitacion, deseo colocar en la recámara de mi señor algunas hermosas alegorías, y como vuestra fama de pintor ha llegado hasta mis oidos, quiero que vos seais el que realice mi pensamiento.

—Haré lo posible por complaceros, indicadme vuestros deseos.

—Pues en primer lugar, quiero que representeis en graciosos grupos al amor y á la abundancia, al juego y á la embriaguez, á la hermosura y al capricho, á la fortuna y á la esperanza; en una palabra, yo, Anselmo Travillas, administrador, escribiente, tenedor de libros, etc., deseo cuatro grupos hermosos, muy hermosos, que puedan ser admirados; pues os diré de antemano que en esto de alegorías mi amo es bastante inteligente y que gusta mucho de ellas.

—Entonces os enseñaré algunos modelos para que así podais elegir.

—Bien, bien; esto se llama entenderlo, contestó D. Anselmo.

Y en seguida, se puso á hojear un album que Luis le presentó.

Momentos despues aquel *Matusalem* decia á Luis enseñándole unos grabados:

—Decididamente elijo estas cuatro bellísimas ninfas; pero os encargo que el trabajo esté concluido lo mas pronto que sea posible, pues mi señorito se casa el mes entrante: respecto al precio

se os dará lo que pidais: ya se ve, como que mi amo el Sr. D. Enrique del Bastion es franco; sí: nunca se fija en la cantidad cuando la cosa es de su agrado.

Luis al oir aquel nombre, apenas pudo reprimirse.

Tiempo ha que germinaba en su cerebro la idea de vengarse del miserable que habia pretendido sembrar el luto y la desolacion en el alma vírgen de una mujer virtuosa.

Cómo despreciar la ocasion que tan favorable se presentaba?

Cómo olvidar una ofensa que exigia reparacion?....

Luis, valiéndose de un pretexto al parecer justo consiguió de D. Anselmo que Enrique á los dos dias siguientes, se presentase en el taller.

El hijo de D. Alvaro sin saber que allí se encontraria con Luis (al que creia aun en el Sur de Jalisco) acudió sin dificultad al lugar de la cita.

Pronto veremos los resultados de una entrevista inesperada.

Entretanto, pasemos al Supremo Tribunal de Justicia del Estado.

CAPITULO XXI

EL PROCESO

EL tribunal de Justicia es uno de los poderes mas respetables del Estado.

En Jalisco está formado por cinco magistrados; hombres todos envejecidos en los negocios del foro y respetables por su carrera jurídica.

No siempre este cuerpo guardó la reserva que habria sido de desearse en negocios que no eran de su incumbencia, ni tampoco aparecieron todos sus actos con la dignidad y franqueza que creemos debe de ser inherente á él: por lo mismo no nos causa extrañeza que en la cuestion de elecciones, el tribunal tratase de influir para que triunfara tal ó cual candidatura.

Desgraciadamente en esta vez la influencia se eclipsaba; el capricho queria prevalecer.

De los magistrados á que nos referimos dos especialmente tenian una inteligencia esclarecida y una prudencia ejemplar; su tacto en los negocios era exquisito; pero qué podrian ellos contra los

tres restantes, cuando estos últimos se encontraban dominados por la preocupacion?

Los cinco magistrados se hallaban en plena disputa.

Escuchémoslos:

Tiene la palabra un individuo alto, blanco, y que á toda hora deja entrever una sonrisa diabólica: se llama el Lic. Rodesno.

—Señores, decia, faltariamos á nuestro deber al dejar sin castigo á los bandidos del dia 28: los hechos han sido escandalosos: si abandonamos tal asunto, las consecuencias serian fatales.

El Lic. Solapa, levantándose con violencia de su asiento agrega en tono magistral:

—Si no fuera porque personas de notoria probidad nos cuentan esos desmanes habidos, no los creeriamos; apenas puede suponerse que en el siglo XIX se cometan crímenes de tanta magnitud.

—Los presenciaron vdes. acaso? preguntó un tercero; (no era otro que el Lic. Cortés, de quien ya hemos hablado).

—Afortunadamente no; pero lo cuentan los periódicos, replicó Solapa, lo comenta la opinion pública y esto basta para que una autoridad que estime en algo sus deberes, mande formar la averiguacion correspondiente.

—Se ha olvidado su señoría, advirtió Cortés,

que la oposicion procura siempre inclinar los hechos á su favor?

—De nada me olvido; pero lo que se asegura es la verdad.

—Y bien, qué creen vdes. que sea bueno hacer? preguntó el Lic. Capela, que era á no dudarlo el mas instruido de los cinco.

—Creemos, continuó Solapa, que conviene á nuestra dignidad mandar formar una averiguacion sobre los acontecimientos que hayan tenido lugar, y castigar á los que aparezcan culpables, sin compasion, sin misericordia.

—Señores, contestó el Lic. Cortés, soy de opinion que la cuestion del dia 28 no es de tanta gravedad para que el tribunal la juzgue: yo que presencié todos los hechos puedo asegurar que son falsas las noticias que difunde la vulgaridad; pero aun suponiéndolas ciertas; dónde están los quejosos? quiénes son los acusadores?

—Será lo que vd. quiera; pero este es un negocio muy grave: la sociedad pide á gritos que se castigue á los culpables, y el tribunal, órgano superior de la justicia, no debe convertirse en frio espectador.

—Pero no ve vd., señor Solapa, que se trata de un negocio electoral y que el juicio debia de comenzar entonces por la ley de Robles Gil que di facultades para que el pueblo degollara fuera degollado?

—Pues juzgaremos de la ley.

—De la ley? ni aun el poder legislativo puede hacerlo.

—Entonces no juzguemos de la ley; pero sí de su aplicacion.

—Muy bien! siendo así habrá que juzgar al pueblo.

—Y qué importa el pueblo? si él es culpable se le castiga; nada mas fácil ni mas justo.

—Yo sé que nuestras facultades se extienden á los casos particulares.

—Es cierto, y á ellos me refiero.

—Entonces se convierten en cuestiones del órden comun y los magistrados no somos los que debemos intervenir en esto, sino los jueces de primera instancia.

—Poco importa la forma; que se haga la averiguacion, aunque la practique un juez de primera instancia.

Era lo mas que podia alcanzarse en tan difícil cuestion.

Los magistrados Cortés y Capela convinieron en ello.

La averiguacion mandó hacerse al juez 1.° de lo criminal, encargándole que la practicase con la mayor escrupulosidad, pues el tribunal se interesaba mucho en el castigo de los *culpables*.

Ya en otra vez hablamos del juez 3.° de lo criminal; ahora diremos que el juez 1.° del mismo

.no, no solo era partidario de la propia utilidad, sino ademas, del círculo traidor, que como se ha visto trabajaba unido al del comercio.

El tribunal y el juez 1º estaban de acuerdo, qué deberia esperarse?

El juez 1º de lo criminal comenzó poniendo como cabeza de *proceso* las protestas de los clubs "Jalisciense, Porfirio Diaz y Union," y como todo era pura fórmula, pues de lo que se trataba únicamente era de ejercer una venganza, mandó llamar á los gefes de los círculos mencionados, quienes afirmaron ser ciertos los hechos que contenian sus protestas.

Es preciso advertir que unos de los que declararon no estuvieron en la eleccion, y los otros eran los amigos de Bastillas, de Richs y de D. Longinos; quienes fueron los verdaderos sediciosos del dia 28; pero no obstante esto, todos dijeron con el mayor cinismo que habian presenciado con sus propios ojos los acontecimientos que denunciaban en sus protestas.

Bastillas tambien, el moribundo Bastillas, el mismo á quien se condujo al panteon en la mañana del dia 30; *aquel que habia sido herido en la plazuela de la Universidad por el puñal de* Armando, viendo que ya de nada servirian sus ficciones, levantándose de su lecho de muerte fué al juzgado á declarar que: lo habian dejado por muerto en la plazuela de la Universidad: que las heridas fueron

sumamente graves y que su reloj le habia sido extraido de la bolsa, juntamente con muchas monedas de oro.

—Y quién cometió tales delitos? preguntó el juez, animando á Bastillas con una mirada de inteligencia.

—El capitan Armando, contestó Bastillas, lleno de satisfaccion.

—De manera, que vd. acusa al capitan Armando de haberlo intentado asesinar.

—Sí, señor juez.

—Y de haberle robado su pistola?

—Tambien.

—Tiene vd. testigos?

—Sí, señor.

Y presentó á los que lo habian acompañado en la madrugada del 28.

—No sabe vd. otras cosas?

—Sí, señor, sé que los vallartistas en el dia de la eleccion recorrian las calles armados de puñales y amedrentando á todos los ciudadanos que no querian elegir á Vallarta.

—En qué se funda vd. para decir esto!

—Me fundo en que yo mismo lo ví, y tanto que con uno de esos puñales me hirieron una mano!

—En cuánto calcula vd. su reloj?

—En trescientos pesos; era de oro, y ademas, tenia ricas montaduras.

—Y su pistola?

—Me habia costado cincuenta pesos, estaba trabajada con exquisito gusto.

—Cuántas eran las onzas que traia vd. en la bolsa?

—Veinticinco.

—Y todas estas cosas le robaron á vd. el dia 28?

—Sí, señor.

—Sabe vd. quien?

—El Capitan Armando.

—Le conoce vd?

—Sí, señor.

—Es su amigo? le ha visto vd. en alguna parte?

—Le he hablado varias ocasiones.

—Y qué pide vd. contra él?

Bastillas respondió:

—Cedo mi lugar á la justicia para que ella satisfaga á la vindicta pública; y en seguida añadió: Con permiso de vd., señor juez, me retiro, los dolores de mis heridas se aumentan; he venido solo por obedecer una órden.

—Puede vd. hacerlo, Sr. Bastillas; siento mucho sus males: ya vd. me conoce; cuente conmigo; no seré yo quien deje de aplicar todo el rigor de la ley á los malvados....

Despues de Bastillas apareció Robles Gil, el celebérrimo diputado, aquel que habia dicho en

plena asamblea ☛ en un dia de elecciones el pueblo puede degollar y ser degollado. ☚

Este individuo declaró: que todos los diablos del infierno apenas habrian podido cometer mayores crímenes que los consumados por los vallartistas en el dia 28 de Mayo: que se lanzaban como fieras contra los ciudadanos pacíficos, que maldecian, que blasfemaban, que etc., etc.

—Sabe vd. de algunas desgracias? preguntó el juez.

Vió vd. acaso al Sr. Bastillas?

—Sí, señor, y al mirarlo me demudé, pues creí que se moria en el acto.

—Pues qué, estaba de muerte?

—Sí, señor; tanto que trató de hacer su testamento y pedia á gritos un sacerdote.

--Se afirma vd. en lo dicho?

—Fuí testigo presencial de los acontecimientos, señor; no acostumbro mentir.

—A quiénes conoció vd. entre esa turba de malvados?

—A Armando, al Lic. Cortés y á otros.

—Muy bien, puede vd. retirarse, dijo por último el juez.

El declarante se despidió. Apenas habia andado un corto trecho, cuando el juez, levantándose de su asiento, se dirige hácia él y le pregunta en voz baja:

—Compañero, qué pena merecen estos pisaverdes?

—"Ojo por ojo y diente por diente," dijo Robles Gil, con mucha seriedad, y se alejó sin decir mas.

El ignorante juez quedaba aleccionado ya: se figuraba en su orgullo ser el redentor de Jalisco; la cuchilla de la ley iba á caer sobre aquellos que no estuviesen *limpios de corazon*: ¡pobre imbécil!

—Acabaré, decia él, con esa raza de demagogos y asesinos, no escapará ninguno de ellos, la red está sábiamente tendida: ¡tu hora ha llegado! ¡concluirás, raza maldita!

En tanto el secretario del juzgado, habia escrito y firmado en compañía de los declarantes lo que hemos escuchado.

—A qué hora terminamos, señor secretario? le preguntó el juez: procedemos ya á la aprehension de los criminales? la cuestion está decidida; para que no se diga que tenemos miedo á los soldados, comience vd. por extender el auto de prision contra el capitan Armando; se necesita satisfacer cuanto antes á la vindicta pública ; con esto aun hacemos un bien á los aprehendidos, pues de otra manera ellos terminarian siendo apedreados por el pueblo.

El secretario estendió la órden de prision, y firmada que fué por el juez, se le comunicó al ciuda-

dano general Corona para que pusiese al *delincuente* á disposicion del juzgado.

Hé ahí una notoria inconsecuencia de la que no podria darse explicacion satisfactoria; los adversarios de Vallarta continuaban en sus venganzas, aun les quedaban armas que esgrimir.

Y qué diremos de Robles Gil, el autor de la famosa ley electoral, el que habia asegurado que en el dia de una eleccion el pueblo no tenia sobre sí ninguna autoridad? qué dirémos del que asustándose de su propia obra no dudó llamar despues á ese mismo pueblo turba de bandidos?

¡Oh inconsecuencias de las *altas capacidades!*

¡Oh interés! cómo trastornas los *cerebros mas privilegiados!*

***

El tribunal, movidò solo por opiniones políticas, y animado por el odio que profesaba á Vallarta, pretendió arrojar una mancha sobre el nombre de este individuo, cuya eleccion para gobernador del Estado era verdaderamente popular.

Le constaba al tribunal la inocencia de los acusados, pero quiso torcer la vara de la justicia y convertirla en instrumento del rencor que guiaba á los partidos vencidos.

¿Qué datos existian para proceder contra el capitan Armando?

Eran suficientes las declaraciones de los impostores?

¿Quién vió herir á Bastillas?

En los momentos de la lucha que tuvo lugar en la madrugada del 28, no podria haberse lamentado desgracia alguna cuando los encargados de vigilar el órden siempre estuvieron alertas.

Por mas que el tribunal y el juez intenten olvidarlo, Bastillas fué uno de los gefes del motin, quien estando filiado en el partido porfirista, era preciso que fuese enemigo ireconciliable de Armando; su declaracion era nula por lo mismo é igualmente la de sus testigos.

La inocencia de Armando quedaria justificada? Lo sabremos bien pronto.

CAPITULO XVIII

EXPIACION

ESTAMOS nuevamente en el taller de Luis, donde encontraremos á Enrique del Bastion que iba á ser conducido allí por D. Anselmo, á quien ya hemos mencionado en el capítulo anterior.

El artista lograria su objeto.

No intentaba una venganza, pero era llegado el tiempo de hacer una reconvencion justa.

Tenia derecho á exigir la reparacion de una falta.

Recordaba la humillacion que habia sufrido Matilde.

Podria olvidarla tan fácilmente?....

Luis, y Sandoval su discípulo sostenian una amena conversacion.

Hablaban de las maravillas del arte.

Del arte, que á pasos gigantescos marca el avance de la civilizacion.

Del arte, que en nuestros dias es admirado.

Del arte, en fin, que ha prestado tantos y tan útiles servicios á la humanidad....

Trascurrian los momentos.

D. Anselmo y Enrique no parecian.

Luis estaba impaciente.

Temia que sus esperanzas fuesen inútiles.

Al fin, distingue á lo lejos á su odioso rival.

El era en efecto.

Ya se acerca mas y mas.

Veámoslo.

Ha llegado al taller.

La conversacion de Enrique y de Sandoval cesa.

Enrique saluda.

Pero qué pasa en él?

Por qué se demuda?

Por qué tiembla?

Miserable: ha reconocido al que pronto iba á reconvenirle su falta.

A aquel á quien pocos dias antes habia despreciado tanto.

A un hijo del trabajo, que nunca transigió con la indolencia y el vicio.

A un ciudadano que comprendiendo sus deberes, despreciaba al retroceso y al fanatismo.

A un esposo, modelo de virtud y de honradez.....

—Dios mio! no ha muerto! esclamó el hijo de D. Alvaro, al reconocer á Luis.

—Ya lo veis; no he muerto, respondió el artis-

ta sintiendo en su corazon un odio profundo, por eso voy á pediros cuenta de vuestro infame proceder.

—Vaya una broma; no sabia que....

—No sabíais? pues oidme.

Y en seguida, acercándose á Enrique, le dice con voz amenazadora:

—Estás en mi poder, infame; eres un cobarde, puesto que sacias tu encono con los indefensos: dime pronto, pronto, conoces esta carta? (y le enseña la que Matilde habia recibido de Enrique estando en casa de Magdalena), la conoces? responde, ó de lo contrario me veré precisado á matarte. Por qué ofendiste á un ángel de pureza y de virtud? Dónde está la pasion que decias profesar á Matilde? dónde la moral que pregonabas? Ser fementido! y aun vives, miserable? tú, el que blasona de aristócrata has atrevídote á tanto? plaga terrible! hombre infame, yo te detesto: sí; qué atencion mereces cuando burlándote de los sentimientos mas sagrados, has tratado de sembrar el luto en una existencia tranquila? maldicion para tí! Respóndeme, respóndeme: dónde está Matilde? qué pensabas hacer de su honor? de su honor que es el mio, así como tambien suya mi existencia? Depravado! y tú eres el que invocas á Dios? y te atreves á llamarte religioso? hipócrita, vil; no blasfemes: no abuses de la bondad de ese Ser incomprensible á quien yo juzgo de un modo diferente

que tú; crees acaso que Dios es el encubridor de tus crímenes? lo supones terrible, venal, cruel y vengativo? cuánto te engañas! El es todo bondad, todo mansedumbre; El es padre amoroso y tierno, no el protector de la maldad: por qué siempre, recuérdalo, habláste tanto de Dios y de religion, si al fin con tu conducta de réprobo te das á conocer? por qué hasta aquí continuaste en el interminable camino del vicio? por qué acechaste á la virtud de una mujer, cuyo corazon me pertenece! habla, habla, cobarde.... dí algo en tu defensa.

Enrique permaneció al principio mudo de asombro y acobardado hasta el extremo; pero reponiéndose bien pronto, habló así:

—Luis, en verdad que charlais mucho; no pretendais pasar ante mí por hombre sabio, os conozco demasiado; sois plebeyo, y por lo mismo despreciable: de otra manera, ya os hubiera contestado, porque sabeis que nunca dejo pasar desapercibidos ciertos insultos: pero no me es permitido responderos: un hijo de D. Alvaro del Bastion no debe ponerse en contacto con un aprendiz de artista que pertenece al pueblo: no, qué diria de mí la sociedad! ni pensarlo: deshonrar mi nombre por dar oido á las razones de un necio! nunca: habráse visto! preguntarme por una mujer perdida! quereis hacerme responsable de ella? vaya un disparate; y luego qué autoridad se tiene para interrogarme?....

—Villano, no sabes lo que dices, interrumpió Luis indignado sobremanera y estampando su mano en el rostro de Enrique.

—Ira de Dios! gritó este; desgraciado! esta ofensa es necesario lavarla con sangre.

—En guardia! en guardia! maldito, vas á morir, replicó el artista poniendo sobre el pecho de Enrique una pistola que siempre llevaba consigo.

—Piedad! gritó entonces el hijo de D. Alvaro cayendo de rodillas; piedad, voy á decíroslo todo, no me mateis!

—Silencio! infame; has faltado á los compromisos y deberes de un caballero; por qué escribiste á Matilde esa carta? por qué intentaste seducirla?

—Porque.... porque....

—Concluye.

—Perdóname Luis.

—No hay perdon para tí; al menos que satisfagas á Matilde de las graves ofensas que le has hecho.

—Bien, lo haré, si alguna vez llego á encontrarla.

—En estos momentos puedes hacerlo; ignoras que es mi esposa?

—Ella? ella?

—Sí; Matilde, la misma de quien has herido la dignidad; la que resistió á tus amenazas y ofertas; la que pretendiste hundir en el fango; la que sentirá en el alma volverte á ver......

Momentos despues, Matilde aparecia en aquella escena.

Al verla, el hijo de D. Alvaro prorumpió entre dientes:

—Valor! valor!

—La recuerdas? le preguntó Luis.

—Sí, sí; la recuerdo; retírala de mi presencia... sufro mucho al verla....

La esposa del artista, compadeciéndose de aquel desventurado ser, le dice.

—Yo te perdono; mi maldicion no caerá sobre tí: que los remordimientos no acibaren tu vida.

—Remordimientos! murmuró Enrique ¿qué valen ellos ante el martirio que sufro en este instante? nada: nada: siento á mi corazon despedazarse; retírate, mujer, perdona al renegado.... al maldito.

—Os causo tanto mal? preguntó Matilde llena de inquietud.

—Sí; me atormenta tu mirada; me mata: me humilla.

—Basta, basta, dijo Sandoval entonces; maestro, perdonadle, y que la señorita Matilde siga vuestro ejemplo.

—Marchaos, marchaos inmediatamente, continuó Matilde; pero huid para siempre de nuestra vista; para siempre, lo oís?

Enrique sin articular una palabra mas, salió

del taller, dirigiendo antes á Matilde una mirada llena de rencor.................

D. Anselmo, que habia acompañado á Enrique, no pudo durante los acontecimientos que hemos narrado, interponer ningun medio de defensa á favor del que era verdaderamente culpable.

***

Algunos instantes de silencio sucedieron despues, al fin de los cuales, Luis dijo á su esposa y á Sandoval:

—No quiero permanecer por mas tiempo en el lugar donde sé que existe el mas degradado de los seres: me haria mal su presencia; mejor dicho, no podria tolerarla; por lo tanto, me parece oportuno que nos alejemos de este suelo; sí, atrevesemos los mares, ya que hasta hoy solo congojas y zozobras ha experimentado mi espíritu. Matilde, Sandoval; vosotros sois los únicos seres de mi vida: una, mi digna esposa; el otro, mi fiel discípulo: yo quiero compartir con vosotros mi felicidad ó mi desgracia; me acompañareis? podríais vivir sin mí? estaríais contentos? No, es verdad? por lo mismo espero que me sigais á donde me lleva no sé si el destino ó la fatalidad.

Partamos: lejos de aquí experimentaremos la dulce paz, que parece comenzar á huir de nuestro hogar; allí, donde el arte se venera y el ingenio se admira, tributaremos culto á lo maravilloso, á lo grande, á lo sublime: con que así, ayudad-

me á realizar mi pensamiento y decidme con franqueza si seguireis con gusto mi determinacion.

Matilde y Sandoval respondieron afirmativamente....

La conversacion prosiguió sobre el mismo asunto.

La imaginacion de Luis se encontraba preocupada con el futuro viaje.

Sandoval reia de placer.

Solo Matilde parecia estar triste.

Quizá algun recuerdo acibaraba su existencia.

Cuál podria ser?

No es muy difícil adivinarlo.

Aun no hacia mucho tiempo que su virtuosa madre habia descendido al sepulcro.

Cómo abandonar (y tal vez para siempre) el sitio donde descansan los venerados restos de aquella que nos diera el ser?

Matilde tenia razon; pero dócil y resignada por demás, procuraba ocultar su dolor y acatar la voluntad del hombre á quien habia jurado eterna fé....

Una nueva impresion esperaba á los esposos y al fiel discípulo.

La voz de la desgracia se dejó escuchar en la puerta del taller.

Una mujer enlutada y vestida con los harapos del mendigo dijo:

—"Alimentar al hambriento y vestir al desnu-

do es la obra mas meritoria á los ojos del Señor; dadme una caridad."

Matilde, al volver el rostro dejó escapar una exclamacion lastimosa; pero armándose de resolucion se levanta de su asiento, y depositando en las manos de la mendiga una moneda, la dice:

—Apartaos del mal camino; aun es tiempo; y volviéndose despues hácia Luis murmuró en voz baja:

. —Pobre Josefina! pobre Magdalena! triste fin les espera.

***

Poco tiempo despues, Luis, Matilde y Sandoval abandonaban la República y partian á extrañas regiones.

Al perder de vista las playas, Matilde exhaló un suspiro, y dejando escapar una lágrima exclamó:

—¡Adios, madre mia!

CAPITULO XXIII

PRISION

EL Capitan Armando fué notificado del auto de prision.

Obediente y respetuoso él mismo se constituyó preso en el cuartel del 25 de línea.

Armando permanecia sereno y tranquilo.

Su situacion no le acobardaba.

Tenia fé en su causa.

La esperanza le sonreiria mas tarde.

El pasado no le atormentaba.

La vil calumnia inventada por sus adversarios, quedaria destruida bien pronto....

Los calumniadores siempre tienen de qué acusar.

Su mision degradante está ya reconocida de la humanidad.

La multitud sensata los maldice.

El desprecio los relega al olvido....

El Capitan Armando era acusado de asesino y de ladron.

Solo la cobardía pudo haber inspirado á sus enemigos para decir aquello que estaba desmintiendo la conciencia pública.

Pronto la sentencia decidiria de la cuestion......

Penetremos á la prision de Armando y veámoslo alegre y festivo como siempre, conversando con sus numerosos amigos.

—Héme aquí, queridos, les decia; estoy preso, pero ya sabeis que no por cuestiones políticas, sino por ladron ratero, y ademas por celébre asesino.

—Vaya una ocurrencia! respondió el Lic. Alfredo que se encontraba allí tambien: si no te conociera la sociedad, podrian creerse esos embustes: pero cuando tú bien sabes la buena reputacion de que disfrutas no tienes por qué alarmarte.

—Es cierto, replicó el Capitan, que no tengo por qué temer: pero debes convenir en que esos díceres, inventados por mis enemigos, podrán mas tarde comentarse de diferentes maneras: no todos analizan concienzudamente los hechos: la mayor parte se conforman con asegurar lo que otros dijeron, bien sea por ignorancia ó ya porque así conviene á su modo de obrar.

Esto es lo que me atormenta, pues no me resuelvo á ver con indiferencia que los sicarios del retroceso, del fanatismo y de la infamia, traten de

arrojar una mancha sobre mi nombre, que hasta ahora supe conservar dignamente. Tú lo sabes bien, Alfredo; honrado con tu amistad jamas encontraste en mí algo que me hiciera acreedor á tu desprecio. Ademas, las crónicas todo lo dicen, es verdad? Tiempo hace que sirvo al gobierno: y sin embargo, ningun crímen se me imputa. Ya comprenderás que es de todo punto indispensable desechar con toda energía, el epíteto de criminal, que se me prodiga con tanto cinismo. En verdad que yo confio, porque la justicia está de mi parte; los hombres de honor son mis amigos y la rectitud de mis actos es bastante conocida.

—Dices bien, buen amigo; pero dime, al presente qué intentas hacer?

—Cómo qué? escribir algo sobre estos acontecimientos, y dar un solemne *mentís* á los calumniadores.

Alfredo prosiguió:

—Aun no es tiempo, Armando; recuerda que en estos momentos nada puedes hacer: estás [aunque arbitrariamente] á disposicion de un juez, y creo que por hoy, nadie te creeria.

—Segun esto debo renunciar á la esperanza de creerme vindicado? no habrá algun remedio enérgico para combatir ese mal terrible que se llama calumnia?

—Sí lo hay: la calumnia tiene en sí misma su castigo: es cierto que llega la vez en que la men-

tira prevalece por algun tiempo; pero jamas será la vencedora. Pues bien, si esto es así, por qué no esperar? Entretanto, por hoy lo que conviene únicamente es resignarse: los acontecimientos no son siempre los mismos.

—Te parece entonces, advirtió el Capitan, que supliquemos al juez nos facilite los autos para publicarlos cuando haya terminado el juicio?

—Esa medida podrá ó no convenir, no todos los jueces son íntegros y obran con imparcialidad; ademas, advierte que ellos tambien son tus enemigos.

—Mis enemigos? qué mal les hice alguna vez? acaso los conozco?

—No es necesario: digo que son tus enemigos, en primer lugar porque su opinion política es distinta á la tuya, y despues, porque ellos siempre aborrecieron á aquel que como tú trata de arrancarles la máscara que cubre sus abusos,

—Es que no me da cuidado esa enemistad, pues gracias á nuestras instituciones, la ley está garantizada.

—Bien dicho; pero sin embargo, es necesario usar de prudencia, limitándose á desconfiar y á tener precauciones: sigue este consejo y descuida de lo que suceder pueda; yo procuraré interponer todo mi influencia para que bien pronto te veas libre: por el momento, lo que conviene es nom—

brar un defensor, que por mi eleccion seria ó Urbano Gómez ó Enrique Pasos.

—Me agrada la idea; despues de pensar, me resolveré á lo que mas convenga.

—Convenido, pero decídete pronto: los acontecimientos se precipitan y el tiempo urge.

El Capitan y Alfredo, despues de este diálogo, siguieron dirigiendo la palabra á sus demas amigos.

*
* *

La noticia de la prision del Capitan se difundió bien pronto por toda la ciudad.

Todos conocian que ella era originada por el rencor de sus enemigos.

Estos, comprendiendo perfectamente que la influencia que el Capitan tenia con el pueblo podria serles sumamente perjudicial, trataron de someterlo á un juicio para que en las elecciones de Presidente que deberian verificarse á poco tiempo, (dos meses despues de los acontecimientos que vamos refiriendo) él no pudiera tomar parte.

Pero no fué así; el Capitan, auxiliado por sus amigos, movió todos los recursos que creyó necesarios, pues ansiaba derrotar una vez mas á sus enemigos, aun cuando entre estos estuviese comprendido el Supremo Tribunal de Justicia......

Una vez decia Bastillas á Manolo:

—Ya cayó ese infame en la trampa: le sucedió lo que á nosotros el dia 7; pero hay una diferencia,

á nosotros el tribunal nos absolvió, no hizo averiguacion de ningun género; en vez de hostilizarnos nos consideró sobremanera; en fin, influyó para que apareciéramos como mártires de nuestra idea: mas ahora no sucederá lo mismo con este capitancillo, es verdad?

- Ya lo creo, y como bien se comprende, esto es para nosotros de suma utilidad: ahora sí ya podremos respirar libremente, puesto que á ese renegado juarista le odian todos.

Creyó él hacer una grande hazaña y quedó envuelto entre sus propias ruinas, *se le durmió la culebra*: no hay duda, es tontuelo y espadachin.

Qué dirá cuando sepa que diariamente avanzamos en el triunfo? que la eleccion de los Cantones es nuestra? que está nulificado así como sus partidarios? que vamos á ganar la eleccion de Presidente, tanto aquí como en los lugares cercanos? Oh! qué gusto tengo, Bastillas, cuando recuerdo que ese bandido está desprestigiado totalmente. Es necesario que lo confieses, nosotros somos los salvadores de la nacion: ahora comprenderás cuánto nos ha valido que tú te hayas fingido muerto en una plaza pública, y que yo publicara que me habian robado cuantiosos intereses....

Mientras que Manolo y Bastillas continuaban hablando estas ó semejantes barbaridades, acompañemos al juez 1º de lo criminal, quien en union de su secretario se dirije al cuartel número

25, para tomar declaracion al Capitan Armando.

Debemos advertir que el juez mencionado era enemigo declarado de las instituciones liberales, y que su secretario tenia la *honrosa* nota de traidor á la patria, pues habia servido [y con una solicitud admirable] al llamado imperio.

Armando los recibió cortesmente.

Una vez colocados en sus asientos, el secretario preguntó en voz alta dirigiéndose al presunto reo:

—Decidme, sois el Capitan Armando?

—Y vos sois el juez? replicó el Capitan.

El secretario se mordió los labios y con una altanería sin ejemplo, respondió:

—El señor juez aprobará lo que yo haga: respondedme; sois el Capitan Armando?

—Sé mis deberes, y por lo mismo no quiero responder: creeis acaso que estoy acostumbrado á que me juzguen los servidores del imperio?....

El secretario no se atrevió á pronunciar una palabra mas.

—Ya que no quereis responder al señor secretario, continuó el juez, os interrogaré yo mismo. Sois el Capitan Armando?

—Sí, señor.

—Pues yo soy el juez 1.° de lo criminal.

—Me alegro mucho de conoceros, y desde luego os suplico que tengais á bien eximiros de conocer en este negocio.

—Teneis alguna causa?

—Me limito á deciros únicamente que os recuso; así es que no doy ninguna declaracion, puesto que un juez recusado no tiene derecho á preguntar.

Juez y secretario se dirigieron una mirada significativa, y momentos despues, sin despedirse de Armando, se retiraron de aquel lugar confundidos y avergonzados.

Al mismo tiempo Alfredo y sus amigos entrando nuevamente á ver al Capitan le preguntaban con marcada inquietud:

—Qué ha sucedido?

—Nada, amigos mios, he recusado al juez y dádole una leccion á su secretario.

—Bien hecho: ahora preveníos para esperar á un nuevo juez.

Así fué en efecto.

Habiéndose recusado al juez antes dicho fué preciso que el tribunal interviniendo nombrase á otro.

Tal nombramiento recayó en el juez 2º de lo criminal.

Era este un anciano respetable, enemigo como el anterior del avance de la civilizacion y del progreso; pero en obsequio de la verdad cumplia con su deber, y para fallar en algun asunto no consultaba primero á sus inclinaciones.

Enfermo habitual, sus males no le permitian

desempeñar el cargo que se le habia confiado con la puntualidad que hubiera deseado.

Por esta razon, no solo consentia que el secretario del juzgado interrogase en su presencia, sino que aun le permitia que hiciera sus veces, quedando él convertido en testigo de asistencia....

El secretario, dirigiéndose al cuartel número 25, se presentó ante Armando y le hizo sabedor de la comision que iba á desempeñar.

Como en la primera vez, el Capitan dijo al secretario que no podia responder á quien no estaba autorizado para preguntar.

Comunicada al juez tal resolucion, tuvo que ir él mismo al lugar donde se encontraba preso Armando.

Una vez allí, le saludó atentamente y despues de pedirle una declaracion verdadera de los hechos que habian tenido lugar, se retiró en compañía de su secretario murmurando estas palabras.

—"El tribunal quiere que se le condene; pero es inocente: qué haremos para proceder en justicia?"

CAPITULO XXIV

EL JUICIO DE AMPARO

AL llegar á su casa el juez 2º de lo criminal, dijo á su secretario:

—Cuándo terminan los tres dias prescritos por la ley para la declaracion del auto de bien preso?

—Mañana á las cinco de la tarde, respondió el secretario.

—Entonces tenemos tiempo, agregó el juez; estudie vd. el punto: consulte con su papá: creo que él habrá tenido más de un caso de esta naturaleza.

Y en seguida exclamó:

—¡Oh política, política atrevida! cuanto mas huyo de tí, mas te esfuerzas en seguirme; de qué me sirve tu poderoso influjo? por qué me quieres hacer tu víctima.

—Señor, descuidad, dijo el jóven secretario al oir tan amargas quejas; yo respondo de este asunto; ya vereis qué bien salimos de él.

—Quiera el cielo escucharte, añadió el juez con acento triste; yo no abrigo tanta confianza: y al decir esto, las lágrimas asomaban á sus ojos.

El secretario, no queriendo presenciar aquel espectáculo, salió apresuradamente de la casa del juez, resuelto á llenar las indicaciones que le parecieran mas convenientes.

El honrado juez 2º lanzó un profundo suspiro, y momentos despues, vencido por el sueño, dormia profundamente en su humilde lecho.

En su sueño fué acometido por una vision horrible. Veia al tribunal y á tres de los magistrados sonriendo con la idea de la venganza. El semblante de ellos estaba negro como las sombras.

En una de sus manos sostenia una tea, y en la otra un libro escrito con caractéres ininteligibles.

—Falla, cobarde, decian estos infames al juez 2º, la vida es de mas precio; cuántas veces la hemos arrebatado por causas menos graves que la que hoy te hemos encomendado! resuélvete, se trata únicamente de destrozar una reputacion: tiemblas?....

Aquellos hombres cesaban de hablar por un momento para continuar despues de esta manera:

—Ves ese oro que tienes ante tu vista? pues bien, él significa el precio de la sangre derramada por la infamia; no te acobardes, sigue nuestro ejemplo.

Detras de los que así hablaban se veian dos figuras.

La una era de hombre, la otra de una jóven.

El primero estaba cubierto de sangre.

La segunda pálida y cubierta de inmundos harapos.

Ambos gritaban:

—Para nosotros no hay justicia: ☞ nuestra sangre ha sido valuada. ☜

Acabando de hablar estas dos víctimas, se presentaban otras diciendo:

—Por qué habeis valorizado tanto asesinato?

☞ Acaso os pertenecen nuestras vidas? por qué las comprais á precio tan vil? ☜

El juez continuaba inmóbil y presenciando aquella escena desgarradora.

Los magistrados fijaban sus inquietas miradas en ciertos sacos que sostenian en unos papeles, los cuales tenian escrito con tinta roja lo siguiente:

☞ Valúo de sangre ☜ ☞ precio del crímen: ¡500 pesos! ☜

Pero al alargar la mano para tocarlos, ellos desaparecian, dejando en su lugar sangre proveniente de las víctimas sacrificadas al mezquino interés.

—La vida de un hombre no tiene precio! se oia despues.

El quinto precepto del Decálogo dice: "no matarás."

Al escuchar estas palabras los magistrados antes dichos lanzaban una carcajada burlesca.

—No seais cobardes, repetia la misma voz; no le

deis muerte moral, combatid con él frente á frente, miserables!

No provoqueis la ira de Dios, malditos, réprobos....

El anciano juez despertó dando gritos aterradores; pero al fin se convence de que lo que ha visto y oido es efecto de su loca fantasía.

A pesar de esto escucha todavía.

—La reputacion de los hombres no tiene precio: no calumnieis, infames!....

Abandonemos por un momento al juez 2.°, y encaminémonos á la casa de su secretario, quien no habia olvidado que tenia que consultar sobre lo que deberia hacerse en el asunto de que nos estamos ocupando.

—Señor, (preguntó este á su padre en el momento que creyó mas oportuno) los principios de la libertad aconsejan que se condene al inocente?

—Por muy grave que sea la dificultad, respondió el interpelado, es preciso recordar que el juez debe proceder de un modo igual con todo el mundo: los principios democráticos así lo exigen.

Lo mismo es un capitan que un soldado; lo mismo este que un ciudadano: la ley iguala á todos, es preciso estar al tanto de la legislacion, puesto que hay casos en que es oportuno sacrificar aun la misma vida de los individuos, con tal que queden aseguradas ciertas garantías.

El hijo no quedaba conforme con tales raciocinios.

Es necesario saber que ambos interlocutores eran liberales; pero pertenecian á distinto régimen político: uno era moderado ó de la escuela utilitaria; mientras que el otro pertenecia á la escuela del progreso....

Padre é hijo siguieron discutiendo hasta las dos de la mañana, hora en que se separaron experimentando diversas emociones.

Al dia siguiente, Alfredo, [que trabajaba de acuerdo con el "club Vallarta" por la libertad de Armando] levantándose muy temprano se dirige á la casa del secretario, pues siendo amigos desde la infancia, no dudaba que él le participaria el estado en que se encontraba el negocio referente al Capitan.

El secretario, recibiéndolo con su amabilidad acostumbrada, le dijo:

—Supongo que venís á preguntarme algo que mucho debe interesaros, no es verdad?

—Ciertamente, respondió el Lic. Alfredo.

—Pues os diré que vuestro asunto es demasiado sério; indudablemente se pronunciará el auto de prision.

—Pues qué, hay motivo para ello? volvió á preguntar Alfredo.

—Ya se ve que no lo hay; pero es preciso sa-

crificar las vidas de los individuos por una causa social: así se me ha dicho por lo menos.

—Y á qué hora termina el plazo que marca la ley?

—A las cinco de la tarde.

Alfredo habia sabido ya lo que únicamente deseaba, las últimas palabras le prestaban grande animacion.

Por esto se dirige precipitadamente á la casa del Lic. Urbano Gómez, y despues de hablar con él sale de allí con un papel en la mano y se encamina nuevamente hácia la prision de Armando.

—Amigo, dijo á este en el momento de verlo, firme vd. este escrito que le envia su defensor.

Armando firmó.

El escrito en cuestion comprendia la solicitud que el Capitan hacia al "Juzgado de Distrito" para que lo pusiese en libertad y exigiese la responsabilidad al juez 2º de lo criminal, puesto que cumplido el término que la ley señalaba, no le habia declarado bien preso.

En efecto, eran las nueve de la mañana del dia 4 de Julio, y la prision habia verificádose á las ocho de la mañana del dia 1º

Cuando el juez de Distrito recibió la solicitud de Armando, mandó que se le pusiese inmediatamente en libertad.

Ya el Capitan estaba libre.

El tribunal de justicia habia procedido contra

él con una sin razon declarada; su única mira era imposibilitarlo para que no siguiera trabajando.

Ya vemos que no lo pudo conseguir, pues el juzgado de Distrito, amparándolo, le concedia la libertad,

La justicia de la Federacion quedaba vencedora.

Los magistrados, apesar de su orgullo, tenian que confesar su impotencia.

—De qué nos ha servido el empeño que tuvimos en perjudicarle, se decian mútuamente, si despues de armar tanta algazara, hemos salido vencidos?

Cuánto ridículo nos espera; qué diéramos por no ser magistrados en estos momentos?

Así discurrian aquellos hombres *célebres.*

*
* *

Es el amparo una disposicion que forma de nuestras bellas instituciones un muro contra el cual vienen á estrellarse los actos de la malignidad.

Un juez de Distrito tiene el deber imprescindible de vigilar porque no se atropelle en ningun caso la libertad del hombre; porque nunca dejen de tener efecto los derechos que la nacion concede á todos los ciudadanos.

Ante esa fuerza de primer órden los tribunales de los Estados retroceden, nada pueden hacer.

Su palabra no es la última que se pronuncia.

Aun queda un fallo superior que debe tenerse en cuenta: por ejemplo:

Un hombre está condenado á morir por un delito para el que la Constitucion de 57 no señala la pena de muerte: pues bien; al ir á descargar el rencor ó la malicia su cruel golpe; el juez de Distrito no hace mas que extender sobre aquel infeliz una mirada clemente; y entonces, si no queda salvo absolutamente, sí, por lo menos, su pena es conmutada con otra menor.

Algun esclavo desembarca en las playas de México: todavía entre cadenas deja oir sus lamentos: podrá acaso romperlas el juez de Distrito? indudablemente, puesto que nuestro Código fundamental concede á aquel desdichado la bendita libertad porque tanto suspiraba.

*
* *

Institucion benéfica, institucion protectora de los derechos del hombre, antemural puesto contra los desmanes de los funcionarios públicos, que tan inclinados son á toda clase de abusos, ¡yo te bendigo!

Pueblo, esmérate en conocer los derechos que te concede la Constitucion de nuestro país: entonces cesarán tus trabajos y desaparecerá el desprecio con que se te mira: entonces se conocerá que no eres digno de que un juez pervertido, te tribute la burla: entonces, en fin, sabrás que hay un hombre que vela por tus intereses, que procura

hacer efectivas tus garantías y que remedia los abusos de aquellos que pueden juzgarte con la fuerza de la nacion.

Ese ciudadano que debe de ser siempre integérrimo, se llama Juez de Distrito..............

***

El juez 2 º de lo criminal permanecia al principio ignorante de lo que pasaba; pero al saber la libertad de Armando, exclamó:

—Ahora es tiempo de mostrarme inflexible; afortunadamente ha tenido lugar este incidente: ya no cometeré una injusticia.

CAPITULO XXV

EL TRIBUNAL

LUEGO que el tribunal supo la libertad de Armando, mandó al juez 2º de lo criminal que renovase la órden de prision.

Este obedeciendo, envió una comunicacion al general en gefe de la 4ª Division.

Pero el C. Ramon Corona, queriendo obrar con precaucion, consultó al juez de Distrito sobre el particular.

El juez de Distrito respondió entonces que: "mientras no terminara el juicio de amparo, ningun poder podria proceder contra Armando sin hacerse reo ante la justicia federal, y que el mismo general incurriria en la misma pena, como infractor de la Constitucion, si ponia en practica la disposicion del juez 2º de lo criminal."

El Tribunal de justicia quedaba vencido: sus malignas intenciones no habian podido ser puestas en práctica. Qué otra cosa le esperaba á ese tribunal sino la burla y el ridículo?...............

Oigamos discurir á algunos de sus magistados:

—"Armando, decian, entró á la prision el 1º de Julio á las 8 y media de la mañana; pero el juzgado tomó nota de la aprehension á las cinco de la tarde: desde este momento deben contarse los tres dias constitucionales: en consecuencia, no hay lugar al juicio de amparo porque este ha tenido lugar á las nueve de la mañana."

Luego continuaban:

—"El domingo es dia feriado; por lo tanto están cerrados los juzgados: en consecuencia, el juez de Distrito nada debe haber podido hacer en este negocio: ademas, que la Constitucion general no puede ponerse en pugna con las leyes del Estado, esto traeria un desórden inevitable: ☞ los delincuentes no deben amppararse nunca. ☜ Procediendo así, las funciones del poder judicial quedarán nulificadas para siempre.

"Mas atencion merecen los decretos de un juez de lo criminal, que la Constitucion general de la República, al menos mientras no se reforme; tal es nuestra opinion: déjesenos interpretar las leyes á nuestro modo, que se lleven adelante nuestras disposiciones, aunque ellas comprendan la violacion de las garantías..........

Escuchemos ahora un fuerte debate habido entre todos ellos.

El magistrado Rodesno decia:

—Si nuestra jurisdiccion ha de estar sujeta á

otras reglas que no sean las que marca nuestra voluntad, yo estoy por renunciar una magistratura ridícula que aparece impotente en ciertos casos.

—Soy de la misma opinion, añadió el Lic. Solapa, las constituciones generales de la nacion son un óvice á las constituciones particulares de los Estados y esto es tanto como reducirlos á provincias; el centralismo ¡oh! qué horror!

A continuacion el Lic. Cortés habló así:

—Yo considero á los dos poderes obrando en órbitas distintas; me explicaré: si sobre unos mismos puntos marcharan ellos, es decir, el general de la Nacion y el particular del Estado, uno impediria su ejercicio al otro; pero cuando son diferentes los objetos, no hay inconveniente alguno que oponer: los derechos del hombre están bajo la salvaguardia de la Constitucion general y su juicio pertenece al juez de Distrito: ahora el castigo de las infracciones de las leyes particulares de los Estados, depende del tribunal superior; dónde está, pues, la contrariedad? Yo no lo concibo.

—Todo podrá ser, y veo (respondia el magistrado Capela, que como hombre inteligente y de buen humor queria burlarse de Rodesno y de Solapa) que ya se dió cumplimiento á la ley particular, pues el tribunal mandó hacer la averiguacion correspondiente: es cierto que las funciones

del juez de Distrito están desempeñadas tambien; pero esto no le hace, porque queda en pié la justicia del Estado: así es que se aprehenda al reo y punto concluido.

—Muy bien! muy bien! exclamaron Rodeno y Solapa, nos parece que debe tomarse en consideracion el medio propuesto: sí, sí, demos una órden al juez 2º de lo criminal, para que proceda así en los casos que puedan ofrecérsele.

Entonces el magistrado Cortés les hizo presente la Constitucion y la ley de 20 de Enero, en virtud de la cual no podia obrarse en aquel sentido, so pena de incurrir el tribunal en el castigo que las leyes establecen contra los infractores.

Capela, al escuchar las palabras de Cortés, se rió estrepitosamente.

Al terminar el debate, el tribunal dió órden para que se aprehendiera nuevamente al capitan Armando; pero esto no pude verificarse gracias á la proteccion del juez de Distrito....................

....

Cuando Armando supo que el tribunal habia intentado en su contra, se dirigió á ver al Lic. Gómez su defensor para que le insnuara lo que debia de hacer.

Gómez le dijo:

—Amigo mio: crea vd. que en este estado quedarán los negocios hasta que termine el juicio de amparo: es cierto que el juez 2º de lo criminal

es un infractor de la Constitucion, porque los tres dias han terminado á las ocho y media de la mañana del dia 4, y no á las cinco de la tarde como él quiere; pero nada puede hacerse por el momento.

La Constitucion dice: "Tres dias contados de momento á momento, y no tres dias despues del aviso de la aprehension:"

Ahora, ademas, para los juicios criminales no hay dias feriados; los derechos del hombre que defiende la Constitucion no se violan por un capricho del poder judicial.

—Luego ese poder puede abusar? observó Armando.

—Abusar? ya lo habria hecho si pudiera: y aun cuando así fuese, ¿no quedaba (por intervencion del juez de Distrito) el auxilio federal? No entonces los mismos magistrados podrian ser sometidos á un juicio? *sepa vd.*, capitan, que cuando el juez de Distrito ejerce sus elevadas *funciones*, está revestido de un ámplio poder: los derechos del hombre no pueden violarse tan fácilmente: las ventajas de nuestra Constitucion son incalculables.

No tema vd. á los magistrados: por esta vez nada podrán ejecutar en su contra.

Tranquilo Armando y convencido por las razones de su ilustrado defensor, se despidió de él, dirigiéndose en seguida á la casa de la Sra. Dª Ma-

riana Suarez de Mendoza, á quien el lector no habrá olvidado.

La Sra. Dª Mariana y su hija Esperanza recibieron al Capitan con exquisita finura.

Armando, despues de saludar, se sentó cerca de ellas.

—Nos ha causado vd. unos dias muy penosos, dijo la Sra. Suarez: desde que supimos su prision estamos demasiado alarmadas.

—Siento mucho, replicó Armando, haber causado á vdes. tanta inquietud.

—Ya lo sabe vd., agregó Esperanza, nosotras nos interesamos mucho por lo que á vd. pueda suceder.

—Gracias: gracias.

—Usted, continuó Esperanza, tiene sangre fria para sufrir las penalidades de la vida; pero nosotras no podemos tolerar los insultos que algunos miserables dirijen á aquellas personas con quienes nos liga una amistad sincera.

—Hay quien se haya atrevido á insultarme en presencia de vds? dijo Armando con amargura.

—Sí; por mas que tratamos de defenderlo, por mas que hubimos referido los verdaderos hechos, y dimos á conocer la conducta de vd., la sociedad ha continuado en sus recriminaciones injustas: qué habiamos de hacer entonces? despues de una lucha continua, nos hemos confesado impotentes para convencerla.

—Pero vdes. dudaron alguna vez de mi conducta?

—Si alguna vez hubiéramos dudado de su inocencia, hoy no tendriamos el gusto de admitirlo en esta su humilde casa.

—Esperanza, con esas palabras me devuelve vd. la tranquilidad: ser el objeto de las diatribas de una sociedad injusta, ser el objeto de sus recriminaciones me es muy sensible; pero mas me habría sido perder su aprecio.

Quieren vdes. que les refiera los hechos que han tenido lugar para que queden satisfechas?

—No es necesario; estamos convencidas de que esa sociedad que propaga calumnias contra vd. solo trata de ejercer una venganza.

Somos por desgracia, con algunas excepciones, tan provincialistas las jaliscienses, que...... y la envidia es tan rastrera; pero en fin, ya no volverá vd. á mezclarse en las cuestiones políticas, no es verdad?

—Es mi deber trabajar por la felicidad de mi patria, y siempre que la vea en peligro sacrificaré por ella mi honor, mi vida y todo cuanto valgo: nada me supone ser el objeto de la calumnia; el testimonio público no se engaña jamas; pasando el dominio de las pasiones é intereses, ganamos con usura todo aquello que en justicia y en razon, nunca deberiamos de haber perdido.

—Sea como vd. dice, Armando; mas yo le quisiera mas sensible y menos filósofo.

—Es que la verdadera filosofía se enlaza muy bien con la sensibilidad.

Conformarse con el mal que nos resulta por haber hecho una buena accion, es demasiado halagador.

Tal es lo que yo hago, y espero que mas tarde encontraré los medios para poder destruir la maledicencia y avergonzar á los calumniadores.....

Conseguiria Armando su deseo?

☞El porvenir responderá mejor que nosotros☜

CAPITULO XXVI

LA COMPUTACION

YA han conocido nuestros lectores á los diferentes bandos opuestos.

Cada uno de ellos tiene hombres que piensan y hombres que ejecutan.

El "Club del Comercio" abrigaba en su seno á dos de los primeros: estos eran Richs y Septimio.

Richs no retrocedia jamas.

Siempre se le veia trastornando el órden público.

Combatir era para él una necesidad imperiosa.

Su vida era un continuo movimiento.

Su alma gozaba con la inquietud.

La inventiva de Richs era terrible, desorganizadora.

A sus hombres de accion ya los hemos hecho conocer bastante.

Se llaman Robin y D. Alvaro del Bastion.

El "Club del Comercio" contaba de poderoso auxiliar al clero.

En este bando los hombres de pensamiento estaban ocultos, solo aparecian los de accion, contándose entre ellos á Nicho Facistelo y á la hipócrita doña Rufina.

Antes de la eleccion, este club estaba favorecido por otras dos entidades.

Los escépticos y los partidarios de la empleomanía.

Los primeros, agenos de pensamiento y de accion.

Los segundos, accion sin pensamiento.

Despues de la eleccion, estas dos entidades quedaban limitadas únicamente á la esperanza.

*
* *

Los porfiristas (bando en Jalisco desconceptuado bajo todos conceptos) tenian á su frente á Longinos Torrente y á Bastillas.

Eran dos acciones sin objeto fijo.

Ambos carecian de una guia.

Longinos Torrrente como todo ignorante estaba orgulloso de sus grandes trabajos.

El desprestigio de que disfrutaba entre sus amigos era proverbial. Bastillas ademas de cobarde y estúpido, contaba unos antecedentes pésimos.

Este, mas que Torrente, carecia de capacidad para poder llamarse (como él lo hizo) gefe de un plan político.

Los porfiristas, tanto en la capital de Jalisco como fuera de ella, estaban bastante conocidos.

Ya en otro lugar hemos dicho algo acerca de esos sectarios de la infamia, cuyos nombres [de muchos de ellos] figuran en el catálogo del crímen.

Habrá quien se atreva á negarlo?

*
* *

El Comercio tenia tambien sus partidarios; pero ellos se encontraban fuera de la capital.

Este bando se componia de ricos propietarios, de ciertos curas relajados, y de comerciantes pobres, los últimos cargados de deudas y temiendo el cobro de ellas, tenian que sucumbir siempre á los caprichos de los usureros Manolo y D. Alvaro, así como á los del *filántropo* Robin.

*
* *

Enfrente de todos los intereses, de todas las aspiraciones, de todos los odios, de todas las preocupaciones, se veia á los hombres de inteligencia, á los hombres de órden, á los hombres independientes que solo trabajaban por el bienestar del Estado.

Y todos ellos unidos en un solo pensamiento, movidos por una idea, y obedeciendo á su conciencia, fueron los que depositaron de buena fé sus votos en la urna electoral.

Esos votos dieron el resultado que debia de esperarse.

La candidatura Vallarta, saldria triunfante al fin....

Ningun obstáculo podria ponérsele por mas tiempo.

Los votos de las diferentes ciudades, villas y pueblos comarcanos se esperaban de un momento á otro.

La cuestion iba á quedar terminada definitivamente.

El poderoso Estado de Jalisco se encargó de vencer á ciertas insignificantes minorías, á ciertos amigos del motin que creian tener una grande influencia sobre el lugar en que ellos se encontraban.

En prueba de ello, ahí está San Juan, esa ciudad enemiga de la libertad y protectora de la candidatura de los comerciantes.

Autlan, tambien que votó en pró de la misma.

Zacoalco y Etzatlan que auxiliaron á los enemigos de la reforma.

Teocaltiche, compuesto (con muy honrosas escepciones) de hombres entregados á la embriaguez y á la prostitucion; y dominado por los bandidos, con quienes formaron arreglos algunos de los principales propietarios.

Cocula, Tequila y Jalos votando en pró de la candidatura Topete.

Para qué enumerar á otras ciudades que á pesar de su representacion y recursos quedaron burladas en sus criminales intenciones?..........

El Soberano Congreso del Estado, despues de haber recibido los expedientes de todos los municipios, y cumpliendo con el alto deber que la Constitucion le imponia, se dedicó á hacer con la mayor escrupulosidad la computacion de votos.

Segun ella, el C. Ignacio L. Vallarta quedaba electo gobernador constitucional del Estado de Jalisco por una mayoría de ☞ 43,521 votos.... ☜

Los partidos contrarios fueron vencidos.

Todos reconocian que la computacion habia sido justa.

Ningun acto malicioso pudo en ella descubrirse.

Por qué entonces los enemigos del órden procuraron en todo momento desconceptuar á aquellos que de buena fé estaban interesados en una cuestion de tan general interés?

Escuchemos el siguiente diálogo, sostenido entre Longinos Torrente y D. Teódulo Jamones *honorable* presidente del "club porfirista:" él vendrá apoyando la verdad que asentamos.

—Nos han derrotado, decia Jamones; es por demas seguir luchando.

Todas las sociedades han sufrido en ciertos tiempos el yugo de los tiranos; le ha tocado su turno al Estado de Jalisco: qué hemos de hacer? conformémonos.

—Vaya una resignacion! repuso Torrente, eso se llama perder muy pronto la esperanza; apren-

da vd. á mí, que desde que apareció esa maldita farola en la plaza principal no he cesado de trabajar.

Y lo peor es que nosotros tenemos la culpa de cuanto nos pasa; bien lo merecemos, puesto que quisimos aceptar la candidatura de Topete: de veras que somos ignorantes.

No Vallarta fué primero nuestro candidato? No nosotros fuimos los que comenzamos á trabajar por él? pues por qué á última hora tratamos de cubrir el expediente y echamos mano de ese *mediquin?* he ahí el mal; en eso consistió nuestra desgracia.

Qué haremos ahora? nuestros hombres se han disgustado y convertídosenos en enemigos: ya no tenemos ninguna esperanza.

—Pero aunque estamos derrotados, interrumpió Torrente, nos espera una victoria de mas interés.

—Se trata de la eleccion próxima? hay probabilidades de triunfar?

—No solo probabilidades, tengo completa certidumbre.

—Oh! exclamó entusiasta D. Teódulo Jamones, cuánto me alegro, al saber que solo hemos perdido las elecciones del Estado.

—Del Estado! y qué vale el Estado? vaya una preciosa alhaja: le hago yo tanto caso al Estado de Jalisco como el que pudiera hacerle á Topete ó á Vallarta.

Torrente continuó:

—Para nosotros los que hemos conocido la capital de la República, visitado el Palacio nacional y visto al presidente rodeado de sus ministros; para nosotros los que hemos asistido á las sesiones del Congreso general, y acompañado al general Porfirio Diaz, cuando él mandaba 200,000 hombres, qué podrá importarnos un Estado tan despreciable como el de Jalisco, que no nos comprende y que por lo mismo no es acreedor á nuestra estimacion?

D. Teódulo, sorprendiéndose de oir hablar á Longinos Torrente de tal manera, dijo:

—Luego para vd. segun veo nada vale el Estado?

—Nada, absolutamente nada; hay minerales en él? hay industria? su agricultura está protegida? no, es verdad? luego, puedo repetirlo, es un Estado despreciable.

—Tal vez; pero yo sabia que su poblacion era superior á la de todos los Estados y aun á la del mismo México.

—No es cierto: cuántos habitantes tiene la República?

—Ocho millones.

—Y Guadalajara?

—Solo ochenta mil almas.

—Y qué valen ochenta mil contra ocho millones?

—Pues entonces, replicó D. Teódulo, por qué tomamos tanto empeño para seguir trabajando?

—Oh! eso es otra cosa: un grano de anís hace inclinar el fiel de la balanza: lo entiende vd?

—Es cierto; pero si perdimos la cuestion del Estado, cómo no hemos de perder la general?

—No hay dificultad en comprenderlo; pues ya dije á vd. que si no hubiera sido por nosotros el "club Vallarta" no habria triunfado.

—Bueno, pero permítame vd. que le haga una observacion; en la cuestion general tenemos que luchar con la 4ª Division?

—Y qué podrá hacer la 4ª Division en pró de la candidatura Juarez; siendo así que esta está desprestigiada?

—Sí?

—Escuche vd.

Torrente entonces leyó un papel en alta voz.

Al terminar la lectura, D. Teódulo exclamó:

—Qué barbaridades! qué barbaridades!

—Ya lo ve vd? ☞ Juarez ha vendido todos los Estados del Norte, así es claro que habia de salvar á México: ☜ queda vd. convencido? seguirá vd. trabajando?

—¡Ah! con alma, vida y corazon; cuente vd. conmigo: tanto más cuando que sé que Vallarta no admitirá que se le elija Gobernador.

—Es cierto, y esto nos debe prestar animacion, pues la presencia de este hombre tan infame en

el Estado nos seria sumamente funesta: con que así á trabajar y no dejemos de comunicarnos lo que ocurra.............

Ya se comprenderá la fé que merecian estos patriotas............

*
* *

El comercio habia perdido mucho en su accion.

Don Alvaro, aunque conocia perfectamente que era incuestionable el triunfo de Vallarta, seguia trabajando porque Lerdo obtuviera el triunfo.

El clero hacia otro tanto, ayudado de Dª Rufina: pero esta temerosa despues de que Vallarta triunfara, comenzó á entristecerse sobremanera, al considerar que sus trabajos iban á quedar sin recompensa.

Cuando la vimos no la conociamos.

La consuncion habia hecho en ella terribles estragos.

Tal vez muy pronto tendria que sucumbir.

¡Infeliz mujer! desde su infancia habia sido educada en las preocupaciones del fanatismo. De ese fanatismo, base del error y fuente de tantos males como han asolado á la humanidad.

CAPITULO XXVII

EL TRIUNFO DE VALLARTA

EL poder legislativo despues de haber examinado los expedientes de todos los municipios, y computado con exactitud los votos, declaró por un solemne decreto, que el gobernador constitucional de Jalisco, era el C. Lic. Ignacio L. Vallarta.

La lucha electoral habia terminado.

Contra la victoria legalmente alcanzada, ningunos argumentos podian exponerse.

La maledicencia estaba condenada á confesar su derrota.

El órden constitucional se encontraba parapetado tras de la justicia.

Paso al progreso!....

Solo la ceguedad ó el amor propio, se atreverian tal vez á lanzar el desprestigio sobre un gobierno legalmente establecido.

Solo la envidia y la injusticia querrian acaso

disputar el mérito de una victoria obtenida y apoyada por el auxilio de la ley.

Pero esto nada importa, cuando la multitud juiciosa puede en todo momento descorrer el velo que cubre á los hipócritas y á los calumniadores....

La oposicion comenzó á oponer una tenaz resistencia.

Los escritores no descansaban un momento.

Los obstáculos nunca se creian invencibles....

Ya vimos despues las fieras hecatombes provocadas por aquellos que se llamaban con orgullo los únicos salvadores.

Para qué recordarlas?

Hay acontecimientos que merecen ser relegados á un eterno olvido.

***

Los hombres que durante las elecciones se habian lanzado al terreno de los hechos para oponer una resistencia tenaz á aquellos que olvidándose de sus deberes procuraron sembrar el luto y la desolacion en el soberano Estado de Jalisco, conociendo que su mision habia terminado desaparecieron de la escena.

Habian cumplido con su deber.

Sus frentes no estaban selladas por la infamia.

Ninguna recompensa pedian....

Tal es la conducta de los verdaderos republica-

nos, de los leales patriotas que comprenden sus obligaciones y derechos.

Por qué en cambio de ella, les ha de seguir por todas partes el rencor y la calumnia de los vencidos?

Valerse de armas tan viles solo es propio de los seres cobardes.

De aquellos para quienes las leyes del honor y de la conciencia están proscritas.

De aquellos en fin que necios é ignorantes por demas, cerrarán siempre los ojos ante la luz de la verdad.

*
* *

Fernandez, Alfredo, Cortés y todos aquellos patriotas á quienes ya hemos nombrado en el curso de nuestra humilde obra, olvidando sus fatigas anteriores, se habian consagrado nuevamente á los dulces goces del hogar.

Sus deseos quedaban cumplidos.

Ellos veian en el triunfo de Vallarta el renacimiento de las ideas proclamadas por los hijos de la libertad.

Ideas que habian parecido extinguirse.

Ideas que su candidato (cuyo patriotismo, honradez é inteligencia eran bien conocidas) defenderia á toda costa para que de este modo la sociedad lograra alcanzar los beneficios que la usurpacion (con el hermoso nombre de "derecho libre") quiso arrebatarle.

Los Clubs Vallarta, Convencion é Independiente habiendo concluido sus trabajos, se disolvieron.

Sus diversos miembros recibian los mas sinceros plácemes.

Era preciso que la sociedad les rindiese un testimonio de gratitud.

No podia suceder de otra manera.

Ojalá y no! pero tal vez algun dia la patria los necesite, y entonces ellos acudirán con puntualidad á llamamiento tan sagrado.

Los hombres firmes nunca se ocultan.

El peligro es mirado por ellos con indiferencia

Solo los egoistas permanecen neutrales durante la lucha.

Estos son máquinas movidas únicamente por la conveniencia....

Otros hay que se llaman acróbatas políticos.

Estos tienen por distintivo el oro.

Complacientes en estremo, para ellos todos son acreedores á la consideracion pública.

Pertenecen al que triunfa.

Pero, ay del vencedor, si no premia á estos sanguijuelas de la patria!

Ellos se convertirán entonces en oposicionistas recalcitrantes, y gritarán:

—¡Abajo el tirano!........

Presentemos á algunos de estos tipos.

Uno de tantos como pululan por los gabinetes de gobierno es Podenco.

El mismo á quien ya hemos visto en compañía de D. Celedonio Esperanza, de Juan Bandera y de Próspero Sin-fortuna.

Este miserable, que desempeñaba perfectamente el vil oficio de delator, se le mira ya en la Gefatura.

Los saludos y adulaciones que hace son innumerables.

El movimiento de sus ojos revela toda la alegría de que está inundada su alma....

Por otra parte, Juan Banderas, revolucionario de oportunidad, ya es partidario decidido del nuevo gobernador.

Refiere que hizo la guerra de Independencia.

Que trabajó por la reforma.

Por lo mismo espera que Vallarta tendrá en cuenta sus eminentes servicios, así como su valor é inteligencia....

Ahora D. Esperanza aunque suspiró por Santa-Anna, confiesa despues su error y rinde al nuevo gobernador adulaciones y respetos.

A su vez Sin-fortuna cree que el ingenio esclarecido del C. Vallarta no tiene rival, y que es llegado el tiempo de olvidar á S. A. S. para trabajar por un porvenir de órden y de progreso.

Escuchemos á estos *patriotas* de última hora.

—Triunfamos, mis amigos, decia Podenco, nues-

tros desvelos no fueron infructuosos; nuestras esperanzas se han logrado; es cierto que tropezamos con mil dificultades, pero en cambio somos acreedores á la recompensa.

—Y eso que ustedes no conocen como yo al C. gobernador: ah! si ustedes supieran lo que vale ese hombre distinguido! valor, sabiduría, etc., etc., todo se encuentra en él.

—Es cierto, interrumipó D. Esperanza, y por lo mismo yo no he querido servir á ningun gobernador hasta que triunfara Vallarta; hoy es otra cosa: yo por Nacho daria cuanto poseo, en fin, hasta la vida.

***

Como estos se veian por todas partes multitud de aduladores y viciosos, hombres infames cuya vida hasta entonces se habia deslizado en la mas completa indolencia.

Qué podria esperarse de estos desgraciados cuya historia vivia en las páginas de lo tenebroso?....

Aun nos quedan todavía por observar algunos individuos.

El Lic. Callejas y sus compañeros de prostitucion, no habian faltado un solo dia á las citas acostumbradas.

Ya los hemos encontrado alguna noche en la crápula mas escandalosa, cuando Fernando Charcos propuso la candidatura de Choquezuela.

Ellos continuaban acarreando la deshonra sobre varias familias de quienes contaban anécdotas originalísimas.

En el dia en que tuvo lugar la toma de posesion de Vallarta, se embriagaban como de costumbre, y si no hubiera sido por las músicas y repiques que vinieron á herir sus oidos, habrian ignorado cuál era el motivo de aquella popular y expontánea manifestacion.

Excusado es decir que con el método de vida que seguian, jamas se ocuparon de trabajar por la candidatura de Choquezuela.

No queriendo hacer traicion á sus inveterados hábitos, siempre buscaban los placeres y se llamaban verdaderamente felices al saborear los deleites de la orgía.

-- Puede ser que Vallarta sea mejor que Gómez Cuervo, decia el Lic. Callejas á sus amigos apurando un trago de Cognac (era su licor favorito), ya veremos; pero como D. Antonio era de Tequila estaba interesado en que el licor de su país no pagase contribucion.

Cuando concluyó de hablar Callejas, uno á quien llamaban Petit-Sancho dijo:

Vallarta ha de venir removiendo empleados, yo estoy mejor por Alfonsillo que es de los nuestros.

—Buen tonto seria él si atacara nuestros intereses, replicó Callejas; ya se guardará de hacerlo:

ya sabeis que nosotros cuando tomamos un asunto á lo sério.... y despues prosiguió:

—A lo presente, mis amigos, brindemos por el triunfo de Vallarta, que hoy no nos preocupe la política sino el *cognac*: á tomar.

Al mandato de aquel ébrio, todos elevaron sus copas y apuraron el contenido.

Dejemos á estos escandalosos entregados á la embriaguez, y recordemos á D. Alvaro, quien afligido desde la escena que habia tenido lugar con Guzman y con el padre de Jorge, no sabia cómo remediar su situacion.

Sus negocios se encontraban dia por dia en un estado ruinoso.

La quiebra de este usurero seria inevitable.

*
* *

Algunos de los del comercio conociendo su impotencia, se resolvieron por entonces á no mezclarse más en la política; pero siempre hablaban llenos de esperanzas de D. Antonio Gómez Cuervo, su amable y condescendiente protector.

Y el pueblo?

El pueblo ha triunfado, y así lo ha comprendido.

El celebra su triunfo. El ama á su candidato, porque la eleccion de éste fué apoyada en el buen sentido de la mayoría.

Solo Longinos Torrente, Bastillas y comparsa,

no han quedado contentos, puesto que piensan levantarse en masa en contra de Vallarta.

—La revolucion es inevitable, dicen, la revolucion tiene lugar cuando se falsea el voto popular.

No sabemos si con esto quisieron asentar algun axioma esos *colosos* de la inteligencia.

Por su parte, el clero, decia tambien:

"La Iglesia será abatida, pero no vencida: nuestra hora sonará."

Esto, como bien se comprende, no pasa de ser una triste ilusion.

* * *

Cuando las campanas solemnizaban el triunfo de Vallarta, y en el momento en que el pueblo gritaba vivas repetidos, un cortejo fúnebre caminaba triste y silencioso hácia el panteon de Sta. Paula.

Este acompañaba al cadáver de Dª Rufuna.....

A fuer de compasivos, y recordando el sagrado deber que tiene contraida la humanidad hácia aquellos que perteneciéndole se despiden de ella para visitar la morada silenciosa, digámosles con los antiguos romanos:

"Sit tibi terra levis!"

EPILOGO

EL grandioso movimiento de uno de los pueblos de América ha sido clasificado.

Con estudio y detenimiento hemos presentado diversos tipos, cuyos originales existen.

La humilde obra que terminamos (ensayo diminuto de nuestra escasa inteligencia) aunque anunciada con el nombre de novela histórico-política, podemos asegurar que es verdaderamente una historia que ha tenido lugar en el soberano Estado de Jalisco.

De esta verdad responden todos los hombres honrados é inteligentes de aquella parte de la Confederacion mexicana, tan extensa en su territorio y tan grande en su poblacion, como abundante en colosales génios.

En sus argumentos, en sus episodios y en sus diálogos, ademas de conservar la verdad, hemos procurado que su fondo no se aparte de la moral ni de las buenas doctrinas.

¡Quiera el cielo que nos libremos de las filípicas del magisterio!

Así lo esperamos, atendiendo no solo á la benevolencia, del saber sino aun al estímulo que es preciso dar á todos aquellos que comienzan á subir la difícil pendiente de la literatura.

La lógica de nuestros pensamientos está conocida.

El motivo de nuestras determinaciones políticas explicado.

Con la mano puesta en el corazon hemos hecho apreciaciones que nos han parecido justas.

La conciencia ha guiado nuestra pluma.

La razon de nuestro escrito se comprende bien.

Sin embargo de todo lo expuesto, aun serán denunciados á la faz del mundo secretos terribles, nombres que deshonran á la humanidad, escenas desastrosas, y lejos de la ficcion aparecerá la biografía de aquellos que hoy se encuentran en nuestra novela con nombres supuestos.

Y lo haremos con fé y con constancia, puesto que la primera nos guia y la segunda siempre fué nuestra norma.

Las elecciones verificadas en la capital del poderoso Estado de Jalisco, el 28 de Junio de 1871 hé aquí el asunto que nos ha servido para la publicacion de la presente obra.

Pasemos á las líneas que deben cerrarla, es decir, al epílogo que es su complemento, la realidad

de la idea, ó como diria un clásico: "la recapitulacion de todo lo dicho."

*
* *

El pueblo mexicano, sin embargo de contar cincuenta años de luchas intestinas, no ha perdido una sola de sus grandiosas conquistas; mientras que los pueblos europeos aun ignoran cuál sea el principio del derecho popular.

Ahí teneis, por ejemplo, los soberbios francos que despues de sentarse en el Capitolio de los Césares, despues de haber empapado el suelo de la patria con la sangre de sus hermanos, y por último, despues que sus verdugos se han cansado de separar las cabezas de los troncos humanos, nada han podido alcanzar.

La sangre y los cadalsos han atraido sobre esas naciones la maldicion del Autor de las sociedades.

Despues de las luchas titánicas ha sucedido el silencio de los sepulcros......

Todavía se ve en muchas de ellas á un tirano que manda derrumbar el edificio para sentarse despues sobre sus escombros.

Todavía en ciertos paises es un gran crímen suspirar por la libertad........

*
* *

Levanta tu frente, adorada patria, tú no tienes por qué avergonzarte ante esas naciones, que aun se atreven á llamarse las directoras de ambos mundos.

América nada debe á la Europa.

Lejos de eso, la primera es maestra de la segunda, y los sabios de esta última si quieren formarse una idea exacta de los pueblos libres, tienen que atravesar los mares, para venir á conocer, no á los pueblos salvajes, extraños á toda civilizacion, sino á aquellos que estudiando en su rica y feraz naturaleza, han contemplado á Dios en la grandeza de su obra y reputádose como los hijos predilectos de Aquel Ser.

América por el solo órden de los acontecimientos humanos marcha al frente de las sociedades. Ella no ha necesitado conquistarel principio de la dignidad del hombre; si sus hijos alguna vez no pudieron defenderse; si por tiempos dilatados sucumbieron ante la fuerza bruta; jamás dejaron de conocer la injusticia de ciertos esclavos armados: pero ay de ellos! llegada otra hora, otro momento, los pueblos que habian sido detenidos en su marcha progresiva hacen un fuerte impulso y obligan á los soldados del tirano á atravesar nuevamente los mares!

Estaba escrito: deberia suceder así!

***

Hidalgo, el humilde cura de Dolores, Allende, el capitan intrépido, Morelos, el cura valiente, sábio y republicano, y todos nuestros héroes, luchan once años, y despues de sellar con su sangre la sagrada creencia, conquistan la Independencia de nuestra idolatrada patria.

Iturbide es la personificacion de esta conquista.

Pero Iturbide no comprende á los pueblos libres de la América, y ciñe su frente con una diadema. Mas tarde, conociendo su error, intenta pisar su distintivo imperial: no era tiempo: pero ya un momento de error fué su sentencia de muerte.

Iturbide muere, y la América recobra en tres años la libertad que parecia haber perdido.

No hay libertad donde hay reyes.

No hay libertad donde hay clases tituladas.

La Constitucion de 1824 es lo primero que aparece á nuestra vista.

Qué distancia!

***

Ya no es una persona, es una idea á la que sigue el pueblo.

Pero aun faltaba algo por hacer.

Quedaban garantizados el clero y el ejército.

El clero con su influjo universal, con sus riquezas fabulosas, con sus insípidas moralejas.

El ejército con sus fueros, con sus distinciones odiosas, con su ignorancia supina.

Alvarez, el soldado de 1810, vuelve á dar el alerta á la nacion.

Comonfort, el ilustre Degollado, el inflexible Ocampo, á la voz del soldado de 1810, empuñando el estandarte de la República libertan á la nacion del clero y del ejército.

Y la Constitucion de 1857, esa obra grandiosa

del pueblo mexicano, viene á ser la enseña que siguen todos los hijos del progreso.

Juarez, el constante defensor de las libertades públicas, toma aquel libro en sus manos.

No se lo arrancarán sino con la vida.

La Constitucion es la garantía de su pueblo.

Mientras no la borren del corazon de los mexicanos donde se halla escrita, ningun tirano podrá imperar sobre la perla de la América.

Juarez, ese héroe que á la vista de las águilas francesas, toma la Constitucion y se dice:

"Hay hácia el Norte de mi país espaciosos desiertos, allí, bajo los árboles de las selvas seculares meditaré esta Constitucion; yo bien pudiera dejarme matar por los esclavos franceses; pero mayor servicio le haré á mi patria conservándole este sagrado Código.

"No hay que desmayar; confianza, el enemigo se debilitará á proporcion que se interne mas en el suelo de México; mas tarde él pedirá misericordia.

"El dia que yo perezca no faltará un hermano á quien confiarle este sagrado depósito.

"Mientras la Constitucion de 1857 exista, mi patria será libre."

....

Y Juarez, con su fé y constancia salva á México.

Y México no retrocede un solo paso.

El tiempo avanza y la lucha prosigue.

El dia de la nueva redencion no estaba lejos.

La libertad de la patria se disputó palmo á palmo.

Los primeros soldados del mundo quedaron humillados.

El águila triunfal del Anáhuac batió sus alas de oro, y los hijos de México cantaron victoria.

*
* *

Entre esos hijos descuella el denodado general Ramon Corona, quien sin tregua ni descanso, persiguió á los soldados extranjeros; los cuales jamas pudieran contar entre sus victorias el haberlo hecho retroceder un solo paso.

Corona, el campeon de Occidente, el hijo honrado del pueblo; el terror de los traidores y la esperanza de la patria, es recibido en triunfo por do quiera y proclamado mil veces salvador de las garantías sociales.

Corona, siempre leal con su partido, merece la consideracion de todos los buenos liberales y la distincion honorífica con que los pueblos premian á sus salvadores.

Corona, no solo soldado intrépido, sino tambien entendido político, ha sabido conquistar la distinguida cruz de primera clase, que en union de otras puede ostentar con orgullo sobre su pecho.

Lo diremos de una vez.

Corona el constante, no puede ser vencido por aquellos miserables seres, á quienes podríamos

llamar "Odiosos restos de la traicion y de la barbárie."

Y en la situacion ventajosa que él ha sabido colocarse por su genio y su valor, por sus sacrificios y abnegacion, por su constancia y fé, por su dignidad y finura, ¿aun hay quienes se atrevan á insultarlo? Dónde están esos seres sin honor, cuya historia de vergüenza y de luto pudiera ser lo bastante para obligarlos á ser menos cínicos?

Miserables! por qué hieren la reputacion de aquel que generoso les perdonó su traicion y les colmó de favores, dándoles con esto una prueba de la magnanimidad de su alma?

Qué quieren? qué pretenden? piensan nulificarlo? Intentan la destruccion de un hombre honrado!....

Capricho tan necio solo les valdrá el vilipendio de la sociedad......

Mas para qué continuar recordando una cuestion que ya está juzgada.

Callemos, ahí está la historia; que se consulte, que se estudie; ella mejor que nosotros se encargará de darnos á conocer al héroe de Occidente; ella contestará con hechos comprobados; dirá quién es aquel á quien han querido herir miserables escritorcillos, secretarios de las cortes marciales: ahí está la historia del ejército de Occidente, leedla, seres sin conciencia, y despues de-

cidnos si habeis tenido razon de ser tan calumniadores y tan desvergonzados.

Pero vana esperanza! nuestro pensamiento es irrealizable: seguireis como hasta aquí, prodigando el insulto y la difamacion.

Adelante! ya sereis relegados á las sombras, y entonces pedireis por piedad un rayo de luz para dirigir vuestros pasos.

Seguid, miserables!

Nosotros quedamos en guardia y os arrancaremos la careta.

Los "Polichinelas" saludarán al mundo bien pronto.

Entonces os arrepentireis....

***

En esa grandiosa epopeya que recordamos, aparecen junto al campeon de Occidente, las nobles figuras del honrado general Diaz, tan valiente con los franceses, como clemente con los vencidos, y del C. general Riva Palacio, que á pesar de sufrir contrariedades é inconsecuencias de sus adictos, opone obstáculos mil al ejército invasor.

A su vez vemos al general Escobedo, quien luchando noche y dia, levanta aquel ejército del Norte, que tiene la gloria de aparecer en primer término entre los vencedores de la traicion.

Estas cuatro columnas son las que han sostenido el precioso Código de los mexicanos; esa Constitucion que ha costado tantas víctimas.

Hoy ya tenemos un ejército nuevo, ejército compuesto en su mayor parte de militares instruidos.

Entre estos se encuentra lo mas florido de nuestra juventud.

Ya no es el soldado brutal que sumergido en una absoluta ignorancia, careciendo de virtudes civiles, sin amor á la patria y sin consideracion al honor se vende como objeto de oprobio; no, ahora son jóvenes que anhelan por defender sus derechos y por conservar ileso el honor de la Division á que tienen la honra de pertenecer.

Y á estos soldados que han defendido la patria, y derramado su sangre en los combates, á estos soldados que mil veces han expuesto su vida, y dádonos Independencia y libertad, son á los que se prodigan insultos.

Pero quiénes tratan de desprestigiarlos? los mismos que pidieron garantías y hogar al tirano frances, los que reconocieron el dominio de una raza maldita, aquellos, en fin, que doblaron la rodilla ante las estatuas de Maximiliano y de María Carlota.

Por qué tanto odio para esos soldados sufridos? son culpables acaso por haber conquistado la gloria en los campos de batalla y defendido al pueblo?

Tan craso error no tiene explicacion.

La causa de la libertad hasta hoy se ha encontrado defendida.

Solo la infamia y la malignidad pudieron intentar desprestigiarla.

Esto es triste y mas cuando ha tenido lugar en uno de aquellos Estados donde los genios no escasean.

Queremos hablar del Estado de Jalisco.

Allí la candidatura Vallarta comprendia una causa racional y justa.

Allí Vallarta representa el triunfo de la idea liberal, y los hombres que lo han proclamado son aquellos que haciendo á un lado añejas preocupaciones, intereses rastreros y absurdas ambiciones, no tuvieron otra mira que procurar el bien del Estado, ni mas medios de triunfo que la razon y la justicia.

Lucharon, pero lucharon lealmente; por eso la victoria sonriéndoles les otorgó un triunfo completo.

Para ellos el mayor bien consiste en un buen gobierno que proteja á todo jalisciense y que considere al verdadero mérito.

* * *

Un buen gobierno! Basta para conseguirse que un hombre se encuentre al frente de una situacion difícil? no necesitará este que le secunden en sus buenas intenciones?

Estudiemos la cuestion. Nosotros preguntamos: en el momento en que Vallarta tomó posesion del cargo que se le habia confiado cómo se encontraba el Estado de Jalisco? Por la administracion anterior de Gómez Cuervo en completa desorganizacion, la hacienda en bancarota, el poder judicial formado por enemigos del órden público, las oficinas plagadas de hombres ineptos, impuestos y dedicados al vicio.

Se quiere un buen gobierno cuando los propietarios en su mayor número, no quieren entrar en la senda del deber, ni en cuanto á la manifestacion de sus capitales, ni en cuanto á sus fatales contrabandos? Hasta cuándo terminan entre ellos las distinciones odiosas? por qué muchos de los dueños de las fincas rústicas, siguen amparando á los delincuentes y obsequiando sus criminales deseos?

Y así se quiere órden, progreso y prosperidad en el Estado de Jalisco?

¡Un buen gobierno! Cuando es imposible satisfacer á todas las aspiraciones, á todos los deseos, á todas las ambiciones de aquellos que consideran como un deber el que los fondos públicos los alimenten?

¡Un buen gobierno! Cuando la prensa oposicionista de Jalisco está prostituida, de tal manera, que faltando completamente á las leyes prescritas, no se respeta la moral, ni la paz pública, ni la vida privada? ¡Triste situacion! ¡lamentable estado

de cosas en que no es permitido á una familia fijar sus ojos en papeles tan impertinentes, como insulsos é inmorales!

¡Un buen gobierno! Cuando los que lucharon con todos sus esfuerzos para triunfar en las elecciones (verdadero campo de los pueblos libres) despechados despues por su derrota, quisieron insurreccionar á todo el Estado, creyendo de esta manera dominar la situacion?

No, no seria posible alcanzar un buen gobierno con estos obstáculos, si la razon triunfando mas tarde, no hubiese de establecer para siempre un nuevo régimen, con el cual quedarán burladas las aspiraciones de los ambiciosos.

Así lo esperamos; volverá (no hay que dudarlo) aquel tiempo en que sea preciso castigar á los ladrones de la hacienda pública, y á los escritores sin honor ni conciencia.

Volverá el tiempo en que se haga indispensable cortarle mayores males á la sociedad; conteniendo con mano firme á los que han creido en su demencia que es una profesion inocente trastornar la paz de los Estados.

Sí, volverá este estado de cosas, y cuando para conseguirlo sea necesario remover los obstáculos, entonces los enemigos del órden llevarán su voz á los cielos y exclamarán: "Así lo esperábamos, no eran otros nuestros temores; el gobernador de Ja-

lisco es una fiera que para saciarse necesita la sangre humana."

Esto dirán y aun mucho mas, pero su criminal inventiva quedará despreciada. Porque los buenos hijos de Jalisco seguirán constantes en su empresa, y resueltos á defender al nuevo gobernador Constitucional, ciudadano Ignacio L. Vallarta, con la fé ardiente, con el valor indomable y con el desinterés absoluto que distingue á los partidarios de la paz pública y á los defensores de la libertad y del progreso.



Pocos dias despues de los acontecimientos referidos, los partidarios del motin se lanzaban á la revolucion, tratando de insurreccionar al Estado.

Hombres perdidos bajo todos conceptos forman sus chusmas desorganizadoras, y se declaran generales por medio de irrisorias y estúpidas proclamas.

A su ejemplo, los criminales sentenciados se alientan, hacen un esfuerzo supremo y consiguen muchos de ellos escapar de las prisiones donde cumplian sus condenas, yendo despues á aumentar las filas de los *salvadores* de la patria.

Y comienza la lucha de todos los tiempos y de todos los pueblos; es decir, la lucha de los bandoleros armados contra la sociedad que los proscribe; la lucha de la ambicion y de la audacia que

trata de apoderarse de los puestos públicos, aun cuando para couseguirlo tengan que pasar sobre el cadáver de sus propios padres.

Pero Jalisco no desmaya y opone una resistencia heróica á los perturbadores de su tranquilidad.

....
....

El gobierno general se fija en los acontecimientos que perturban al demócrata Estado, y da órdenes terminantes al C. general Corona para que le imparta el auxilio que le sea posible.

Con esta autorizacion, el subordinado y pundonoroso gefe, organiza una pequeña columna espedicionaria, y se prepara á resistir el empuje de los que le amenazaban, envalentonados por algunos triunfos que sus parciales habian obtenido hácia al Norte del país.

El ilustrado mayor general de la division, ciudadano general Crispin de S. Palomares, es encargado del mando superior de la pequeña columna expedicionaria, y con la sonrisa del valiente y la fé del buen republicano se dirige con pequeñísimos elementos en busca del enemigo por diversos cantones del Estado.........................
....

El Capitan Armando, al saber que se empren de semejante movimiento, solicita de su genera en gefe marchar tambien á la campaña.

Esta gracia le es concedida, y nombrado mayo

de órdenes de la columna, ve por una vez más cumplidos sus ardientes deseos: y decimos sus ardientes deseos, pues que queria probar á sus enemigos que si en el terreno electoral le habia sido fácil mover á un gran pueblo, en el de las armas no carecia de prestigio para infundir á sus soldados el amor á la gloria......................
....

Dos meses despues, la revolucion habia sido destruida en Jalisco, y los soldados de Corona en union de los del Estado, llegaban á la capital entonando el marcial himno de los vencedores.

FIN

Y.L.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO

SEGUNDA PARTE

I.—Los partidos en la plaza pública.......... 3
II.—El Ayuntamiento y la Casilla Electoral..... 19
III.—La instalacion y la fuerza armada.......... 33
IV.—Los billetes de banco.................... 47
V.—Protesta.......................... 56
VI.—Guzman y Duran.................... 70
VII.—La prision.......................... 80
VIII.—El delirio.......................... 92
IX.—Libertad de los aprehendidos............. 104
X.—El reconocimiento...................... 118
XI.—La discusion.......................... 129
XII.—Matilde.......................... 141
XIII.—El terror.......................... 152
XIV.—El anatema.......................... 165
XV.—Ataque á la Casilla Electoral.............. 173
XVI.—Una historia.......................... 182
XVII.—Bastillas.......................... 194
XVIII.—El dia de la eleccion.................. 204
XIX.—Combinaciones para una protesta.......... 215
XX.—El taller.......................... 225
XXI.—El proceso.......................... 234
XXII.—Expiacion.......................... 245
XXIII.—Prision.......................... 254
XXIV.—El juicio de amparo.................. 263
XXV.—El tribunal.......................... 272
XXVI.—La computacion.................... 280
[XX]VII.—El triunfo de Vallarta.............. 289
Epilogo.......................... 298

CORRECCIONES,

TOMO PRIMERO.

Pajinas.	Lineas.	Dice.	Lease.
14	25	intercolumnos	intercolumnios
94	24	sacástica	sarcástica
162	24	Luis	Enrique
219	8	puedo	pudo
238	13	y como era natural	y como era muy natur
245	2	esion	sesion
258	29	nada con que no auxiliarla	nada con que auxiliar
263	14 y 15	escribir en él como en el libro de los recuerdos	escribir en el eterno li bro de los recuerdos

TOMO SEGUNDO.

12	28	era cual el	el cual era
30	24	1872	1871
30	29	vaos	vamos
34	4	Mayo de 1872	Mayo de 1871
45	14	Mayo de 1872	Mayo de 1871
47	18	no duede	no puede
122	18	y los llamaré	y os llamaré
245	1	Capítulc XVIII	Capítulo XXII
272	2	El tribun	El tribunal.